

# CARTELES

VOL. XIX  
No. 23

ALFREDO T. QUILEZ  
DIRECTOR

LA HABANA,  
JUNIO 4 - 1933



# Gran Concurso Nacional de Belleza

## GRACE LINE-CARTELES

*Abierto a todas nuestras mujeres que reúnan los requisitos establecidos en las bases que hemos venido publicando en anteriores ediciones.*

**Las Seis Mujeres Más Bellas de Cuba** obtendrán valiosos premios, además de la consagración—honrosa en este país de mujeres bellas—de ser designadas, una, la Reina de Belleza de Cuba, las cinco restantes Damas de su Corte de Honor.

COMO PRIMER PREMIO para la Reina de Belleza se ha señalado un Maravilloso Viaje, que se ha venido reseñando gráfica y textualmente en anteriores números. Las empresas organizadoras de este gran concurso, Grace Line y CARTELES, han decidido invertir el itinerario de dicho viaje en atención al gradual interés del mismo, y en beneficio de la Señorita Cuba, de modo que partiendo de La Habana en uno de los magníficos barcos "Santa", de la Grace Line, se dirigirá a Los Angeles por la vía del Pacífico, con el siguiente itinerario: Puerto Colombia, Cartagena, en Colombia; Cristóbal, Balboa, en la Zona del Canal de Panamá; La Libertad, en El Salvador; San José, en Guatemala; Mazatlán, en México, y Los Angeles, en California. En Los Angeles desembarcará la Reina con su acompañante para la visita a Hollywood, de donde continuará viaje por tren a San Francisco. Y entonces, por los mismos sistemas ferroviarios y con las mismas etapas que ya han sido reseñadas,

realizará el viaje trascontinental a New York, la Ciudad Imperial, donde culminará el recorrido entre grandiosos agasajos y fiestas.

Como Segundo Premio, que corresponderá a la Primera Dama, se ha señalado otro Hermoso Viaje, cuyas etapas y significación describiremos próximamente. Los premios para las cuatro damas restantes se irán publicando oportunamente. Además se otorgarán otros, donados por distintos comercios, empresas y particulares, en proporción digna de la importancia de esta justa.

Ya los organizadores han escogido para adquirir las habilitaciones de las reinas la tienda por excelencia, cuyo nombre es símbolo de arte y buen gusto: "El Encanto". Y para adquirir un magnífico juego de tocador de plata y marfil, valuado en \$400 fué seleccionada la gran joyería "Le Palais Royal", de Pi y Margall 51.

**USTED PUEDE TRIUNFAR EN ESTE GRAN CONCURSO.**

**MANDE SUS FOTOGRAFÍAS HOY MISMO.**

**LLENE Y ENVIE ADJUNTO LA PLANILLA DE INSCRIPCIÓN.**

- 1.—Cada candidata debe hacerse tres retratos. Dos de ellos de medio cuerpo o busto, uno de frente y otro de perfil, y el tercero de cuerpo entero, procurando que el traje se ajuste bien al cuerpo, delineando con la mayor exactitud la silueta de la figura.
- 2.—Si la concursante tuviera alguna fotografía en traje de baño o se la hiciera al efecto, podrá enviarla, facilitando así al Jurado la selección más justa, en la inteligencia de que sólo se utilizará para los efectos del examen, no publicándose en ningún caso, a menos que la propia concursante lo solicite.
- 3.—Las fotografías no podrán ser retocadas en ningún caso, para corregir defectos físicos, ni para desvirtuar la línea o el contorno de las figuras, ni para acentuar o atenuar ningún rasgo característico de las facciones. Los retoques serán simplemente para subsanar defectos del negativo.
- 4.—Las fotografías deben ser claras, detalladas, en papel contraste (blanco y negro) esmaltado y sin desfoques que hagan difícil el examen y el aprecio de los rasgos esenciales.

*Para acompañar las fotografías, las concursantes deberán llenar y remitir el siguiente impreso:*

**PLANILLA DE INSCRIPCIÓN**

Nombre y apellidos .....  
 Lugar de nacimiento .....  
 Provincia .....  
 Edad .....  
 Nombre y ocupación de sus padres .....  
 Trabajo a que se dedica .....  
 Estatura .....  
 Peso .....  
 Color del cabello .....  
 Color de los ojos .....  
 Medidas (en centímetros o pulgadas):  
 Busto..... Cintura..... Caderas.....

Será requisito indispensable tener una dentadura blanca y perfecta.

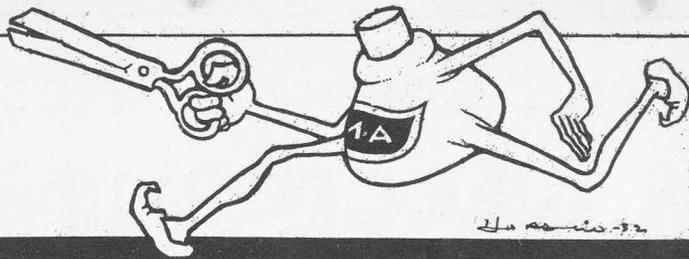
REFERENCIAS: Darse el nombre, dirección y ocupación de dos personas conocidas por su prestigio y solvencia moral en la localidad donde radique la concursante, y que ofrezcan referencias concretas sobre la misma.

**CARTELES. Concurso de Belleza**

*Infanta y Peñalver.*

*La Habana, Cuba.*

# GOMA y TIJERAS



## Cuentos

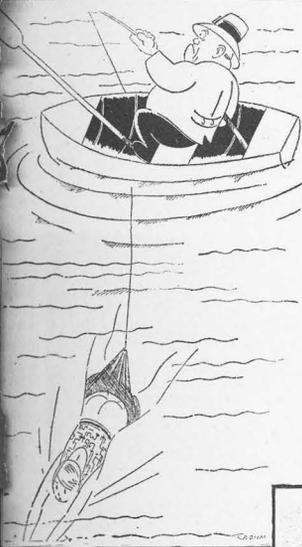
El gran actor Novelli se halla en el puerto de Génova sobre un trasatlántico, dispuesto a marchar a América para una de sus famosas "tournées". Cuando ya el barco ha dado el primer sirenazo, su hijo, buen novelista italiano que nunca se había ocupado de teatros, le entrega un drama, recomendándole que lo lea. El actor queda verdaderamente sorprendido. Piensa que el drama seguramente no valdrá nada; pero lo lee y rectifica su opinión hasta tal punto que decide estrenarlo en Buenos Aires.

En el último acto del drama un jefe de Policía, contrariado por unas aventuras amorosas, se suicida. El estreno del drama del hijo de Novelli fué un éxito; pero al día siguiente la prensa de Buenos Aires publicaba a grandes titulares el suicidio del director de Policía de Buenos Aires.

Novelli pensó que él tenía la culpa y puso a su hijo el siguiente cablegrama: "Tu drama, estrenado con éxito fustoso. No puedo ponerlo en ninguna otra ciudad porque se suicidan los directores de Policía".



—¡Hay momentos en que me parece imposible sopor-  
tar por más tiempo esta situación!  
(De "Collier's".—New York).

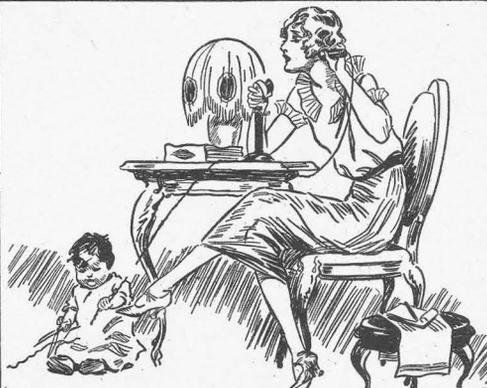


**MALA SUERTE**  
(De "Die Muskete".—Vie-  
na).

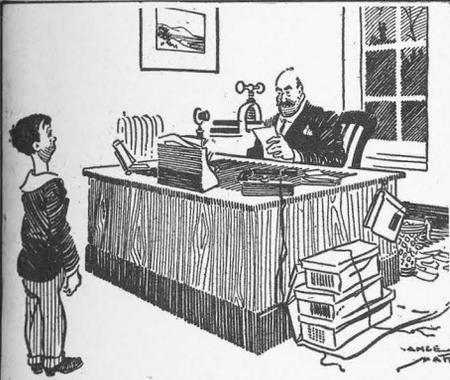
—Lo siento, señora. ¡Por lo visto,  
pusimos demasiada dinamita!  
(De "Collier's".—New York).



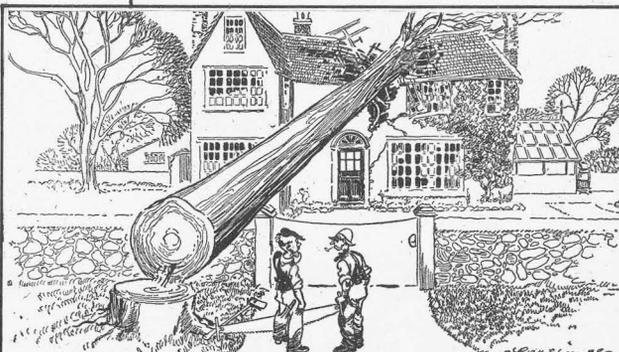
**SE LLEVO LA PLAZA**  
El jefe.—Supongo que usted será una  
persona estrictamente honrada, ¿eh?  
El aspirante a mensajero.—Sí, señor;  
pero al mismo tiempo sé que los nego-  
cios son los negocios.  
(De "London Opinion".—Londres).



—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Alguien debe haber cortado la comu-  
nicación!  
(De "London Opinion".—Londres).



El admirador.  
—Encantado de  
que haya vuelto  
usted a la esce-  
na, miss Footly-  
te. Nunca le ve-  
mos bastante en  
la revista.  
(De "Le Rire".  
—Paris).



El leñador (que ha equivocado sus cálculos).—Bien; creo que debemos ir  
a la casa y pedir perdón.  
(De "London Opinion".—Londres).

# LA LECCION DEL SILENCIO.

**H**OY hablaré, con las propias palabras de Maria Montessori de la *lección del silencio*, tan llena de encanto para el niño, y que practicada en los hogares, en el momento oportuno, sería sin duda, un medio magnífico de aumentar la felicidad de los niños y los padres. Silencio sedante por excelencia, pleno de espiritualidad y alegría (tan distinto de ese otro silencio impuesto) para el niño, hecho por su propio esfuerzo en colaboración amorosa con la madre, y no impuesto por la fuerza de la autoridad, lo unirá más íntimamente a ella, con inefable felicidad.

Nos dice Maria Montessori, que para preparar los ejercicios de examen de la agudeza auditiva es necesario antes enseñar a los niños a *hacer el silencio*. A este silencio lo acostumbra por medio de varios juegos, que contribuyen más que nada a lograr la sorprendente disciplina de los niños de las escuelas montessorianas, disciplina feliz, producto de la autoeducación, no de la coacción.

Dice Montessori, al hablar de cómo enseña a hacer el silencio: "Llamo la atención de los niños sobre mi misma que estoy silenciosa."

"Me coloco en varias posturas: de pie o sentada, *inmóvil, silenciosa*, sin mover un solo dedo, que podría producir un ruido aunque fuera apenas perceptible; mi respiración podría también oírse, procuro que sea silenciosa, que todo quede sumido en un absoluto silencio. Llamo después a un niño y lo invito a imitarme; mueve un pie para colocarlo mejor ¡hace ruido!; mueve un brazo rozando imperceptiblemente el sillón ¡he aquí otro ruido!; su respiración no es todavía completamente silenciosa como la mía."

"Durante este ejercicio y mientras hablo interrumpiendo mi explicación con momentos de inmovilidad y silencio, los niños se quedan encantados escuchándome y mirándose. Muchos se interesan por una cosa que no había observado nunca, esto es, que hacemos muchas veces ruido sin notarlo y además que existen varios *grados de silencio*. Hay un *silencio absoluto* cuando nada, absolutamente nada se mueve. Los niños me miran asombrados cuando me coloco en pie en medio de la clase y estoy allí como si realmente *no estuviera*. Entonces todos se esfuerzan por imitarme y yo les advierto cuando uno u otro mueve un pie inadvertidamente. La atención del niño se concentra sobre todo su cuerpo en un vivo deseo de conseguir la inmovilidad. Mientras esto sucede se produce un silencio muy distinto de lo que superficialmente llamamos silencio; parece que gradualmente desaparezca la vida y que la sala vaya quedando como si no hubiera nadie. Es fácil ver el interés que los niños toman en el *silencio*: se ve que ellos mismos tratan de iniciarse en algo que pudiera llamarse un comienzo de meditación. Poco a poco cada

niño, observándose a sí mismo, va quedándose cada vez más quieto; el silencio aumenta hasta ser absoluto, como el crepúsculo va poco a poco aumentando, hasta que acaba de ponerse el sol. Entonces empieza a oírse el tictac del reloj de pared y aquel tictac parece aumentar de intensidad a medida que el silencio se hace más profundo. De afuera, del patio, que parecía tan silencioso, empiezan a llegar a nuestros oídos varios ruidos, un pájaro que pía, un niño que pasa... El mundo llega a llenarse de imperceptibles sonidos que invaden aquel creciente silencio, sin estorbarle, como las estrellas brillan en el cielo oscuro sin desterrar la oscuridad de la noche. Los niños quedan maravillados de un tal silencio como de una conquista realizada por ellos mismos. También en el descubrimiento de un nuevo mundo se encuentra el descanso de aquel que forma nuestro ambiente habitual. Crepúsculo que sigue al mundo de los ruidos ensordecedores y del clamor, que oprimen al espíritu. Así el espíritu se siente libre y se abre, como se abren las corolas de las flores...

"En este momento se cierran las ventanas de modo que la habitación quede sumida en una semioscuridad y se invita a los niños a que cierren los ojos, y a que se los tapen con la manos apoyando ligeramente la cabeza. En esta penumbra y en medio del silencio absoluto se les dice: "Ahora escucharéis una voz suave que os llamará por vuestro nombre".

"Entonces, desde la habitación inmediata por la puerta entreabierta los llamo en voz baja pronunciando lentamente las sílabas de sus nombres como cuando se llama a una persona distante, y esta voz misteriosa parece que les penetra en el corazón y habla directamente a sus almas."

"Cada niño que se siente llamado levanta la cabeza, abre los ojos como si saliera de un sueño y se siente feliz; se levanta silenciosamente procurando no tocar las sillas y anda de puntillas tan delicadamente que apenas se per-

cibe su paso aunque todavía se oye en el silencio absoluto y la inmovilidad que persisten. El niño se dirige a la puerta con semblante alegre, da quizás algún salto en la habitación vecina, sofocando sus pequeños accesos de risa; o bien se coge de mis vestidos apoyando su cabeza contra mi cuerpo y se pone a mirar a los compañeros que permanecen en su expectativa silenciosa."

"El llamado se siente un privilegiado casi, y no obstante sabe que todos serán llamados, empezando por el que *guarde el más profundo silencio*. Así cada uno espera ser llamado antes y procura tener su actitud del modo más perfecto. Vi una vez una niña de tres años que procuró sofocar un estornudo y lo consiguió, conteniendo con todas sus fuerzas su respiración. ¡Esfuerzo verdaderamente sorprendente!

Estos juegos entusiasman a los niños; sus semblantes, que expresan su concentración de espíritu y su paciente inmovilidad, revelan el gran placer que experimentan. Al principio cuando todavía desconocía el alma del niño les enseñaba caramelos y juguetes prometiéndoles entregarlos a los que fueran llamados, suponiendo que los regalos debían ser los atractivos indispensables para obtener tales esfuerzos de su parte. Pero pronto me di cuenta de que esto era inútil."

"Los niños después de haber realizado los esfuerzos y de haber experimentado las emociones y los goces del silencio, se sentían del todo felices, felices por haber alcanzado una nueva victoria. Esta era su verdadera compensación y olvidaban la promesa de los dulces y los juguetes. Abandoné, pues, ese procedimiento inútil y vi con sorpresa que el juego se perfeccionaba cada vez más hasta llegar a mantener niños de tres años inmóviles y en silencio durante todo el tiempo que transcurría mientras se llamaba y salían los otros cuarenta niños. Entonces me di cuenta de que el alma del niño tiene sus premios y sus goces espirituales. Después de estos ejercicios parecía como si me quisiesen más. En realidad, nos habíamos aislado del mundo, y

habíamos pasado unos instantes juntos y unidos; yo deseándolos, llamándoles, y ellos escuchando en medio del más profundo silencio la voz que los llamaba personalmente a cada uno en particular, juzgándole el mejor de todos".

He aquí la eficaz lección con que Maria Montessori enseñó una vez el silencio a sus niños:

"Un día en el patio de una *Casa dei Bambini* encontré a una madre que llevaba en sus brazos una niña de cuatro meses. La niña, gordita y tranquila, parecía la imagen de la paz. La cogí en brazos y se quedó quieta sin llorar. Los niños habían salido a mi encuentro como de costumbre, abrazándose a mis piernas de un modo tan violento, que casi me hicieron caer al suelo. Yo les sonreí enseñándoles *la muñeca*; ellos entendieron y se pusieron a saltar alrededor mirándome con ojos brillantes de alegría, pero sin tocarme por respeto a la niña que tenía en brazos. Así entramos en clase y yo me senté frente a los niños en una silla alta y no en una pequeña como era mi costumbre. Me senté con cierta solemnidad. Los niños miraban a mi niña con una mezcla de ternura y de alegría; no habíamos todavía pronunciado una sola palabra. Yo les dije entonces: "Os he traído una pequeña maestra". Y viéndoles sorprendidos y a punto de reír, añadí: "Una maestra, sí, porque ninguno de ustedes sabe estar tan quieto como ella". Todos los niños se acomodaron en sus sitios. "Ninguno tiene las piernas tan quietas como ella". Todos juntan sus piernas para que tengan una actitud correcta. Sonriendo prosigo: "No las tendréis nunca tan quietas como ella, las movéis un poco, ella no. Nadie puede hacer lo que ella hace". Los niños se van poniendo serios, parece que les va entrando la convicción de la superioridad de la *pequeña maestra*. Hay algunos, no obstante, que sonríen y parecen querer decir con los ojos que todo el mérito lo tiene la faja que la ciñe. "Ninguno puede estar tan quieto como ella". Silencio general. "No es posible guardar tanto silencio como ella. Escuchad su respiración, ¡qué suave!... Acercaos andando de puntillas". Algunos se levantan y se adelantan despacio tendiendo la oreja hacia la pequeña. "Nadie puede respirar tan silenciosamente como ella". Los niños miran con asombro, no habiendo nunca pensado que estando quietos pudiesen hacer ruido y que el silencio de los pequeños es más absoluto que el de los mayores. Todos tratan de contener la respiración. Yo me levanto, doy algunos pasos y prosigo: "¿Veis, niños? Yo ando sobre las puntas de los pies y no obstante hago ruido, mientras que la niña que anda conmigo no hace ninguno". Los niños sonríen conmovidos, comprenden la parte de verdad y la parte de broma que encierran mis palabras y por la ventana devuelvo la niña a su madre.



Lección del silencio.

(Continúa en la Pág. 66).

# Feminidades

## Aspectos de la moda

Dentro de lo que nos brinda la nueva estación hay notas que precisan divulgarse como características del día. Se asientan en todas las colecciones del verano chaquetas y corbatas de un feminismo apreciable, comunicándose a la silueta un aspecto de moderna juventud. Se caracterizan estas demostraciones de la moda por una negación absoluta de lo varonil, en que solíamos caer frecuentemente a los vestrinos de chaqueta y doblemente al utilizar la corbata. La francesa, orgullosa de su encanto femenino, ha rechazado dignamente aquellas tendencias chocantes que pretendieron igualarla al hombre. Hoy todo es suave, apropiado y muy mujer, por así decir. No es preciso, porque ya nos lo enseñan los croquis, hacer conocer que lo que hoy describo son netamente combinaciones de momentos simples.

Maggy Rouff enseña sobre un traje verde de vivo una chaqueta de grueso algodón rayado, en blanco. Los zapatos y sombreros van en estos dos coloridos, ya que el listado blanco y verde de la corbata se repite también en la banda del sombrero. Hay un aire de cómoda independencia en todo el aspecto del modelo, pero no apaga esto su positiva elegancia. Vera Borea es la creadora de la silueta compañera, y nos recomienda su idea para horas de playa.

El material es crash de hilo en combinación con warandol más fino. La echarpe anudada en el mismo cuello, es de *peau d'ange* amarillo, azul y negro. La boina, tan apropiada, es también en warandol. La saya va amplia como lo requiere el sport.

Los dos modelos responden a un gusto perfecto, tanto de forma como de armónica belleza en el colorido. Son una demostración clara de lo que puede el gusto sin remontarnos muy alto ni recurrir a laberintos complicados.

## INNOVACIONES Y CAPRICHOS

Va vibrando la moda al conjunto de mil frescas ideas, tendencias todas de embellecimiento que debemos recoger como delicado homenaje.

Dentro de lo múltiple que se piensa y lanza, hay puntos que deben destacarse como corrección de otros tantos errores y como conveniencia necesaria al buen gusto.

¿Sabemos que París condena el uso desmedido del desnudo de espalda? ¿Será esto un consejo al abuso que de ello pretendemos hacer?

Este desnudo queda tachado, como nota discordante, en trajes de ciudad, aun aquellos de cierta formalidad donde el corte de la espalda sólo caerá a la mitad y en forma de gracioso drapéado.

Detengámonos, pues, la tierra abierta, para imponer malamente lo que la sensatez de la moda califica de incorrección, y dejemos los escotes "de sol" para la libertad de la playa, donde nos estarán permitidos en creaciones típicamente deportivas.

Hay una original presentación en las chaquetas informales que pueden acompañar infinidad de *toilettes*.

La chaqueta, hoy pieza esencial, no queda del todo inutilizada por el calor de nuestra tierra, ya que nos será práctica en las horas de humedad o para resguardarnos en el trañín del deporte.

Las formas del momento van sueltas a todo lo largo, pero aumentada la amplitud del corte sobre la espalda comunican a la silueta un perfil curioso.

Sobre un traje de tono único, el tejido de cuadros es novedad elegante. Para cubrir un fondo rosa, será acertado blanco y marrón, para armonizar con el blanco, verde con negro; para azul, jaiento gris y azul oscuro.

## EDUCANDONOS

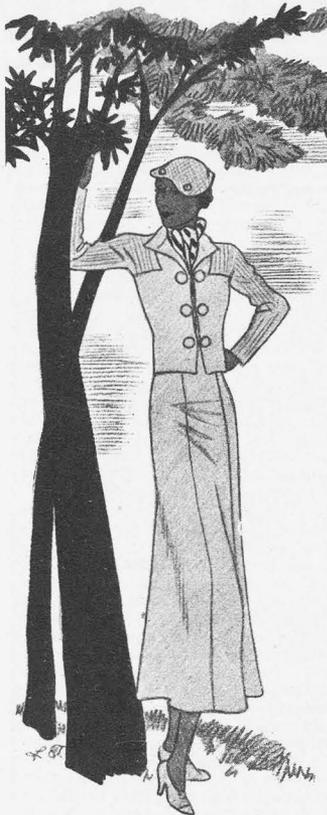
### LA NUEVA ETIQUETA

Y Simplificada la vida en todos sus aspectos, hay detalles hoy que no se avienen a los hábitos de ayer.

Aquella costumbre que permitía a la mujer apoyarse en el brazo de un caballero por cualquier circunstancia, es hoy francamente de mal tono.

La mujer de nuestra época, habituada a la marcha, no necesita apoyo sino en casos necesarios. Cuando se es ya anciana, cuando estamos impedidas por un defecto, al cruzar una calle complicada, al encontrarnos en sitios peligrosos, son los únicos motivos en que se precisa el auxilio del hombre.

Al subir a un carruaje, este auxilio será discreto y al apearse se dará gentilmente la mano.



## Publicidad

**H**AY en los tiempos que vivimos una ansia impetuosa de destacarnos, de salir al escenario público impuestos de algún papel—no importa si como actores de prestigio o como cómicos de farándula—lo esencial, lo que se nos impone para estar al día, es repicar muy fuerte nuestra campana personal y fijar de este modo el necesario cartel.

Esto que bien mirado tiene todas las condiciones de un reclamo forzado, se deja sentir en todos los órdenes de vida y casi pudiéramos llamarlo la fiebre de la época.

Ayer vivíamos en oscuridad monótona, hoy nos hemos embriagado de luz, y nadie es nadie si no relumbra con potentes bujías. La apacible suavidad de media luz, que tan lindo colorido suele prestar, ha quedado olvidada en la brusquedad de esta transición. Permanecer en la sombra constituye en nuestros días una señal evidente de incapacidad, porque, como decíamos, es preciso salir a pleno aire y gritar más que actuar que valemos mucho, sin esperar a merecer la espontaneidad de este calificativo. No importa para esto los derechos que nos asistan, porque dolorosamente, el impulso de la osadía barre sin escrupulo la humildad de todos los dignos.

En esta aspiración febril en que parecemos obedecer a una fuerza potente que tiende a elevarnos muy alto llevándonos a la cima sin que nos acompañen nuestras propias fuerzas, no están sólo comprendidas las aspiraciones materiales de todo aquello que se limita al mundo de los negocios, hemos ido más lejos, y sin limpiarnos del lastre del camino irrumpimos en el terreno del espíritu. Se practica la caridad anunciándola entre cal/jacitivor sonantes que eclipsan la dulzura de su propio nombre. La virtud del trabajo pasa la línea del deber para apropiarse la condición de mérito. La honradez no permanece ya dormida al arrullo imperceptible de nuestra conciencia interior; hay que enseñársela al público para que la dore con frases rimbombantes. Y aun más, ni el honor quiere permanecer solitario al calor efectivo de nuestros íntimos conceptos, se abre paso y sale también a la publicidad reclamando homenajes que lo enturbian con frecuencia:

Así, en continuación precipitada, queremos estar todos en sitio de preferencia, llevando a cuestras el jardo de lo que somos para lucirlo relumbrante en todos los momentos, sin que jamás nos detengamos a la sombra de un árbol a hilar con paciencia "y con conciencia" las galas con que aspiramos a cubrirnos. Es preciso descender de esta cuesta que subimos ciegos de ambición, vacíos de verdad, y tú, mujer de esta época, ansiosa de todo aquello que te engrandezca sinceramente, sal del montón, no te incorpores a la avalancha de esta muchedumbre osada. Labra en silencio tu propia heredad y, dueña como eres de divinos tesoros, no los empañes ni malgastes en un necio y desvalorizado reclamo. Marcha sin ruido, dejando en todo la semilla de tu cooperación eficaz, pero pasa por alto con el sano control de tu criterio la ambición de notoriedad que hoy nos trastorna.

En este vicio reinante hemos perdido la noción de aquilatar, y no sabemos va apreciar más que lo que se anuncia a tiro de cascabel; es que se nos ha ido el vino más allá del cerebro y queremos hacer de la vida feria de postores y no colmena de labor.

A ti, mujer de la hora, enriquecida de tan hermosas condiciones, puede que toque la misión de apagar la hoguera deslumbrante de tantas osadías. Calladamente, pon tus manos en la obra, silenciosamente introduce las claridades de tu razón, amorosamente derrama el caudal de tu ternura, pero ni ahora ni en la hora del triunfo pongas cartel de reclamo, que en la belleza de tu modestia habrá suficientes clarinadas de gloria.

LEONOR BARRAQUÉ.

Esto es lo correcto y también lo preciso.

¿Cómo saludaremos en público? Es regla general entre señoras y caballeros que sean las primeras las que lo inicien. Cuando la intimidad es abierta ni uno ni otra exigen un anticipo.

Entre muchachas y jóvenes, estos saludos deben ser espontáneos y sin etiqueta.

Entre una señora y una señorita que se encuentran por primera vez después de la presentación, el saludo inicial corresponde sin duda a la de más edad.

Entre personas que se encuentran repetidas veces durante el día, sólo será preciso una sonrisa y una afectuosa mirada.

En nuestros saludos debemos prescindir de lo ceremonioso y exagerado, ofreciéndolos leves y cumplidos.

No lo negaremos jamás, pues aun por motivos especiales buscaremos suavemente el evitarlo antes que despreciarlo. La buena educación no admite para esto ninguna disculpa. \* \* \*

Vienen hoy a mi página, con la devoción de una amistad inapagable en mi familia, unos versos inéditos de Juana Borrero, aquella bella promesa que pasó como un soplo, pero que aun vive, a través de su poesía. Son del año 93, conservados entre papeles queridos, y cedidos a mis lectoras como un bello recuerdo.

## LA FAMILIA

POR EDUARDO ROD

¿Es posible que amar resuelva todos los problemas y que a nuestro angustiado corazón lo mismo que a nuestro espíritu

curioso, le baste con tan poca cosa, una familia, para hallar la calma y la paz?

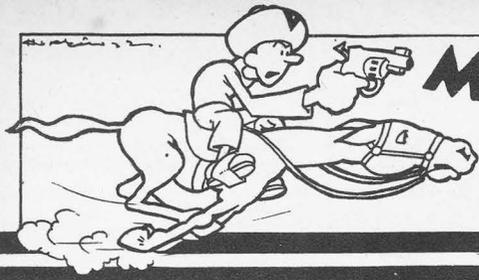
Sí. Producir felicidad en torno nuestro, hacer dichosos dentro del estrecho límite a los seres cuya suerte está ligada a la nuestra; ¡hay ideal más alto! Morriremos nosotros y nuestras obras; nuestros pensamientos se desvanecerán; no subsistirá ni una sola piedra de los edificios que habremos construido; ni una letra de los nombres que habremos creído inscritos en la Historia; pero ¡no quedará nada de los soles de afición que hayamos encendido!

Son necesarios milares de años para que desaparezca la luz de una estrella apagada; ¿cuánto tiempo pueden, pues, vivir y perpetuarse, después de nosotros, los sentimientos dulces y sencillos que hemos hecho irradiar de nuestros corazones?

Basta un relámpago de simpatía en nuestro corazón para esclarecer otros corazones. BENAVENTE.

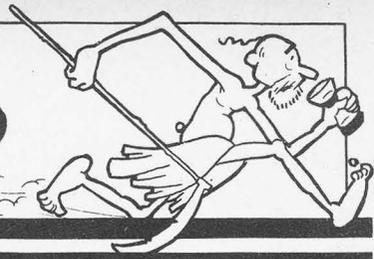
## SIMILIS

¿Ves esa flor que triste se consume y se abrió junto al muro derruido? Hija de la humedad que la ha nutrido guarda en su ser recóndito perfume. Así nació mi amor: ardiente y puro como del sol el oscuro encendido, hizo brotar el germen escondido entre las grietas del ruinoso muro. Flor enfermiza que se abrió entre ajros sin recibir el ósculo del día, una vez que se abrió, tan sólo ansia que no le falte el juego de tus ojos.



# MATANDO el TIEMPO

A cargo de Luis Sáenz



## SOLUCIONES

A los pasatiempos del número anterior:

- 1-CIT.
- 2-Laca, pato, dolo, tapa.  
La capa todo lo tapa.
- 3-Pantomima.
- 4-Las Termópilas.
- 5-Del 13 al 17.

A los crucigramas:

V	E	R	D	O	L	A	G	A	C	A	M
A	Ñ	O	V	A	G	A	B	E	C	A	
L	E	C	U	C	A	L	U	N	A	R	
S	S	O	L	A	M	O	F	A	C		
C	A	T	O	B	A	C	O	R	E		
S	E	Ñ	A	B	A	J	A	T	U	L	
E	S	A	S	E	T	A	P	I	S	O	
L	A	M	U	S	A	V	E	R	O		
V	M	O	M	O	R	E	M	O	T		
O	P	I	N	A	T	U	N	A	E	R	
S	O	M	A	R	A	R	A	Ú	V	A	
O	R	A	F	A	C	A	U	N	O	S	
S	O	G	A	S	O	L	I	N	A	S	

1	ca	ba	3	pe	ca	mi	no	sa	6	q	ris	co	
2	pa	rra	7a	da	ca	mi	mo	fa	8	a	chi	ca	ria
12	ra	ja	go	13	sa	ra	mo	quo	con	ce			
20	zan	14	lo	gi	ca	17	le	da	18	ll	o		
5	be	11	co	sa	16	ta	ca	co	ge				
31	cor	be	7a	22	va	lar	33	pe	3a	ra	2a	3a	
nu		25	ca	no	11a	27	pe	se			ma		
co		21	le	vao	23	do	1a	res			ti		
30	pa	31	mo	32	le	sa	33	ri	ña	34	a	hue	co
16	ta	17	co	17	co	18	39	e	du	ra			
40	pa	ra	41	pe	di	42	bal	co	nes	43	7a		
40	no	re	fa	ce	ri	q	no	ca	mo				
44	ca	mi	lle	te	20	ca	ca	31a	mo	men	te		
52	co	ca	no	53	per	30	no	13	7a	14	7a	ra	

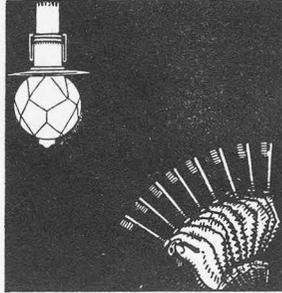
## CURIOSIDADES

### LA PERSISTENCIA DE LAS IMAGENES EN LA RETINA UNA CUESTION DE ALUMBRADO ELECTRICO.

En el alumbrado eléctrico se emplea a veces corriente eléctrica continua, es decir, de sentido constante, y a veces corriente alternativa, es decir, que cambia periódicamente de sentido. Esos cambios son muy rápidos: generalmente, cien por segundo.

Si tenemos un arco voltaico alimentado por corriente alternativa, tendremos que cincuenta veces por segundo la corriente eléctrica irá del carbón superior al inferior y otras cincuenta veces por segundo irá del carbón inferior al superior; y cien veces por segundo (los cien cambios de sentido) no pasará corriente por el arco; es decir, la luz del arco quedará, cien veces por segundo, apagada.

No percibimos este temblor luminoso a causa de la persistencia de las imágenes en nuestra retina: no se ha extinguido todavía la imagen de un objeto en nuestra retina cuando vuelve a estar iluminado por el arco.



Las imágenes perduran en nuestra retina 1/10 de segundo, y esta duración es muy grande con respecto a la pequeñísima duración de una oscilación de arco. Por esto no percibimos oscilación o centelleo luminoso alguno, sino una luz quieta, de intensidad constante.

Sin embargo, algo extraordinario se advierte cuando un objeto bien iluminado se mueve a la luz de un arco voltaico alimentado por corriente alterna.

Agitando rápidamente a derecha e izquierda un objeto metálico bruñido, por ejemplo una llave, en vez de percibir una superficie uniformemente iluminada, como sucedería si nos alumbráramos con luz continua, percibiremos una serie de bandas luminosas separadas por intervalos oscuros. La explicación, después de lo dicho en los últimos párrafos, es sencillísima: en virtud del movimiento del objeto, cada ráfaga de luz, cada momento de obscuridad, lo hallan en lugar distinto, y no superponiendo sus imágenes en la retina, a pesar de su persistencia, pueden distinguirse (fig.).

Los mismos efectos se observan con sólo mover la mano o el bastón; o también sobre los objetos fijos, por ejemplo, los árboles del paseo, pasando por ellos rápidamente la vista.

Aunque con menos intensidad que con el arco voltaico, también dan origen a este fenómeno las lámparas de filamento metálico. Es en cambio particularmente intenso en los tubos de descarga eléctrica en gases enrarecidos, tan profusamente empleados para anuncios luminosos.

Por la misma razón, es muy notable el aspecto de un chorro líquido alumbrado por la luz de un arco de corriente alterna, en vez de verlo en forma de hilo continuo, como cuando la luz es continua, se perciben deslindadas entre sí las gotas que lo constituyen.

## 3-CHARADA GRAFICA

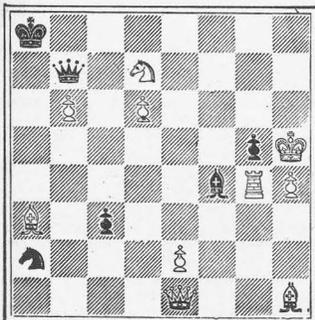


## 4-CUESTION.

## EN FAVOR B

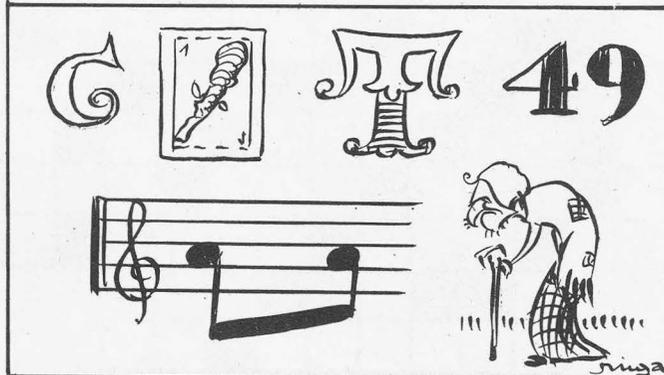
“Nosce te ipsum”

## 1-PROBLEMA DE AJEDREZ.

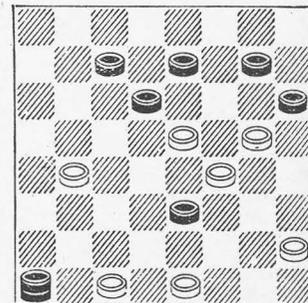


BLANCAS MATAN EN 2.

## 2- REGION DE ESPAÑA

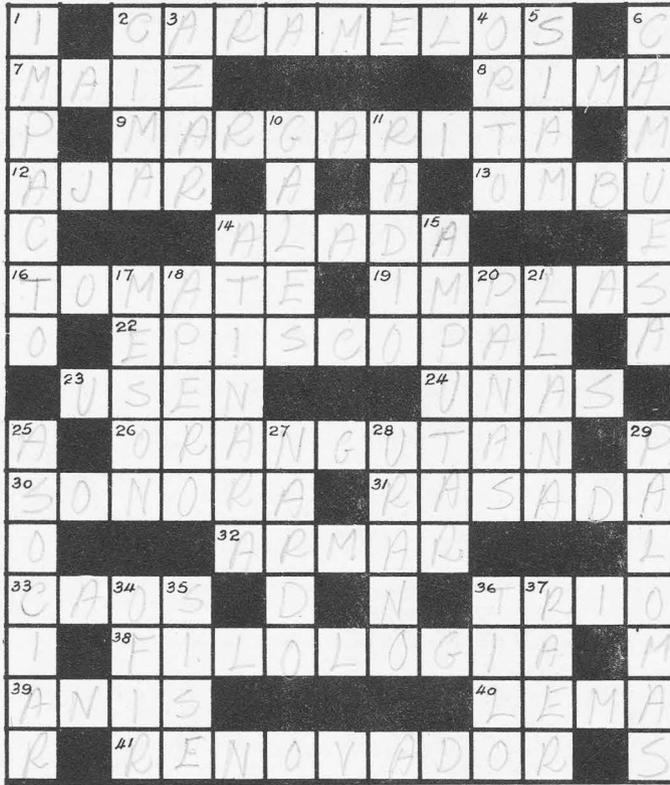


## 5-PROBLEMA DE DAMAS.



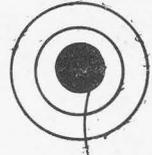
BLANCAS JUEGAN Y GANAN

# CRUCIGRAMA

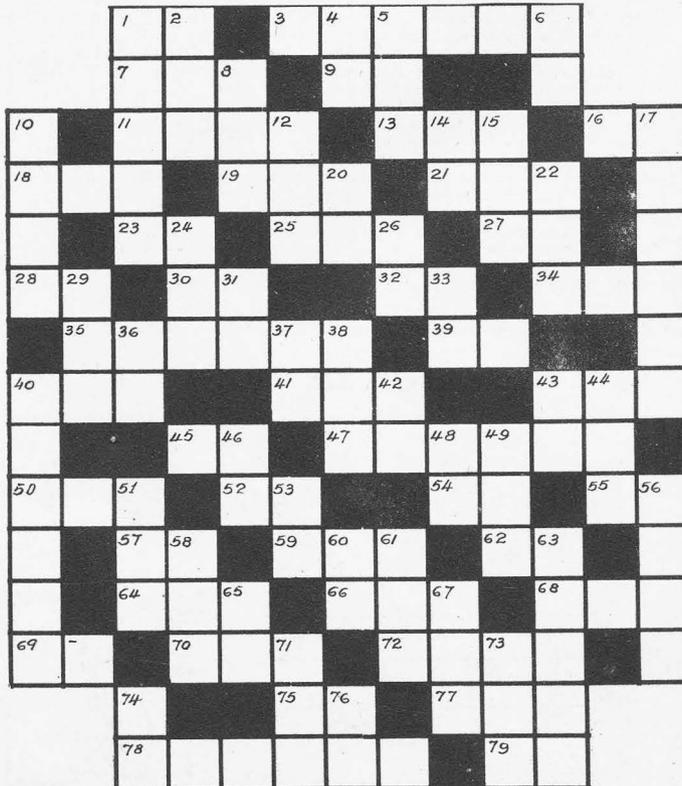


- Horizontales:
- Dulces.
  - Planta gramínea.
  - Hace versos.
  - Flor.
  - Arrugar.
  - Arbol muy grande.
  - Que tiene alas.
  - Hortaliza.
  - Tocas antiguas.
  - Relativo al obispo.
  - Empleen.
  - Artículo.
  - Mono.
  - Estado de Mexico.
  - Nivelada.
  - Dar armas.
  - Confusión.
  - Compuesto de tres.
  - Ciencia de las lenguas.
  - Bebida, planta aromática.
  - Emblema.
  - Que renueva.

- Verticales:
- Choque.
  - Cumbre.
  - Suerte.
  - Salida de un astro.
  - Imperio de la Indochina.
  - Fruto del camueso.
  - Región de la Gran Bretaña.
  - Metal.
  - Acertara.
  - Cortar un miembro.
  - Posada.
  - Util agrícola.
  - Clase de tela. (Pl.)
  - Lisa, plana.
  - Juntar una cosa con otra.
  - Planta liliácea.
  - Planeta.
  - Ave. (Pl.)
  - Comarca de Oriente.
  - Haga sisas.
  - Arbol liliáceo.
  - Raspar una superficie.

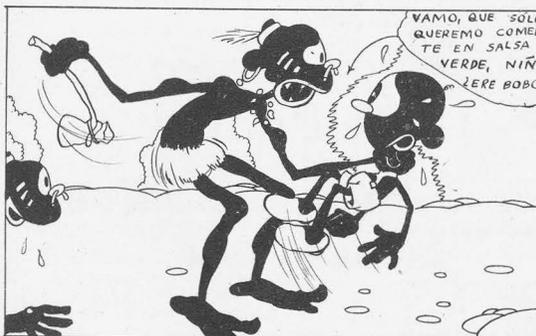


# CRUCIGRAMA SILABICO

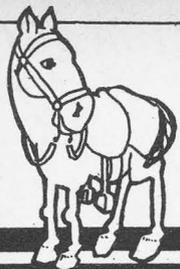


- Horizontales:
- Planta medicinal.
  - Se hace digno de crédito.
  - Agujero de la piedra de la tahona.
  - Del sexo masculino.
  - Caso de declinación.
  - Debajo de la barbilla.
  - Alaba.
  - Dar asilo.
  - Rama pequeña.
  - Relativo al colon.
  - Aspero y picante al oífato.
  - Armadura para el pecho.
  - Amansar un animal.
  - Dé color de oro.
  - Tinaja.
  - Perro de caza.
  - Torta de harina.
  - Con afán.
  - Red.
  - Con dote señalado.
  - Planta cuyas hojas se fuman.
  - Caña.
  - Flor.
  - Muy notable.
  - Comediante.
  - Moderada, sobria.
  - Cesta de mimbres.
  - Extrae.
  - Seglar sin orden religiosa.
  - Encoba huevos.
  - Perro de guardia.
  - Ladronzuelo.
  - Veneno muy activo.
  - Coche cerrado.
  - Costado.
  - Hendiré.
  - Arma a modo de venablo.
  - Acierto, habilidad.
  - Bebido.
  - Parte de quebrado. (Pl.)
  - Nombre femenino.

- Verticales:
- Arte de conocer el carácter por la escritura.
  - Juguete.
  - Nata de la leche cruda.
  - Feliz.
  - Promesa.
  - Contrario a la verdad.
  - Descarado.
  - Que causa vómito.
  - Buque.
  - Voz de la oveja.
  - Ignorancia profunda.
  - Defecto.
  - Región.
  - Raquitico.
  - Pastor mozo.
  - Hileras de caballerías atadas una detrás de otra.
  - Artificio de pesca.
  - Pegamento.
  - Balle.
  - Hierbabuena.
  - Natural de Tebas.
  - De cabeza larga.
  - Armadura antigua.
  - No del todo.
  - Llena de lana.
  - Chocar.
  - Achlote.
  - Probadno un líquido.
  - Enojo, ira.
  - Hijo de Adan.
  - Curva que forma una cuerda colgada en dos puntos.
  - Gotas de agua que caen en el interior de la casa.
  - Sobrenombre femenino.
  - Juego de azar.
  - Que gobierna.
  - Colorada.
  - Llamamiento a un pueblo en caso de peligro.
  - Membrana del ojo.
  - Alisado con la lima.
  - Cartapacio.
  - Punto inmóvil en una cuerda vibrante.



© MANGA DE... -32'



# SIGUIENDO al MUNDO



—Un naturalista que se entretuvo en calcular la marcha de un caracol, afirma que este animal tarda siete días en recorrer un kilómetro.

\*  
—Antiguamente no había actrices. Los papeles de mujeres eran interpretados por hombres con traje femenino. De acuerdo con esto, tampoco se veían ancianos de calva propecta como los que hoy alinean panzas ondas en las primeras filas de los teatros bataclánicos.

\*  
—En el distrito de Cumberland (Kentucky), hay más de 12.000 habitantes de apellido Webb, que son todos parientes. El fundador de este ejército familiar fué un tal Mr. Jason Webb, hombre extraordinario que tuvo 19 hijos, 175 nietos, 150 biznietos y 100 tataranietos.

\*  
—La sangre circula por nuestras venas a una velocidad de doce kilómetros por hora.

\*  
—El juego del salto a la suiza—dice un médico,—ejercitado con prudencia, no ofrece más peligro que el que puede resultar de en-

gancharse un pie en la cuerda y hacerse un chichón contra el suelo. Pero si se abusa de esta diversión, los repetidos saltos y el acoramiento podrian llegar a ocasionar una congestión cerebral de fatales resultados.

\*  
—Al contrario de todos los periódicos, cuya constante preocupación es la de aumentar su tirada, el periódico semanal que se publica en el penal de Sidney no tiene más miras que la de ver disminuir lo más posible el número de sus suscriptores, que son bastantes. El periódico de referencia está redactado por los directores del penal y por uno que otro guardián con veleidades de periodista moralizante. Las suscripciones son absolutamente gratuitas, bastando para la recepción la honrosa calidad de pensionista de la casa.

—En Liberia, el sol sale a las 6 de la mañana en punto y se pone a las 6 de la tarde, durante todo el año.

\*  
—En el año 862, los ciudadanos de Nijni Novgorod se declararon en república y formaron el consejo de los treinta. Esa primera república rusa duró seis siglos y fué llamada la Roma del Norte. Iván III, en 1475, logró reducir a los ciudadanos de Novgorod, después de una lucha memorable en la historia rusa.

\*  
—Un gramático ha calculado que el niño inglés tarda 2,300 horas en aprender a hablar; el alemán, 1,300, y el italiano, 1,000.

\*  
—Para dar salida a los libros de los clásicos de la antigüedad en EE. U., los textos originales fueron modificados al "gusto ame-

ricano", logrando los editores, una vez hecha la modernización, tiradas formidables. Tácito, Juvenal, Platón y Virgilio sólo logran ser leídos presentados como autores nuevos y con las reformas que introducen en sus textos redactores desconocidos, vendiéndose, en cambio, poquísimos ejemplares de las ediciones auténticas.

\*  
—La única vez que se ha conquistado un trono real por medio de la lucha fué en el año 858, en el Japón, cuando el emperador Buntoku hizo que sus dos hijos celebraran un match para decidir cuál de los dos debía sucederle en el trono.

\*  
—Según un maníático de la estadística, París es la ciudad donde existen más sastres, más confiteros, más modistas, más peluqueros y más "amigos de lo ajeno". En cambio, Londres tiene más cocheros, más cocineros y más impresores. Bruselas es la ciudad de los niños que fuman; Amsterdam la de los usureros, y Munich, la de los bebedores de cerveza.



MAYO, 1933  
C. V. MASSAGUER  
DIRECTOR  
LA HABANA, CUBA

*La revista predilecta de toda persona culta.*

EN ESTE NÚMERO:

Massaguer, A. Acevedo Escobedo, Andreotti, Pérez Castillo, P. A. Alarcón, Horacio, Jaloux, Marquí, A. Villar, Fernández de Castro, A. Ramirez, R. Pedroso, Koyanagui, Soto Paz, H. M. Chevalier, G. Renault, E. S. Santovenia, L. Vinent, M. Braña, M. Sáenz, Jess Losada, L. Sáenz, S. M. Bleeniza, M. Alzugaray, Roig de Leuchsenring y otros.

ADEMAS

**"Social Miniatura"**

**TODO UN AÑO  
DOS PESOS**

*Ave. Menocal y Peñalver      Teléfono U-4792*

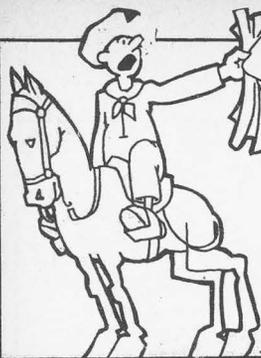
**LA HABANA, CUBA**

# SULTANES MODERNOS



—Si encontráramos otra persona podríamos jugar al bridge.

(De "Judge". New York).



# CARTELES

Fundado en 1919

DIRECTOR: ALFREDO T. QUÍLEZ  
ADMINISTRADOR: MANUEL DE LA TORRIENTE  
Miembro del Audit Bureau of Circulations

Publicado en la ciudad de La Habana, por el "Sindicato de Artes Gráficas", Ave. Menocal y Peñalver.—Cable y telégrafo: "Carteles".—Teléfonos: Dirección, U-1651; Administración, U-2732; Redacción, U-5621; Anuncios, U-8121; Representantes exclusivos, para anuncios, en el extranjero: Joshua B. Powers, Inc., 220 East 42nd St., New York; 616 Ave. Sáenz Peña, Buenos Aires; 22 Rue Royale, Paris; 14 Cockspur St., Londres; 39 Unter den Linden, Berlin.—Número suelto, \$0.10; número atrasado, \$0.20.—Precios de suscripción: para Cuba, un año, \$5.00; seis meses, \$2.75. Para el extranjero (países adheridos al Convenio Postal): un año, \$6.00; seis meses, \$3.25.—Acogido a la franquicia postal y registrado como correspondencia de segunda clase en las oficinas de Correos de La Habana.—No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia sobre material no solicitado.

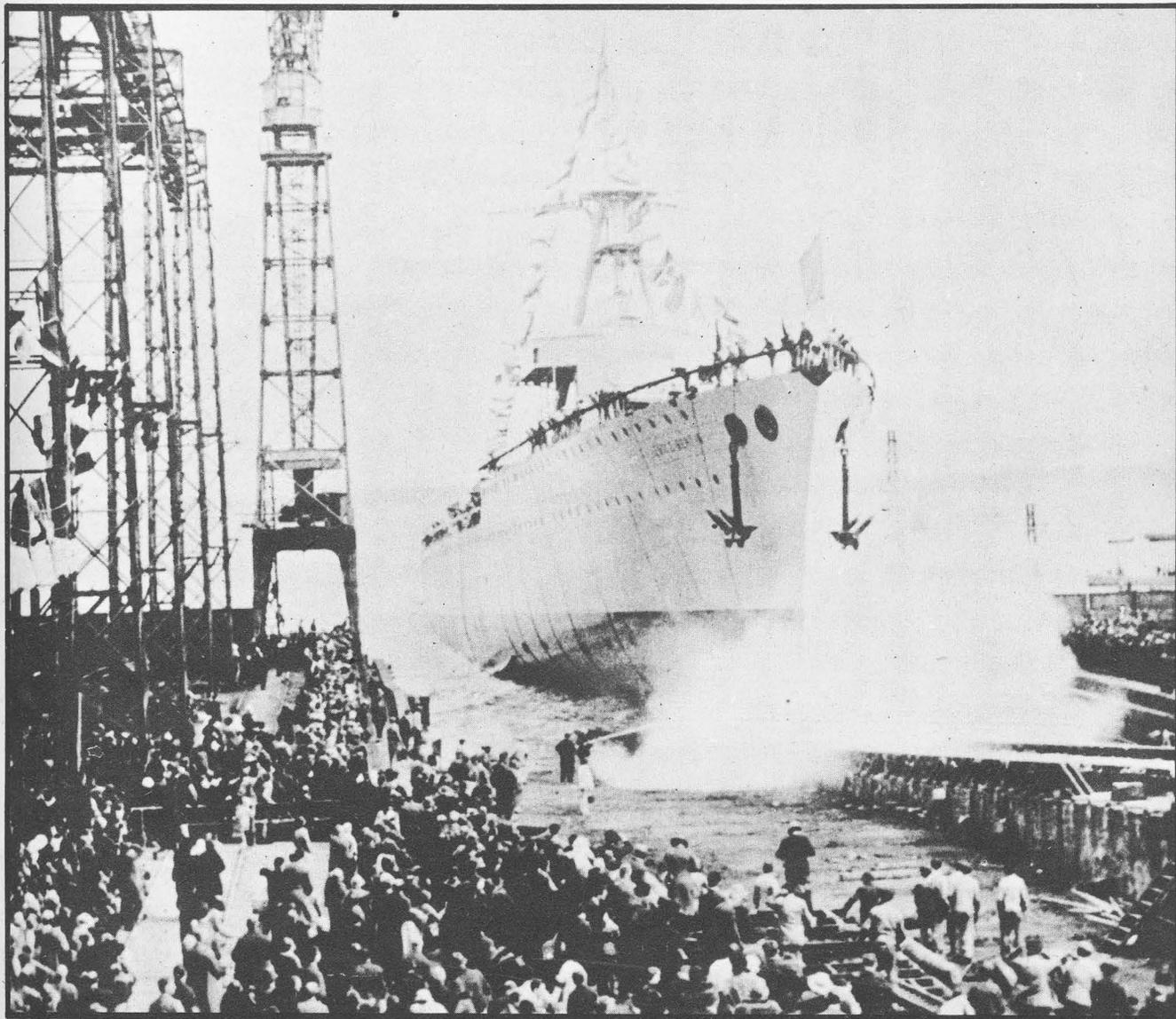


VOL. XIX.

LA HABANA, JUNIO 4 - 1933

No. 23

## Cómo se desarman las potencias

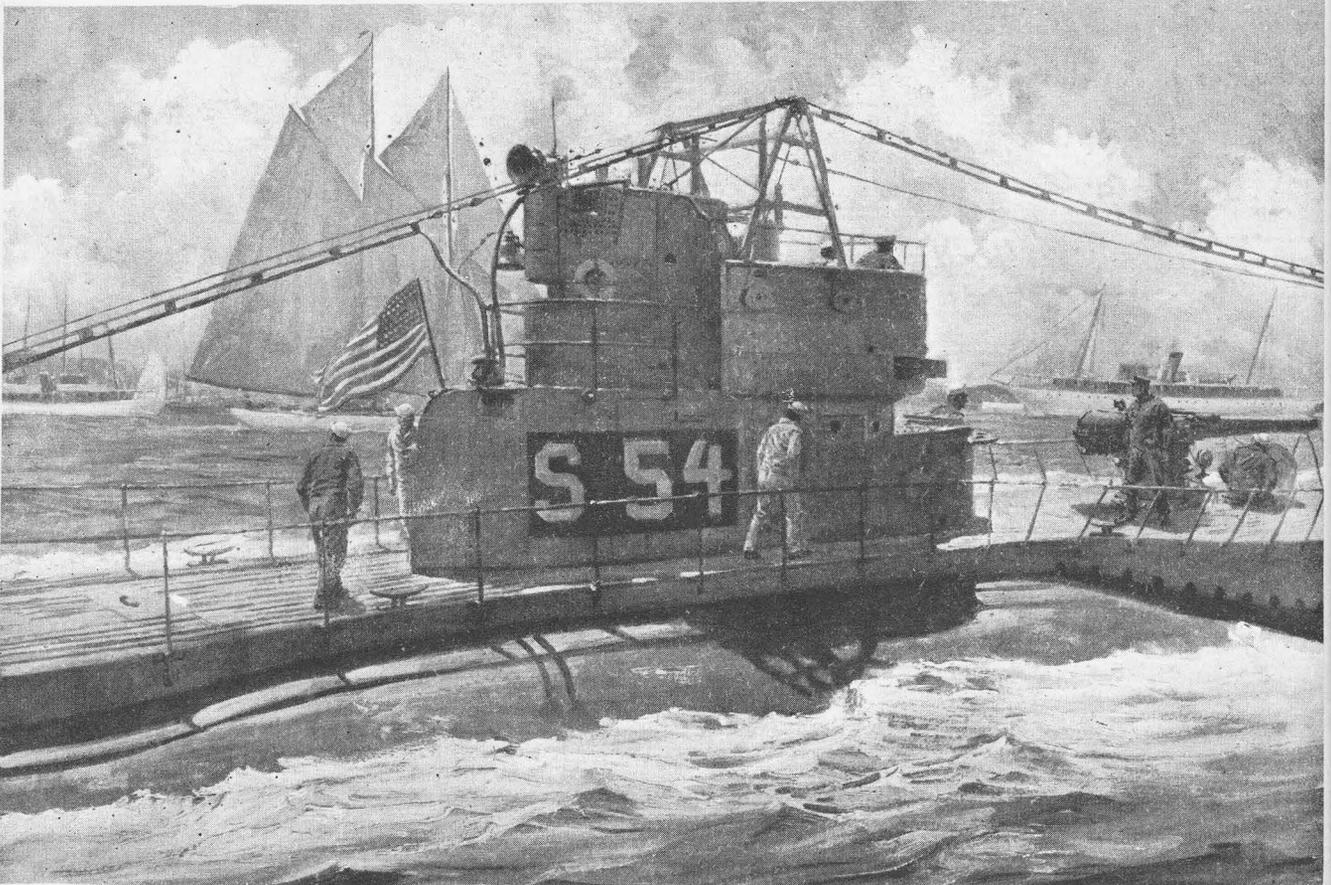


Mientras en Ginebra se entonan himnos a la paz y se aceptan las proposiciones británicas para recortar los armamentos, en Saint Nazaire Francia bota nuevos cruceros que acrezcan su potencia marítima. He aquí una foto de la botadura del "Emilio Bertin", crucero minador con el cual hacen su primera aparición en la flota francesa las torrecillas triples. El buque desplaza 5,886 toneladas, montará 9 piezas de 6" y dará una velocidad máxima de 34 nudos con una fuerza de 102,000 caballos de vapor. (Foto International).

# S-54

Por el Comandante Edward Ellsberg

Ilustración de Anton Otto Fischer. Versión de F. Suárez Varela



**E**L teniente Welton viene aquí como jefe? ¡Vamos, marinero, dile eso a los marineros! ¡No vengas a molestar a los marineros con ese rumor de portalón!

El contraestre agarró la rueda del timón, zafó los seguros, y la hizo girar lentamente, mientras observaba la aguja que marcaba en el indicador el giro. La aguja se detuvo en los 35° a estribor; luego le dio vuelta a la rueda del timón en sentido contrario, y miró a su compañero a través del cuarto de control del S-54.

—Esas cosas no suceden, Mac; no pasan en esta armada.

—Es verdad, Bill, lo que te estoy diciendo. Me enteré por el timonel de la lancha del almirante. Lo vió todo.

McCarthy, jefe de las máquinas del S-54, se levantó de su asiento sobre la tubería de inundación de los tanques de lastre, se acercó y se apoyó contra el periscopio. —Sí, señor, aquel mismo teniente Welton, el que hizo aquella inspección rápida la semana pasada al dirigirse de un té a un baile, marchando tan rápido que el jefe no pudo detenerlo lo suficiente para que diera su O. K. a la lista de reparaciones urgentes que necesita el S-54. Bien, ahora nuestro jefe está en el hospital y Welton es el muchacho que el al-

mirante nos manda para que nos lleve a esa revista naval. Y nosotros con los acumuladores gastados, y yo teniendo que quedarme todas las noches para mantener funcionando los Diesels para cargarlos y poder movernos sumergidos. Estoy completamente cansado, y también lo están los acumuladores.

El contraestre olfateó cautelosamente.

—Tienes razón, Mac. El ácido de las baterías es malo, no hay duda. Este barco está lleno de los vapores de los ácidos y el cloro, y lo vuelve loco a uno. ¿No están funcionando los ventiladores?

—Sí, ¿pero qué tiene eso que ver?—Mac se frotó sus ojos agitados.—Producen tanto gas cuando se están cargando que los ventiladores no pueden dispersarlo con la rapidez suficiente. ¿No lo sentiste cuando estabas durmiendo, Bill?

—No, por nada duermo en uno de estos barcos en puerto. Estoy en libertad todas las noches desde que atracamos. Me alisté aquí desde un acorazado a causa de que el dólar extra que nos dan cada vez que nos sumergimos me lucía muy grande. ¡Dinero de sumersión! ¡No vale nada!—Se rió amargamente.—Pero debes tener informes equivocados acerca del nuevo jefe, Mac. No vamos a sa-

lir hoy, y menos con ese tomador de té, Welton. Vamos, si aquí estuvo anoche otro con dos galones procedente del barco almirante. Cushing era su nombre, y dijo que era el nuevo jefe. Yo estuve con él mientras inspeccionaba las máquinas Diesel y hablaba con algunos de los muchachos, y luego me dijo cuando se retiraba que el barco no estaba en condiciones de hacerse a la mar y que lo iba a informar así al almirante.

—Sí,—dijo McCarthy sonriendo.—Lo hizo, y así fué cómo empezó la fiesta. El nuevo jefe...

Una cabeza apareció en la puercecita a prueba de agua en la proa y una voz malhumorada gritó:—¡Oiga, jefe, no puedo conseguir que agarre el embrague del motor de estribor!

McCarthy se detuvo en su narración, miró con ira por sobre su hombro a su asistente:

—¿Para qué me molestas a mí? ¿No eres un maquinista? ¡Coge una llave inglesa!

La cabeza desapareció. McCarthy se viró hacia el contraestre.—El timonel dice que estaba al lado de la escala del buque almirante, esperando para llevar a la hija del almirante y a este teniente Cushing al baile que daban los ciudadanos de New London en el "Griswold" en honor

del nuevo secretario de Marina. Y que miss Porter estaba de lo más impaciente porque Cushing se tardaba. Y este Welton de dos galones tratando de que ella fuera con él para dejar plantado a Cushing, pero ella no le hizo caso. Y entonces ese teniente Cushing se aparece subiendo la escala con el uniforme blanco todo manchado de grasa.

—Sí,—gruñó el contraestre.—Le vi mancharse cuando se deslizó detrás del Diesel de estribor para ver bien el cilindro que no funciona.

—Todo manchado de grasa,—prosiguió el jefe de las máquinas, ignorando la interrupción,—y en cuanto miss Porter lo vió subiendo la escala para llevarla a un baile manchado así, se enfrió.

—Siento haberme tardado, Betty—dice él.—¿Dónde está tu padre?—dijo y pasó por su lado.

—Estás hecho una facha"—dijo ella.—"Cámbiate la ropa pronto. Estamos retrasados ya una hora".

—Lo siento, Betty, pero tengo que ver primero a tu padre"—dijo él.—"Vengo del S-54".

—¿Y eso qué tiene que ver?—pregunta ella, lanzándole una mirada dura.

—"Mucho"—dijo Cushing.—"El jefe del S-54 está enfermo y tu padre me ordenó que tomara

su mando para ir mañana a esa revista, y lo estuve inspeccionando, y no está en condiciones de hacerse a la mar, y tengo que ver a tu padre y protestar contra esas órdenes"—y se dirigió hacia el camarote del viejo cuando, dice el timonel, el almirante que aparentemente lo había oído todo a través de su ventanal, salió a cubierta hecho una furia.

"—¿Qué es esto?"—le dice a Cushing.—"Protestar mis órdenes ¿Qué quiere decir protestar?" Cushing se puso un poco pálido, pero no cedió terreno.

"—El S-54 no ofrece seguridad para hacerse a la mar, almirante"—dijo.—"Vengo de inspeccionarlo, y debía estar en el astillero de la Marina reparándose".

"—¿Seguridad? ¡Estoy cansado de usted insistiendo siempre en la seguridad y sus planes tontos de seguridad! ¡Mis barcos están hechos para pelear, no para seguridad! Cumpla sus órdenes, teniente Cushing. El teniente Welton inspeccionó el S-54 la semana pasada, e informó que toda estaba bien".

"—Mr. Welton no pudo haber hecho un examen cuidadoso, señor"—dijo Cushing, ansiosamente.—"El barco está en una forma terrible. Es correr un gran riesgo el mandarlo que salga de ese modo, especialmente cuando es sólo para tomar parte en una revista".

—El timonel dice que debieras haber visto al almirante. Su pescuezo se hinchó sobre el cuello de la camisa, y dijo en una explosión:

"—Joven, ¿está usted discutiendo las decisiones de sus superiores?" Y le dijo a Cushing que es-



taba bajo arresto, y le dice a Welton que tome el mando del S-54 y lo lleve a esta revista, y entra otra vez en su camarote antes de estallar, tan bravo estaba.

El contramaestre silbó suavemente.—¡De modo que tenemos a Welton! Después de aquella inspección que hizo que no nos facilitó una sola reparación, el jefe viejo dijo que cuando Welton era novato juró que dejaría los trajes de algodón de trabajo a los demás y que él quería uniformes con herretes.

—Sí, pero eso no es todo,—añadió McCaathy.—El timonel dice que cuando el padre acabó con él, miss Porter se dirigió hacia Cushing allí mismo sobre el alcázar y le dijo que estaba aburrida y cansada de él que siempre llegaba

tarde y quitándose la sortija de él que estaba usando, se la tiró a la cara. Agarró después al teniente Welton por el brazo y bajó por la escala hacia la lancha y lo último que vio el timonel al seguirlos fué a Cushing arrastrándose debajo de la torre buscando su sortija, con un soldado de marina a su lado para llevarlo abajo arrestado.

Una cabeza sucia apareció cautelosamente a la vista a través de la puerta de proa del cuarto de máquinas.

—Es inútil, Mac,—dijo una voz cansada.—La apreté, pero todavía no agarra bien. Las bases de fricción deben de estar gastadas en ese embrague. Así no podemos partir.

Mac juró por lo bajo:

—Hay demasiada maquinaria en estos buques. Si no se descomponen una, son dos. Lo más probable es que volvamos de este crucero a un extremo de un cable de arrastre.—Se levantó cansadamente, se deslizó hacia popa más allá de los periscopios:—Está bien, voy.

## II

Una sombra cayó a través del rayo de luz que bajaba de la escotilla abierta de la torre de combate. El contramaestre miró hacia arriba, y se puso rápidamente de pie:

—¡El jefe!—murmuró ronca-mente, y luego se puso en actitud de atención.

El teniente Welton, con una blusa azul nueva con galones relucientes, y gorra, bajó la escalerilla y miró alrededor del cuarto de controles. Movié la cabeza en respuesta al saludo del contramaestre, miró ansiosamente hacia el cuarto de las máquinas y preguntó:

—¿Listos en popa?

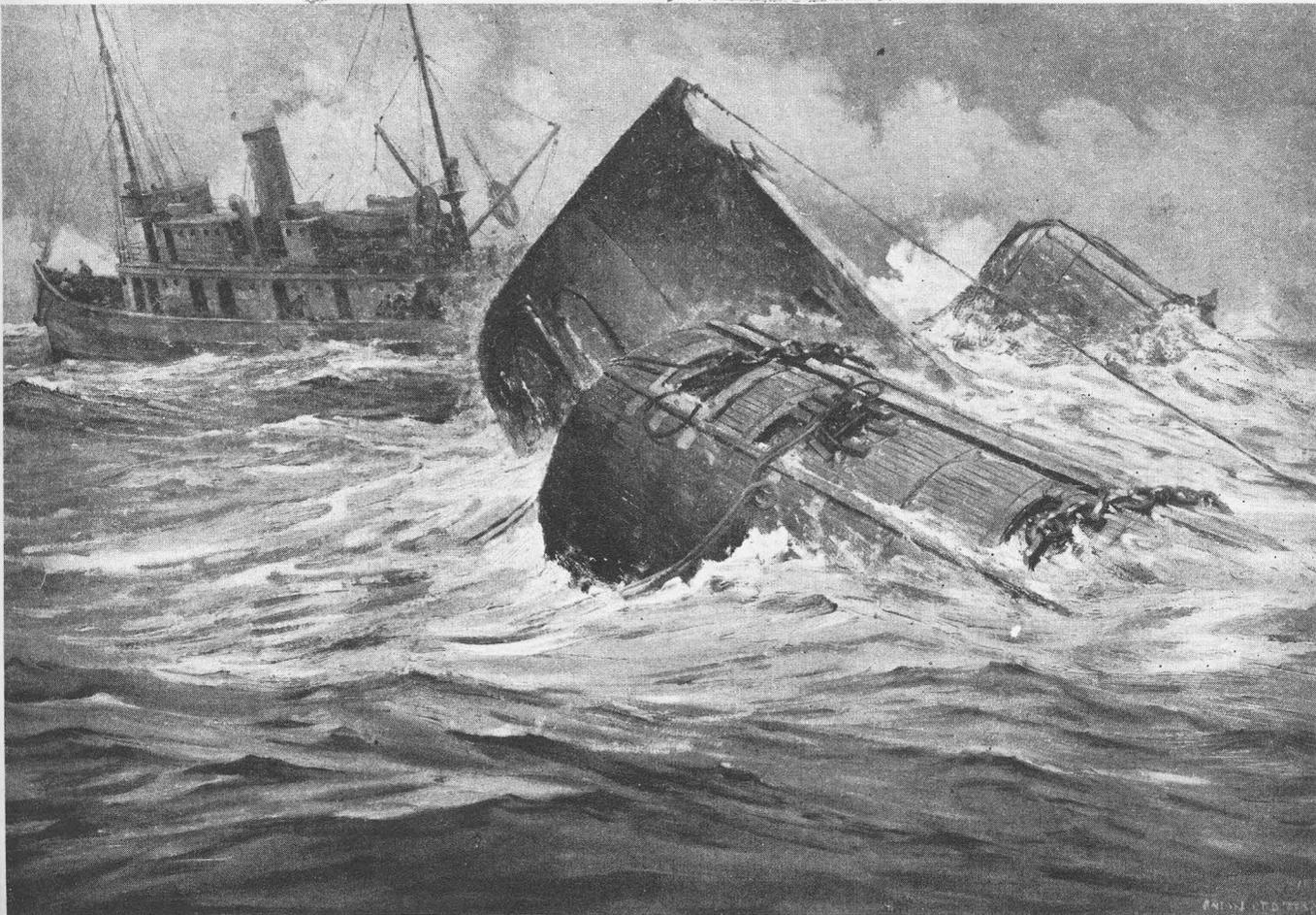
El jefe de las máquinas asomó su cabeza sudorosa por la puerta del compartimiento, replicando:

—Ambos motores listos, señor. Tuve un poco de dificultad con los embragues, pero ahora agarran.—Retiró su cabeza.

El teniente Graham, oficial de torpedos del S-54, bajó la escalera, saludó a Welton e informó:

—Listos para zarpar, señor. Todos los amarres separados y un hombre a cargo de cada uno para soltarlos.—Graham se dirigió hacia adelante, y entró inclinado en el cuarto de acumuladores.

(Continúa en la Pág. 56).

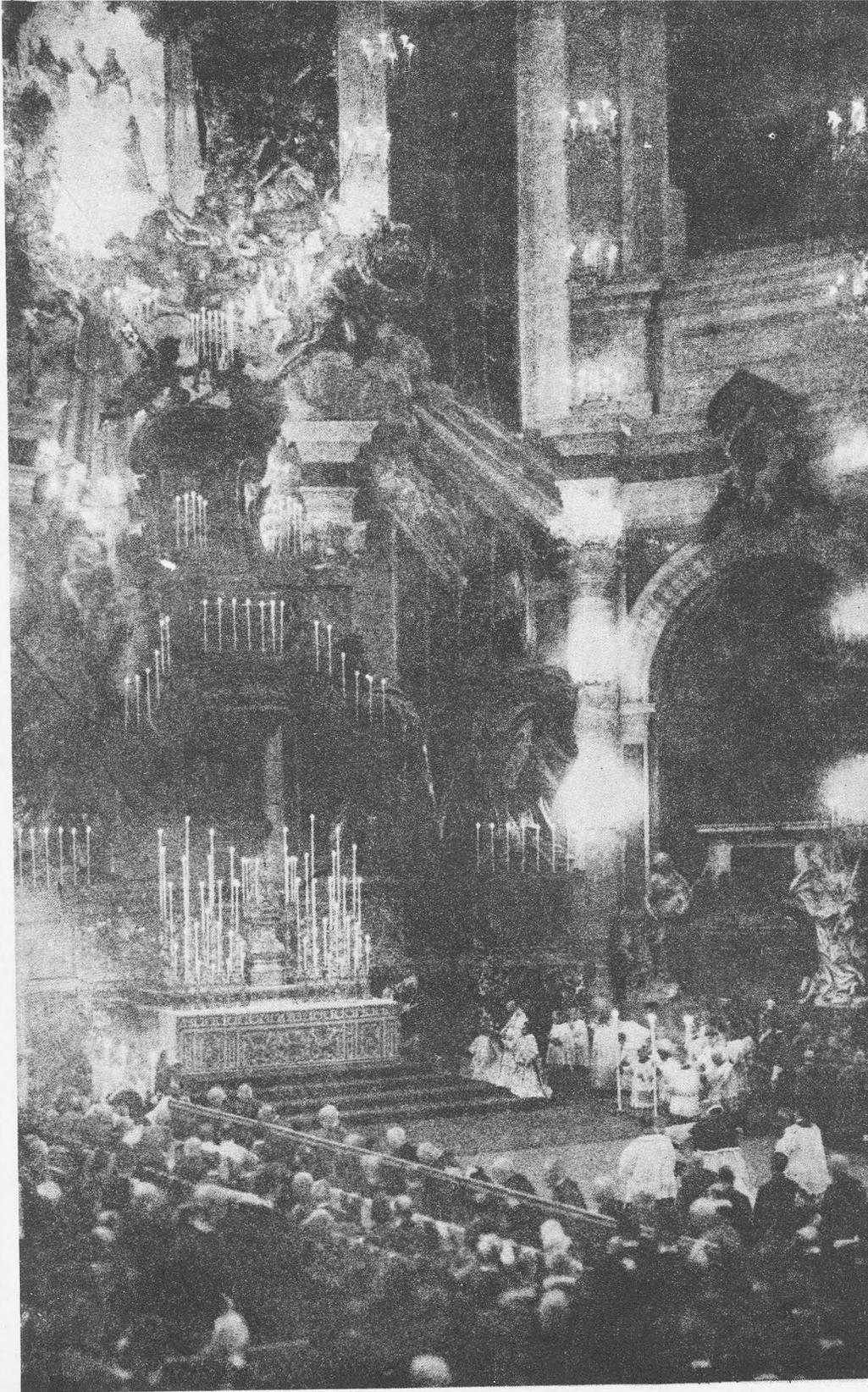


# Las Ceremonias del Año Santo

en Roma

Version de Gaspar Muñoz

Por el Corresponsal de The New York Times



EN la Edad Media, los peregrinos que iban a Roma a ganarse las indulgencias especiales que concedían los papas en el Año Santo realizaban un viaje lleno de dificultades. Los medios de transporte casi no existían, y, a excepción de los ricos, todos tenían que efectuar el viaje a pie. Los caminos eran peligrosos y estaban a merced de los bandidos. Las miserables posadas donde hallar alojamiento de noche eran pocas y muy distantes unas de otras. A menudo se hacía sumamente difícil conseguir alimentos.

No era extraño, pues, que cuando los peregrinos escalaban las últimas colinas y descubrían a distancia la cúpula de San Pedro cayesen de rodillas en un éxtasis de fervor religioso. No era extraño tampoco que alargaran su permanencia en Roma cuanto podían, reacios a afrontar nuevamente los peligros e incomodidades del retorno.

El ferrocarril y el automóvil han reducido enormemente las dificultades de los peregrinos, sin destruir por ello el ambiente romántico que a través de los siglos ha rodeado siempre las ceremonias del Año Santo. En Roma misma existe hoy un organismo eficiente, que tiene por objeto atender a los visitantes que vienen por cientos de miles, algunos desde los más remotos lugares de la tierra, con el propósito de arrodillarse un momento ante la tumba de San Pedro. En su gran mayoría es gente pobre, que sacrifica ahorros costosos en aras de beneficios espirituales. Proceden del Japón y la Australia; de Sud Africa y la Patagonia; del Labrador y Lapponia; de cuantas regiones del globo han penetrado los misioneros católicos.

Todas las ceremonias relacionadas con el Año Santo se distinguen por esa mezcla de pompa real y ritual místico que ha hecho famoso al Vaticano. Consideradas puramente como espectáculo, vale la pena dar un largo viaje para presenciarlas. A la verdad, muchas personas que no son católicas acuden a Roma con el solo propósito de recrear la vista con las magníficas escenas que se desarrollan en la iglesia de la magna cúpula, y, con un poco menos de esplendor, en las otras basílicas y templos. Aquellas ceremonias en que el papa oficia personalmente son, por supuesto, especialmente solemnes.

San Pedro, con sus gigantescas columnas de mármol, su misteriosa penumbra, sus millares de cirios, y tesoros artísticos, forma un fondo admirable y adecuado para el Pontífice, ataviado de ricas vestimentas, llevado en hombros en la *sedes gestatoria*, y rodeado por su brillante comitiva, cuyos variados uniformes resplandecen de vivos colores.

Y cada acto, cada gesto, cada detalle, está cargado de un profundo significado simbólico para los católicos.

\*  
Roma luce más ventajosamente su grandeza en la celebración del Año Santo. La Ciudad Eterna se revela entonces en su verdadero papel de capital y centro del Catolicismo. Las calles aparecen llenas de sacerdotes y religiosas, junto con monjes y misioneros cuyas barbas descuidadas y túnicas raídas proclaman su reciente arribo de lejanas tierras.

Bandas de peregrinos, vestidos  
(Continúa en la Pág. 51.)

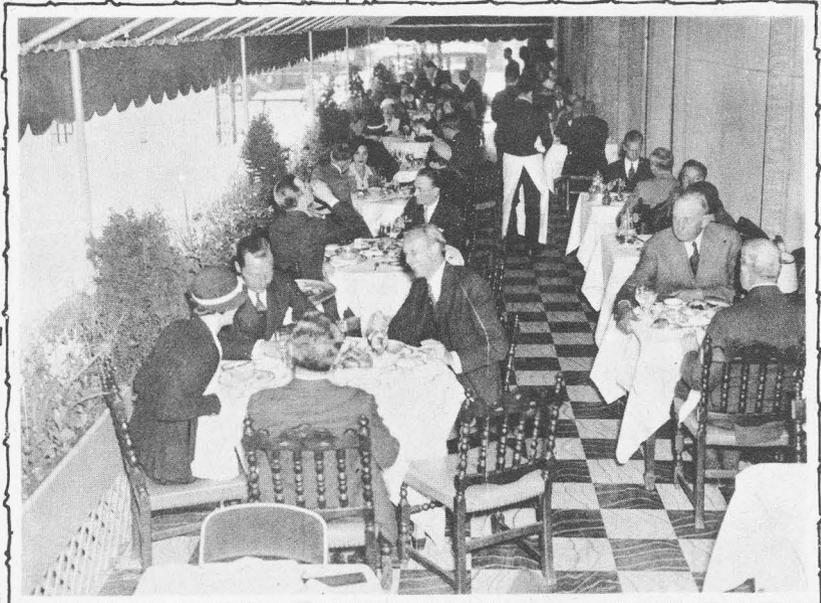
# CRÉALO



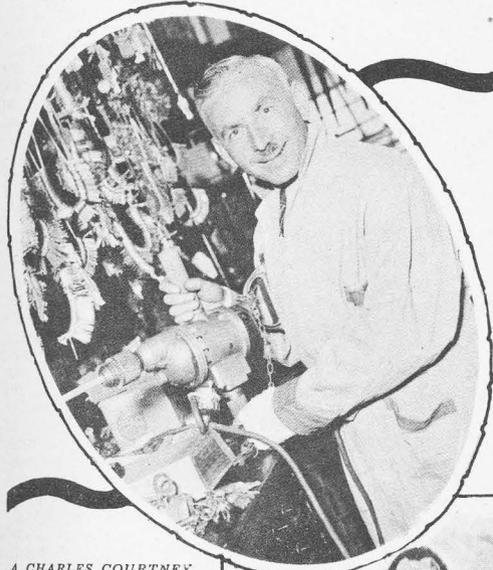
# NO



**UNA PAREJA FELIZ.**—Ella se llama miss Jane ONDERDONK, de 68 años, y él es Gus DELACAS, de 22 años, antiguo camarero. En la foto aparecen los recién casados con un grupo de abogados neoyorquinos que defendieron a Mrs. Delacas ante los tribunales, porque su familia trataba de incapacitarla en vista de su matrimonio.



**EN NEW YORK COPIAN A LA HABANA.**—Este es el primer café al aire libre instalado en New York, al nivel de la calle, a semejanza de los que don Gabriel Camps donó a la capital de Cuba. El café está en la extensión de la Avenida Vanderbilt, entre las calles 48 y 49.



**A CHARLES COURTNEY SE LE PUSO BLANCO EL PELO EN 40 MINUTOS.**—Famoso cerrajero de New York, fué contratado para abrir las arcas del crucero inglés "Hampshire", en el que perdió la vida lord Kitchener. Cuando se encontraba trabajando bajo 100 pies de agua, una corriente violentísima le arrojó contra el casco del buque, fracturándole un brazo y sometándolo a un peligro inminente de muerte. Al salir, su cabeza estaba completamente blanca...

(Fotos International).

**ESTO ES UNA OBRA DE ARTE.** — La pintó Henri Burkhardt, pintor de Boston, y se titula "Mater Dolorosa". La Sociedad de Arte Contemporáneo de New England protestó contra ella, logrando que se la excluyera del Museo de Bellas Artes. Por todo lo cual el autor ha establecido una querrela ante los tribunales.



**OTRA PAREJA FELIZ.**—Esta es al revés. Ella se llama miss Virginia McCALL, tiene 18 años y acaba de casarse con el señor Albert SHAW, editor de la "Review of Reviews", de New York, que tiene 75 años de edad.

# Allá en PARÍS

por Alice Duer Miller

**M**ARIANA AUSTIN no había sentido celos nunca, y por eso no pudo interpretar rápidamente el sentido de cierta desazón física que la dominaba. De primera intención, culpó a los restaurantes parisinos, pensando que ellos habían trastornado el excelente proceso de sus digestiones. Los principales síntomas eran: un desasosiego vago que la mantenía intranquila y malhumorada; una irritación en los ojos que le hacía odiar la luz; un dolor sordo e impreciso en el corazón. Luego, súbitamente, se le reveló la verdad: estaba terriblemente celosa, a pesar de sus cincuenta años y de ser su esposo un poco más viejo aún.

Sentada en la mesa contemplaba como hipnotizada la mano blanca—las uñas teñidas de rojo, los dedos ensortijados, la muñeca sobrecargada de pulseras—que descansaba en el hombro de él. Como un *close-up* en la pantalla de un cine, aquella mano sobre el hombro de su esposo captaba toda su atención.

La música cesó. Tomás y la señora Higgins regresaron a la mesa. La atractiva figura de Mrs. Vance Higgins se envolvía en lustroso satín que modelaba su cuerpo haciendo perfectamente apreciables sus líneas. Hombros, cuello, espalda y brazos eran lucidos generosamente. Su cabello, negro en exceso, estaba alisado sobre la frente y recogido sobre las orejas. Las cejas parecían más artificiales que real vellosidad. La delgada línea de sus labios se mostraba escandalosamente roja. Toda ella

exhalaba un nuevo y exótico perfume, desconocido todavía en la misma Rue de la Paix. Hablaba en un tono de voz mesurado e impersonal, producto de la cultura europea, enemiga acérrima de las estridencias verbales.

—Es una maldad que usted no baile, señora Austin. Esta orquesta es famosa.

—Hace muchos años que dejé de bailar, señora Higgins.

—Me satisface mucho que el señor Austin dance... admirablemente.

Tomás intervino entonces:

—Si quieres irte, Mariana, estoy seguro de que el juez te llevará a casa. Voy a quedarme aquí un rato más.

Mariana pensó que por primera vez en veinticinco años ella significaba un estorbo para su marido. La idea la hizo decidirse a quedarse. El juez, conterráneo de ella y de Tom, manifestó cortésmente que tendría sumo placer en llevarla al hotel o acompañarla en la mesa, tal como ella prefiriera. Había vivido demasiado tiempo en París para no haber comprendido la situación a la primera ojeada.

—Te esperaré, Tomás — afirmó Mariana.

La música se dejó oír de nuevo. Tom Austin se volvió hacia su compañera con un expresivo gesto de invitación. Comenzaron a bailar. Junto a la orquesta alguien se complacía en arrojar puñados de



Version  
de  
**ARTURO  
RAMÍREZ**



Ilustrado por  
**CORINNE  
BOYD  
DILLON**

minúsculos discos de papel de diversos colores. La mayoría de los bailarones cubrieron sus vestas con gorritos de papel. Con profundo asombro Mariana vio cómo su esposo lucía también uno de los gorritos, de color verde. Notó cómo aquel cómico aditamento le daba cierto aire pánico, y cómo su compañera le hablaba, probablemente asegurándole que el gorrito le sentaba muy bien. Cerró sus grandes ojos azules que el tiempo no había sido capaz de alterar.

Dentro de ella sintió surgir extrañas cosas. Consideró a Tomás Austin como a un ser ajeno a su vida, como una entidad totalmente separada de la suya. Lo vio grande, pesado, con el rostro encendido bajo el grotesco gorrito verde, con el pelo gris y escaso... lo vio tal y como era, un viejo obeso, empeñado en hacer el ridículo.

Se culpó a sí misma agriamente por todo aquello. De ella había  
(Continúa en la Pág. 52)



*Misión*

ESTUDIO FOTOGRAFICO



**Hay muchos vermouths,  
pero sólo una  
marca mundial:**

**VERMOUTH**



**TORINO**





Facsimil de billetes de varias denominaciones emitidos por el Gobierno de Chihuahua en la época del predominio villista.



(Fotos archivo Jafdec).

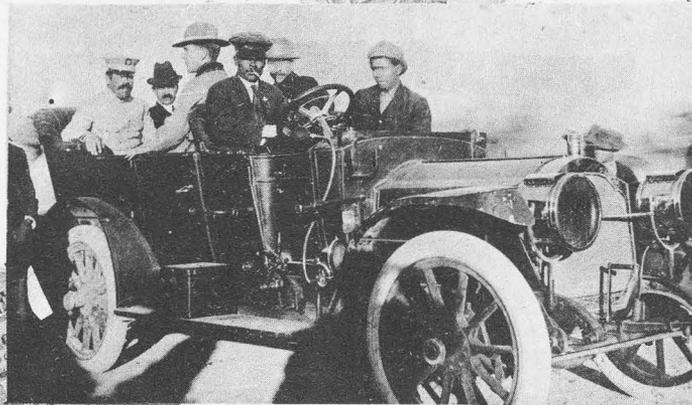
Ciudad Juárez, Carrizal, Celaya Parral, Columbus y 90 nombres más, fuertes y claros como tragos de sotol—vive ya incorporado al ideario popular de su patria. Veamos cómo:

“Desde la revolución—de don Francisco I Madero—Villa fué de los primeros—un valiente verdadero.—Con unos cuantos peones,—empezó sus correrías,—y hasta a los mismos pelones, (1)—aventó a las serranías.—En combates y en batallas—siempre fué suya la gloria.—¡Ah, qué valor!—lo dice toda la gente,—donde peleó Pancho Villa—no hay un hombre más valiente.—En la toma de Torreón,—en Juárez, como en San Pedro,—y en el mismo Paredón,—cuando los gringos vinieron...”

(Y nada de esto es extraño, porque como los gringos y antes, vino el mismo Huerta—Villa sin ser un torero—¡claro!, les sacó la vuelta.)

“Para colmar sus hazañas,—

“Yo no temo a los cañones ni tampoco a la metralla”, parece estar diciendo en esta fotografía el general VILLA. (Foto Osuna).



El general VILLA recorriendo la línea de sus tropas en automóvil poco antes de comenzar una de sus célebres batallas. Lo acompaña, entre otros, el corresponsal de un periódico norteamericano.



como punto final.—Villa llegó a las entrañas—de la mera capital”. Y cuando se enfrentó con el único jefe revolucionario que logró vencerlo, con Obregón en Celaya, el pueblo, el cantor anónimo, explica a su manera la derrota que aquél sufrió: “Ahí vienen los carrancistas—llenos de mudo coraje—porque les habían quitado—ese cerrito del Guaje.—Querían quitarle los trenes,—que iban encarrerados,—y Villa los recibió—con su escolta de dorados—porque eran hombres valientes—todos los que iban con él,—unos tirando balazos—y otros levantando el riel.—Angeles, el general,—no le temía a la metralla—le pidió permiso a Villa—para bombardear Celaya”, y ahora este alarde de estrategia: “Por la derecha e izquierda,—rompen las caballerías—por el centro de las líneas,—marchan las infanterías,—¡qué combate tan reñido!—que a todos causó temor—pero más fuerte sería—el sonido de un tambor,—ese tambor que se oía—era de los carrancistas—cuando batían con daneduno,—a los soldados vi-



Algunos “dorados” de la escolta del general Villa.

listas.—Dice don Francisco Villa—de nuevo voy a atacar,—me han matado mucha gente,—su sangre voy a vengar.—Vuela, vuela, palomita,—anda a ver lo que ha pasado—la segunda contraseña—era un trapo colorado.—Está muy mala la cosa,—están cayendo soldados—del batallón Zaragoza.—En la ciudad de Celaya,—eran terrible las horas,—cómo cayeron villistas,—por las ametralladoras!—En la estación de Irapuato,—cantaban los horizontes,—ahí combatió muy formal,—

la brigada Bracamontes.—Decía don Francisco Villa:—No sé qué me está pasando,—estoy perdiendo la acción,—por los que se están volteando”. Y luego el propio héroe reconoce su derrota:—“Amigos, yo ya perdí,—pero dentro de poco tiempo,—nos veremos por aquí.—Yo no le temo al cañón,—ni tampoco a la metralla,—ya me voy para Columbus,—para ver americanos”. Y se fué a ver a los americanos. Entró en Columbus, y acabó, como decimos los criollos. Desde entonces la gente del

pueblo canta esa hazaña. Con un sentimiento clarísimo de la realidad, percibe el cantor de “tragédias”—como llaman a los corridos en el norte de México,—que lo más notable en la gesta de Villa fué que se enfrentó con los yanquis “de a hombre”. Que sabía matarlos a balazos y que genuinamente, no alcanzó a llegar a temer la bandera de las barras y las estrellas, la que como dijo un viril representante de la juventud continental americana de hoy, sólo sirve para que a su sombra nos estrellen y nos embarraten... en, a los pueblos de Rio Grande, para abajo.

Sigue el cantar: “Cuando en-



traron los gringos en Chihuahua—todos pensaban que nos iban a asustar...”—Sucedió lo contrario. Los mexicanos no se asustaron. Todos, tanto el elemento oficial como el pueblo, se pusieron de pie, y de una manera o de otra, con inteligentes notas diplomáticas, o con explosiones indignadas de sentimiento popular (véase la compliación oficial “Labor internacional de la revolución mexicana” y el libro de Obregón “Ocho mil kilómetros de campaña”) auxiliaron a Villa en su retirada—verdadera burla estratégica—ante la tristemente célebre “expedición punitiva” a las órdenes de Pershing.

En definitiva, los yanquis aprendieron “cómo se enseña a morir” y que “en México se mata” y que de diario “se mueren por allá”. De manera que basta con un solo soldado mexicano para que mantenga enhiesta en sus manos la bandera de Querétaro y de Puebla.

Sigue diciendo el corrido: “¡Pobrecito Pancho Villa!—fué muy triste su destino—morir en una emboscada—a la mitad del camino”. Y eso que no lo merecía. Lo dice el otro cantar: “Pancho Villa se rindió—en la ciudad de To-

(Continúa en la Pág. 50).

(1) Así llamaba el pueblo mexicano a los soldados federales en tiempos de Porfirio Díaz.

# AIRE ESPAÑOL

## Don León Borjés

**E**N esta primavera internacional, que se desarrolla con tanto éxito en España, principalmente en Madrid, meridiano intelectual ensanchado por la República, ha tocado estos días el turno a la reunión del Comité permanente de las Letras y de las Artes de la Sociedad de las Naciones. Ilustres huéspedes, los nombres y las mentalidades mundiales más destacadas, han acudido solemnemente a la capital de la República española, a sostener en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes, otro centro que honra a España, la "conversación" sobre el porvenir de la cultura. He aquí la lista de los participantes en esta gran fiesta del espíritu:

M. M. Viggo Brondal (Dinamarca) Profesor de Literatura y de Lenguas románicas en la Universidad de Copenhague.



El vicepresidente de la Argentina, doctor ROCA, durante su visita al jefe del Gobierno español, don Manuel AZANA. (Fotos CARTELES).

M. Paul Valéry (Francia) De la Academia Francesa.

Señor M. García Morente (España) Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

Señor M. de Unamuno (España) Rector de la Universidad de Salamanca y catedrático de griego.



El vicepresidente de la Argentina, doctor Julio ROCA, cumplimentando al presidente de la República, señor ALCALÁ ZAMORA, en compañía del embajador argentino.

Señor Agustin Calvet (Gaziel) (España) Escritor. Director de "La Vanguardia", de Barcelona.

Mme. M. Curie (Polonia), Profesora de Física en la Universidad de París; profesora honoraria de la Universidad de Varsovia, vicepresidente de la Comisión internacional de Cooperación Intelectual.

Señor Julio Dantas (Portugal), Escritor. Ex ministro. Presidente de la Comisión nacional portuguesa de Cooperación Intelectual.

Señor Genaro Estrada (México) Escritor. Embajador de México en Madrid.

Mr. Edwin M. Gay (Estados Unidos) Profesor de Historia Económica en la Universidad de Harvard.

Mr. J. B. S. Haldane (Inglaterra) Profesor de Fisiología de la "Royal Institution", de la Universidad de Londres.

M. Otto Lehmann (Alemania) Profesor de Etnología en la Universidad de Altona.

Señor Salvador de Madariaga (España) Antiguo profesor de Literatura española en la Universidad de Oxford. Embajador de España en París.

Doctor Gregorio Marañón (España) Profesor de la Facultad de Medicina de Madrid.

Señor M. G. Oprescu (Rumania) Profesor de Historia del Arte en la Universidad de Bucarest.

Señor F. Orestano (Italia) Miembro de la Academia Real de Italia y antiguo profesor de Filosofía.

Señor R. Pérez de Ayala (España) Escritor. Embajador de España en Londres.

Señor W. Pinder (Alemania) Profesor de Historia del Arte de la Universidad de Munich.

M. Jules Romains (Francia) Escritor.

Señor A. R. Severi (Italia) Profesor de Geometría de la Universidad de Roma.

Señor J. Strzowski (Austria) Profesor de Historia del Arte en la Universidad de Viena.

Señor K. Szymanowski (Polonia) Compositor.

Señorita Hélène Vacaresco (Rumania) Escritora.



Lolita MILLARES VÁZQUEZ, que ganó el primer premio en los carnavales de La Coruña, con su bello disfraz de trovador.

M. H. Bonnet, director del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual.

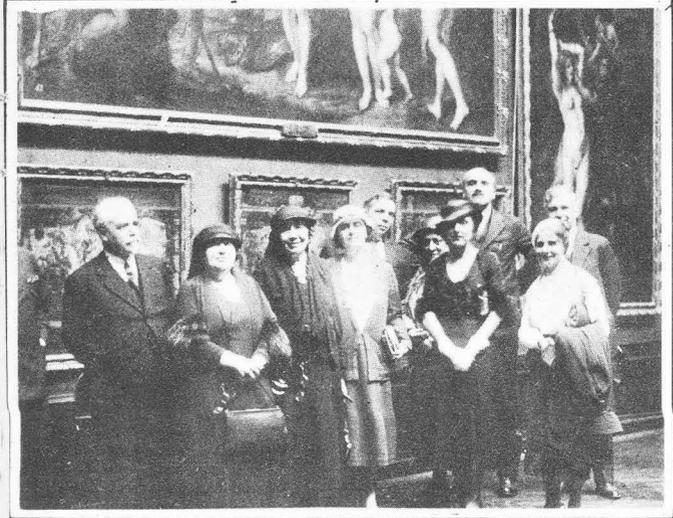
Señor J. Pla, español, miembro de la Sección de Información de la S. de N. y M. J. D. de Monténach, secretario de la Organización de Cooperación Intelectual, los cuales han actuado como secretarios.

Las conversaciones las han llevado por España Unamuno, Marañón y García Morente. Y las conclusiones muy interesantes.

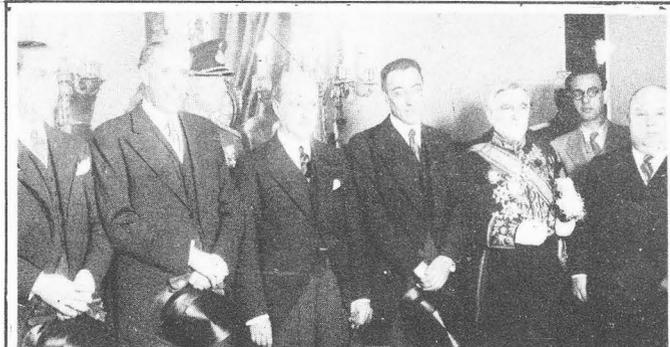
Lo más destacado de ellas, es lo siguiente: "El Comité declara que el porvenir de la civilización, en todas sus formas, está en estos momentos subordinado a la paz general; el porvenir de la cultura incluso en el interior de las naciones está eminentemente ligado al desenvolvimiento de estos elementos universales que, a su vez, dependen de una organización de la Humanidad como unidad moral y jurídica; la cultura nacional no se puede concernir más que en relación con las culturas nacionales vecinas; las limitaciones de la libertad del hombre en su ámbito valen lo que su conducta respectiva y en sus relaciones mutuas lo que limiten su libertad de acción las naciones en su propio interés; organización y extensión a todos, para llegar a ello, de una educación ampliamente humana; descubrimiento de los mejor dotados para un reclutamiento que conduzca, a tal resultado".

Medios de obtener estos fines: el esfuerzo creador de una "élite"; flexibilidad y diversidad de formas de vida que evijen los peli-

(Continúa en la Pág. 41)



Los delegados que asisten a la "Conversación sobre el porvenir de la cultura", organizada en Madrid por la Liga de Naciones, durante la visita que hicieron al Museo del Prado.



El vicepresidente de la Argentina, doctor ROCA, en la sala de espera de la Estación del Norte, al llegar a Madrid. De izquierda a derecha: señor SÁNCHEZ GUERRA, secretario del presidente de la República; don Julián BESTEIRO, presidente del Congreso; el vicepresidente Roca; don Luis de ZULUETA, ministro de Estado; el embajador de la Argentina y el señor Pedro RICO, alcalde de Madrid.

# actualidad ESPAÑOLA



*Saludo a las lectoras de "Carteles" Barcelona Mayo y Juanette MacDonald*

**BARCELONA.**—La bellissima actriz, Jeanette MACDONALD, que se encuentra en la capital de Cataluña, tuvo la gentileza de enviar desde allí un autógrafo destinado a nuestras lectoras.

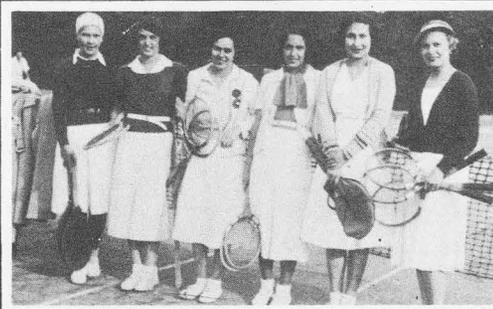
**BARCELONA.**—Jeanette MACDONALD pasando por las calles barcelonesas en compañía de su madre y de un amigo.



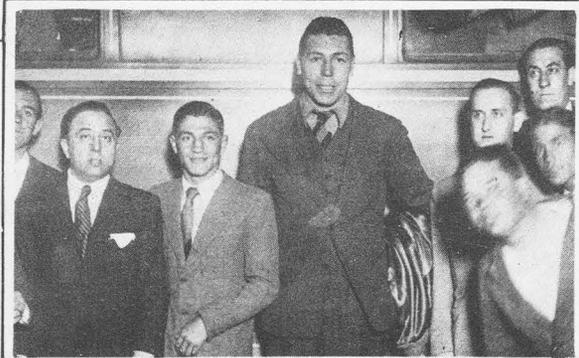
**BARCELONA.**—El ciclismo parece un deporte tranquilo y sin riesgos, pero esta foto demuestra lo contrario. He aquí el pelotón de cabeza de la carrera Pueblo Nuevo, por el premio Cataluña, al pasar por el puente del Besós, inmediatamente después de haber llovido.



**BILBAO.**—El presidente de la República española, don Niceto ALCALÁ ZAMORA, firmando el acta de la colocación de la primera piedra de un grupo escolar en Sestao.



**MADRID.**—Tennistas españolas y extranjeras que tomaron parte en el campeonato internacional de Puerta de Hierro. De izquierda a derecha: señora de FONS, campeona de España; señorita CHAILLY, campeona de Cataluña; señoritas de GARCIA SOLA, ganadoras de varias competencias regionales; señorita CHAVARRI, campeona madrileña, y fraulein STEIN, campeona alemana.



(Fotos CARTELES).

**MADRID.**—El campeón de boxeo de Europa, peso completo, Pierre CHARLES, al llegar a la estación del Norte para su encuentro en la Plaza de Toros con Paulino Uzcudun.



**MADRID.**—El ministro de Estado, señor ZULUETA, Mme. CURIE (a su derecha), don Miguel de UNAMUNO (apoyando la mano en el sillón de Mme. Curie) y otras personalidades, durante el acto inaugural de la "conversación" de Madrid, organizada por la Liga de Naciones.

# De TNCÓGNITO

versión de A. RAMÍREZ

por Gerald MYGALT.

Ilustrado por Walter CLETT.

**C**L príncipe estaba acostumbado a oírse llamar "Su Alteza". Tenía veintidós años. Había vivido en dos épocas y en varias partes del mundo. En el país de su padre—que el Tratado de Versalles borró del mapa—era entonces, excepto para un reducido círculo de personas, un simple paisano. Según su pasaporte, y sin lugar a dudas por hallarse debidamente legalizado con el sello oficial de los Estados Unidos, era Carlos Maximiliano Stepney Stark, ciudadano yanqui nacido en la ciudad de Kansas, Missouri.

Pero realmente era un príncipe, hijo único de Carlos Maximiliano, el Hermoso, que había entregado su vida en el gesto final de una carga de caballería contra el frente francés en cierto paso de montañas donde actualmente se alza un horno de incineración de basuras.

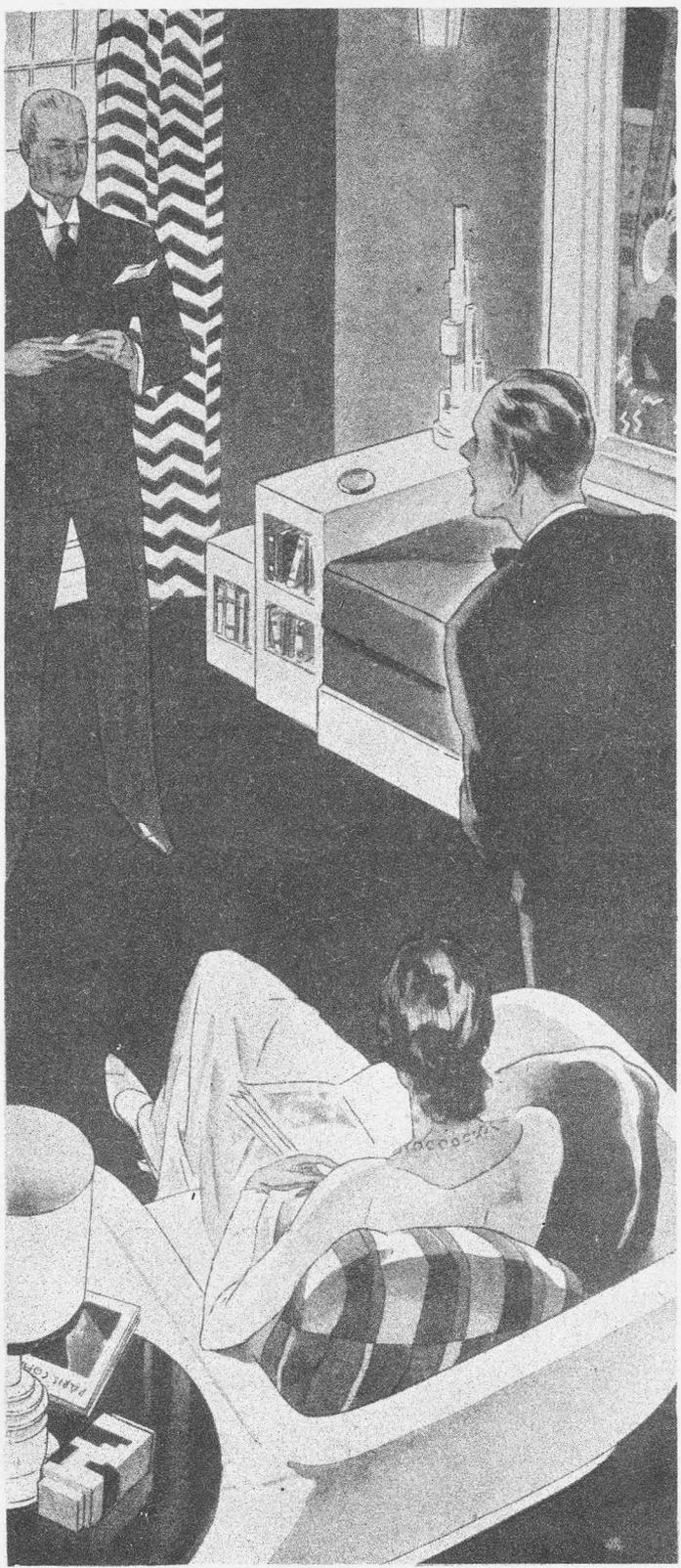
El viejo Carlos Maximiliano—tenía treinta y dos años cuando lanzó su brioso corcel sobre las bocas de las ametralladoras galas—fué sumamente afortunado muriendo de tal guisa y a tal tiempo. Educado en la escuela de los elevados ideales caballerescos, hubiérale roto el corazón, de haber sobrevivido a la épica carga, aquel establecimiento de tan prosaica índole asentado sobre tierra de su reino. Era hombre de gestos, de grandes gestos románticos. Uno de los suyos, tan significativo como el valeroso ataque de caballería, tuvo lugar en 1906. Para poder casarse con la exquisitamente bella vecina de Kansas Nona Stepney, renunció su derecho al trono. El rey y la reina, los ministros y consejeros lucharon contra su propósito. Pero su decisión no fué torcida. Casó con la hermosa Nona, plebeya, y por tal hecho se le condenó a no reinar jamás, aunque conservara su título de príncipe y lo comunicara a su esposa.

La princesa Nona, primero de esposa y después de viuda, consideró la realeza tan seriamente o más, acaso, que aquellos por cuyas venas corría por herencia, sangre real. Pero esa actitud le fué perdonada por su belleza, por haber estado unida al hombre más elegante de Europa, y por el encanto con que siempre supo hacer los gestos de dominio. Además, siendo su hijo el único varón descendiente de la real casa, en él recaería automáticamente la corona si una restauración se abría paso. Y es, después de todo, algo serio indudablemente ser madre de un probable rey.

Una tarde otoñal de 1929, cuando el joven príncipe penetró en el apartamento de su madre, en los Campos Elíseos, ella dejó que la besara tiernamente, como él siempre hacía, y luego le dijo con seriedad:

—Alteza, deseo que conozca al señor Johnson, que ha venido desde Nueva York a visitarnos.

Con un gesto la princesa Nona indicó a un caballero de maduradad y sombrío aspecto que permanecía de pie de espaldas a una,



de las ventanas de la estancia que se abría sobre una de las más hermosas avenidas del mundo.

El príncipe se irguió, juntó los talones y se inclinó levemente. Una casi imperceptible arruga se dibujó entre sus cejas, debido a que la princesa lo llamaba "Alteza", y eso era señal inequívoca de asuntos serios a tratar. La vió sonreír desmayadamente, y escuchó de nuevo sus palabras, en el tono solemne de las graves oportunidades:

—El señor Johnson te explicará, Max. No me gusta dar malas noticias.

—¿Malas noticias?

—Sí—confirmó la princesa— muy malas.

—¡Quieres enbromarme, mamá! La princesa Nona tosía. Tosía siempre que su hijo se expresaba en su presencia con términos poco refinados. ¡Cuán disgustada estaba del error cometido al enviar al príncipe Carlos Maximiliano durante dos años a la democrática Harvard! Pero ya aquello no tenía remedio... Dijo:

—Explicará la situación a mi hijo claramente, señor Johnson?

El sombrío caballero tosía ligeramente también, para aclararse la garganta. Con dificultad insinuó una sonrisa:

—Hay muy poco que explicar—dijo.—La cuestión es—habló dirigiéndose al príncipe—que la princesa ha perdido una considerable cantidad en el reciente "crash" de Wall Street. Eso es lo esencial.

—Debe decirlo todo, señor Johnson—exclamó secamente la princesa; y, dirigiéndose a su hijo:

—El señor Johnson está autorizado para ser explícito, Max. Es un viejo amigo de tío Alberto.

—¡Ah! ¿Chalmers Johnson? Le he oído hablar de usted a mi madre—expresó el príncipe.

El amigo de tío Alberto inclinó la cabeza, tosía ligeramente otra vez, y habló:

—Hace poco decía a la princesa que ella se había comportado como una jovencita inexperta. Pero no hay que insistir mucho sobre el asunto. Cientos de miles de mujeres demuestran el optimismo ciego que ella tuvo hasta hace algún tiempo.

El príncipe lo miró perplejo. ¿Qué querría decir todo aquello? Preguntó:

—¿No podría ser un poco más sencillo en su explicación?

—Mira, Max—intervino la princesa,—no hay otra cosa sino que yo he procedido como una loca queriendo convertir nuestros modestos recursos en una gran fortuna, especulando en la Bolsa. Con ellos, hubiéramos podido seguir nuestra vida actual; pero los arriesgué con la esperanza de mejorar... de mejorarte. Quería que gozaras del poder, y eso sólo se consigue hoy mediante el dinero. Quería, ahora que eres un hombre, darte las cosas que no pude proporcionarte siendo niño. Una gran pensión. Una casa de campo. Caballos. Un yate. Amistades influyentes... Nuestras temporadas en Suiza, nuestros



viajes a Cannes y a Biarritz y a Le Touquet, tus estudios en Universidades europeas y americanas... todo eso es nada comparado con lo que he soñado darte. Pero... Bien, ya todo eso ha terminado.

—¿Quieres significar que lo hemos perdido todo?—demandó el joven, palideciendo.

—¡Oh, no!—estableció el señor Johnson.—Ciertos bonos y acciones de ferrocarril que estaban en mi poder no pudo realizarlos la princesa. Los productos de estos serán bastante...

La princesa movió la cabeza enérgicamente en un gesto de desolación, diciendo:

—Bastante para que seamos pobres. Bastante para que estemos añadidos a la lista de príncipes indigentes que vagan por Europa y América. Bastante para obligarnos a dejar los Campos Eliseos y trasladarnos a un hotel barato de Neuilly o St. Cloud. Bastante para convertirnos en objeto de risas para nuestros enemigos, y de piedad para nuestros amigos. ¡Oh!, te digo que eso es insoporable.

—¿Por qué no me habías hablado de este asunto, mamá? No soy ningún chiquillo.

—Porque no quería preocuparte. Mi sueño era que tuvieras el mundo a tus pies. Después de todo, Max, eres heredero de un trono.

—Trabajaré si es necesario.  
—¡No digas tal cosa!  
—Como quieras, mamá,—aceptó el príncipe, inclinándose ligeramente.

—¿Ve usted, señor Johnson?—exclamó triunfal la princesa, volviéndose hacia el amigo de tío

Alberto.—Nuestros hijos no disputan; obedecen. En América es distinto. ¿No es así, Max?

—Sí, mamá,—murmuró el joven, reverenciando de nuevo. Y dirigiéndose al visitante, expresó con seriedad:—Los deseos de la princesa, mi madre, son órdenes para mí.

Johnson tosió, aclarándose la garganta. Dijo:

—Eso,—dudó un segundo, y siguió,—simplifica la cuestión. Después de haber sostenido correspondencia con la princesa, vine a París para proponerle que usted viniera conmigo a América... a trabajar. Yo... yo pensé que ello pudiera ser una buena... solución a las presentes dificultades. Imagino que no le parecerá mal príncipe. Como usted es americano...

—Mi hijo es americano sólo técnicamente,—corrigió la princesa con rapidez.—Nació en Kansas cuando yo visitaba mi hogar. Yc permití que adoptara la ciudadanía americana por... bien, todo eso es inconveniente. La realidad es que Max no es americano. Es europeo, cosmoplita. Y más importante aún, un príncipe. Y a un príncipe no conviene esa expresión de... Ir a trabajar.

—Comienzo a comprenderlo,—comentó Johnson.—Bien, príncipe, tenemos que aclarar ciertos puntos antes de ir a los Estados Unidos. Toda la realización del proyecto corre de nuestra cuenta, pero necesitamos su consentimiento.

—El consentirá,—dijo la princesa prestamente.

—¿Se trata de algo... demasiado desagradable, mamá?

—Por el contrario, mi hijo. Regresarás a Europa con una bellísima esposa y una fortuna.

—¡Oh!  
—¿No te gusta la idea, Max?  
—Bien... bien... Me gusta.

¿Podré escogerla yo mismo?  
—¿No lo hizo así tu padre?  
—¡Ah!

—Todo saldrá bien, si queda de mi cuenta: Iremos a una ciudad de unos setenta y cinco mil habitantes... No, a Kansas no. Allí pudieran conocer al príncipe. Yo poseo intereses en una fábrica de otra ciudad, y a ese sitio iremos. El príncipe viajará de incógnito. Al poco tiempo de estar allí dejaremos ir trasluciendo su identidad lentamente. Mientras tanto, el príncipe parecerá ser un obrero. Luego se dirá que estudiaba los métodos americanos, y que quería tener apropiada experiencia de la vida. Cuando la ciudad sepa que hay en sus límites un príncipe que trabaja vistiendo un "overall", será toda vuestra, Alteza.

—No acabo de comprender—in-sinuó el príncipe.

—Mientras menos comprenda usted, mejor... Lo invitarán en todas partes. Cenará, bailará, se divertirá... Según las oportunas estadísticas, que conozco muy bien, viven en esa ciudad, diez y ocho millonarios. Conozco a la mayoría de ellos, y conozco a sus descendientes femeninos. Puedo asegurar que reunidas y vestidas ligeramente, formarían un espléndido "ballet" de los Folies... Usted será el primer príncipe de verdad que han visto. ¿Comprende un poco más, ahora?

—Pero, mamá—exclamó el prin-

cipe, dirigiendo la mirada a la autora de sus días.—¿No habíamos hablado sobre Palm Beach? Creo que me dijiste que si era necesario... tomar esposa, iríamos a Palm Beach.

—El señor Johnson me ha convencido de que Palm Beach es el peor sitio para eso, Max. Esa playa está llena de duques y príncipes. ¡Oh, aquello es como una vitrina de exhibición! Los buenos modelos no se exhiben en las vidrieras. Se mantienen bien apartados, en espera de los mejores clientes.

El príncipe quedó unos momentos reflexivo. Luego:

—¿Son las muchachas bonitas, señor Johnson?

—Las conozco a todas. Puedo jurarlo.

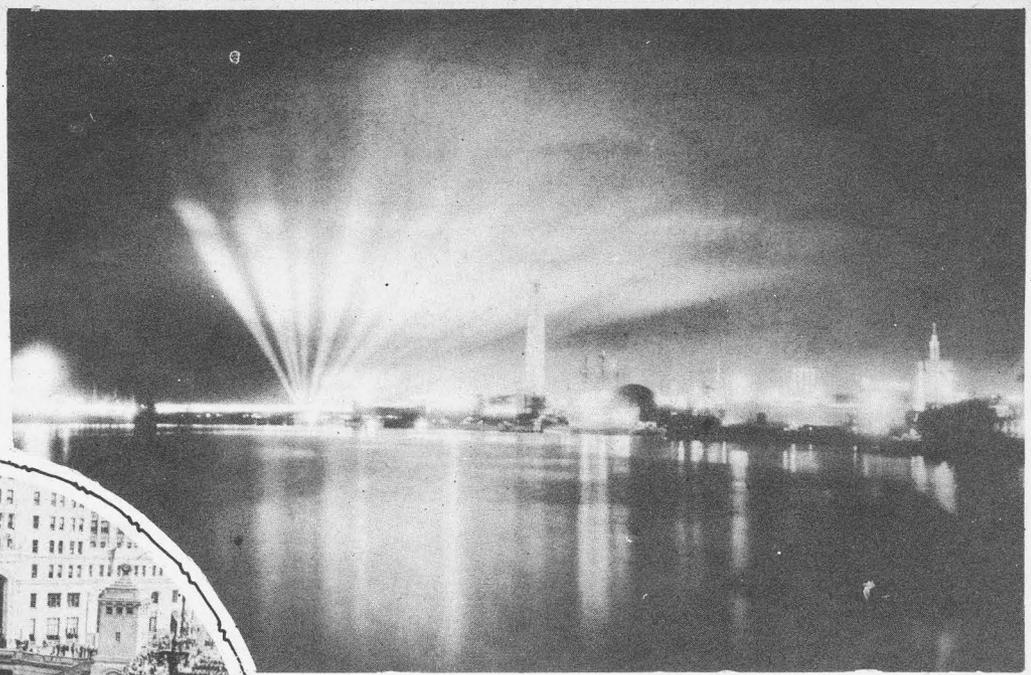
—¿Cuándo embarcaremos?

\*  
Tío Alberto los esperó en el muelle de New York. Al príncipe nunca le había gustado el hermano de su madre, que era la antitesis de ella. Era de rostro redondo y casi rojo, y de prominente estómago. Reía con risa sonora, como él creía debía hacerlo un buen americano; y todo ello, rostro, estómago y risa, molestaba al príncipe. La princesa Nona acostumbraba decir a su hijo, refiriéndose a tío Alberto: "Es un simple burgués; un típico yanqui". Entonces, al estrechar su mano, Max pensó que la situación de su madre debía ser sumamente difícil cuando aceptaba cualquier clase de ayuda de su hermano.

Tan pronto cruzaron los primeros saludos, el señor Johnson di-

(Continúa en la Pág. 46)

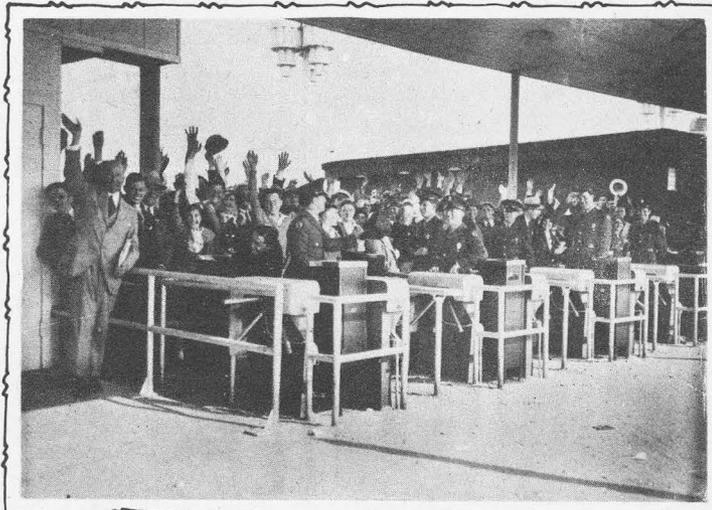
# LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO



Las luces de la Exposición Internacional de Chicago encendidas por los rayos de la estrella Arturo, que está a una distancia de 40 años-luz de la tierra. (El año-luz es la distancia recorrida por la luz en un año de tiempo, a la velocidad de 300,000 kilómetros por segundo). La luz utilizada en este caso partió de Arturo hacia la tierra hace 40 años, cuando se inauguró la Exposición Mundial de Chicago, en 1893.



La parada inaugural de la Exposición de Chicago al iniciar su recorrido en el Boulevard Michigan.



La multitud aglomerada frente a las taquillas para obtener las primeras entradas.

(Fotos International).

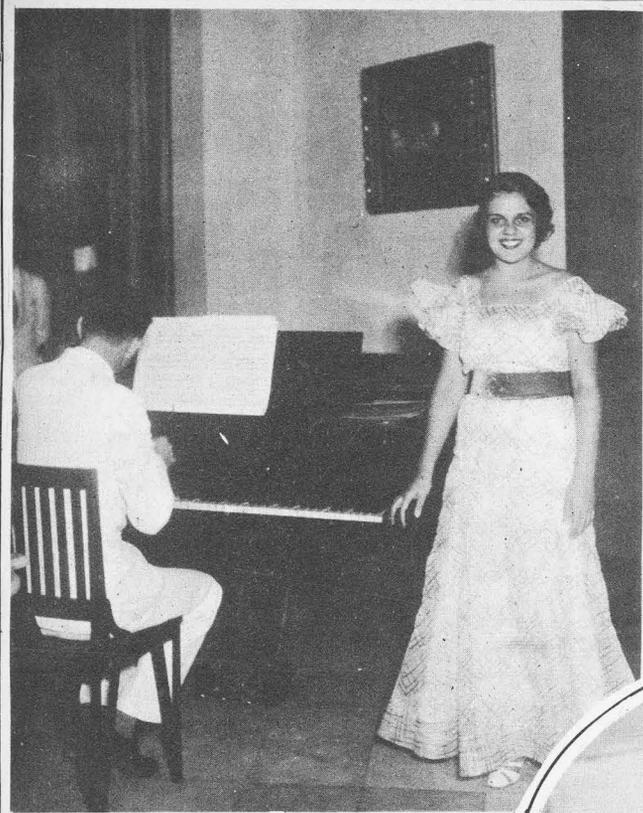


James A. FARLEY, secretario de Comunicaciones y representante personal del presidente Roosevelt al llegar a los terrenos de la Exposición en compañía de Rufus DAWES, presidente de la comisión organizadora.

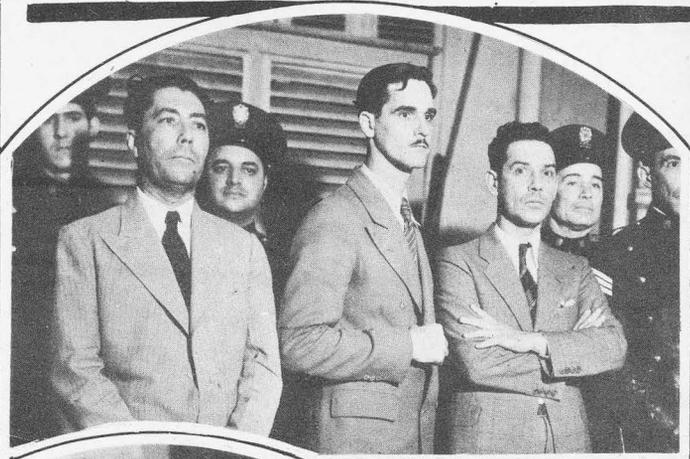


La multitud invade las amplias avenidas de la Exposición Internacional de Chicago al abrirse sus puertas.

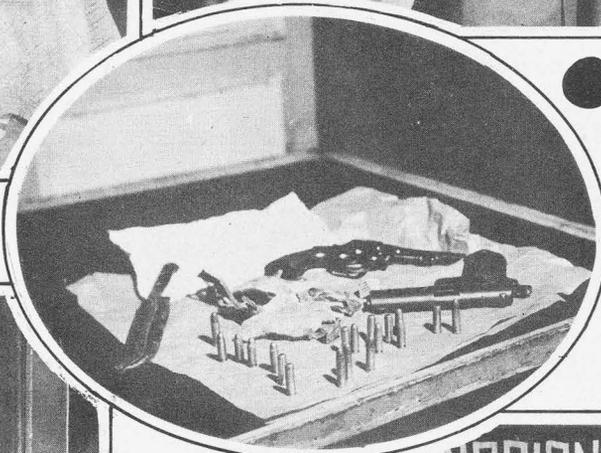
# Actualidad NACIONAL



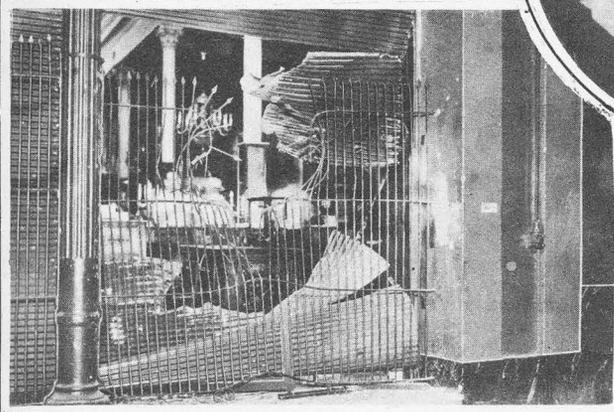
La señorita Rita AGOSTINI, que regresó recientemente a Cuba después de cursar estudios superiores de canto en el extranjero, ofreció un recital privado a la Prensa habanera en los elegantes salones de "Lyceum".



LA BOMBA DEL "PALAIS ROYAL".—Máximo MIRANDA, chófer; Raúl HECHEVARRIA ROIG, oficial del juzgado de primera instancia de Almendares, y Agustín SEGUROLA, detenidos bajo la acusación de haber colocado la bomba que hizo explosión en "Le Palais Royal".



LA BOMBA DEL "PALAIS ROYAL".—Armas ocupadas por la Policía a los detenidos por la bomba del "Palais Royal" cuya explosión causó lesiones graves a un policía y leves a dos personas más.



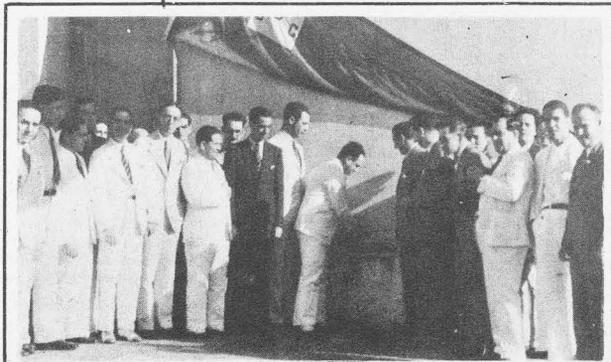
LA BOMBA DEL "PALAIS ROYAL".—Estado en que quedó la puerta del "Palais Royal" por la calle de Compostela, junto a la cual hizo explosión la bomba.

(Fotos Pegudo).

LAS ELECCIONES DE LA ALIANZA NACIONAL FEMINISTA.—Mesa de las elecciones celebradas esta semana por la Alianza Nacional Feminista de Cuba para renovar su junta directiva.



EL SINDICATO DE BARBEROS.—La nueva directiva del Sindicato de Barberos, Peluqueros y Mánicuras de La Habana, en el acto de la toma de posesión. ¡Llama la atención que el bello sexo no tenga representantes en esa directiva!



EL CLUB DE COMUNICACIONES.—Colocación del primer ladrillo de la magnífica cancha de "hand-ball" que se está construyendo en el edificio del Club de Comunicaciones.

# CAUSAS de QUE el PUEBLO CUBANO sea ESCÉPTICO y PESIMISTA IMPACIENTE e IMPULSIVO y HAYA PERDIDO la FE en SÍ MISMO

PAR U. NOQUELOVIG

**E**FFECTIVAMENTE, el pueblo cubano es escéptico y pesimista, impaciente e impulsivo, y ha perdido la fe en sí mismo.

Causas diversas han contribuido a la formación de esos rasgos peculiares del carácter criollo.

De rápida percepción y vivaz inteligencia, pero poco dado a profundizar en los asuntos, juzga y critica el cubano basado únicamente en aquellos detalles que más hieren su imaginación o sus afectos. Se da cuenta inmediata del lado censurable o encomiable de las cosas, pero no se detiene a analizar sus antecedentes, de ahí que pague con frecuencia de ligero en sus juicios o de apasionado en sus apreciaciones. Es indolente, apático e individualista, resultado fatal del clima y de la composición étnica—blancos españoles, negros africanos o jamaquinos y haitianos y chinos *coolies*—inalterablemente mantenida en la Colonia como en la República, y no mejorada tampoco por la instrucción y la cultura. Tarda en interesarse por los problemas públicos, pero cuando ya lo hace, pone en ellos vehemencia y apasionamiento extraordinarios, y quiere verlos resueltos sin gran esfuerzo, en el más breve tiempo posible y de acuerdo por completo con sus gustos y necesidades, sin concesiones ni transacciones y con intransigencia tal que lo lleva a exigir a la hora de las soluciones, todo o nada. Padece lamentables desunión y desorganización, nacidas por la misma heterogeneidad de la población cubana y por algunos de los defectos anteriormente señalados. A la diversidad de razas se suman los inconvenientes producidos por el considerable contingente extranjero español, alejado naturalmente de las luchas públicas, y dueño, desde el Zanjón, de parte considerable de la economía nacional, la que tampoco se encuentra en manos cubanas, sino que la poseen, en mayoría suficiente para convertirse en árbitros de los destinos del país, los norteamericanos, a tal extremo que varios años antes de la guerra hispanoamericana, los Estados Unidos desplazaron a España como metrópoli económica de Cuba, y en la actualidad tienen invertidos en la Isla mil quinientos millones de pesos, se han adueñado del veinte por ciento de la superficie nacional, del control de la Banca, la industria azucarera y los servicios públicos.

Pero no son únicamente esos rasgos peculiares del carácter cubano los que han engendrado su pesimismo y su escepticismo y su impaciencia e impulsividad en lo que a los asuntos públicos y problemas nacionales se refiere ni los que han hecho al pueblo perder la fe en sí mismo.

Todo ello se debe primordialmente a la forma peculiarísima en que se desenvolvió entre nosotros el proceso histórico republicano, a la dependencia económica extranjera que padecemos y a las trabas políticas con que nació la República por obra y desgracia de la imposición de la Enmienda Platt.

Cuestiones son éstas tan trascendentales que no pueden ser analizadas y estudiadas en los límites estrechos de un artículo periodístico y que requieren además de suficiente amplitud para desarrollarlas sólida documentación probatoria y libertad absoluta en la exposición. A los que deseen poseer un cabal conocimiento del asunto los remitimos a dos libros recientes: *Our Cuban Colony*, de Leland H. Jenks, y *El Intervencionismo, mal de males de Cuba republicana*, de Emilio Roig de Leuchsenring.

Basados en una y otra obra redactaremos las páginas finales del presente trabajo.

En Cuba el proceso de la independencia no se desenvuelve como una línea de continuidad que de la revolución conduce a la República, sino con una brusca y trascendental interrupción: la guerra hispanoamericana y

la ocupación yanqui. No son los cubanos victoriosos los que dan al país una nueva forma de gobierno. Es un poder extraño el que expulsa a España y se coloca en su lugar. No es la bandera de la estrella solitaria la que sustituye en el Morro de La Habana, a la guirnalda y roja de los conquistadores hispanos, sino la de las barras y las estrellas. Y la República no se constituyó, sino cuando los Estados Unidos lo creyeron oportuno, y por orden de ellos. Y aun entonces, ya casi con la miel en los labios, con la república en las manos, Norteamérica impuso a los cubanos como condición inexcusable para constituirse en Estado, la Enmienda Platt, y por ella la cesión a perpetuidad de tierras para carboneras y estaciones navales, y el derecho de intervención. Y antes, entonces y ahora, hemos sentido a los Estados Unidos como nuestra metrópoli económica. Y desde los primeros días de la República, por inconsciencia o por maldad, hemos ido entregando al extranjero la tierra y la economía, perdiéndose en el vacío la *vox clamantis*, proféticamente previsor de Manuel Sanguily, quien en 1903 trató de impedir lo que ya hoy es difícil reparar.

Todas estas causas han producido en el pueblo naturales desconfianza y falta de fe en la República y en el Gobierno y el esfuerzo propio, la creencia de que los Estados Unidos son el poder y la fuerza, la última, definitiva e inapelable palabra en todos nuestros problemas y asuntos internos.

Y para que nada falte a hacer extraordinariamente complicada y difícil la vida libre de nuestra nacionalidad, aquellas cosas en que podíamos cimentar y en la que estriban nuestra grandeza y prosperidad, la maravillosa situación geográfica y la riqueza de nuestro suelo, son precisamente los factores determinantes de nuestras más graves dificultades nacionales e internacionales. Y hasta esa nuestra máxima riqueza, el azúcar, es fuente de toda clase de graves y complicadísimos males, pues, como ha dicho nuestro gran poeta Agustín Acosta:

Rubia como el oro, hacia el azar extraño,  
sale de las centrifugas la riqueza del año;  
la esperanza de todos hecha fino cristal;  
grano de nuestro bien... clave de nuestro mal,  
se ignora, mientras rauda lanzas en la turbina,  
si serás nuestra gloria o serás nuestra ruina.

Y por este mismo "grano de nuestro bien, clave de nuestro mal", con su mercado natural e imprescindible de Norteamérica, ha constatado siempre el pueblo cubano que su bonanza o su desventura están sometidas a las necesidades, intereses y conveniencias del poderoso vecino.

La Enmienda Platt ha venido a agravar el pesimismo, el escepticismo, la impaciencia e impulsividad y la pérdida de la fe en sí mismo, que al pueblo cubano inoculaban los factores que acabamos de enunciar.

¿Cómo? Creando otro nuevo factor de disociación nacional: el intervencionismo.

Y es ajustarse a la verdad, a una verdad comprobada con el desarrollo de los acontecimientos, que para los cubanos el intervencionismo—prescindiendo por completo del aspecto sentimental del asunto—significa cuanto de más doloroso, triste, perjudicial y desgraciado, ha tenido la República desde su nacimiento hasta nuestros días.

El intervencionismo es mal congénito de nuestra República. Con él surgió a la vida; por él ha estado muchas veces al borde de la muerte; es la amenaza constante que dificulta o retrasa su desenvolvimiento y su engrandecimiento. Sólo cuando logre arrancárselo de raíz podrá vivir feliz, crecer y progresar.

Y podríamos decir, haciendo una síntesis de nuestros 31 años de historia como Estado independiente, que la vida de nuestra nación no ha sido más que una lucha de la República contra la intervención o de la in-

tervención contra la República, lucha que continúa y continuará hasta que una de las dos venza matando a la otra. En este sentido, el derecho de intervención sobre Cuba que los Estados Unidos se arrogaron por el artículo tercero de la Enmienda Platt ha servido en la práctica para todo lo contrario de lo que en el mismo se estatuye.

Contra la intervención denodadamente lucharon los constituyentes en 1901, interpretando así con fidelidad el sentimiento nacional y previendo sus males futuros. Una y otra vez se negaron a aceptar la Enmienda Platt. Discutieron por largos días, fueron a los Estados Unidos, agitaron la opinión pública, presentaron fórmulas que hicieran posible aceptar la Enmienda, reservas y aclaraciones a sus cláusulas. Vinieron órdenes de Washington de que había que aceptarlo todo y tal como estaba, pero que ello no significaba merma o menoscabo de nuestra soberanía ni ingerencia en nuestros asuntos internos. Los constituyentes cedieron al fin.

La República surgió en esas condiciones y si examinamos detenidamente los gobiernos que hemos tenido, veremos que no hay acontecimiento político de importancia que deje de girar en torno a la intervención. La intervención ha sido utilizada por todos nuestros malos políticos y gobernantes para escalar el poder o permanecer en él, desentendiéndose de la única fuerza con que debían contar: la voluntad popular. El artículo tercero de la Enmienda ha servido en varias ocasiones de sostén y puntal de malos gobiernos y de barrera o guillotina de los sentimientos, voluntad y necesidades populares.

El intervencionismo ha sido ejemplo pernicioso que nuestro pueblo ha recibido de políticos y gobernantes, los que le han hecho creer, en beneficio de sus intereses personales, que en Cuba no es posible dar un paso sin contar con el Gobierno yanqui, y que el yanqui tiene poder ilimitado en nuestra tierra para hacer y deshacer a su antojo y capricho.

Aun en aquellos casos en que el intervencionismo ha producido un bien inmediato, es precisamente cuando más daño nos ha hecho, porque entonces el pueblo, mirando aisladamente ese bien circunstancial y momentáneo que debemos a la intervención, generaliza en el sentido de que sólo de esta podemos esperar lo bueno que en Cuba se realice, sin acordarse de todos los daños anteriores que el intervencionismo ha producido y sin pensar en el mal mayor y que siempre produce y en sus consecuencias funestísimas: que mata la fe en nuestra soberanía y la confianza en el Gobierno y el esfuerzo propio y nos esclaviza a gobernantes y capitalistas extranjeros.

Por último, el intervencionismo, nacido al calor del artículo tercero de la Enmienda Platt, ha ahondado la división y desorganización de la familia cubana, cuando se ha convertido en la lucha de unos cubanos contra otros para captarse mejor y más rápidamente las simpatías y el apoyo de Washington y Wall Street, para permanecer en el poder o escalarlo o se ha utilizado como el medio más cómodo y más fácil de lograr cualquiera de ambas finalidades; y cuando mezclado y confundido con los más bajos intereses y ambiciones personales y al auxilio de unos y otros, produce los tipos más despreciables de nuestra hampa política y gubernamental y trastorna de tal manera los conceptos de nación y ciudadano, que el mismo antiintervencionismo, esgrimido a veces por muchos políticos y gobernantes de esa calaña, resulta una forma del intervencionismo.

Es, efectivamente, el pueblo cubano,—por estas dolorosas causas y en esta lamentable forma—escéptico y pesimista, impaciente e impulsivo; y es también por ello que ha perdido la fe en sí mismo.

# R E P U B L I C A

POR  
 la  
  
 CA



VARADERO.—Un grupo de excursionistas de La Habana tomando el sol en la playa azul. (Foto Godknows).



JIGUANI.—Juan CASTILLO SUAREZ, agente de CARTELES, que acaba de obtener título de Procurador Público tras brillantes exámenes. (Foto Godknows).

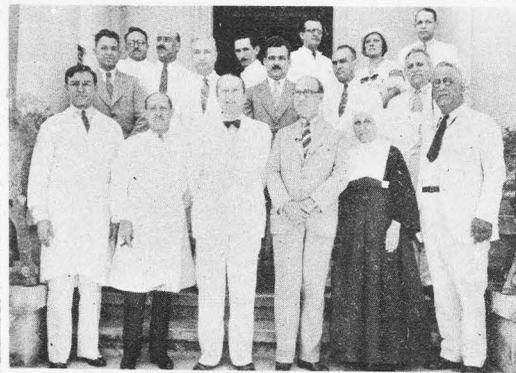


VARADERO.—Un rincón poético de la linda playa azul, a la que dan cómodo acceso los Ferrocarriles Unidos mediante sus itinerarios de verano.



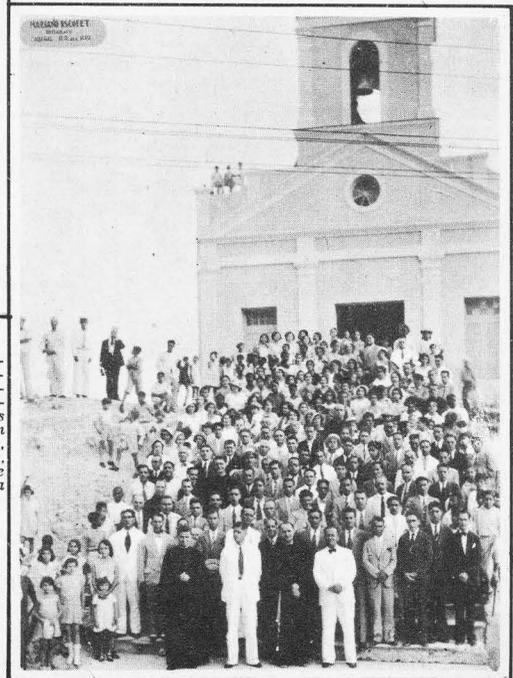
MAYARÍ.—Ena Donata GUILARTE GARCIA, electa Reina de Belleza en el concurso infantil de esta ciudad. (Foto Suetro).

SANTIAGO DE CUBA.—El señor Roberto SPOTTORNO, cónsul de España en esta ciudad, retratado con el presidente y el personal médico de la Colonia Española durante su visita a la casa de salud de dicha sociedad. (Foto Godknows).



CENTRAL "MERCEDITAS".—Concurrentes a la iniciación de los Caballeros Católicos de Cuba, Unión 45, en Cabañas, (Pinar del Río), acto solemne que se efectuó el día 20 de mayo. (Foto Escofet).

SAN FERNANDO DE CAMARONES.—Banda municipal de San Fernando, dirigida por el competente músico señor Luis Mejías. (Foto La Madrileña).



# De AQUÍ y de ALLÁ



José María VARGAS VILA, famoso escritor colombiano, que acaba de fallecer en Barcelona. Sus corrosivos panfletos políticos, sus novelas y sus poemas en prosa, le dieron fama internacional. Vargas Vila visitó en varias ocasiones La Habana residiendo entre nosotros algún tiempo. Las ediciones de sus libros produjeron millones; el autor, sin embargo, ha muerto pobre. (Foto Godknows).



Antonio CREGO, ganador del primer premio en el concurso de "Créalo o no", celebrado por nuestro colega "El Mundo", en combinación con el famoso dibujante norteamericano Ripley. (Foto Peguado).



Asamblea del Apostolado de la Oración, celebrada en la capilla de la Anunciata en la tarde del domingo 28. (Foto Villas).



Mosés CANCIO, subdirector de la banda de la Marina Nacional y autor de "La Magdalena", obra ejecutada por la Orquesta Sinfónica del maestro Roig en el Auditorium.



Grupo de estudiantes cubanos graduados en la Charlotte Hall School, de Maryland (E. U. A.) (Foto Mitchell).

Los hermanos BARRANCO, que acaban de celebrar con éxito su beneficio en el Teatro Actualidades. (Foto Govea).



Generoso PIEDRA, el trovador de la sonrisa, a quien podrán oír en breve los habaneros a través de la estación C. M. C. H. (Foto Godknows).



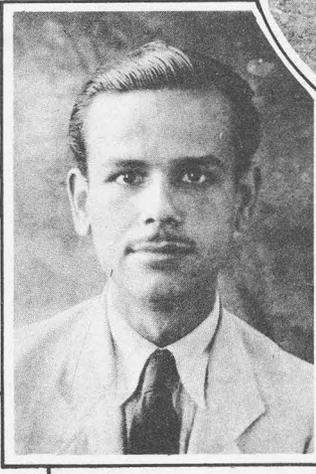
# La Trágica EXPLOSIÓN de Artemisa



El cadáver del joven Eduardo MONTALVO, hijo del conocido hacendado doctor Ignacio Montalvo y sobrino del general Montalvo. Eduardo fué destruido por la explosión prematura de una bomba que estaban colocando en el puente Moreno (Artemisa).

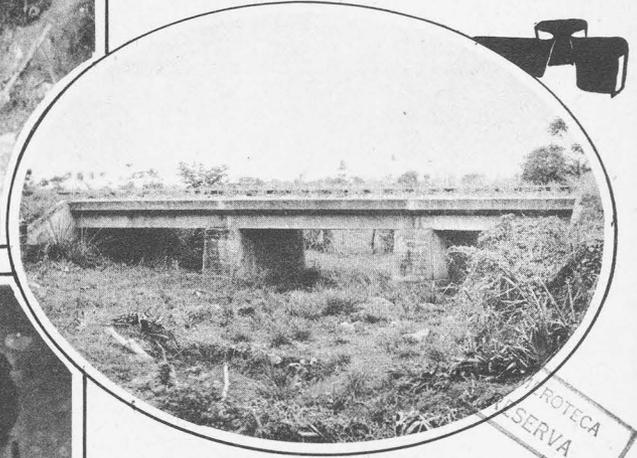


Eduardo, MONTALVO, muerto por la explosión prematura de una bomba en Artemisa.



Felipe VELASCO, muerto por la explosión prematura de una bomba en Artemisa.

(Fotos CARTELES).



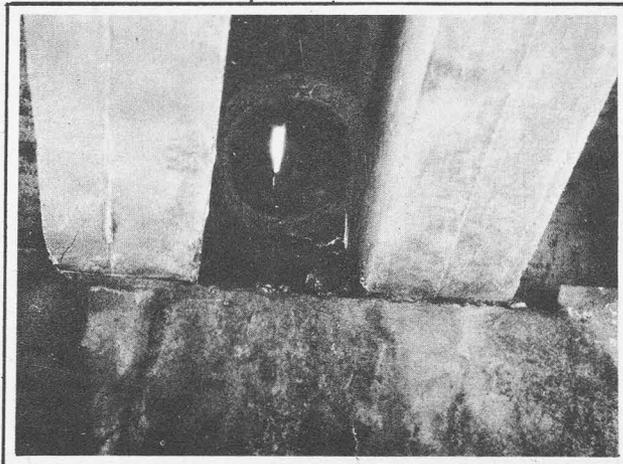
El puente Moreno, en la línea de los Unidos, junto a cuyos pilares encontraron la muerte los jóvenes Felipe Velasco y Eduardo Montalvo.



El cadáver del joven Felipe VELASCO, que perdió el brazo derecho al hacer explosión la bomba que iban a colocar en el puente Moreno, cerca de Artemisa. Según los informes de la prensa diaria, Felipe Velasco, al verse destruido por la dinamita, sacó su revólver y se hizo un disparo mortal en la sien.



Brecha en la vía, sobre el puente Moreno, por la explosión que causó la muerte de los jóvenes Montalvo y Velasco.



En el círculo: brecha abierta por la explosión en el arco del puente Moreno.

# EL MISTERIO de



## SÍNTESIS DE LO ANTERIOR

Llamado a esclarecer los extraños sucesos de que es teatro la mansión de la Barre-y-va, en la aldea de Radicatel, cerca del Havre, el vizconde Raúl d'Avenac (ARSENIO LUPIN), llega a tiempo para impedir el estrangulamiento de una de las dueñas de la mansión: la joven Catalina Montessieux. El asesino—misterioso personaje al cual atribuyen la muerte del cuñado de la joven, el señor Guercin; la del hijo de una anciana loca, la tía Vauchel, y la de ésta misma,—logra escapar de la persecución de d'Avenac y de un viejo amigo de éste: el policía Béchoux; pero en seguida repite sus atentados, esta vez contra los criados de la mansión y contra la joven viuda Bertranda Guercin, aunque sin lograr su propósito. D'Avenac practica investigaciones cerca del notario de la familia y averigua que el testamento del anterior propietario,—abuelo de Catalina y de Bertranda,—que se creía no llegó a ser otorgado, en realidad fué sustraído por un empleado de la notaría, al cual sobornó cierto desconocido. El testamento aparece en circunstancias extrañas, y de su lectura, así como del examen de un antiguo plano de la propiedad, despréndense dos puntos principales: que el abuelo de las jóvenes parece haber hallado el secreto de la fabricación del oro, y que alguien ha falsificado el plano para despojar a Catalina, en provecho de Bertranda, de toda aquella parte de la propiedad que es atravesada por el río Aurelle. D'Avenac demuestra que ese alguien y el desconocido que hizo robar el testamento, no son más que una sola persona, cuyo nombre no dice, pero que todos creen poder identificar fácilmente...

## IX

### DOS DE LOS CULPABLES

Las palabras de Raúl d'Avenac parecieron prolongarse en el pesado silencio en que bullían los pensamientos de todos. Bertranda, que se había colocado una mano ante los ojos y reflexionaba, dijo:

—No comprendo bien. ¿Es que debemos ver en sus palabras una acusación más o menos directa?...

—¿Contra quién, señora?

—Contra mi marido.

—No hay ninguna acusación en mis palabras,—aseguró Raúl.—Pero confieso que yo mismo, al exponer los hechos tal como se presentan, me asombro de ver el cariz que toman contra el señor Guercin.

A Bertranda no pareció sorprenderle aquello, y dijo:

—El cariño que nos unía a Roberto y a mí al contraer matrimonio, no resistió la primera prueba. Yo le seguía en la mayor parte de sus viajes porque era mi mari-

do y porque nuestros intereses eran comunes; pero no sabía una palabra de su vida personal lejos de mí. Esa es la razón por la cual no me sentiría demasiado disgustada si los acontecimientos nos obligaran a examinar su conducta. ¿Qué piensa usted, exactamente? Responda sin rodeos.

—¿Puedo interrogarla?

—Claramente.

—¿El señor Guercin se hallaba en París cuando murió el señor Montessieux?

—No: estábamos en Burdeos. Avisados por un telegrama de Catalina, llegamos dos días después por la mañana.

—¿Dónde se hospedaron?

—En el apartamento de mi abuelo.

—¿Estaba la alcoba de su marido cerca de la en que se hallaba tendido el señor Montessieux?

—Inmediata.

—¿Veló el cadáver su marido?

—Alternativamente conmigo.

—¿Se quedó sólo en la alcoba en algún momento?

—Sí.

—¿Había en aquélla algún ar-



Por **Maurice**

mario, alguna caja de caudales donde se pudiera creer que el señor Montessieux guardaba sus papeles?

—Un armario.

—¿Cerrado con llave?

—No lo recuerdo.

—Yo sí me acuerdo,—dijo Catalina.—Cuando el abuelo fué sor-

prendido por la muerte, el armario se hallaba abierto. Quité la llave de la cerradura y la puse sobre la chimenea, de donde la tomó el señor Bernard el día del entierro, para abrir el armario.

Raúl hizo un seco ademán con la mano y dijo:

—Entonces, se puede creer que

# EL RÍO DE ORO



## Leblanc

el señor Guercin sustrajo el testamento durante la noche.  
Bertranda tuvo un movimiento de rebelión:  
—¡Pero eso es abominable! ¿Con qué derecho puede usted afirmar de primera intención que lo haya robado?  
—Tiene que haberlo sustraído,

—arguyó Raúl,—puesto que le pagó a Fameron para que lo colocara en el legajo Montessieux.  
—Pero ¿para qué tenía que sustraerlo?  
—Para leerlo y para ver si no contenía ninguna disposición desventajosa para usted, es decir, para él

—¡Pues no había ninguna!  
—A primera vista, no. Usted recibe una parte y su hermana otra más importante, pero usted es indemnizada con una suma en oro. Mas ¿de dónde venía ese oro? Es lo que usted se preguntaría y lo que se preguntó el señor Guercin. De cualquier modo, guardó el documento, tomándose tiempo para reflexionar y procurarse la hoja complementaria que debía explicar el secreto de la fabricación del oro. No encontró nada; pero sus reflexiones, cuyo proceso es fácil de adivinar, le llevaron, dos meses más tarde, a rondar en torno de Radicatel.  
—Nunca me dejó. Yo viajaba con él.  
—No siempre. En aquella época, fingió un viaje a Alemania, de lo cual me he enterado interrogando a Catalina sin dejarle ver mi propósito. En realidad, vino a establecerse en el otro lado del Sena, en Quillebeuf, y por la noche venía al bosque y se escondía en la cabaña de la tía Vauchel y del hijo de ésta. Después saltaba el muro de la propiedad por detrás de las rocas, en un lugar que he marcado, y venía a visitar la mansión. Visitas inútiles, porque no le suministraron ni la explicación del secreto ni el polvo de oro. Pero, para añadir a la herencia de usted la banda de terreno con la cual, según el espíritu del testamento, parecían hallarse relacionados el descubrimiento y la posesión del secreto, hizo trasplantar los sauces, traspassando así a la parte de usted la Colina de los Romanos y el río.

La irritación de Bertranda aumentaba.  
—¡Pruebas!—demandó.  
—Fué el hijo de la tía Vauchel, que era leñador, quien llevó a cabo el trasplante. Su madre lo sabía y antes de volverse loca totalmente habló de ello a algunas de las comadres de la aldea, a las cuales he interrogado.  
—Pero, ¿fué realmente mi marido?  
—Sí. En la región le conocían desde que había estado con ustedes en la mansión, y por otra parte, he descubierto sus huellas en el hotel de Quillebeuf, en que se hospedó bajo nombre supuesto, pero sin que se cuidara de disimular su letra. Arranqué la hoja del registro y la tengo en mi cartera. Por lo demás, en el registro figura también la firma de otra persona que fué a juntarse con él hacia el fin de su permanencia en el hotel.  
—¿Otra persona?  
—Sí: una señora.  
Bertranda estalló:  
—¡Eso es mentira! Mi marido no tuvo amante jamás. ¡Eso es una mentira y una calumnia! ¿Por qué se ensaña usted con él?  
—He respondido a sus preguntas.  
—Siga,—dijo ella, tratando de dominarse.—Quiero saber hasta dónde puede llegar la audacia...  
D'Avenac prosiguió tranquilamente:  
—Después, el señor Guercin abrió un paréntesis en su empresa. Los sauces arraigaban en el lugar donde había hecho que los plantaran, y el cerrillo de donde los había mandado arrancar recobraba su aspecto de siempre. Pero la solución del problema quedaba en suspenso y el secreto de la fabricación del oro seguía ignorado. El deseo de probar fortuna nuevamente le hizo venir cuando usted y su hermana se instalaron aquí. Había llegado el momento de utilizar el testamento; de vivir en el mismo lugar en que había residido el señor Montessieux, y de estudiar el terreno conquistado y las condiciones en que pudo ser fabricado el oro. Desde la segunda noche de su estada, compraba por veinte mil francos la complicidad de Fameron. Al día siguiente por la mañana, éste venía a verlo.

(Continúa en la Pág. 49).

# Un VIAJE al CONGO

por T. Alexander Barns



rasgo distintivo de los pertenecientes a esta tribu. Por indumentaria llevaba el traje de gala de los habitantes de esta región norteña del Congo: un vestido de tela gruesa hecha de una pieza, que caía hasta sus rodillas y atado a la cintura por una soga de una pulgada de ancho, tejido con fibra de palma, sobre cuya soga iba un cinto de piel de "okapi", cortada en tiras, de una de las cuales descendía tiesamente hasta las rodillas. Sobre su cabeza ostentaba una especie de fez, tejido de mimbre, con una gran pluma roja en el frente y detrás un puñado de otras plumas blancas y negras, encasquetado todo al pelo mediante un alfiler de marfil. No portaba más adornos que unos cuantos brazaletes, y en sus manos lo que me parece ser el símbolo de un alto rango entre la mayoría de las tribus del noroeste del Congo: un bastoncillo formado con diversas clases de madera, convenientemente atadas unas a las otras. El objeto de Ikibondo, al acercarse a nosotros no era otro que in-



**E**RIERTAMENTE que aquel jefe de los "mangbettu", Ikibondo, decorado con sus insignias reales, daba la impresión de un señor importante, al surgir de entre la oscuridad de la noche a la puerta de la choza, al pie de la cual acababan de hacer alto nuestros cuatro autos. Nuestro propósito era, si la hospitalidad de tal señor lo permitía, pasar la noche en aquella mansión primitiva, construida con ramas y yerbas. Y así, lámpara en ristre, saludé respetuosamente a Ikibondo patriarca de aquellos predios, hallándome de pronto frente a un hombre rechoncho y bien plantado, de nariz respingada, labios abultados, semblante alegre y cráneo alargado, tal cual es el



enorme cobertizo, no era otra cosa sino un gran tejado soportado por largos pilares, que parecían mástiles. Y en su centro aparecía una hoguera de troncos, que iluminaba fantásticamente la estancia, mientras densas nubes de humo, se arremolinaban en el techo.

Una parte del piso se elevaba un poco más que el resto, y sobre éste, sentadas en una hilera de taburetes, se hallaban como cien mujeres. De ellas, sólo una era verdaderamente vieja; y como si fuera una dama de más importancia que las otras, había tomado asiento delante de todas, y según supimos luego, era la esposa más joven del padre de Ikibondo, el cual la había heredado. Las otras mujeres, muchas de ellas casi niñas, eran también esposas de Ikibondo. A la luz de las hogueras, recatadas bajo las sombras del humo, estas mujeres parecían imágenes de ébano, pues-

(Continúa en la Pág. 41)

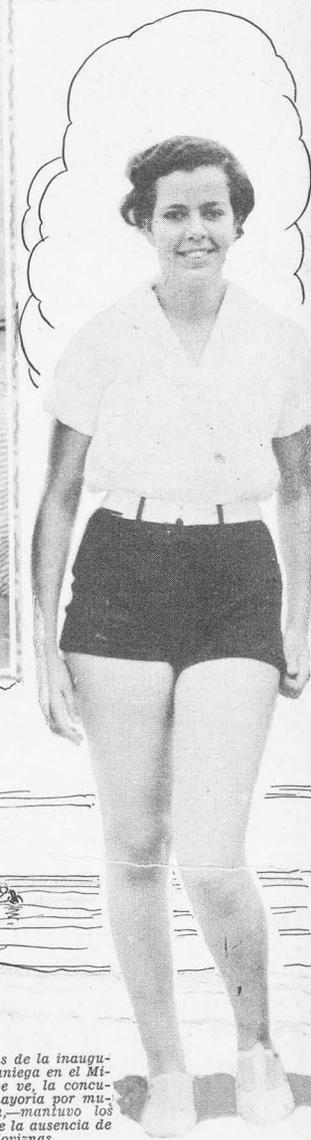
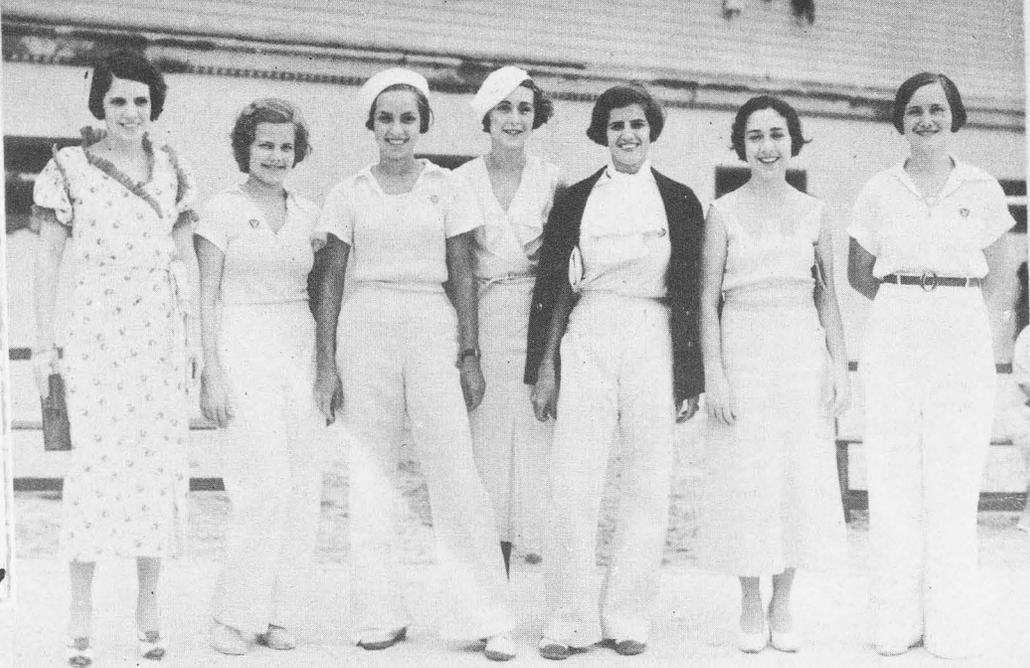


vitarnos a una danza que en honor nuestro, comenzaría media hora después.

Terminamos la comida y tan pronto oímos decir a dicho jefe que los danzantes ya estaban preparados para comenzar la fiesta, nos dirigimos a una gran explanada situada a las puertas de la aldea, llevando con nosotros todas las lámparas de que disponíamos. La pequeña aldea se perdía en la oscuridad de un bosque de palmas que se levantaba en el fondo, del que las fantasmales sombras de sus pobladores parecían moverse inquisitivamente en torno nuestro. Se escuchaba el ruido de los "tom-toms" (tambores primitivos) batiendo desesperadamente, y bajo los aleros del enorme cobertizo, en el que la fiesta se celebraba, surgían fuera lenguas flamantes. Ese



Una  
tarde  
en el  
**MIRAMAR  
YACHT  
CLUB.**



Ofrecemos varias fotografías de la inauguración de la temporada veraniega en el Miramar Yacht Club. Como se ve, la concurrencia—integrada en su mayoría por mujeres de pitórica belleza,—mantuvo los rostros sonrientes a pesar de la ausencia de sol y las molcstas lloviznas.

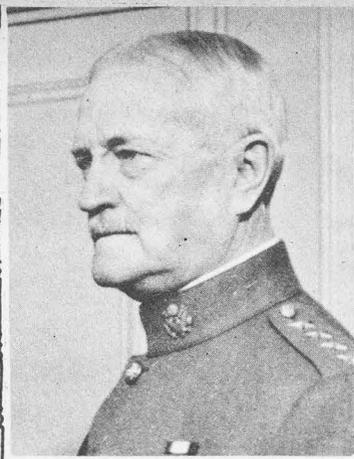
**CARTELES**



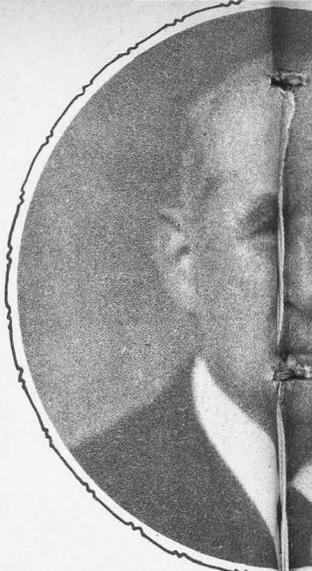
Calvin COOLIDGE, el austero. Su nombre encabeza la lista de los "clientes privilegiados" de Morgan. Compró 3,000 acciones de varias compañías a precios inferiores a los del mercado.



Norman H. DAVIS, embajador especial del presidente Roosevelt en Europa. Norman recibió un préstamo de \$50,000 de la Casa de Morgan y figura, además, entre los "clientes privilegiados" que podían comprar acciones a precio inferior al del mercado.



John J. PERSHING, el héroe americano de la guerra europea, es otro de los "clientes favoritos" de Morgan. Pershing recibió 1,000 acciones a precios inferiores a los mercados.



John Pierpont MORGAN II, el hijo de J. P. Morgan, es el jefe de la Casa de Morgan, que controla los negocios de la Casa de Morgan, controla los negocios de la Casa de Morgan, controla los negocios de la Casa de Morgan. La investigación en sus "records" hace un año \$200,000,000.



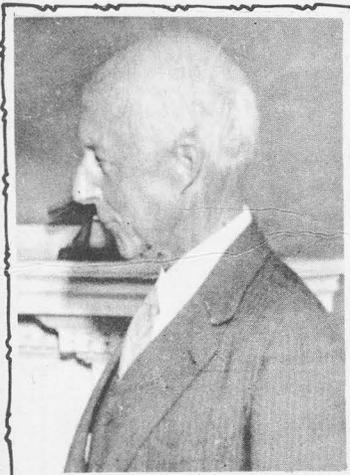
John W. DAVIS, ex candidato presidencial de los demócratas, ex embajador de los Estados Unidos en Inglaterra y abogado de la Casa de Morgan, que figura en la lista de los "privilegiados" con 5,400 acciones adquiridas a precio de favor.



Owen D. YOUNG, consejero técnico de todos los gobiernos americanos desde la época de Wilson, autor del famoso plan de su nombre para el arreglo de las indemnizaciones alemanas, que aparece también en la lista de Morgan con 1,000 acciones.



Thomas William LAMONT, ex secretario de Comercio de Hoover y ex socio de la Casa de Morgan, que recibió 38,000 acciones a precios inferiores a los del mercado.



Charles Francis ADAMS, ex secretario de Marina en el gabinete de Hoover, es otro de los "clientes favorecidos". La Casa de Morgan le vendió 4,000 acciones a precio de excepción.



Walter S. GIFFORD, presidente de la American Telephone and Telegraph Co., y jefe de la organización para el auxilio a los sin trabajo, creada por el presidente Roosevelt, es otro de los favoritos de Morgan. Adquirió 2,000 acciones a precios de favor.

# EL ESCÁNDALO

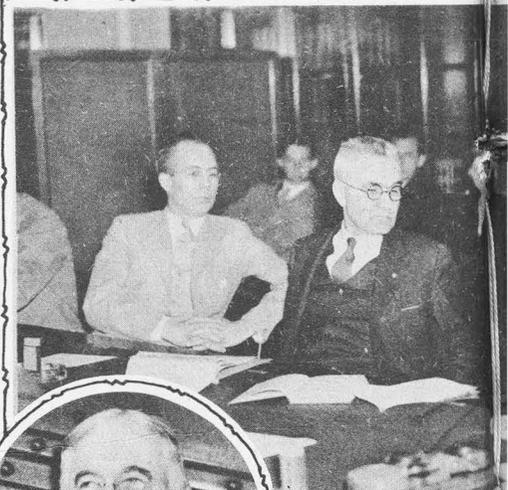
La investigación senatorial sobre las actividades de la Casa de Morgan, que llevó al escándalo sólo comparable al de Teapot Dome, que llevó al escándalo del ex secretario del Interior, Albert B. Fall.

Los archivos de la Casa de Morgan, escrutados por los senadores, produjeron una lista de los "clientes privilegiados" a precios inferiores a los que regían en el mercado.

En esa lista aparece, a la cabeza, el nombre del austero senador de candidatos presidenciales, embajadores, hombres de negocios y otros.

La lectura de la lista—dice el cable—produjo un escándalo en el Senado, un republicano, el senador Robinson, y el senador Davis (ambos incluidos en la lista de Morgan) se opusieron al impuesto sobre la renta en los Estados Unidos durante los años.

El escándalo Mitchell y el escándalo Morgan, así como el escándalo por el National City Bank a través de la National City Company, que impidió en los Estados Unidos, legislación que impida de una vez a las personas que las manejan en beneficio propio, y que de una vez.



El Comité Senatorial escrutó los "records" de la Casa de Morgan. El comité prestaron declaración.



Bernard M. BARUCH, que fue asesor confidencial del presidente Wilson, aparece con 4,000 acciones en la lista de Morgan.

hombre que invirtió ocho millones de dólares en acciones privilegiadas. Como jefe de la lista de los "clientes privilegiados" en todo el mundo, Morgan pudo prestar 200.000.000 a Inglaterra.

# ALO MORGAN

la Banca privada en los Estados Unidos, ha conducido a un esbozo a la cárcel a los millonarios Sinclair y Doheny y causó la muerte a quienes vendió la Casa de Morgan distintas acciones. Los investigadores del fiscal Pecora, dieron a luz "records" que el tribunal senatorial no trató de cortar. Y al día siguiente Coolidge, y junto al del difunto ex presidente, los nombres de negocios, cuanto vale y brilla en la gran nación americana. El senador Coolidge, a quienes vendió la Casa de Morgan distintas acciones. Coolidge, y junto al del difunto ex presidente, los nombres de negocios, cuanto vale y brilla en la gran nación americana. Coolidge, a quienes vendió la Casa de Morgan distintas acciones. Coolidge, y junto al del difunto ex presidente, los nombres de negocios, cuanto vale y brilla en la gran nación americana.



encargado de investigar las irregularidades bancarias. Ante declaración John P. Morgan y sus asociados, e identificaron a los clientes de las listas de "clientes favorecidos".

(Fotos International).

Arthur R. ROBINSON, senador republicano por Indiana, que pide la renuncia de Woodin y Davis, en relación con el "affaire" Morgan.



Williams Gibbs McADOO, candidato demócratico a la presidencia de los Estados Unidos, figura también en la lista de Morgan con 1,500 acciones. McAdoo niega ser "cliente favorito" de John Pierpont, asegurando, que en fin de cuentas perdió dinero en la transacción.



William H. WOODIN, secretario de Hacienda de los Estados Unidos, músico e industrial millonario, que aparece en la lista de Morgan con 2,000 acciones. Las acciones le fueron vendidas antes de ser miembro del gabinete de Roosevelt.



Charles Augustus LINDBERGH, el Aguililla Solitaria, es otro de los clientes privilegiados de la Banca de Morgan. El héroe del vuelo New York-París recibió 1,000 acciones de distintas empresas a precios inferiores a los que regían en el mercado.



John J. RASKOB, presidente del Comité Nacional Demócratico, es otro cliente favorito de la Banca de Morgan. Compró 4,000 acciones a precios de excepción.



Newton D. BAKER, ex secretario de la Guerra en el gabinete de Wilson y uno de los presidentes del partido demócratico. Aparece con 2,000 acciones de la Alleghany Corporation en la lista de los "favoritos" de Morgan.



Charles E. MITCHELL, ex presidente del National City Bank, procesado por defraudación al Estado, aparece en la lista de Morgan con 20,000 acciones y un préstamo de millones sin garantía colateral suficiente.



Alfred P. SLOAN, presidente de la General Motors y uno de los grandes industriales americanos, figura con 17,500 acciones en la lista de los "clientes privilegiados" de la Banca de Morgan.

# “CARTELES”

en una "TOURNÉE"

## DEPORTIVA

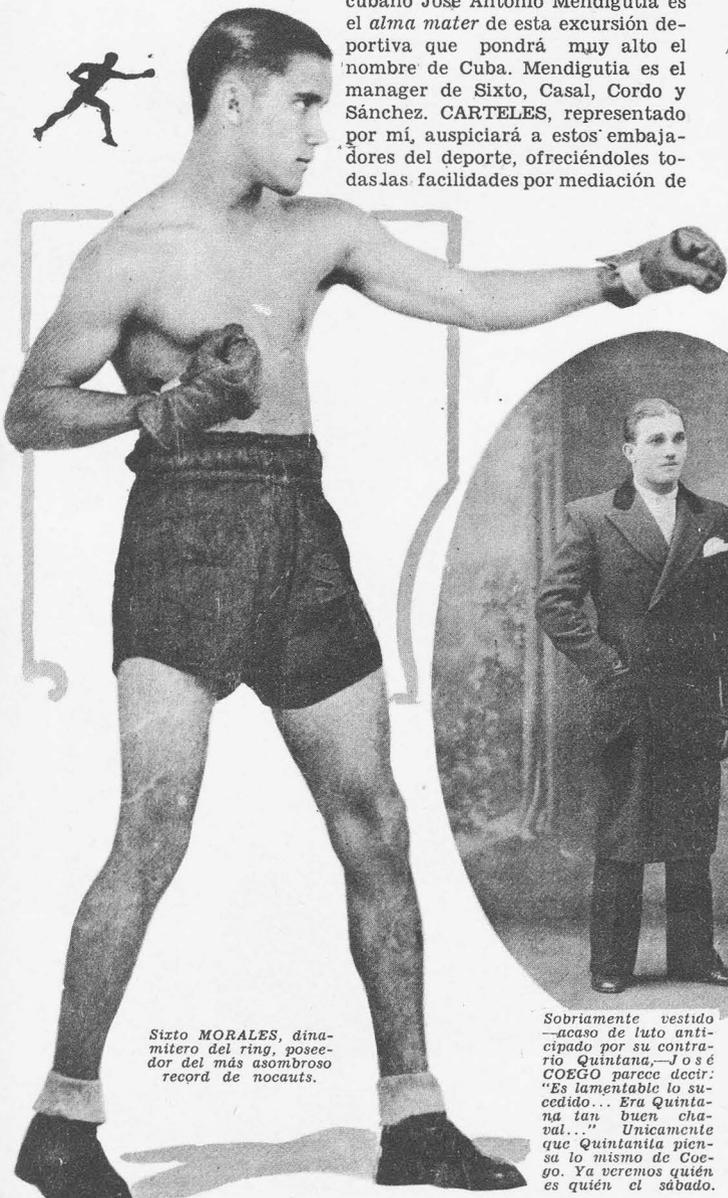
Un breve paréntesis en mi serie "Columnas Deportivas", para anunciar una "tournée" de los púgiles más jóvenes y más prometedores de Cuba. Todos son muchachos de estampa, a cuya personalidad vigorosa hay que añadir magníficas condiciones físicas y habilidad en grandes dosis. El Benjamín del flamante equipo es Alejandro Cordo, el chiquillo de 17 años que es hechura de Kid Chocolate. Lo sigue en edad, Sixto Morales—18 años,—poseedor del "punch" más demoledor que se ha conocido en la división ligera. Humberto Casal, que a los 19 años luce como un futuro light heavyweight. Conrado Conde, que saboreó la consagración a los diez y ocho años, es el astro del cuadro que recorrerá toda la Europa pasando primeramente por Venezuela.

También quedarán incluidos en la "tournée", Mario Kid Sánchez, campeón nacional bantamweight, y posiblemente Baby Face Quintana, el "taumaturgo" del ring. Consignados a Pincho Gutiérrez embarcarán directamente Pedro Herrera y Goyito Rico.

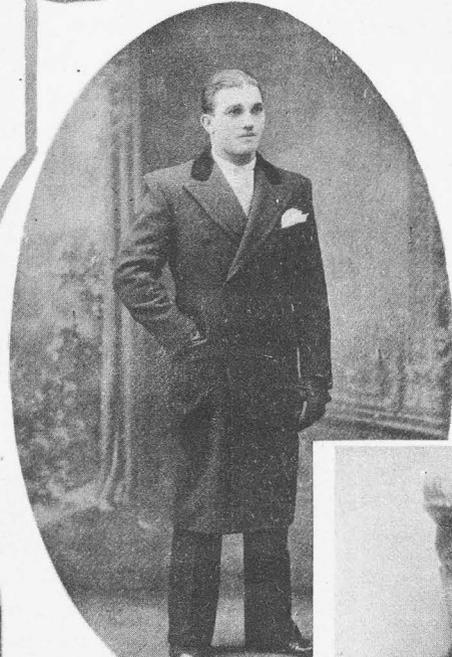
Como entrenador del conjunto irá Anisio Orbeta, ex púgil de brillante historia y conocedor profundo del boxeo. El conocido sportsman cubano José Antonio Mendigutía es el *alma mater* de esta excursión deportiva que pondrá muy alto el nombre de Cuba. Mendigutía es el manager de Sixto, Casal, Cordo y Sánchez. CARTELES, representado por mí, auspiciará a estos embajadores del deporte, ofreciéndoles todas las facilidades por mediación de



Nuestro cronista deportivo, Jess LOSADA, que irá en la "tournée" como técnico, y que escribirá para los lectores de CARTELES sus impresiones sobre los deportes en los distintos países que visitarán.



Sixto MORALES, dinamitero del ring, poseedor del más asombroso record de nocauts.



Sobriamente vestido —acaso de luto anticipado por su contrario Quintana.—J o s é C O E G O parece decir: "Es lamentable lo sucedido... Era Quintana tan buen chaval..." Únicamente que Quintanita piensa lo mismo de Coego. Ya veremos quién es quién el sábado.

sus relaciones en las repúblicas hermanas y en el Viejo Continente.

Antes de emprender el viaje, el conjunto se despedirá de la afición habanera el día 10. Mario Kid Sánchez y Conguito discutirán a 15 rounds el campeonato featherweight de Cuba. Casal se iniciará en la división mediana frente a Yaylayan; Cordo se batirá con el mejor contrario de su joven carrera; Sixto frente a Marzo Fernández y Quintana despejará la incógnita de José Coego. Goyito Rico defenderá su título de campeón heavyweight contra el furibundo ataque de John Herrera y Pedro Herrera se despedirá frente a un mediano de clase.

El primer punto de contacto será Caracas, donde el matchmaker de la empresa venezolana, nuestro compatriota Clodomiro Castro presentará a Conde, Quintana, Casal y Morales, contratos que ya han sido aceptados por cable.

JESS LOSADA.



Martín OROZ, campeón welterweight de España y pupilo del promotor y manager Fausto Garnicero (de paso en La Habana), que visitará nuestra ciudad el próximo invierno.

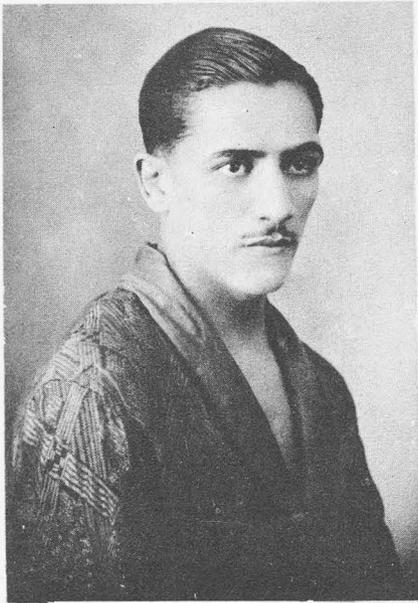


Baby Face QUINTANA, que tendrá su tercera prueba frente a José Coego. ¿Tercera victoria? Nuestra opinión es que sí.

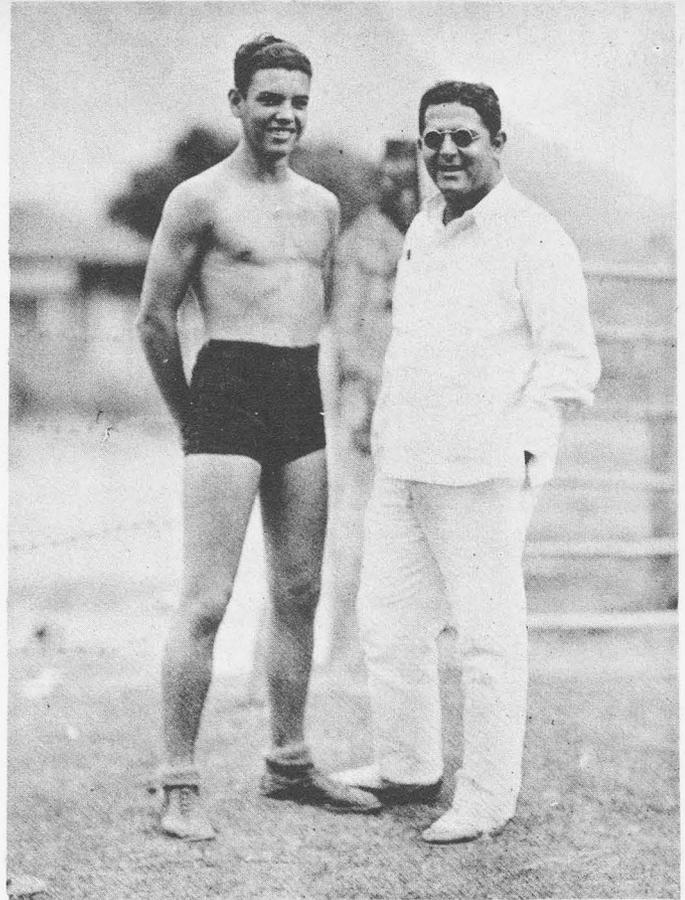
Antonio HORAS se despide de La Habana frente a Bill Scott. El invicto peso mediano español zarpa para España con su mentor Justo de Larrzábal en junio próximo.



Alejandro CORDO, el Benjamín del equipo y el más brillante estilista que ha producido Cuba, después de Chocolate.



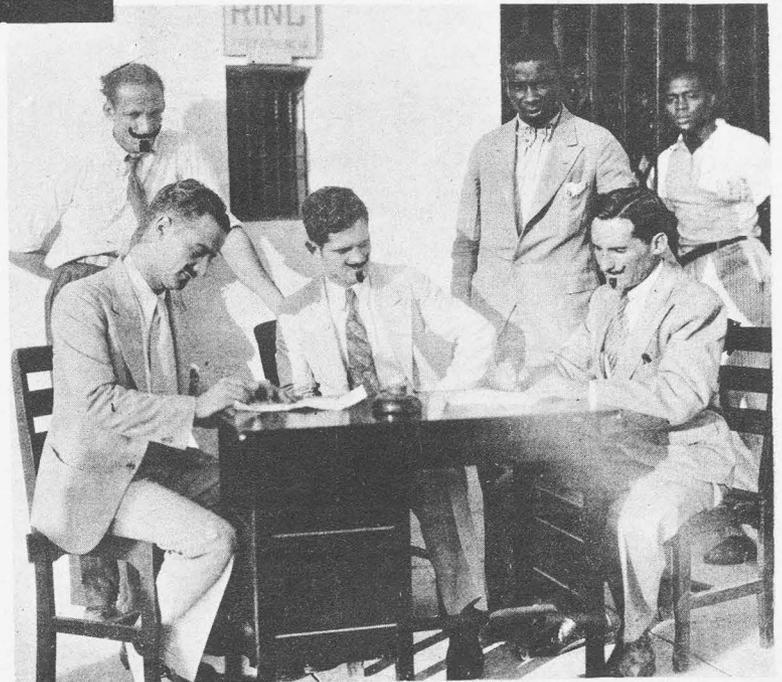
Enrique LEYVA, el Carpenter de fama oriental, que enseñará a los capitalinos una marca de bozeo sensacional en su debut con Moños el próximo sábado en la Arena Cerveza Cristal.



José Antonio MENDIGUTIA, deportista cubano que será un embajador de la genuina clase pugilística de Cuba, y Humberto CASAL, futuro peso completo que como Stribling, se desarrolla lentamente.



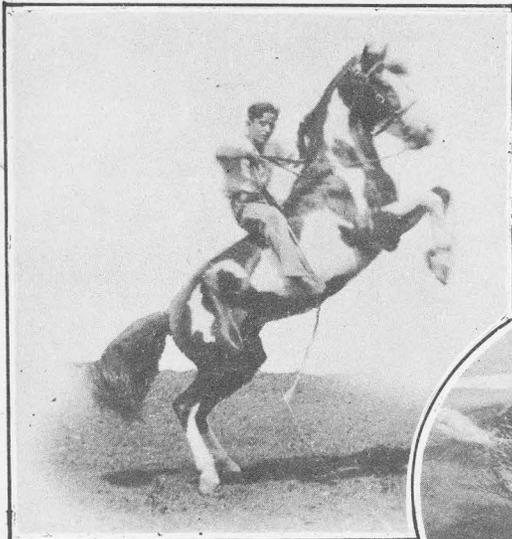
Conrado CONDE, que conoció la consagración a los 18 años, con Anísto ORBETA, entrenador del conjunto excursionista.



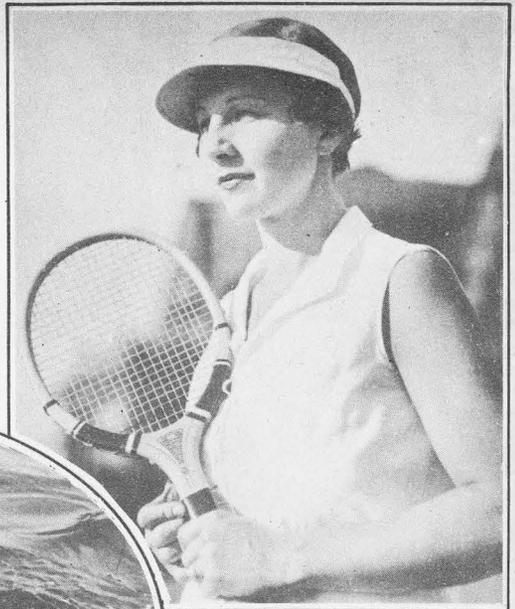
LOS TRES MÔSQUETEROS FIRMAN UN PACTO.—Aramis del PINO en el centro contempla con aire gallardo la firma del combate Horas-Scott. A su derecha, el sutil Aihos LARRAZABAL piensa en otra victoria mientras firma el convenio de la batalla, y a la izquierda Porthos COTO LEISECA—un Porthos reducido por dietas científicas—, aprueba el belicoso pacto con un rasgo de su pluma. De pie, a la izquierda, el inquieto D'Artagnan OLIVA atisba sobre las testas mosqueteras, mientras el caballero SCOTT no se sabe para dónde mira... acaso buscando al rey don Luis de la Parga, que no aparece por ninguna parte.

(Fotos Pegudo).

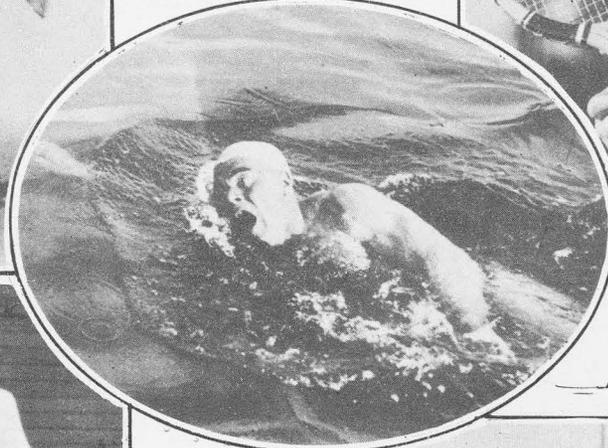
# DEPORTES



**UN FUTURO "COWBOY" DE RODEO.**—Oscar DEL CALVO, joven de Quivican, cuyas proezas como finete le han valido el sobrenombre de "Tom Mix cubano".



**VUELVE ELENA.**—Después de un prolongado descanso, retorna Helen WILLS MOODY a los courts, para hacer historia deportiva. Una nueva victoria en Wimbledon le otorgaría su sexto triunfo consecutivo—iguando el record de Suzanne Lenglen—y un nuevo triunfo en el campeonato de singles de los Estados Unidos, sería su octava victoria consecutiva, iguando el record de Molla Mallory.



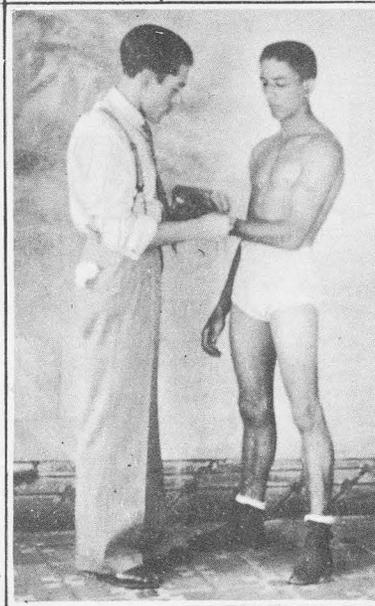
**EL SOVIET Y LOS DEPORTES.**—Una demostración de que la Rusia soviética es tan interesada en algunas otras cosas, además de las teorías políticas. SHUMIN, el campeón soviético de natación en una competencia de maratón, que ganó decisivamente.



**Team de volley ball del Club Deportivo Medina,** que ha obtenido magníficos triunfos en esta semana.



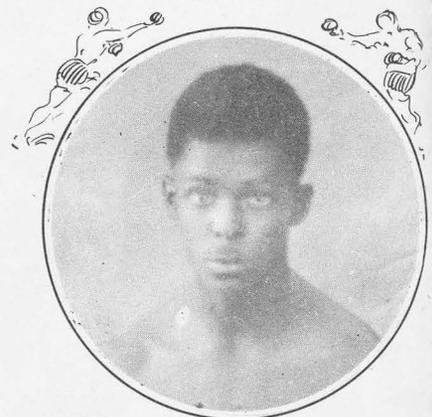
**Rodrigo DIAZ,** tirador de primera fila, que se anotó un brillante triunfo en el Club de Cazadores del Cerro, al ganar la Copa "El Mundo".



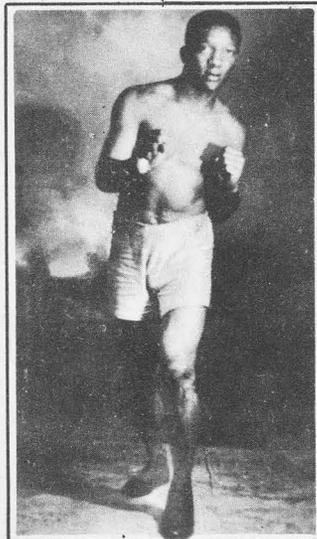
**Zurdo de CUEVAS,** welterweight camagueyano, de la cuadrá de Ramón Sevilla, que pronto debutará en la aristocrática Arena Cerveza Cristal.



**Guillermito GONZALEZ,** bantamweight que se ha colocado a la cabeza de su división, por su resonante triunfo sobre Antonio Santana, con su manager, el comerciante A. GARCIA. Guillermito peleará próximamente con Divino Rueda, el bantamweight número dos de Cuba.



**Young ALEJANDRO,** la promesa más destacada de Camagüey, que no se sabe por qué no ha recibido protección de los promotores habaneros. Alejandro puede ganarle a todos los bantams habaneros, y cuando desarrolle—puede ser un peso ligero—brillará tan intensamente como un Chocolate.



# En la PLAYA



La primera comunión con el mar...



Una figura muy "boyish" que sonríe al dejar el abrazo del mar...



Fanáticas del cine, que no abandonan su revista predilecta ni en la Playa.

(Fotos Pegudo).



Un grupo de niños - posa para Pegudo.



Un himno viviente a Polonia y unas espaldas muy perfectas.



En el grupo netamente masculino, los hay nadadores, buzos, bañistas de sol, faraoes de la lija y simple aidiuos al balneario de la Playa.

# Carta de una Alemana anti-Semita

Carta

por Mariblanca Sabas Alomá

Carta

**B**STA señorita Emilia H. de Probst que me escribe esta carta, pienso, tiene un perfecto derecho a exponer libremente su opinión desde estas mismas columnas, honradas anteriormente con honorables y prestigiosas firmas de ciudadanos hebreos en cuyo espíritu encontraron eco simpático mis *Palabras a Gabriela Mistral*, escritas con emoción profunda en defensa de la raza judía, cobardemente atropellada por "el bello Adolfo" en la tierra de Wagner y de Goethe. La publicación de esta carta, téngase por bien entendido, no significa compenetración de ningún género, aunque sí respeto, con su contenido. Ella nos evidencia el modo de pensar y la manera de interpretar los hechos de una ciudadana alemana—¡cómo hay tantas en Alemania y fuera de Alemania!—cuyo derecho a opinar y a exteriorizar públicamente su opinión con respecto a la cruzada antisemita iniciada en su país es perfectamente humano. Al publicarla, no altero ni en una coma su contenido. Al comentarla, próximamente, procuraré pasar por alto, (digo "procuraré" porque yo no soy de pasta divina, sino de carne y hueso, como todo simple mortal) las... ¿cómo las llamaré?... las "ironías" que contiene y que se refieren al "quijotismo" de mi defensa sincera y leal. He la aquí:

Habana, mayo 16 de 1933.

Muy distinguida señorita, admirada escritora, infatigable y valerosa luchadora contra las injusticias y prejuicios del mundo: esta vez sí que ha sido sorprendente su buena fe con motivo de la protesta de los judíos a la que, según los periódicos, piensa Ud. dar resonancia con su palabra autorizada de escritora afortunada y militante.

Habrán sido motivos de mucho peso que la han decidido a Ud. a ponerse al lado de sus "hermanos" judíos contra Alemania (y no contra Hitler sólo, ya que él hoy encarna el espíritu de una Alemania renaciente), porque no puedo creer que su mente clara y sutil se haya dejado captar por la cursilería y el falso patetismo del manifiesto que hoy publican los diarios. Pero quería dirigirme a Ud. personal y particularmente, ya que siempre he admirado su independencia de espíritu y su capacidad de formarse una opinión justa en medio de los criterios más divergentes, para rectificar algunos conceptos erróneos y hacerle ver "el otro lado de la medalla".

Yo creo que hasta la santidad se ha comprobado por personas que deberían merecerle toda confianza que no hubo ni hay matanzas de judíos en Alemania y que en la capital de Alemania proverbialmente limpia no corre sangre pútrida por ninguna calle, ni se estancan los ríos con los cadáveres de ancianos, mujeres y niños. (¿No se ha fijado Ud. que son siempre mujeres, niños y ancianos las víctimas, mientras que en tales trances los hombres siempre salvan el pellejo para poder luego poner el grito en... el periódico?) No voy a negar que en los primeros días de esta re-

volución civil alguno que otro judío haya recibido una paliza; era esto como si, aprovechando un disturbio callejero, alguien le propinara una buena tunda por ejemplo al Dr. Sarra. ¿Ud. comprende? Pues no se ha matado ni torturado a ningún judío en Alemania. Créame, si uno solo hubiese muerto a manos de los "nazis", ¡cómo se hubieran llenado los periódicos con su nombre y horripilantes detalles! El que todas las acusaciones se mantengan en un plano tan vago y general es la mejor prueba de que son puras invenciones.

Deben ustedes los cubanos agradecerles a los judíos la lección de historia que les ofrecen graciosamente en su manifiesto, esto es, de que los judíos residen en Alemania desde hace 1500 años formando siempre una parte orgánica de dicho país. La ignorancia de Historia Universal que presuponen en sus "hermanos cubanos" para que traguen semejante bola no es precisamente una lijonja que yo diga. Hace 1500 años, sobre el año 500, si no recuerdo mal, empezaron a invadir algunas tribus de hunos, viniendo del este de Europa, el imperio romano y no consta en ningún libro de Historia que los hebreos formaban parte orgánica de las mismas. Alemania entonces no existía siquiera en embrión, pues el imperio alemán data de 1870 nada más. Antes había en Europa muchos Estados pequeños de lengua germana que entre sí se hacían la guerra. Situación ésta de la que los judíos han sabido sacar provecho para obtener a mediados del siglo XVIII por primera vez derechos ciudadanos que hasta entonces les habían estado rigurosamente negados, teniendo que vivir en los "ghettos". Los barrios judíos, sinónimo de todas las inmundicias. Fué Amschel Rothschild, el judío de Francfort, que se hizo naqar sus servicios y préstamos al príncipe conde de Hessen Nassau con la libertad de sus correligionarios, derechos y libertades que más tarde vanamente se ha tratado de arrebatarles otra vez. Amschel Rothschild con sus cinco hijos y con la humildad y tenacidad de su raza se hizo el hombre más rico de su época y acreedor de todos los Estados europeos siempre en guerra y necesitados de dinero. Fué de Austria de quien tras larga y silenciosa lucha la familia de los Rothschild obtuvo su título de nobleza, pagándolo bien caro. Pero con todo en ninguna época y en ningún país europeo han formado los judíos parte orgánica del pueblo que les daba albergue. La raza judía es inasimilable, queda en la constitución de cualquier pueblo un cuerpo extraño a veces insensible, a veces irritante. Cuba no será una excepción a la regla. Para el judío su ciudadanía es un activo en sus negocios como otro cualquiera; cuando no produce la cambia por otra más productiva; también trafica con su religión, si le puede sacar algún provecho. Pues no se extrañe, si dentro de 10 o 20 años su bella patria tiene un secretario de Estado o de Hacienda judío, cubano de nacimiento, católico apostólico romano, y con un apellido

españolizado que no revela su origen. Entonces se acercará el momento cuando los cubanos cien por cien se acuerden con comprensión y simpatía de lo que hoy llaman la vergüenza del régimen hitlerista.

"La guerra que provocó Alemania", "la revancha que hoy está preparando" aserciones de una desfachatez que especula sobre la pereza mental de los lectores y que no merecen ser rechazadas. No sé si en la guerra lucharon 100,000 judíos, me parece exagerada la proporción, habiendo solamente 600,000 judíos en Alemania, como también el porcentaje de los caídos. Pero de todas maneras, ha sido repetido tantas veces que no lo pueden ignorar los judíos de Cuba: que los que han luchado por Alemania en las trincheras o que han perdido el padre o un hijo en la guerra, serán respetados en sus cargos públicos, igual que aquellos que ocupan tales cargos desde antes de la guerra y por sus propios méritos y no gracias a su filiación con el partido socialdemócrata. A los que se pretende expulsar son los inmigrantes judíos del este de Europa que llegaron a Alemania durante y después de la guerra aprovechando la desmoralización y miseria del pueblo alemán para enriquecerse y colarse en todos los puestos donde "se podía hacer algo", sin siquiera la cortesía de adoptar la nacionalidad alemana. Con la ayuda de funcionarios sobornados han estafado y desfalcado cientos de millones de marcos y en los casos en que había que hacerles el proceso para apaciguar la opinión pública, como en los "affaires" escandalosos de Kutisker, Barmat, Sklarek y otros, los jueces que eran de su misma calaña impusieron penas ridículas de algunos meses de encierro, quedando además suspensas las sentencias para dar a los acusados la oportunidad de ausentarse con el botín del país. Ud. comprenderá ahora por qué uno de los primeros pasos del nuevo gobierno era el limpiar la administración de justicia de todo elemento judío causante de esa corrupción vergonzosa. No se han "confiscado" los bienes de ningún judío, pero sí se han embargado pendientes de procedimiento judicial en los casos donde había fundadas sospechas de que tales bienes eran mal habidos. Y esto les pasó a judíos y cristianos igual, incluyendo los pejes más gordos, los que ningún otro gobierno se hubiera atrevido a tocar. A los judíos honrados que se ocupan de sus negocios, de su profesión o de sus estudios, sin buscar influencias sobre la política o la dirección espiritual del país, nadie les impedirá o dificultará su estancia en Alemania. Tantas veces lo ha dicho el gobierno alemán, pero el mundo no quiere oírlo, narcotizado como se encuentra por la prensa judía.

Sobre la contribución cultural judía se podría escribir otro capítulo, pero la carta se me va haciendo larga y yo no quiero abusar de su paciencia. Si le interesa a Ud. conocer el otro lado, yo podría servirle no mi opinión particular sino periódicos, libros y revistas que tal vez la convencerían de que lo que pasa hoy en Alemania es di-

go digno de profundo respeto y no merece las críticas injustas que tratan de empujar al caído que se quiere levantar.

En esta su casa, M y 23, apartamiento 205 me tiene Ud. a sus órdenes y le agradezco el desahogo que sin su consentimiento me he procurado con esta carta. Habría tantas cosas que decir y si nadie se levanta contra los ladridos de los perros callejeros, lo hago yo. Ud. seguramente recibe cartas innumerables, sin embargo abrigó la esperanza que la mía también será leída, aunque llegue tarde para poder influir en su discurso en pro de la judería atropellada.

Soy de usted sincera admiradora y desconocida amiga,

Emilia H. de Probst.

P. D.—Los periódicos traen la noticia de haber sido prohibida por la Comandancia Militar la reunión de los judíos. Me alegro de veras.

Dejando para artículos próximos los comentarios de rigor a esta carta, que pese al sabor "nazi" de su contenido, no tiene desperdicio, sólo quiero, de momento, aclarar a la señora Emilia H. de Probst que no han sido "motivos de mucho peso", como con legítima malicia femenina supone, los que me han movido a levantar mi voz, débil pero honrada, en defensa de la raza judía. Los "motivos de mucho peso" sólo pueden ejercer influencia en los tráfugas, en los desvergonzados, en los cobardes. La alusión, irrespetuosa y falaz, estuvo a punto de ser suprimida cuando decidí dar el texto íntegro de esta carta a la publicación; pero he preferido consignarla para no restar a mi público lector el valioso elemento de juicio que semejante frase le proporciona. En realidad, evidencia que quien la escribió no concibe que se pueda defender la raza hebrea "desinteresadamente", acaso porque le parezca imposible la existencia de "otros móviles más altos" capaces de mover la pluma, palabra y corazón en defensa del decoro y de la justicia de los hombres. Tal vez la señora de Probst desconozca que existen en la vida valores más altos que "esos" a que paladinamente se refiere. Más altos que el dinero, pongamos por ejemplo.

El contenido de esta carta ofrece rica veta de comentarios. Los hebreos cultos han de escribir sin duda alguna cosas muy interesantes a esta redacción tan pronto como la conozcan. Mis lectores todos, especialmente los que valiéndose de distintos medios me han expresado su deseo de cooperar en alguna forma práctica y efectiva a la defensa de la raza injustamente vejada y atropellada, pueden contestar directamente o por mi mediación a la señora de Probst, a quien hay que reconocerle, por cierto, una adhesión a Adolfo Hitler digna, si no de aplauso, por lo menos de respeto. Tiene todas las características de una adhesión simple y sincera, sin "motivos de mucho peso" que la malogren.

¡A lo mejor, en contra de mi esperanza, las mujeres que sientan y piensen como la señora de Probst abundan grandemente en Alemania y fuera de Alemania!...

gros de la uniformidad; organización de trabajo que corrija los defectos de la especialización por el sentimiento de la unidad definitiva en todas las producciones del espíritu.

Mr. Gay, representante de los Estados Unidos ha hecho declaraciones especiales respecto del estado económico mundial y los ilustres huéspedes han marchado satisfecísimos de las excursiones y visitas que han hecho a los magníficos archivos de cultura que existen en Madrid, Toledo y El Escorial.

Pasó por la capital de la República el vicepresidente de la Argentina doctor don Julio A. Roca. Fué huésped de honor del presidente, de la República española y se hospedó en el Palacio Nacional, que fué hasta el año 1931 Palacio Real.

El doctor Roca permaneció en Madrid tres días y al cuarto marchó en automóvil a Lisboa donde embarcó de regreso a su país, concluida la misión extraordinaria que lo trajo a Europa y que consistía en llegar a un arreglo con Inglaterra. Creemos que el viaje ha sido fructuoso para la República del Plata.

Desde que se promulgó la ley del divorcio en España se han iniciado en los juzgados y las audiencias nacionales 4,494 demandas. Los pleitos terminados son 1,636 y los pendientes de tramitación, 2,858. Hasta primeros de abril se habían disuelto 1,364 enlaces.

La cifra más elevada de divorcios corresponde a la audiencia

# Aire...

(Continuación de la Pág. 20)

de Barcelona. Las de Vitoria y Segovia no han entendido en ninguno. Las causas principales de separación son las siguientes: Grupo primero: Separación de techo, 609; abandono culpable 257; desamparo de la familia, 234; malos tratos, 196; adulterio, 191; violación de deberes conyugales, 176.

Grupo segundo.—Ausencia en ignorado paradero, 14; intento de prostitución, 12; enfermedades venéreas, 11; bigamia, 8; condena a más de diez años, 5; impotencia 1; locura, 1.

Barberán y Collart, los bravos pilotos españoles del raid Sevilla-Habana, continúan herméticos.

El periodista, claro, no tiene por qué sorprenderse de nada. Su cometido principal es averiguar la razón de las cosas. ¿Este silencio, no tiene alguna explicación? ¡No la ha de tener! Veamos. No se trata de un vuelo de puro turismo. No debe ser su única razón la de hacer una visita siempre grata a los hermanos de Cuba y de España que allí viven en estrecha comunión de relaciones y de intereses. ¿Entonces? Entonces es que este viaje resume alguna inquietud menos desinteresada que las ya dichas, aunque tan noble y tan respetable.

Uno sabe que hay en el mundo unos aviadores, en este caso norteamericanos, que conservan en la actualidad un record mundial de distancia en línea recta.

Estos envidiables pilotos son Russel N. Boardman y John Polando, que lo elevaron en el año 1931 a 8.065,736 kilómetros.

¿Es la sería empresa de intentar batir este record, lo que tiene tan silenciosos y circunspectos a nuestros Barberán y Collart? Eso parece, sobre todo si se tiene en cuenta que por dos veces ha intentado nuestra aviación superar esta marca, record el más codiciado de los cinco absolutos reconocidos por la Federación Aeronáutica Internacional y en ambas tentativas la suerte fué adversa a nuestros bravos pilotos.

Todo esto hace pensar en un nuevo intento y es de creer, si fuese así, que aunque en dirección a la isla de Cuba, el vuelo no terminará en La Habana, como se dice, sino en algún lugar mexicano de la costa del Pacífico.

Pero batir un record, este u otro cualquiera, siempre de esta clase de navegación, no depende de la bondad de un aparato o de las condiciones magníficas del equipo en lo que se refiere a lo físico y lo técnico. El factor decisivo es otro el régimen, de tiempo, difícil de conseguir a través del conjunto climatológico sobre el gran trayecto que ha de recorrerse y que permitiría adquirir una velocidad media sobre el recorrido total que represente una distancia ortodrómica superior a la establecida por el record que se intenta batir.

Del aparato ya anticipamos las características. Hoy sólo añadiremos que el "Cuatro Vientos" lleva un motor construido en Barcelona, que es del mismo tipo que el que llevaron Costes y Bellonte en su vuelo directo Europa-Nueva York en septiembre de 1930.

El equipo lo constituyen el capitán Barberán, como navegante y el teniente Collart, como piloto.

Barberán y Tros (Mariano) cuenta 38 años de edad. Ingresó como observador en el Servicio de Aviación militar el año 1920 y posee el título de piloto número 369 desde 1925. No es éste el primer vuelo que proyecta. El fué quien planeó con Ramón Franco el Palos de Moguer-Buenos Aires, que poco después realizaba Franco en el "Plus Ultra". Barberán se sacrificó por que fuese en la expedición un representante de la Armada, el teniente Durán, de padre amigo del dictador Primo de Rivera, que fué quien lo impuso.

Collart Serra (Joaquín) cuenta 27 años y procede del arma de Caballería. Ingresó en la Aviación en 1926, como observador y posee el título de piloto, número 720 desde 1928. Es una de las figuras más sólidas y una de las más sobresalientes, por su capacidad y su pericia y dinamismo, de la aviación militar española.

Si el clima y las condiciones atmosféricas no les juegan una mala pasada el viaje de estos dos expertísimos pilotos puede ser glorioso para ellos y de importancia para la Aeronáutica nacional.

tas en fila, con sus ojos vidriosos, que nos lanzaban miradas de asombro.

A un lado de la estancia se había situado el "jazz band", integrado por gongos de madera, que sostenían entre sus rodillas, agachados, muchachos negros; algunos de esos gongos, eran de gran tamaño y otros pequeños, no faltando los que se componían meramente de trozos huecos de madera, junto a los del tipo corriente hechos de piel curtida. Y completando la escena, hallábase al final del cobertizo, un grupo compuesto próximamente de un centenar de hombres, miembros de la tribu, espectadores con ojos de espanto, que al resplandor de las hogueras, daban la impresión de un grupo escultórico de arte primitivo, tal como si algún tosco artista hubiera tallado en ébano una obra maestra de escultura, en la que representare un enjambre de espíritus negros a las puertas del infierno.

Trajeron varios asientos, y nos sentamos dispuestos a contemplar la fiesta que Ikibondo había organizado en honor nuestro. El mismo Ikibondo abrió la ceremonia con unos pasos de baile, pero como la indumentaria lo tenía tan atado, no podía sino balancearse rigidamente a un lento son de los "drums", coreado con palmadas y columpiado en brazos de las mujeres. Después de este pintoresco introito, comenzó realmente el espectáculo, y como en el transcurso de la medianoche a la madrugada, había tomado una tonalidad de violenta animación y el recinto en el que se celebraba la ceremonia era ya pequeño, y excesivamente caluroso, para la cantidad de gente que se había ido congregando, fué preciso encender otra nueva hoguera fuera del barracón, para que conti-

# un VIAJE...

(Continuación de la Pág. 32)

nuara el espectáculo. Retiramos a cierta distancia nuestros carros, y mientras los danzantes formaban un gran círculo ante esta nueva pira, enfocamos sobre ellos los proyectores de los autos, ofreciéndose entonces a nuestra vista una escena espectacularmente grandiosa.

Después comenzaron sus danzas las esposas de Ikibondo, el jefe de la tribu. Formaban éstas un conjunto de mujeres de aspecto simpático, y la mayoría de ellas aparecían con el cráneo pronunciadamente desarrollado, hasta lo deforme, detalle que como ya hemos dicho es el elemento característico de esta tribu. Algunas de estas mujeres llevaban el pelo extendido hasta formar en la cúspide del cráneo, una especie de meseta circular, y otras aparecían con el cabello en forma de trenzas escalonadas alrededor de la cabeza, a la manera de las mujeres de la Costa del Este. No mostraban cortes ni tatuajes sobre sus cuernos, ni otra clase de ornamentación. Vestían de la forma corriente, con un traje en forma de delantal, y tapaban las regiones glúteas con un pequeño ruedo de esterilla, de diferentes formas geométricas y tejidos con juncos, en blanco y negro. Confieso que hasta entonces yo nunca había visto en ninguna otra región africana, tal detalle de indumentaria, a la que ellos llamaban "negbie". Esta especie de culeros se sostenía por una cuerda alrededor del talle, y la que se sujetaba por el frente, mediante una especie de hebilla formada con un tejido de juncos. Y era un espectáculo no exento de comicidad ver cómo se sacudían

esas esterillas dorsales, mientras las mujeres danzaban al monorrítmico "tan, tan" de los "drums".

Por fin, la fiesta terminó en las primeras horas de la mañana siguiente, y rendidos por una jornada plana de visiones exóticas, nos fuimos a la cama.

La costumbre que tienen los "mangbetu" de deformar, alargando, su cráneo, mediante la aplicación de un fuerte vendaje en la cabeza de los niños recién nacidos, es de por sí interesante. Al día siguiente de nuestra estancia en esta tribu, tuvimos ocasión de presenciar cómo lo llevaban a cabo en un grupo de chiquillos, tarea que nos sorprendió. La operación se efectúa enrollando un trozo de tela tejida, de fibras, alrededor de la cabeza, apretando fuertemente ese vendaje sobre el cráneo y a través de la frente, rodeando luego la nuca, con cuerdas retorcidas de fibras. Y en estas condiciones, con esa especie de casco primitivo, se tiene a la criatura durante varios meses, mientras el chico va creciendo. A veces la presión de las ataduras es tan grande, por efecto del desarrollo del muchacho, que se suelen formar lastimaduras al borde de las cuerdas, y en muchas ocasiones con fatales consecuencias para la vida del infante; pero esto no es frecuente ya que las madres de los "mangbetu" prestan gran atención a sus hijos.

Un efecto de tal deformación craneana es que la piel del rostro y la de la frente se estiren hacia arriba, trayendo por consecuencia que al estrechar la de los párpados altere la expresión de los ojos, dando una aparien-

cia mongólica al semblante. Sin embargo, este aspecto mongólico tiene cierta tendencia a desaparecer a medida que el sujeto envejece.

Los "mangbetu" se distinguen por su dominio en diversas esferas del arte primitivo especialmente en la llamada escultura cerámica, en el tallado en madera, en trabajos de cestería, en tejidos diversos y en herrajes. Sus chozas y demás edificaciones, muestran método y sencillez en su construcción, y muchas de estas construcciones aparecen embellecidas con intrincadas decoraciones geométricas, pintadas de rojo, amarillo, blanco y negro. El trabajo de pintarlas corre siempre a cargo unos pocos individuos de la tribu, poseedores de las tradiciones de su arte que se han transmitido de padres a hijos.

Ikibondo, el reyzeulo de los "mangbetu", se portó con nosotros muy gentilmente, y el día de nuestra despedida, llevándonos al bosque de palmas, cercano a la aldea, en el que reside su variada colección de esposas e hijos, permitió que tomáramos unas fotografías de todos, al pie de sus chozas. Después nos hizo el presente de varios cuchillos de ese tipo tan curiosamente trabajado, que usan los canibales en sus ceremonias, y los cuales son muy corrientes en el noroeste del Congo; a lo que agregó unas cuantas jarras de arcilla, en cuyos extremos tomaban la forma de una cabeza de "mangbetu" y además "negbies"—las esterillas de pelo antes hablé,—brazaletes de pelo de elefante y miel. Y en retorno a tan ricos presentes, nosotros le obsequiamos con una pila de artículos de "ten cents", abalorios y sal, tan queridos para el atento Ikibondo como amados por sus numerosas y gentiles esposas.

# Joan Crawford

## Y SU NAUFRAGIO CONYUGAL

por Mary M. PAULRING



OR fin lo inevitable ha sucedido. Se trueca en amarga disolución el lazo conyugal de Joan Crawford y Douglas Fairbanks Jr.

El día doce de mayo del año de gracia de 1933, el juez Minor Moore, pronunció las palabras que libertaba—definitiva y legalmente—a la joven pareja.

Y el divorcio de Joan y Douglas no es en modo alguno "un divorcio más de Cinelandia". Durante tres años, Joan Crawford ha usado todo el poder de su educación como actriz, para engañar al público y a los reporteros: quizás tratando de engañarse a sí misma.

Durante tres años, mientras todos hemos rendido homenaje a la pareja ideal y admirado el valor demostrado por ambos, sosteniendo su romance en medio de la corriente de malevolencia y murmuración que arrastra consigo tantas felicidades en Cinelandia, Joan ha luchado bravamente sosteniendo el timón en un barco que hacia agua... que se iba irremisiblemente al abismo.

¡Brava Joan!... Solamente durante el último año, y casi pudiéramos decir durante los últimos meses, confesó su impotencia de llevar ese bajel de felicidad conyugal al puerto de la vejez.

El día doce de mayo, ante el tribunal que decidiría su suerte, su futuro, y que la libertaría de Douglas, Joan se manifestó como una mujer sujeta al histerismo y

a las lágrimas... La actriz desapareció. Allí estaba la Joan joven y vibrante, cuyo corazón repleto de resentimientos y amarguras, se vació nerviosamente en los oídos de los jueces.

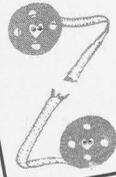
Y así hemos podido saber que la única verdadera felicidad de esa pareja que había hecho del matrimonio un romance casi místico, duró solamente un año.

El primer año fué propicio en dichas. Bebieron ávida y glotonamente del cántaro de la felicidad...

Joan Crawford, alegre, deseada, admirada, se convirtió por el milagro del amor, en mujercita seria y económica. Mientras Douglas hubiera seguido viviendo con

crisálida, en espléndida mariposa... que llevó a la pantalla algo nuevo, repleto de sentimiento y de pasión.

Joan Crawford, más que cualquier otra actriz de Cinelandia, pudo probar la dualidad de una mujer: supo ser actriz y esposa. Todo Hollywood sabe, pues hizo sus bromas a expensas del hecho, que Joan Crawford, rendida por la tarea impuesta por el estudio, encontraba tiempo para controlar la dieta del marido. Jamás llegaba el instante de almorzar, sin llamarlo por teléfono, aun a



Joan CRAWFORD, modelo de elegancia y sencillez, ha logrado el favor popular gracias a sus propios méritos...



He aquí a JOAN cuando aún no se había revelado como la superba actriz que es hoy...

*Fotos*

Metro-Goldwyn-Mayer ~

la extravagancia a que estaba acostumbrado, Joan pensaba en el futuro. Reducía los gastos, controlaba los anhelos naturales en su juventud espléndida. Quizás pensaba, arrullada por los sueños de toda mujer enamorada, en hijos que serían complemento a la felicidad envidiable de su vida...

Y hasta la oposición conocida de Douglas padre y de su mujercita Mary Pickford, que desaprobaron el enlace de Douglas Jr. y Joan, tuvo que trocarse en admiración. Joan no había realizado un milagro: el milagro era ella misma, que se había transformado gracias a la influencia del amor. La pizpireta chiquilla que se había abierto campo en el cine, gracias a sus propios esfuerzos, y que tenía fama de loca e incapaz de vivir seriamente una hora, probó que tenía madera de verdadera mujer.

Hasta esa época, la carrera de Douglas Fairbanks Jr. había sido descolorida, sin importancia. Como si la influencia de Joan fuera un filtro maravilloso que le inyectara brios, Douglas comenzó a triunfar. Es cierto que también Joan se convertía poco a poco, de

¿En qué se parece esta chica sin distinción de hace pocos años a la Joan CRAWFORD de hoy.

mitad de una escena, para recordarle lo que su preciosa salud necesitaba.

Nadie probó tan plenamente como ella que en cada mujer late el instinto hermoso de la maternidad. Joan era la esposa y la madre para Douglas. Siéndolo, es posible que fabricara, piedra a piedra, el edificio de su propia tragedia, que acaba de culminar en la separación autorizada por el juez Minor Moore.

"Un año después de nuestro matrimonio, Douglas comenzó a mostrarse celoso—dijo Joan Crawford frente al Jurado que la escuchaba...—sus celos fueron tomando proporciones gigantescas. El monstruo de ojos verdes de la desconfianza se arrastró malévolo

(Continúa en la Pág. 48).



¡Exquisita Joan CRAWFORD! ¡Espléndida como actriz y valerosa como mujer!... Ante su gesto sincero al confesar el naufragio de sus amores, sus admiradores sienten profunda simpatía y respeto.

# IDEOLOGÍA <sup>de</sup> LOS ANTICONCEPCIONALES

Y *Quor* A. *OP* ENICHET Y

LOS problemas económicos han hecho derivar la vida hacia postulados de menorvalía social y menorvalía biológica. El individuo actualmente no tiene valor de especie, como producto de la Naturaleza, sino valor fiduciario, como ejemplar típico del capitalismo. Lo económico prevalece con carácter de imperativo, haciendo del individuo "un subordinado", un prosélito, un ser obediente, un "eslabón", con sus flujos y reflujos. Así se han establecido dos posiciones en la vida claramente definidas. La posición del que tiene y la posición del que no tiene. El que tiene no se conforma con lo que posee, y desea aumentarlo siempre, ante el temor de descender en cualquier circunstancia hasta ocupar la posición de los que no poseen. Diariamente vemos incidentes en la vida de los hombres que justifican esta apreciación. De ricos descendieron a pobres, hasta llegar muchos a las tragedias del suicidio. El que no posee, está con un pie en su posición y con el otro levantado en actitud de "saltar" hasta las posiciones de los que poseen. Esta realidad nos presenta, en toda su desnudez, al sistema capitalista, en cuyo formato giramos. La Humanidad, en su mayor número, posee una mentalidad propia del sistema que la ha "conformado". Crean en el fatalismo de su situación y no piensan más que en el ascenso en lo económico, ante las necesidades de la vida. Por eso, cuando surgen los orientadores, con ideas honradas, justas y precisas, abriendo surcos en la conciencia anquilosada de los pueblos, se exponen a la reprobación aun de aquellos que más pronto se beneficiarían con la aceptación de sus postulados.

Una repasada a la historia, rápidamente, nos recuerda la trayectoria seguida por el individuo en sus pasos por la vida. ¿Cuál fué su origen? Todavía se discute acerca de sus primeros pasos sobre el planeta; pero lo que nosotros conocemos por la diaria experiencia, es el espectáculo de la procreación, esto es, la biología de la especie, que sostiene la vida. Nos producimos y reproducimos por efecto de un pacto natural, en que forzosamente han de participar individuos de uno y otro sexo.

Este producto biológico es considerado como el ejemplar más culminante, esto es más valioso en la escala de los aportes naturales. De ahí que se llame: animal racional.

Y este animal racional, bajo el imperativo del capitalismo, es decir, de las necesidades creadas por el sistema, ha tenido que "reformar", "enmendar" o "burlar" a su propia biología, cortando, podando o cercenando a la prole, para atemperarse a las realidades económicas que acechan al individuo desde antes de nacer y lo mantienen cautivo hasta que fallece. El animal irracional, vive, actualmente, tal como vivió en los primeros días de su aparición en

el escenario de la vida. Ejecuta su acto reproductor, el más trascendente, bajo el mismo ritmo, obedeciendo imperturbable a las leyes fijadas por la Naturaleza.

La vida se ha ampliado al ampliarse la especie. Las grandes naciones se consideran, más que por el territorio, por el número de sus habitantes. El propio capitalismo ha encontrado en la ampliación de la vida o sea en el crecimiento de la familia humana, su mayor fuente de aprovechamiento, su mejor oportunidad para acrecentar su poderío, en los aspectos de explotación del elemento de trabajo, primero, en el de elementos con facultades adquisitivas, después. Las grandes industrias y los grandes negocios no habrían podido desarrollarse bajo un ritmo lento del crecimiento de la familia humana. El mayor número de nacimientos aseguraba la mayor amplitud en las empresas capitalistas. Y éstas, para obtener mayores utilidades vieron también en el aspecto de la explotación, un aliado magnífico en la procreación natural. Cada individuo, al nacer, significaba un instrumento más en los medios de producción primero, en los de consumo, después. Y se llegó a constatar, que hasta los individuos en formación, aquellos que tenían un mes, dos meses, etc. hasta llegar a los culminantes del nacimiento, eran ya utilizados por el capitalismo cuya fuerza succionadora resulta incontrolable. Efectivamente, para acumular riquezas de una manera más vertiginosa, se fomentó el comercio de esclavos en algunos países y en otros se esclavizó a los nativos, como ocurrió y ocurre con los negros y los indios. Estos esclavos eran y son explotados en ambos aspectos. En el de la producción y en el del consumo. A los esclavos negros y a los indios, se les hace trabajar hasta agotar su organismo, en tareas extranaturales y al mismo tiempo cuando "por ser libres" se les señala sueldo, vemos de qué manera, tan sistemática como cruel e injusta, nunca ganan lo suficiente para cubrir los compromisos adquiridos con sus explotadores. Siempre al arreglar cuentas, resulta que quedan debiendo a los estancieros, manufactureros, etc. De ahí que la deuda se transfiera a las generaciones sucesivas y entonces vemos ya al individuo en formación en el vientre materno, responsabilizado en el compromiso y al nacer ya "debe" una cantidad que habrá de pagar en la misma forma que sus padres, comenzando a trabajar apenas llegue a los cinco años por el resto de toda su vida, dejando al morir iguales deudas a las que encontró al nacer. Pero a pesar de estas ventajas, el capitalismo todavía necesitaba otras, imperativamente impuestas por las realidades que comenzaba a constatar. El elemento de trabajo, al empezar a dar señales de defensa, esto es, a comprender su derecho a una vida mejor, indujo al capitalismo a utilizar otros elementos para la

explotación en mayor amplitud y entonces el brazo humano comenzó a ser sustituido por la máquina, que no piensa, pero que no consume. Entonces se establece una lucha que perdura entre la biología mecánica y la biología humana. La maquinaria se produce en forma vertiginosa. Para todos los menesteres la máquina se inventa, llegándose hasta la osadía de crearse individuos mecánicos, que ejecutan múltiples labores. La biología mecánica ha obtenido un triunfo arrollador. Y por consecuencia ha surgido, con sus ribetes jactanciosos, queriendo controlar los destinos del mundo, la fuerza oportunista de la tecnocracia. Pero he aquí que en el propio momento en que el capitalismo se ufana de su poderío al utilizar la máquina para todo, el individuo humano, como medida inmediata, recurre al procedimiento recomendado por Malthus e inicia la restricción de la natalidad. Entonces la producción que se hace en gran escala, inicia también su período de decadencia, puesto que ha sido herida de muerte, al restársele elementos, esto es, clientela para el consumo. A menor natalidad, menores consumidores, lógica anemia en los negocios.

A primera vista, la biología mecánica había vencido a la biología natural, de la que somos representantes nosotros, pero en definitiva la biología natural ha vencido a la mecánica, pero no acelerando su sentido reproductor, sino precisamente haciendo lo contrario: dejando de procrear, esto es, estorbando la vida, haciendo imposible el nacimiento.

En la actualidad la teoría de la restricción se impone, en tanto el maquinismo paraliza su funcionamiento. Y vemos este curioso panorama: dos biologías, la mecánica y la humana, que retroceden, que acortan sus medios reproductores, que se hostilizan, cegando la fuente de que se nutren.

Donde menos prosélitos encontró la teoría de la restricción fué en los elementos trabajadores, que, por la forma desigual en que han vivido, al no disfrutar de más placeres que los propios de la Naturaleza en su aspecto fisiológico, a las tareas de la reproducción se entregaron, generalmente, no como placer, sino como consecuencia del hacimiento forzado por la miseria y el contacto producido por la escasez de espacio para vivir.

La ideología anticoncepcional ha pasado del período de lo repudiado al de lo considerado como conveniencia pública. De ahí que los problemas de la generación consciente estén sobre el tapete, aleccionándose para su mejor desarrollo a las muchedumbres.

¿Pero hasta dónde llegaremos en ese declive? Porque declive es sostener como un dogma la restricción. Al paso que vamos, la restricción, efectivamente, adquiriría fuerza de dogma. Forma ya parte del ideario de las actuales

parejas y en la lucha por "detener" la especie, se cometen, en ocasiones verdaderas aberraciones.

Frente a la biología mecánica está bien que se defienda la biología humana. Frente a las dramáticas proyecciones del capitalismo, está bien que se defienda a la especie, capacitándola para que no sea "pasto" de explotación, ni en los talleres ni en los campos de batalla. Lo que más ha obligado, en definitiva, a acrecentar el prestigio de la restricción han sido las explotaciones en la mano de obra y los crímenes en los campos de batalla. El individuo ha reaccionado ante esos factores, acudiendo a la "poda" en la prole y si es cierto que la función hace al órgano, de seguir actuando bajo el imperativo de esa teoría, anularíamos el órgano reproductor, inevitablemente, por falta de funcionamiento. Y sería curioso averiguar, si a nosotros, los humanos, nos sería factible enmendar la plana a la Naturaleza, tal como se enmendan las deficiencias en las maquinarias o se les ponen piezas suplementarias para hacerlas más efectivas.

Está bien que nos defendamos, por medio de la restricción, para restar víctimas a la explotación y a la miseria; pero haciendo siempre hincapié en las injusticias del régimen, que a tal atrocidad nos obliga. Hay que defender la biología, esto es, la especie humana, propiciando un conjunto de procedimientos, que en esencia, sostengan el prestigio de una ética racional en la vida. El propio capitalismo ha constatado, que al fin, las fuerzas se vuelven contra él, destruyendo sus organizaciones de explotación. ¿De qué le sirve la máquina, si ésta no consume y mucho menos si tiene que restringir su producción, debido al exceso de producción, y a lo cual no tienen acceso los millones de individuos que el propio capitalismo ha conducido a la indigencia? ¿Para quién va a producir? Decisivamente, en los días futuros, la biología humana vencerá a la biología mecánica, haciendo al maquinismo un vehículo de alivio a la especie y no un medio de competencia y de postergación como ahora ocurre.

El anticoncepcional, ha vencido al maquinismo. Pero el anticoncepcional debe tener vida circunstancial. Vencidas las trayectorias capitalistas y colocada la especie en la cúspide de la vida, el anticoncepcional habrá de verse con el mismo horror que hoy vemos el nacimiento de un niño, al considerarlo una víctima propiciatoria más entre el gran número de víctimas que existen.

Acabemos con la guerra y no tendremos temor a la procreación. Acabemos con la explotación del hombre por el hombre y no tendremos temor a los nacimientos. Esa es la gran cuestión a resolver y lo demás son paliativos o medidas inmediatas, que imperativamente imponen las circunstancias solamente.

# Basic English



With this lesson we finish the study of the Basic English Vocabulary and we are ready to take up the few rules governing the amplification of same. From now on we will employ only the words listed in the vocabulary, the meaning and pronunciation of which you have learned. We have fifty words to study in today's lesson in order to complete the eight hundred and fifty words used in Basic English, not counting of course the derivatives obtained from these words. We also give you the additional words recognized by Basic and numbering seventy four in total. Fifty of general utility. Twelve of international names. And another twelve giving the names of the principal sciences.

VOCABULARIO

Inglés	Pronunciación	Español
awake	auéik	despierto
bent	bent	encorvado; torcido; inclinado
bad	bad	malo
bitter	bitœr	amargo
blue	blú	azul
certain	sérten	cierto
cold	cóuld	frio
complete	complít	completo
cruel	crúel	cruel
dark	dark	oscuro; negro
dead	déd	muerto
dear	diar (1)	querido; caro; amado
delicate	déliket	delicado; fino; suave
different	diferent	diferente; distinto
dirty	dérti	sucio; manchado
dry	drái	seco
false	fóls	falso
feeble	fí'b'l (2)	débil; enfermizo; flojo
female	fimeil	hembra
foolish	fúlish	tonto; disparatado; bobo
future	fiúchœr	futuro; porvenir
green	grín	verde
ill	il	enfermo; malo; nocivo
last	lást	último
late	léit	tardío; atrasado
left	left	izquierda
loose	lús	suelto; ancho; holgado
loud	láud	ruidoso; chillón; (en alta voz)
low	lo (3)	bajo; módico
mixed	mixt	mezclado; mixto
narrow	náro	angosto; estrecho; escaso; limitado
old	óuld	viejo; antiguo; ajeño
opposite	óposit	opuesto; contrario
public	públic	público
rough	róf	áspero; tosco; escabroso
sad	sad	triste
safe	séif	seguro; salvo; ileso
secret	sicret	secreto
short	shórt	corto
shut	shot	cerrado; clausurado
simple	simp'l	simple; sencillo
slow	sló	lento; despacioso; pausado
small	smól	pequeño
soft	soft	suave; blando
solid	sólid	sólido
special	spéshal	especial; extraordinario; particular
strange	stréinch	extraño; singular
thin	zin	delgado; fino
white	juáit	blanco
wrong	róng	injusticia; agravio; mal; injuria

Las siguientes palabras, de uso internacional, forman un vocabulario adicional del Basic English:

alcohol	álcojol	alcohol
autobus	ótobos	autobús; ómnibus; automóvil
automobile	ótomobil	automóvil
ballet	balet o balé	bailete; ballet
bank	bánk	banco
bar	bar	barra; cantina; mostrador
beef	bif	carne de vaca o de res
café	café	café (establecimiento)
chauffeur	shófer	conductor de automóviles
chemist	quémist	químico
cheque	chéc	cheque
chocolate	chócolet	chocolate
cigarette	sigarét	cigarrillo; pitillo
circus	scercos	circo
club	clób	club
cocktail	cócteil	cotel (bebida compuesta)
coffee	cófi	café (bebida)
colony	colóni	colonia
dance	dáns	danza; baile

dynamite	dáinamait	dinamita
encyclopædia	ensáiclopídia	enciclopedia
engineer	enchinier (4)	ingeniero; maquinista
gas	gas	gas
gramophone	gramofóun	gramófono; fonógrafo
hotel	jotél	hotel
inferno	inferno	infierno (italiano)
jazz	yas	música sincopada de baile
lager	láguer	laguer
madam	mádam	madama; señora
passport	pásport	pasaporte
police	polis	policia
post	post	correo; guarnición
pyjamas o payamas	piyámas o payámas	pijamas
radio	rédio	radio
radium	rédium	radium
referendum	referéndum	referendum
restaurant	réstorant	restaurante
sir	sœr	señor
sport	sport	deporte
tea	tí	té
telegram	télegram	telegrama
telephone	télefoun	teléfono
theatre	ziét'r o zietœr	teatro
tobacco	tobáco	tabaco
torpedo	torpído	torpedo
university	iunivérsiti	universidad
violin	váiolin	violín
visa	visé o váisa	visto bueno; refrendo
volt	volt	volt

TITULOS Y NOMBRES:

college	cólech (4)	colegio
dominion	dominion	dominio (colonias inglesas)
embassy	émbasi	embajada
empire	empáier	imperio
imperial	impírial	imperial
king	king	rey
museum	muisium	museo
president	président	presidente
prince	prins	príncipe
princess	prinses	princesa
queen	kuin	reina
royal	róyal	real

NOMBRE DE CIENCIAS:

algebra	álchebra (4)	álgebra
arithmetic	arizmetic	aritmética
biology	baiólochi	biología
chemistry	quémistri	química
geography	chiógrafi	geografía
geology	chiólogy	geología
geometry	chiómetri	geometría
mathematics	mazemáticos	matemáticas
physics	físics	física
physiology	fisiólochi	fisiología
psychology	saiolóchi	psicología
zoology	soólochi	zoología

(1) La *a* de la pronunciación figurada de *dear* debe pronunciarse algo cerrada, pero sin aproximarse mucho al sonido de *e*, para no confundir esta palabra con *deer* (*diær*) que significa ciervo.

(2) Recuerde que las vocales marcadas con diéresis son largas. Vea la explicación detallada en la Tercera Lección.

(3) La *o* de la pronunciación figurada de las palabras *low* y *slow*, tiene un sonido cerrado que modula ligeramente hacia la *u*. Vea la explicación de la misma lección.

(4) Recuerde lo que hemos indicado repetidas veces acerca del sonido de la *ge* inglesa. La *ch* que aquí usamos para representar el sonido verdadero es sólo un aproximado defectuoso. Pronúnciese como la *ge* de la palabra francesa *general* y la catalana *generalitat*.

Traducción del encabezamiento de la Décima Lección:

Estamos acercándonos al fin de nuestro vocabulario de Inglés Básico. Una lección más y terminaremos con las ochocientas cincuenta palabras que comprenden el nuevo curso. Si usted las ha aprendido debidamente, le será fácil proseguir (*go ahead*: ir adelante) con los ejercicios prácticos. Si no lo ha hecho tendrá que echarse a un lado mientras otros que han sido mejores estudiantes continúan su progreso en el estudio del inglés. Usted podrá siempre volver atrás y estudiar las lecciones que ha perdido o no estudiado bien. Unos cuantos minutos cada día deben haber sido suficientes para memorizar las cien palabras dadas en cada lección, a razón de unas quince palabras por día.

jo algo que causó gran satisfacción al príncipe.

—Siento decirte, Alberto, que tú quedas fuera de mi proyecto. Esto es algo serio. Supongo que no tendrás inconveniente en que yo sea el gran mariscal de la batalla. Tú, si te gusta, quédate como simple espectador.

El príncipe creyó advertir que aunque su tío no replicó, le desagradaba no se le tuviera en consideración. El señor Johnson continuó:

—Lo he arreglado todo por radio. Su Alteza irá a vivir, por el momento a la casa de huéspedes de la señora Mackenson. Su estancia en un "boarding" es un toque romántico indispensable. Además, el príncipe lo hallará muy divertido. Al cabo de tres semanas yo buscaré el modo de que los periodistas descubran la existencia de un príncipe en la ciudad... y entonces, el asunto será puramente social. Para esa oportunidad lo trasladaremos a un hotel, probablemente el Roosevelt. No hay que olvidar ni un momento que el príncipe ha venido con un propósito, que es el de dorar de nuevo las armas de los Starks. El se casará con la muchacha que escoja, pero entre millonarias. ¿Estoy hablando correctamente, Alteza?

—A la perfección,—dijo el príncipe.

Tío Alberto miró significativamente a Johnson.

—Acaso no debíamos mandarlo a la casa de la señora Mackenson,—le confió con tono de incertidumbre el hermano de la princesa Nona al gran mariscal.—Acaso...

—¿Por qué no?  
—¡Oh, nada! Solamente que si el muchacho es como los demás Stepneys...

—El no es como los Stepneys,—afirmó convencido Johnson.—Es un europeo, y ha sido educado como corresponde a un príncipe.

—Desde luego,—aceptó tío Alberto.—No hay riesgo alguno, entonces. Yo lo decía porque la señora Mackenson tiene una hija. Una gran muchacha.

—¿Quiéres insinuar que el príncipe pudiera interesarse en la hija de su patrona? ¡Oh! Su Alteza no hará eso.

Intervino el príncipe:

—Unos pocos años en Europa, tío Alberto, te enseñarían que el mundo no está lleno de Stepneys.

—Pero tú eres medio Stepney. No olvides eso.

—Biológicamente sí. Espiritualmente no.

—Biológicamente quise decir,—precisó el tío.

—Pueden estar descansados,—concluyó Su Alteza.—No habrá dificultades, haya o no haya hija de patrona en la casa de huéspedes.

—Eso es lo que quería oír decir,—comentó tío Alberto.

Poco después entre Johnson y el hermano de la princesa tuvo lugar la siguiente conversación:

—¿Ya ella lo ha venido todo?

—Se interesaba tío Alberto.

—Todo—repuso Johnson.

—¡Ah!... Menos mal que el muchacho es bien parecido. Reconozco eso sin inconveniente.

—Demasiado bien parecido,—comentó Johnson.—Te digo, Alberto, que es un terrible pedante.

¡Su Alteza! No es suya la culpa, pero no es más que eso.

—Puede modificarse.

—No lo creo. He estado con él durante dos semanas. Tiene un temperamento agradable, pero está imbuido de ideas medioevales.

## De Incógnito

—Siempre dije a Nona que lo malcriaba demasiado,—dijo tío Alberto en tono casi de justificación.

—¿Malcriarlo?—el tono de voz del sombrío Johnson fué sarcástico.—¿Nada más que malcriarlo? Estás botando tu dinero, Alberto.

—Mejor es botar ahora un poco de dinero, y quitármelo de encima cuando se case, que tener que mantenerlo a él y a su madre indefinidamente en la clase de vida a que están acostumbrados. Bien la conoces. No sé de ninguna mujer en el mundo que en menos tiempo se antoje de más cosas caras. No me importaría ayudarla, créelo. Pero me parece demasiado eso de comprar diez y ocho pares de pantalones de franela cada mes para ese muchacho, y un doce cilindros para cada estación. Cuando te envié a Europa como mi embajador, procedí en un impulso de legítima defensa. Había que traer a ese muchacho. Ya lo tenemos aquí. Ahora sólo tenemos que vendérselo a cualquiera de los millonarios de nuestra lista.

—¿Que le vaya bien al comprador!

\*

Durante aquellas tres semanas no pasó nada digno de contarse en la vida del príncipe. Solamente en sus sentimientos hubo una modificación. Se sentía vagamente irritado contra tío Alberto, debido a que el "burgués típico" había hecho lo imposible por que él se entregara a lo que podía ser un agradable, aunque pasajero, *affaire de coeur*.

Pero no era exactamente cabalheresco engañar a aquella muchacha, tan dulce y sincera. En todo caso, y tal vez resultaría para ella emocionante cuando supiera que le había hecho el amor un príncipe, un inocente *flirt* que se desvanecería cuando se revelara su verdadera identidad.

Marchando juntos hacia la casa aquel día, el príncipe la miraba de reojo. Era pequeña, bonita; su perfil era de perfecto dibujo; sus ojos, que él no veía entonces, vivos y francos; toda su figura atractiva. Consideró lo desagradable de su posición: la clase media. Estaba condenada a despertar el amor en algún hombre, indudablemente un obrero, y casarse con él. Regresaban del cine, haciendo el camino valientemente a pie. De pronto Janie Mackenson comentó que desde hacía cinco minutos no cruzaban una palabra.

—Estaba pensando,—le dijo el príncipe.

—¿Cosas profundas?

—No mucho. Pensaba que tu perfil es encantador.

—¿Cómo?—rió ella.—¿Pensar tanto rato para concretar esa observación.

El príncipe la tomó del brazo bruscamente. Le dijo con voz tensa:

—Eres una diablilla.

—Ya eso es un poco mejor.

El le apretó más. Estaban atravesando un tramo bien iluminado. Janie miró la mano que apretaba su brazo.

—No estoy muy segura de que me agrade eso,—dijo, acompañando a su mirada expresiva. Luego lo miró friamente a los ojos.

—Lo siento,—murmuró él confuso, desprendiendo su mano.

—¡Oh,—exclamó ella con ligereza—todos nos equivocamos.

—Yo no... no me he equivocado. Janie. Tú me gustas mucho.

(Continuación de la Pág. 23 )

Ella sonrió.

—Me gusta agradar,—dijo.

—¿Te desagradó?—interesó él.

—Creo... creo que no... Si no me agradases algo, no saldría contigo.

—Yo haré que tú me quieras,—pronunció el príncipe, y su voz tuvo cierta expresión de enérgica decisión. En aquel momento se había olvidado totalmente de su tío. Otra vez cogió por el brazo a la joven.

—Eres una diablilla—repitió.

—Será así, ya que lo dices... Pero, ya estamos en casa.

El se detuvo. Insistió, con cierto tono de infantil autoritarismo:

—Tú me quieres un poco... Dímelo. Yo no te desagradó.

Estaba acostumbrado a que las muchachas le mostraran siempre su agrado.

—Me temo que aciertas.

—¿Te gusto mucho?

Un gesto de asombro se asomó a las pupilas de la joven:

—¿Por qué insistes?

—¿Cuánto?

—Bastante... para desear que me acompañes al "pantry" en busca de chocolate y pastel, en vez de permanecer ahí como posando para un escultor.

\*

Por tercera vez leyó el artículo. Estaba nervioso y bastante excitado. No estaba preparado para que la revelación tuviera lugar aquel día. Sin previo aviso de su gran mariscal, tuvo conocimiento de que le esperaban abajo una docena de reporters. Descendió. Periodistas locales y de las agencias de prensa; fotógrafos; taquígrafos. Comenzaron las preguntas. ¿Era un príncipe de verdad? ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué trabajaba como obrero? ¿Por qué había escogido aquella ciudad para residir? ¿Era soltero? ¿Qué pensaba de la mujer americana? ¿Cuáles eran sus ideas sobre el cine? ¿Se casaría con alguna joven del país? Con calma, el príncipe recitó su "speech": Quería apreciar de cerca los métodos de producción americanos, la técnica de la democracia, tomar experiencia directa de la vida. Sobre mujeres y matrimonio se mostró hábilmente evasivo.

Ahora, sentado en la cama, en su cuarto de la casa de la señora Mackenson, relejó el artículo, notando que todo sucedía de acuerdo con los cálculos del señor Johnson, el sombrío mariscal:

*Descubierto en la ciudad un príncipe vestido de obrero. El heredero de un trono europeo trabaja en la ciudad. Se ha establecido su identidad por cable. La alta sociedad prepara grandes fiestas en su honor.*

El príncipe sonrió vagamente. ¿Cómo gozaría su madre si pudiera leer aquello de "la alta sociedad prepara grandes fiestas en su honor"! ¡Sin saber otra cosa sino que poseía un título! ¡Sin conocer nada de su vida, ni qué clase de hombre era! No había dudas de que estaba en América...

Un sabroso aroma de alimentos recién cocinados penetró en el cuarto del príncipe. Era divertida su situación, pensó el joven mientras se arreglaba la corbata. Ahora, al ir a la mesa, no iba en calidad de obrero sino de príncipe. Encontró a los huéspedes en el *living room*. Mr. Harper, jefe de un departamento en la fábrica donde trabajaba el

príncipe, exclamó al verlo, sonriendo alegremente:

—¡Aquí llega! ¡Salud, príncipe!

Le hizo coro un murmullo de risas sanas. Sonó entonces la campana llamando a la mesa, y todos tomaron su puesto. Con cierto asombro advirtió el príncipe que los huéspedes tomaban la situación con naturalidad, y a poco más era él quien iba a sentirse perplejo. Comenzó a perseguir la mirada de Janie, sentada en el otro extremo de la mesa, hasta que logró encontrarla.

—¿Está todavía anunciada en algún cine la película que queremos ver, Janie?—le preguntó, dedicándole una amable sonrisa.

—No sé,—repuso la muchacha mirándolo con fijeza.—Pero eso no importa.

—¿Qué cosa no importa?

—Que la anuncien o no. No pienso ir al cine.

—Pero me habías prometido...

—He cambiado de pensamiento, —aseguró la joven.

Todos los comensales lo miraron. El príncipe frunció el ceño.

—No tendrás que tratarme con formalidad, ni llamarme Alteza, ni...

—¿Realmente no?

—Por supuesto que no.

—Es una gran benevolencia,—dijo la muchacha, riendo.

Después de comer pudo el príncipe hablar a solas con Janie.

—No hay razón,—comenzó a decirle,—para que me trates así...

—¿No la hay? Yo creo que sí. Quería decirte que odio a los farsantes. Los odio más que a nada en el mundo.

—¡Pero Janie, yo no lo soy! De verdad soy un príncipe. Puedo probártelo.

—Serás príncipe, no lo dudo. Pero si lo eres, me engañaste al decirme que eras ciudadano americano. Odio la mentira. Desprecio los mentirosos.

—¡Pero si yo no te he mentado, Janie!—exclamó él con solemnidad.—Te dije que soy ciudadano americano, y lo soy. Carlos Maximiliano Stepney Stark, nacido en Kansas City. Eso es verdad.

Janie rió cruelmente.

—Entonces... lo otro es mentira, y de todas maneras eres un farsante. Tú no puedes a la vez ser ciudadano del Tío Sam, y heredero de un trono europeo. O una cosa o la otra, y quieres ser los dos. ¡Eres un farsante!

El joven se desesperó.

—Ya sabrás si lo soy o no,—murmuró herido.

—¿Qué has venido a hacer aquí?—siguió ella.—¿Robar bancos? ¿Casarte con la hija de un millonario? ¿Ir a Hollywood? —Me casaré con cualquier mujer que yo quiera de este pueblo,—afirmó, pálido de ira.

\*

En un cuarto del Country Club el príncipe consideraba que los planes de su madre y del señor Johnson se desarrollaban a la perfección. Y consideraba que aunque aquella sociedad no tenía el refinado sabor de Le Touquet u otro sitio por el estilo, no era tan detestable como la princesa Nona le había pintado. Además, su padre había venido a América a buscar esposa. ¿Por qué no hacerlo él también? Bajó a los salones, de donde subían ecos de alegre música. A la salida del hall descubrió un grupo de personas, y avanzó hacia él con una sonrisa que cualquier europeo hubiera calificado de sardónica. El grupo, compuesto en su mayoría por mujeres, comenzaron a decir, a su llegada, vaciedades que in-

# Conserve suave, fresco y fragante todo su cuerpo

... con este famoso jabón cuyo secreto de belleza está en la mezcla de sus aceites balsámicos

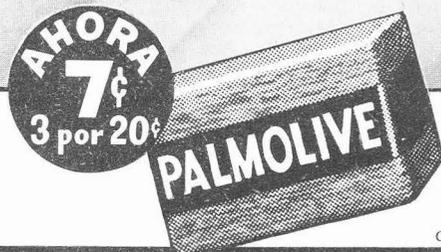
EL baño diario de Cleopatra con los aceites de palma y oliva era un rito necesario para conservar la hermosura de su cuerpo. Hoy la mujer moderna hace lo mismo—usa Palmolive, —la mezcla científica de estos mismos aceites balsámicos—el jabón embellecedor que conserva el cutis suave, terso y encantador.

En la mañana y por la noche siga este tratamiento de belleza. Con ambas manos haga una espesa y abundante espuma con Palmolive y agua—frótese con esta *espuma-crema* la cara y el cuello hasta que penetre bien en

los poros. Enjuáguese bien. Séquese con suavidad. Su cutis quedará suave, fresco, juvenil y adorable.

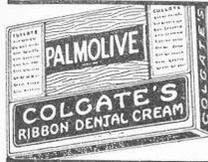
Ahorre dinero; use este jabón embellecedor. Palmolive hoy le cuesta 7c en vez de 10c—y es del mismo tamaño, del mismo peso, de la misma calidad de siempre. Ahora que Palmolive cuesta tan poco, puede usarlo para el *shampoo* y para su baño diario, pues conserva el cuerpo deliciosamente fresco y fragante.

Compre hoy mismo 3 pastillas por 20c. Uselas... luego vea el cambio en la suavidad y lozanía de su cutis.



## AHORRE DINERO—YA SE AGOTAN

Su proveedor tiene aún algunos estuches conteniendo un tubo grande de Crema Dental Colgate y una pastilla grande de Palmolive—ambos por 20c... el precio que usted usualmente paga por la Crema Dental Colgate sola.



CIII

defectiblemente culminaban en un místico "Su Alteza".

El presidente del club le habló: —Aguardábamos por Su Alteza para comenzar el baile... formal. Ahora dan vueltas unas pocas parejas. Aquí tiene su carnet, Alteza. Creemos que usted prefiere tener precitada cada pieza.

El príncipe recogió la tarjeta donde aparecían veinte nombres femeninos. Había de bailar una pieza con cada una de aquellas mujeres, sin poder repetir con ninguna. Todo estaba sujeto a una especie de protocolo. Mr. Johnson le había explicado que de aquella veintena de mujeres catorce eran hijas y herederas de millonarios. Faltaban cuatro, para hacer el completo de los diez y ocho millonarios de la estadística. Pero esas cuatro, pensó el príncipe, estarían en Europa practicando por sí mismas "la caza".

De brazo con el presidente del club bajó a los salones. Mientras lo hacía bajo la mirada admirativa de tantas bellas damas, pensó:

—¡Si Janie pudiera verme ahora!

Entre todos los rostros distinguió uno solo familiar, y ese fue el del sombrero gran mariscal.

—¿Está contento, Alteza?—preguntó solícito.

—Encantado.

—¿No ha visto a su tío?

—¿Tío Alberto? ¿Está aquí?

—Sí, vino especialmente de Kansas... Estará en el bar, probablemente.

El príncipe rió, y el señor Johnson le hizo eco.

—Es de sentirse que Janie Mackenson no haya podido venir. Tendría ahora una persona conocida en el salón—comentó Johnson.

—¿Janie Mackenson?—preguntó el príncipe.

—Usted la conoce. Es la hija de la dueña de la casa de huéspedes donde usted vivió...

—Pero ¿quería usted decir que ella estaba invitada?

—Por supuesto.

—Yo no sabía que ella...

—Su abuelo fue uno de los gloriosos "pioneers", y fundador de esta ciudad. Puede que ello no le importe, pero es una forma de contestar su pregunta...

El príncipe lo interrumpió:

—¿No pudo venir?

—No... Dijo que tenía otro compromiso.

Johnson se alejó. Y poco después comenzaba el baile formal.

Reunido en el jardín con la séptima millonaria de la noche, verdaderamente una joven encantadora, el príncipe respiró ampliamente el aire perfumado. Contempló luego el cielo donde miles de puntitos dorados titila-

ban. Se volvió hacia su compañera.

—La noche es divina... y usted también.

Era la más bella de las muchachas del baile, y la más rica. Débilmente, la joven rehusó:

—Es usted maravilloso, Alteza.

Aunque el príncipe le tomó las manos delicadamente, no hubo verdadero entusiasmo en su gesto. ¡Qué fácil, qué fácil todo! Las seis anteriores también habíanse apresurado a corresponder a la más leve insinuación suya. Tuvo un impulso, y pronunció con cierto indomitable malhumor:

—Estoy pensando abandonar el título.

Jamás había pensado en ello. Pero la frase subió a sus labios y la dejó salir.

—¡Oh, no!—protestó horrorizada la joven.

—¿Por qué no?

—¡Oh, eso no debe, no puede ser! ¡No diga una cosa tan terrible!

—Un título no significa mucho,—dijo; luego rió complacido. —Cuando yo estaba en Oxford un hombre me dijo que yo era como una reliquia medioeval. No lo golpeé porque era más débil y usaba espejuelos.

—Un atrevido, Alteza.

—Acaso tuviera razón...

—¡Oh, no! Usted es... maravi-

loso,—exclamó dulcemente la joven.

De pronto el príncipe tuvo un verdadero acceso de locura. Acababa de comenzar una nueva pieza.

—Creo,—dijo—que esa pieza nos corresponde. Pero, señorita, usted va a ser buena, perdonándome... Tengo que irme.

Y ante el asombro sin límites de la joven, la acompañó hasta la escalinata de la terraza, le estrechó la mano, y se alejó apresuradamente, doblando la primera esquina del club.

El príncipe no pudo encontrar un taxi. Pero un chófer de uno de los autos de los socios del club creyó poder ganar fácilmente cinco pesos.

—South Prairie Avenue, número 156.—le ordenó el joven.

El chófer elevó las cejas en un gesto de asombro:

—¿Está seguro de que quiere esa dirección? Esos son los barrios pobres.

—Debo estar seguro. Yo viví allí.

La boca del chófer se abrió, y con dificultad dijo:

—Pero, ¿no es usted príncipe?

—¿Qué importa eso? Adelante, y ¡corriendo!

Había una luz prendida en la casa que buscaba. El príncipe sabía que ella debía corresponder a una sesión de lectura del viejo

Harper, que se entretenía hasta después de la una con sus libros. El mismo abrió.

—¡Oh, qué sorpresa! ¿Qué le pasa?

—¡Un asalto!—dijo el príncipe riendo nervioso.—Avisé a la señora Mackenson.

Sin preguntar más, Harper fue a tocar en el cuarto de la patrona. Poco después estaba ella abajo.

—Quiero hablar con Janie,—urgió el príncipe.

—Pero ella está durmiendo... Ya es casi la medianoche. ¿Cómo se le ha ocurrido venir a esta

hora?—protestó la buena mujer. —Despiértela... Yo esperaré todo lo que quiera; pero no me irá sir hablar con ella esta noche.

Durante más de quince minutos habló de libros con Harper, aunque sin poder ordenar bien sus palabras ni sus ideas. Entonces llegó Janie, envuelta en una inmensa bata de baño roja, que se compró probablemente para un hombre corpulento. El príncipe recordó que así había sido el padre de ella.

—¿Qué quiere usted?—interrogó Janie.

—¡Ya no soy príncipe!

—¿Desde cuándo?

—Desde hace veinte minutos.

—¡Tú estás loco!

—Por el contrario. Sumamente cuerdo.

Janie se le acercó, y lo miró profundamente a los ojos. Max le dijo:

—Mi padre hizo lo que le pareció bien. Voy a imitarlo... Quiero trabajar y quedarme aquí, y lo haré.

—¿Aqui? ¿En América?

—Sí, y en esta casa.

Y añadió muy solemnemente,

pues, después de todo, hasta veinte minutos antes había sido príncipe:

—Si yo trabajo todos los días de la semana *realmente*; si todos los días de la semana te amo mucho... ¡Pero si estás llorando, Janie!

Se volvió, también solemnemente a Mrs. Mackenson y a Harper.

—¿No les importaría pasar un momento al comedor?

Lo complacieron. Y minutos después las lágrimas no estaban en los ojos de Janie.

lamente en nuestro hogar y ponía en el carácter de Douglas, toda la bilis venenosa de unos celos irrazonables y crueles. Tenía que darle cuenta detallada de cuanto hacía durante el día. Con quién hablaba; con quién almorzaba... en fin, una jurisdicción humillante y vergonzosa para cualquier mujer, especialmente para una mujer que está real y positivamente enamorada de su marido". Naturalmente, Douglas Fairbanks también tiene justificación en cuanto a sentir celos... Enamorado de Joan, no es posible suponer a este marido ajeno al sentimiento descrito, en presencia de las escenas amorosas en que Joan tenía que aparecer con otros hombres. Joan, por su belleza y atractivos, por el talento que cada día demostraba, por la avidez con que ha sido admirada, tenía que ser codiciada por los hombres.

Mas ¿acaso no saben los que se casan con las actrices, que precisamente se casan con ellas para vanagloriarse de conquistar aquello que todos anhelan para sí; que estas mujeres pertenecen al público; pertenecen a la Historia; que como sacerdotisas de la emoción, tienen que dedicar su vida a despertar emociones en la Humanidad, desdoblándose ellas en múltiples caracteres y siendo poseídas—mentalmente al menos—por cada hombre que la toma en sus brazos mientras se representa una "escena".

He aquí la gran tragedia de Hollywood: el mismo clamor, la aureola que envuelve a los personajes románticos de la pantalla, inicia esas pasiones que culminan en matrimonio. La mayoría de ellos no se casan por verdadero amor egoísta que *comience y termine* en ellos mismos. Es la vanidad de exponer su trofeo frente al público lo que realiza estas uniones... Y cuando el valor adquirido se ha paseado frente a los ojos de los envidiosos; cuando más que mercancía muy caramente adquirida se convierte en propiedad indiscutible... en otras palabras, cuando la novedad ha pasado, la realidad se abre paso con esa brutalidad que caracteriza a la verdad. El marido ve a su mujer en los brazos de otros hombres. No importa cuán seguro esté de su mujer, él sabe que la naturaleza es flaca, que "el fuego al lado de la estopa se expone a que el diablo soplo" y convertida en llamas devoradoras a la virtud más acrisolada... Aunque se trate de la mujer más noble y leal, suponiendo que fuera del "set" nada tenga importancia para ella, a excepción del marido, éste no podrá, si es humano, evitar que el fantasma de los celos se apodere de él. Por eso han sido, son y serán fracasos los matrimonios entre artistas. Porque son excepcionales los casos en los cuales hay una convicción tan

## JOAN...

(Continuación de la Pág 42)

profunda, tan absoluta, de que se posee el alma entera del compañero; que lo ocurrido en la escena pierda su importancia ante los ojos de una u otro. Y hay que confesar que más divorcios ocurren por los celos de los hombres que por celos de las esposas.

Cualquier censo de separaciones en Hollywood, nos prueba que al marido se le hace más cuesta arriba ver con buenos ojos a su mujer estrechada apasionadamente por otros brazos, que a la mujer ver a su esposo haciéndole el amor a otras mujeres.

Algunas parejas llegaron a bogar tranquilamente en el océano matrimonial, sacrificando sus inclinaciones artísticas. O bien, en los casos de *maridos* buscando a la consorte dentro de la clase burguesa, capaz de llenarle el hogar de hijos, cuidarle la hacienda, y pegar cuidadosamente en sendos libros, los recortes de su publicidad, de periódicos y magazines.

Joan Crawford, repetimos, trató bravamente de mantener a flote el barco conyugal.

Al casarse con Douglas Fairbanks Jr. llevaba su carrera, los aplausos conquistados, su belleza y su juventud, como única dote. Douglas la aceptó. Poco a poco Joan se superó a sí misma. La chiquilla incontrolable se controló. Surgió como actriz dramática la que siempre había sido comediante.

La metamorfosis de Joan Crawford se debía a *Joan Crawford misma*. Porque si alguien dentro de la madeja heterogénea de Hollywood contaba con pocos recursos de "pasado", familia y árbol genealógico, este alguien era Joan.

Douglas tenía detrás de él como apoyo seguro, la categoría de sus padres. Una educación extravagante en su país y en el extranjero. Todos los recursos de un señorito "bien". Cultura, dinero, respaldo moral. Tuvo a manos llenas cuando faltó a Joan. Esta se hizo a sí misma. Douglas Jr. no hizo sino seguir la senda marcada por otros que hicieron una fortuna para él. Es cierto que el joven se independizó cuanto pudo de la sombra y la protección patriarcal de Douglas padre, pero el beneficio de la educación recibida había dado sus frutos.

Joan... para llegar a ser la gran Crawford famosa por sus interpretaciones, la heroína de dramas que han conmovido; para

adquirir la "pose" de mujer de mundo, inteligente y a la vez severa y graciosa, se ha educado a sí misma, luchando para destruir un pasado de *golfa* sin más prestigio que el de su belleza y juventud.

Yo, que conocí a Joan Crawford cuando no era sino Lucille La Seuer, trabajando de "extra" en los estudios de Culver City; una Joan Crawford de cabellos ensortijados a fuerza de tenazas calientes; ojos aplastados bajo la exageración de los cosméticos; vestidos llenos de abalorios, cintas, exceso en todo; conversación plebeya; modales acusadores de carencia absoluta de cultura... yo, que la contemplé millones de veces, paseando nerviosa de un lado al otro de la estación por donde pasaba el único tranvía que iba a Los Angeles, yo sé cuán grande y cuán digno de encomio es el cambio operado en ella. Ningún otro ejemplo tiene Cinelandia de una muchacha que se hubiera transformado a sí misma, gracias a su titánica voluntad y deseo de llegar más y más alto.

Si muchas chiquillas sueñan en Hollywood con la conquista del vellocino de oro del estrellato, ninguna con más razón que Joan podía esperar alcanzar tal fortuna.

El cambio operado en Joan es tal, que si no existieran fotografías de aquella época, yo misma dudaría que la Joan de hoy es la misma que conocí antaño, caminando por el senderito estrecho y entonces cubierto de matorrals, que conducía del estudio de la Metro a la pequeña estación donde paraba el tren local...

Hasta la voz de Joan Crawford se cambió totalmente. Mi sorpresa no tuvo límites al hablar con la estrella hace dos años, en ocasión que los estudios de la Metro celebraban su llegada a New York, tras un éxito rotundo en una película.

Las líneas de la Joan Crawford de ahora, en nada se parecen a las de la pequeña ballarina con tendencias marcadas a la adiposidad... ¡Toda ella es otra! Y el mérito de este cambio, lo repetimos una y mil veces, se debe a Joan, a su voluntad, a su ambición ardiente por progresar.

Alguien preguntó una vez a Joan Crawford: "¿Cuál es su suprema ambición en el cine? Y sin titubear Joan respondió: "Poder trabajar tan bien como Greta

Garbo". Lo que prueba que Joan siempre ha admirado en otros, las cualidades dignas de admiración.

Hace un año que la separación de Douglas Jr. y Joan, se rumoreaba entre el elemento farandulero de Hollywood. Joan confiesa ahora que, efectivamente, hace un año habían tomado el acuerdo de compartir el techo para el visto bueno de las apariencias... pero ninguna relación sentimental existía entre ellos. Joan confiesa que esta medida la tomaron de común acuerdo para ver si el fantasma de la desavenencia se marchaba del hogar. Luego, en un arranque quizás de sentimentalismo, propusieron un viaje a Europa, lejos de la influencia del cine, lejos de todo lo que constituía una barrera entre ambos... en un desesperado intento de reconquistar la ilusión perdida.

¡Mas, ya era tarde! La vuelta del Viejo Continente exasperó más si se quiere, los celos de Douglas, que tomaron un carácter agresivo. Y ya el mismo amor de Joan, era un enfermo en estado de coma...

No sé quién se atrevería a culparla a ella sola. Es natural, es humano que ante la voz agria del marido que ya no tenía las delicadas atenciones de los preteritos días desaparecidos para siempre, Joan, si no buscara, aceptara las atenciones de gentes civilizadas que le rendían tributo a su belleza y a su talento. Seguía triunfando; ahora más que nunca su carrera en la pantalla tiene perspectivas extraordinarias; ¿por qué vivir una vida miserable, sin otra consideración que sostener un frente falso, mintiendo a todas horas y a todas horas angustiada, cuando la separación de ambos no afecta a nadie ni a nada?

Algunos han lanzado la hipótesis de que Joan tiene ya los ojos puestos en un galán joven de cierto prestigio en el mundo del teatro, Franchot Tone, y que su próximo romance será con éste. Pero semejante versión tiene tanto de cierta como la felicidad inalterable que todos aplaudimos en Douglas Jr. y en la actriz. ¡Cualquiera se atrevería a decir si es o no cierta semejante conseja! De todos modos, si Joan, separada legalmente de su marido de cuatro años, se embarca de nuevo en la barca matrimonial, es algo que a ella solamente incumbe, porque buenas o malas, ella sufrirá las consecuencias.

En el divorcio de Douglas Jr. y Joan Crawford hay muchas cosas curiosas: una de ellas es la vanidad de Douglitas joven... Cuando éste vio que Joan pedía *seriamente* su divorcio, comprendió que la cosa tomaba un aspecto de verdadera ruptura. Si la separación de lechos no le había hecho gran efecto, la in-

**L**AS propagandas en "CARTELES" han probado ser las más económicas. Permita que nuestros propios anuncios se lo demuestren.

intervención de las cortes en su "desavenencia conyugal" puso al joven sobre ascuas. Y cuentan amigos de Douglas, que éste rió nerviosamente y dijo: "Yo volveré a conquistar a Joan a mi antojo. Comenzaré a mandarle "bouquets" de flores como cuando éramos novios... y a los pocos días Joan caerá rendida entre mis brazos".

Peró todas las flores de California no cambiaron la resolución de Joan; y ahora es libre como la brisa.

Otro caso curioso, o más bien que dice mucho respecto al carácter y la nobleza de Joan Crawford: mis lectores saben que en el mes de marzo pasado Douglas Fairbanks Jr. se vió envuelto en un pleito a causa de cierta intriga amorosa que sostuvo con una mujer casada. Al menos si no hubo intriga, el marido de la mujer, Mr. Jorgen Dietz, así lo creyó, y con esa pasmosa sangre fría de los maridos norteamericanos, pidió a Douglas por medio de abogados, la suma de cincuenta mil dólares para recompensarlo de la pérdida del corazón de Solweig Dietz, que así se llama la mujercita del marido querellante.

Pues bien, aunque esto hubiere sido más que suficiente para que cualquier mujer pidiera la separación legal del marido, Joan no mencionó este caso, y más aún, negó que Douglas fuera capaz de sostener cualquier relación culpable con una mujer casada. Joan tampoco ha pedido ninguna recompensa material de parte de Douglas. Le basta con su trabajo; y sus bienes siempre estuvieron separados.

Los que hemos admirado a Joan Crawford como actriz, nos alegramos infinito de que ésta haya recuperado la paz. ¡Bien la merece!

## EL Misterio.

(Continuación de la Pág. 31)

quizá empujado por sus múltiples escrúpulos, tal vez para recibir instrucciones: nadie podría precisarlo. Después del almuerzo, el señor Guercin fué a pasearse por el parque, cruzaba el río, se encaminaba al palomar, abría la puerta...

... ¡y recibía una bala en pleno pecho, que le mató instantáneamente!—interrumpió Béchoux, levantándose y cruzándose de brazos en actitud provocativa. —¡Porque, en fin, a eso conduce tu demostración!

—¿Qué quieres decir? Béchoux repitió:

... ¡y recibía una bala en pleno pecho, que lo mató instantáneamente! Según tú, el señor Guercin fué el alma de la maquiación. Sustrajó el testamento, trasplantó los tres árboles, hurtó los mil metros de terreno, removió cielo y tierra, y para completar su obra, no sólo tendió el lazo final, sino que resultó víctima de su propia emboscada. ¿Y eso es lo que quieres hacernos tragar? ¿A mí, a Béchoux, al brigadier Béchoux? ¡Cuéntaselo a otro, viejo!

Béchoux, el brigadier Béchoux, se había plantado frente a Raúl d'Avenac, siempre cruzado de brazos y con el rostro rebosante de santa indignación. Junto a él, Bertranda también se había erigido, pronta a defender a su esposo. Catalina, en tanto, sentada y cabizbaja, sin manifestar sus sentimientos, parecía llorar.

D'Avenac miró a Béchoux largamente, con una expresión de in-

decible desdén que parecía significar: "Nunca podré hacer nada de este imbécil". En seguida, encogido de hombros, salió de la estancia.

Por la ventana se le vió pasearse por la estrecha terraza de la mansión, con un cigarrillo en la boca y las manos cruzadas a la espalda, reflexionando con los ojos fijos en los baldosas. En uno de sus paseos se dirigió al río, lo siguió hasta el puente, se detuvo frente a éste y luego regresó al punto de partida. Pasaron algunos minutos.

Cuando volvió a entrar en la pieza donde se hallaban los otros, ni las dos hermanas ni Béchoux pronunciaron palabra. Bertranda, sentada junto a Catalina, parecía abrumada. En cuanto a Béchoux, había abandonado su actitud agresiva. Hubiérase dicho que la desdenosa mirada de d'Avenac le había desinflado, y que ahora sólo deseaba hacerse perdonar, a fuerza de humildad, su rebelión contra el maestro.

Peró Raúl ni siquiera se tomó el trabajo de proseguir su argumentación ni de explicar las contradicciones. Simplemente, le preguntó a Catalina:

—Para que tenga usted confianza en mí, ¿debo responder a la pregunta de Teodoro Béchoux?

—No,—dijo la joven.

—¿Opina usted lo mismo, señora?—preguntó Raúl a Bertranda.

—Sí.

—¿Tienen ustedes fe absoluta en mí?

—Sí.

—¿Quiéren ustedes permanecer en la mansión, volver al Havre o irse a París?

Catalina se levantó con vivo impulso y respondió:

—Mí hermana y yo haremos lo que usted nos aconseje.

—En ese caso, permanezcan aquí. Peró quédense sin atormetarse pensando qué puede ocurrir. Cualesquiera que sean las apariencias y por violentas que sean las amenazas de que se sientan rodeadas y las predicciones de Teodoro Béchoux, no tengan el menor temor. No hay que adoptar más que una precaución: prepárense para dejar la mansión dentro de algunas semanas, y digan muy alto a todos que se van el 10 de septiembre, el 12 a más tardar, a causa de que algunos asuntos las reclaman en París.

—¿A quién habrá que decirle eso?

—A los aldeanos con quienes se encuentran y a los criados que voy a ir a buscar al Havre. La partida de ustedes debe ser conocida del señor Bernard, de sus pasantes, de Carlota y el señor Arnold, del juez de instrucción, etc. El próximo 12 de septiembre, la mansión deberá ser cerrada, y ustedes no tendrán intención de regresar hasta la primavera.

Béchoux insinuó:

—No comprendo bien...

—Me sorprendería lo contrario, —respondió Raúl.

La entrevista había terminado, y tal como lo había previsto d'Avenac, había sido larga.

Llevándole aparte, Béchoux le preguntó:

—¿Has concluido?

—No del todo. La jornada no acabará aquí; pero lo que sigue no te interesa.

—No te interesa.

que las dos hermanas no corrian ni habían corrido jamás ningún peligro quedándose solas, y que era preferible—por razones que silencio—vivir separados. Y tal era su ascendiente sobre ellas, que a pesar de la anomalía de semejante afirmación, ni la una ni la otra pensaron en protestar.

En cierto momento en que se halló sola con él, Catalina murmuró sin mirarle:

—Le obedeceré ocurra lo que ocurra, Raúl. Me parecería imposible no hacerlo.

La última cena común fué triste: las acusaciones de d'Avenac habían creado un ambiente de malestar. Como de costumbre, las dos hermanas se quedaron en el tocador. A las diez, Catalina primero y a renglón seguido Béchoux, hicieron su retirada. Pero en el momento en que Raúl iba a salir del billar, Bertranda fué a juntarse con él y le dijo:

—Tengo que hablarle.

—Estaba muy pálida y sus labios temblaban.

—No creo—le dijo él—que esta conversación sea indispensable.

—Sí, sí,—respondió ella vivamente.—Usted no sabe qué es lo que voy a decirle, ni si es grave o no.

—¿Está usted segura de que no lo sé?

—La voz de Bertranda se alteró un tanto:

—¿Cómo responde usted! Cualquiera diría que siente animosidad contra mí.

—¡Oh, no! Ninguna, se lo juro.

—Sí, sí. ¿Por qué, si no, me reveló la presencia de esa mujer en Quillebeuf, cerca de mi marido? Era causarme una pena gratuita.

—Está usted en libertad de no admitir ese detalle.

—Peró es que no es un detalle, —murmuró ella, sin apartar los ojos de Raúl.

Hizo una pausa, y en seguida, titubeante y ansiosa a un tiempo, preguntó:

—¿Es cierto que arrancó usted la hoja del registro?

—Sí.

—¿En qué momento?

—El sacó de su cartera una hoja cuidadosamente cortada. Estaba dividida en seis apartados, cada uno de los cuales mostraba las preguntas impresas y las respuestas manuscritas de los viajeros.

—¿Dónde está la firma de mi marido?

—Héla aquí,—dijo d'Avenac.— Señor Guercigny. Como ve usted, es una simple alteración de su nombre. ¿Reconoce la letra?

Ella movió la cabeza y no replicó. Al cabo de una pausa, mirándole siempre, dijo:

—No veo ninguna firma de mujer en esta hoja.

—En efecto: la dama no llegó más que algunos días después. He aquí la hoja del registro, que también me llevé, y he aquí, también, la firma: Señora Andréal, de París.

Bertranda murmuró:

—Señora Andréal... señora Andréal...

—¿No le dice nada ese nombre?

—Nada.

—¿Tampoco reconoce la escritura?

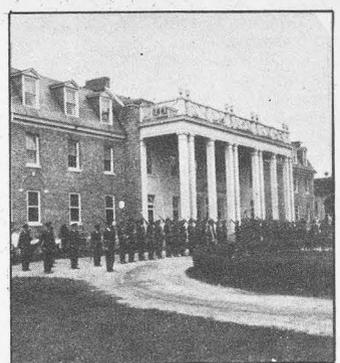
—No.

—En efecto, está visiblemente disfrazada. Peró estudiándola con atención, no es imposible descubrir algunos signos particulares y muy característicos, como la A mayúscula o el punto de la i, colocado muy a la derecha.

Ella calló, para preguntar al cabo de un instante:

—¿Por qué dice usted signos particulares? ¿Es que tiene puntos de comparación?

—Sí.



## Charlotte Hall School

Fundada en 1774  
Preparatoria, Segunda  
Enseñanza y Comercio

Situado a 35 millas de Washington D.C.

ESPECIALIDAD EN LA ENSEÑANZA  
RAPIDA DEL IDIOMA INGLÉS PARA  
ESTUDIANTES LATINO AMERICANOS

El lugar más saludable, fuentes  
de aguas medicinales.

## Charlotte Hall, Maryland

Para informes: R. ALFERT  
Calle 16, No. 18. Vedado Habana

—¿Tiene otros ejemplos de la letra de esa mujer?

—Sí.

—Peró... entonces... ¿usted sabe quién trazó esas líneas?

—Lo sé.

—¿Y si se engañara usted?...

exclamó ella con repentina energía.—Porque, en fin, puede usted engañarse... Dos letras pueden parecerse y no ser de la misma persona. Reflexione: ¡es tan grave semejante acusación!

Calló: alternativamente, sus ojos, fijos en d'Avenac, suplicaban y desafiaban. De pronto, vencida, se dejó caer sobre un sillón y comenzó a sollozar.

Raúl dejó que se repusiera poco a poco, e inclinándose sobre ella y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—No lllore: le prometo arreglarlo todo. Peró dígame que mis conjeturas son exactas y que puedo continuar por el camino emprendido.

—Sí,—respondió ella con voz apenas perceptible;—sí... es toda la verdad.

Había cogido una mano de Raúl y, sujetándola entre las suyas, la apretaba y humedecía con sus lágrimas.

—¿Cómo ocurrieron las cosas?—preguntó él.—Sólo algunas palabras, para que yo sepa... Si es preciso, hablaremos más tarde.

Ella habló:

—Mi marido no fué tan culpable como lo parece... Mi abuelo le confió un sobre, con el encargo de que, a su muerte, lo abriera ante el notario. Lo abrió y encontró el testamento.

—¿Fué esa la explicación que le dió su marido?

—Sí.

—Es poco verosímil. ¿Eran buenas las relaciones de su marido con el señor Montessieux?

—No.

—Entonces ¿cómo es posible que aquél fuera a confiarle el testamento?

—En efecto... Peró lo que le digo es lo que él me contó algunas semanas después.

—Guardando silencio sobre ello, usted se hacía cómplice de su marido.

—Lo sé... y ello me disgustaba mucho. Pero nos hallábamos en dificultades de dinero y nos parecía que se nos había despojado en beneficio de Catalina. Fue esa historia del oro lo que trastornó a mi marido. Contra todas las objeciones, llegamos a persuadirnos de que el abuelo había hallado el secreto de la fabricación del oro, y que al dejar a Catalina la mansión y toda la parte del parque de la derecha del río, le hacía entrega de tesoros incalculables.

—Pero ella, seguramente, los habría compartido con ustedes.

—Estoy segura de ello; pero me dejé dominar por mi marido y le seguí por debilidad y cobardía... a veces hasta con una especie de rabia. ¡Era tan injusto... tan abominable!

—Pero, puesto que el testamento había sido suprimido, la propiedad quedaba indivisa entre usted y su hermana.

—Sí, pero ella podía casarse, lo mismo que ahora, y entonces no gozaríamos de libertad para lle-

var a cabo las investigaciones que deseábamos hacer. Por lo demás, mi marido debía saber más de lo que aparentaba.

—¿Cómo?  
—Por la tía Vauchel, que trabajó aquí en un tiempo y que, en su semilocura, le contaba algunas cosas acerca del abuelo, en que solía hablar de las rocas, de la Colina de los Romanos y del río, lo cual convenía con la voluntad del abuelo sobre el límite de los sauces que quería fijar entre las dos propiedades.

—¿Fue por eso por lo que el señor Guercin cambió ese límite?

—Sí. Yo vine a Quillebeuf, como lo descubrió usted por mi firma. Mi marido me informó de lo hecho...

—¿Y después?  
—A partir de entonces no me dijo más. Desconfiaba de mí.

—¿Por qué?  
—Porque me sentía avergonzada y le amenacé con decirselo todo a Catalina. Por otra parte, ya vivíamos cada vez más alejados el uno del otro. Este año, cuando, con el pretexto del matrimonio de Catalina vine aquí, traía la idea

de una separación definitiva. La llegada de mi marido dos meses después me sorprendió. No me contó nada de lo de Fameron, y no sé quién lo mató ni por qué.

Se estremeció. El recuerdo del crimen volvía a impresionarla, y tuvo un momento de desesperación y de terror que la aproximó a Raúl:

—Por favor... se lo ruego...  
—¡Suplico—¡ayúdeme, protéjame!...  
—¿Contra quién?

—No lo sé... contra los acontecimientos, contra el pasado... No quiero que se sepa lo que hizo mi marido, ni que fui su cómplice. Usted que lo ha descubierto todo, puede impedirlo. Sé que puede todo lo que quiere. ¡Me siento tan segura de usted! ¡Protéjame!

Y apoyaba la mano de d'Avenac sobre sus ojos y sus mejillas humedecidas por las lágrimas.

Raúl se sintió turbado y la ayudó a erigirse. El bello rostro de Bertrand se encontró cerca del suyo.

—No tema nada,—murmuró.— Yo la defenderé.

—Y aclarará todo esto, ¿verdad? Este misterio me vuelve loca.

¿Quién mató a mi marido? ¿Y por qué lo mató?

Muy bajo, contemplando sus labios que temblaban, él le dijo:

—Su boca no ha sido hecha para la desesperanza... Hay que sonreír... sonreír y no tener miedo... Buscaremos juntos.

—¡Si juntos!—dijo ella, ardientemente.—Junto a usted me siento tranquila. No tengo confianza más que en usted... Nadie más que usted puede ayudarme. No sé lo que me pasa, pero no creo más que en usted... No me abandone...

## X EL HOMBRE DEL GRAN SOMBRERO

Fameron regresó de Ruan mucho antes de lo que había calculado Raúl. Desvalijado por uno de sus camaradas de francachela, volvió a la casita que había adquirido en el camino de Lillebonne a Radicateil y se acostó con la tranquila conciencia del que no tiene en el bolsillo un solo centavo que no haya ganado por medio del trabajo honrado.

(Continúa en la Pág. 55.)

reón.—Ya se cansó de pelear,—se va a sembrar algodón”.

Doroteo Arango, según los intelectuales.

Villa, dice una joven y vigorosa escritora nortea, vivió más o menos trece años. “Antes nunca existió”. En efecto, Villa comienza a vivir en el punto en que surge en los corridos. Lo otro es “leyenda manoseadísima”. Doroteo Arango, es como si no hubiera existido.

La primera visión que tuve de Villa visto por los intelectuales, me pareció “de película”. Fue en el libro “El Águila y la Serpiente” del escritor Martín Luis Guzmán. Y me pasó como en el cinematógrafo. A pesar de que me daba cuenta de la falsedad del argumento y de la visión, hay en ese libro escenas que me entusiasmaron, y son exclusivamente aquellas en que aparece Villa más cerca de la realidad. De la realidad que puede ser de leyenda. Así, cuando cuenta aquella proposición hecha por el jefe nortea, en plena Convención, por medio de su representante Roque González Garza, de “quitarse la vida, por su propia mano con tal de que desapareciese al mismo tiempo don Venustiano”, a quien el propio Guzmán califica de “autocrático y corruptor” (2) Lo que me dejó frío fué el comentario del escritor: “aquella fué la jornada máxima del villismo heroico”. (3).

Más tarde leí las obras de Rafael Muñoz: “Vámonos con Pancho Villa”, “El Feroz Cabecilla”, y “Villa ataca a Ciudad Juárez”. Escritos indudablemente con una simpatía más cálida, con una visión más fresca que el de Guzmán, estos libros poseen aún cierto sensacionalismo, muy natural en un escritor que conoce tan bien su oficio, como el notable y enterado periodista amigo. Hay algo de teatral en ellos, no obstante. Algo que no sabría definir ahora, pero que es el mismo defecto o cualidad que posee, por ejemplo, el drama de Schiller “Los bandidos”, con todo y Schiller...

Afortunadamente, en estos li-

(2) Obra cit., p. 165.  
(3) Idem, pág. 140.

## “Pancho” Villa...

bros de Muñoz, ya no hay nada del “bandolero divino”, ni del “demonio” ni del “ángel” que veía en el formidable estratega y hombre de multitudes que fué Villa el aeda Santos Chocano. Porque de todo lo malo que se ha escrito acerca de la figura del audaz “atacante de Colombia”—expresión de Rafael Heliodoro Valle,—no creo que exista nada más fal-

(Continuación de la Pág. 19 )

so que la visión que trata de transmitir en dos sonetos titulados: “Pancho Villa”, el magin del asesino de Edwin Elmore.

Calcula, lector, que en ellos se habla de Rómulo y de Remo, de Hércules y Mercurio, de Pablo y de Luzbel. Y se describe al compadre de Urbina, en su caída “mirando con desprecio la vida



## Confianza ilimitada...

EL muchachito demuestra por instinto, confianza sin límites en el autor de sus días. A medida que pasan los años, ese instinto será reemplazado gradualmente por la experiencia, esa severa maestra de la vida. Poco a poco aprenderá a distinguir entre lo bueno y lo malo; entre lo seguro y lo peligroso; entre lo genuino y lo falso.

La experiencia es especialmente útil en todo aquello que tiene relación con la salud y el bienestar. Para suprimir los dolores y malestares en general, la experiencia le indica a usted que debe rechazar las imitaciones y exigir lo genuino:

## Cafiaspirina el producto de confianza

por que se fabrica con el cuidado más esmerado, usando ingredientes de la más alta calidad y pureza, y bajo la más rigurosa dirección científica.

Es por eso que la Cafiaspirina no tiene rival para los dolores de cabeza, de muelas y de oído; neuralgias; jaquecas; cólicos femeninos; resfriados; reumatismo y otros malestares.



SI ES BAYER ES BUENO

y a la vez sujetándose a la frente el laurel”. Esto provoca risa. De haberse dado cuenta Villa, en la emboscada en que cayera, hubiera consumido antes de morir, todas las balas de su canana y las de sus acompañantes.

Alguien, otro literato, también, peruano, Ventura García Calderón, en una semblanza del autor de los sonetos que comento, narra una anécdota, a mi juicio grotesca, en la que aparece Villa entusiasmado por los versos del poeta de referencia, matando a uno de su propia escolta—¡nada menos que a un “dorado”—que venía a interrumpirlo en su conversación con el aeda, para darle cuenta de un movimiento del enemigo. Este episodio, que resulta tan imaginario como aquella otra escena en que el propio caudillo da muerte a la mujer e hijos de Tiburcio Maya—en “Vámonos con Pancho Villa”—sólo para que ese fiel partidario suyo no tenga otro objetivo en la vida que continuar combatiendo a su lado, me parecen novelescos, y como tales no aceptados por el pueblo en sus versiones líricas e históricas. Es decir, legendarias.

Pancho Villa no fué eso. Villa, ese ex hombre que se levantaba a las tres de la mañana—como nos cuenta Nellie Campobello—para pasar a caballo con sus muchachos—y que “con su mente clara” en esa hora temprana, reflexionaba y preguntaba, era más que eso. Aunque matase a balazos y fuera uno con su pistola—según la expresión de Guzmán,—Villa, hombre del norte de México, campesino como Stenka Razin, y bandido como Pugachev, alcanzará como estos héroes eslavos, en el sentir de las generaciones venideras americanas, proporciones heroicas. El guerrillero rebelde, integrado por “un hombre, un caballo y un rifle”,—expresivas palabras de la autora de “Cartucho”,—está ya esculpido en el corazón de todo un pueblo, a pesar de las falsas visiones que los intelectuales sensacionalistas han tratado de explotar el mercado de curiosidad surgido alrededor de su verdadera persona.

Villa sembrando algodón.

Hasta su misma muerte en la emboscada, “escrita en la mente de todos los norteaños con incrus-

taciones de plomo", beneficia su figura para la perspectiva histórica. De no haber muerto en Parral inesperadamente, quizás hubiera seguido sembrando algodón y hubiera convertido a sus propios compañeros de batallas, en peones suyos. Se hubiera transformado en latifundista. Y a fin de cuentas, resulta más práctico para la Revolución, un bandidohéroe muerto, que un latifundista vivo más.

Y es que Villa, gran reidor, quiso jugarle y ganarle—como se la ganó—esta última partida a la misma Historia. Por eso—como a Stenka Razin y a Pugachev,—somos muchos, en estarle agradecidos—por dialéctica—en la hora actual. Hora que es de prudencia y preparación.

## Las Ceremonias...

(Continuación de la Pág. 14)

generalmente con los trajes característicos de sus países, se detienen respetuosas ante los monumentos de su fe y los restos de la gloria que fué Roma. Las campanas de las iglesias llaman a los fieles a los servicios religiosos que se suceden casi sin interrupción. Por todas partes se ven muchedumbres; por todas partes se siente el bullicio. Una sensación de agitación reprimida parece invadir el ambiente.

Para el papa, el Año Santo significa un enorme aumento de las obligaciones que ya pesan demasiado sobre su vida. A ciertas horas del día los patios, pasadizos y salones del Vaticano se llenan de una enorme y variada muchedumbre, que espera la audiencia pública del Sumo Pontífice. Tres, cuatro, cinco veces al día, él recibe a cientos, y quizás a miles, de peregrinos, a cada uno de los cuales da su mano a besar. A la terminación de las audiencias, él pronuncia generalmente un corto discurso de salutación. Una vez a la semana, por lo menos, y a veces más a menudo, tiene que tomar parte en ceremonias religiosas que en ocasiones duran algunas horas, llevando pesadas vestiduras en medio de una atmósfera opresiva por la aglomeración de personas. Y los asuntos ordinarios del Vaticano tienen también que ser atendidos.

En el Año Santo de 1925 se dijo que Pío XI había demostrado una gran resistencia física bajo la carga de doce meses de actividad abrumadora. En la actualidad tiene ocho años más, y pudo pensarse que otro año de jubileo quizá resultara demasiado fuerte para un hombre de 76 años. Pío XI, sin embargo, está hoy tan sano y vigoroso como entonces. La proclamación del actual Año Santo, fuera del orden natural de las celebraciones de la Iglesia, fué iniciativa del Pontífice.

El Año Santo inaugurado recientemente es el vigésimocuarto en los anales de la Iglesia Católica. Según la constitución original del papa Bonifacio VIII, sólo siete jubileos universales debían haberse celebrado hasta la fecha. El ordenó que estos festivales extraordinarios de la Iglesia tuvieran lugar cada cien años a partir del año 1300. Algún tiempo después se vió que estos intervalos resultaban demasiado largos, y en 1350 el papa Clemente VI redujo el periodo a cincuenta años.

La frecuencia del Año Santo fué nuevamente alterada por el papa Nicolás V quien ordenó en el

siglo XV que dicha celebración universal tuviera lugar cada veinticinco años. Debido a condiciones anormales, el Año Santo fué suspendido dos veces. En 1800 la Curia Romana se vió obligada a salir de Roma, a consecuencia de los trastornos producidos por la Revolución Francesa; y en 1850 también tuvo que abandonar la capital del Cristianismo, no pudiendo regresar hasta principios del mes de abril, ya demasiado tarde, puesto que el jubileo comienza siempre la víspera de Navidad del año anterior.

En la lista oficial de los veinticuatro Años Santos ocurridos a la fecha, se incluye el del 1875, en el cual no hubo ceremonial de carácter público, debido a que Roma acababa de ser quitada al Papado y convertida en la capital de Italia. De allí surgió la "Cuestión Romana" que vino a quedar resuelta por el acuerdo de Letrán el 11 de febrero de 1929.

Dos jubileos extraordinarios se han celebrado fuera de la secuencia normal establecida por los papas. El que tuvo lugar en 1839, bajo el papa Urbano VI; y el proclamado por el papa Martín V. en 1423. Ambas fechas revelan condiciones excepcionales en la historia de la Iglesia. En época de Urbano VI ocurrió la rebelión de los cardenales, la cual trajo como consecuencia el Cisma de Occidente, que primeramente dividió a la Iglesia en dos "obediencias", y, más tarde, en tres, reconociendo cada una a los respectivos pontífices que habían elegido las distintas facciones de cardenales, con una sede en Roma, otra en Aviñón, y otra en Pisa.

Tan pronto ocurrió el cisma, Urbano VI, el papa romano, con el propósito de afirmar solemnemente que la Ciudad Eterna era todavía el único centro de la Religión Católica y la sede del verdadero vicario de Cristo, proclamó el sagrado y universal jubileo de 1389, a pesar de no haber transcurrido aún el periodo normal de cincuenta años desde el Año Santo anterior.

Algo parecidas fueron las circunstancias que indujeron a Martín V, perteneciente a la principal familia romana de Colonna, a proclamar el jubileo de 1423. Había sido electo papa en el Concilio de Constanza, que restableció la unidad visible de la Iglesia Católica; y su primer pensamiento, al emprender el viaje a Roma para fijar nuevamente la residencia de los papas en la Ciudad Eterna, fué el de llamar a los fieles de todo el mundo para que concurrieran a las solemnes ceremonias que tendrían lugar en torno a las tumbas de los Apóstoles.

A estos dos jubileos extraordinarios hay que añadir el actual. Este marca el centenario décimono de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. No es matemáticamente seguro que el centenario caiga en 1933, pero este año parece el más probable. Ahora bien, como existía una ligera posibilidad de que cayera en el año 1934, Pío XI decidió iniciar el Año Santo en abril de 1933, para que terminara en abril de 1934.

La principal ceremonia del Año Santo es la apertura de las puertas santas de San Pedro, y las de otras tres de las grandes basílicas de Roma: San Juan de Letrán, Santa María Mayor y San Pablo Extramuros. Fué en 1500, dos siglos después del primer jubileo, que el papa Alejandro VI introdujo este ceremonial, facilitando al mismo tiempo el acceso a las basílicas a la muchedumbre

de peregrinos que deseaba cruzar los umbrales. Las puertas santas, que se abren únicamente durante los años de jubileo, se han convertido en un símbolo físico del carácter excepcional del periodo durante el cual toda la Cristiandad afluye a Roma.

La apertura y cierre de las puertas sagradas de la basílica de San Pedro no son, ni con mucho, las únicas ceremonias del Año Santo en que el Sumo Pontífice toma parte. En la suntuosa majestad de la basílica del Vaticano, celebranse beatificaciones y canonizaciones. En 1925, el último Año Santo, un gran número de tales ceremonias tuvo lugar. Aunque León XIII en 1900 sólo canonizó a dos santos, Pío XI, veinticinco años más tarde, llevó a cabo nada menos que seis canonizaciones, incluyendo la de Santa Teresa del Niño Jesús, y también nueve beatificaciones.

Durante el actual Año Santo se efectuará una serie de beatificaciones y canonizaciones, en dos distintos periodos. En el primero se llevarán a cabo cinco beatificaciones; y varias beatificaciones y canonizaciones en el segundo, que tendrán lugar en la primavera de 1934, aunque el número exacto no se ha revelado aún.

El esparcimiento de la Iglesia Católica por el mundo puede decirse que comienza el día de Pentecostés, cuando los Apóstoles anuncian por primera vez a las muchedumbres congregadas en la Ciudad Santa de los hebreos que Jesucristo ha subido al cielo. Pío XI, por lo tanto, ha reservado para ese día una ceremonia que habrá de simbolizar la penetración de la Iglesia hasta los confines más lejanos de la tierra. El 11 de junio próximo el Sumo Pontífice consagrará en la Basílica de San Pedro a cinco obispos nativos, procedentes de las remotas misiones del Asia: un anamita, un indostánico, y tres chinos. El obispo anamita será el primero de su raza que haya sido elevado a la dignidad episcopal en la Iglesia Católica. En cuanto a la India y la China, hace tiempo que en esos países existen sacerdotes nativos elevados a la jerarquía episcopal.

No será la primera vez que el papa Pío XI consagra personalmente a obispos nativos para las misiones. En realidad él le ha dado un gran impulso a la formación de cleros nativos. Participando directamente en la ceremonia, el Sumo Pontífice revisió de inusitada solemnidad la consagración de los primeros obispos nativos de China y Japón.

Otra fiesta especial que deberá celebrarse durante el Año Santo es la Procesión Eucarística, que tendrá lugar el 15 de junio, día de Corpus, en la plaza de San Pedro. La procesión susodicha era una de las ceremonias más características de la Roma de los Papas, pero fué suspendida después de la pérdida del poder temporal del Papado en 1870. Quedó restablecida en 1929, "el año de la conciliación", celebrándose el 25 de julio de ese año, en vez del día de Corpus Domini.

Se espera, aunque no puede asegurarse, que el papa salga del Vaticano para participar en una o más de las ceremonias del Año Santo. Puesto que la esencia del presente jubileo consiste en la conmemoración de la Pasión, no es difícil colegir que el Sumo Pontífice tenga deseos de visitar los santuarios romanos donde se

guardan las principales reliquias de la misma, cual la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, la Basílica de San Juan de Letrán, el Santuario de los Pasos Santos, la Basílica de Santa Práxedes y, por supuesto, San Pedro.

La mayor dificultad que Roma experimenta en el Año Santo es la de encontrar alojamiento para todos los peregrinos. Los hoteles y pensiones de bajo precio se llenan con rapidez, y la mayoría de los visitantes no puede pagar precios más altos. Para aliviar la situación se utilizan los colegios, conventos, instituciones religiosas, y hasta las escuelas durante las vacaciones.

La depresión económica hará sentir su influencia este año en el número de visitantes; pero a pesar de ella el influjo de peregrinos en Roma será grande. Una semana antes de la apertura de las puertas santas de las cuatro principales basílicas, el Comité Central del Año Santo ya tenía noticias de 180 peregrinaciones distintas, fluctuando de unos pocos en cada una hasta miles de participantes en otras, para los primeros meses. Y no pasa un día sin que lleguen informes acerca de nuevas organizaciones de peregrinos, que se preparan a acudir a la Ciudad Eterna en busca de las especiales indulgencias de este nuevo Año Santo.



**¡TRAICIONADA!**  
POR  
**LA PIORREA**

ELLA tenía muchos buenos amigos, pero ahora se siente abochornada de abrir la boca! El encanto natural y resplandeciente de su sonrisa, ha desaparecido.

La piorrea es la pena que ella ha cumplido por su descuido. Al principio aparece poca cantidad de sangre en el cepillo de dientes, después las encías se ablandan, duelen y finalmente, los dientes se aflojan de sus alvéolos, teniendo que ser extraídos algunos de ellos, o todos.

No cumpla Ud. esta pena, pues Ud. puede mantener su sonrisa y sus amigos, protegiendo sus dientes ahora. La piorrea ataca primero a las encías, así es que use Forhan's para las Encías, elaborada específicamente para evitar esta terrible enfermedad y para mantener sus dientes limpios y blancos.

Forhan's para las Encías, elaborada según fórmula del Dr. R. J. Forhan, especialista en enfermedades de la boca, contiene el astringente Forhan, descubierta por el Dr. Forhan y usado por casi todos los dentistas del mundo en el tratamiento de la piorrea.

**Forhan's**<sup>HS-7</sup>  
**PARA LAS ENCÍAS**



sido la idea del viaje a París. Por su gusto, Tomás hubiera permanecido muy tranquilo en Westbourne, Indiana, o cuando más no alejándose más allá de Chicago o de New York. Ella había insistido: él necesitaba divertirse; había dedicado toda su vida al trabajo; su hija única se había casado, y estaban libres para ir lejos, a cualquier parte; eran enormemente ricos... París se imponía.

Habían salido de los Estados Unidos dos veces, pero en viajes de negocios, rápidos y privados de toda tendencia de recreo. El viaje a Francia tenía que ser algo diferente. Ella tenía concebida una vaga idea sobre París. Había imaginado siempre que aquella ciudad era algo excepcional y único entre las ciudades del mundo; que al llegar a ella el forastero debía sentirse alegre, ligero, feliz, cosmopolita, acaso un poquito perverso. Insistió. Había que ir a París, aunque ni ella ni Tomás sabían una palabra de francés.

La primera semana en la gran capital había sido francamente insulsa. Habían ido a contemplar la Monna Lisa; habían subido a

**ALLÁ** 

la torre Eiffel; habían paseado por los bulevares hasta quedar rendidos. Una tarde encontraron en el Banco al juez, que no tardó en ponerlos en contacto con una dama a quien Mariana había definido mentalmente en seguida como "muy a la francesa". La señora Vance Higgins, les explicó el juez, vivía normalmente en París y podía enseñarles la ciudad. Fué Mariana, y no Tomás, quien primero trabó relación con ella, y quien insistió para que cenaran juntos.

Evocando, Mariana Austin comprendió entonces que algo había sucedido en aquella primera cena. Acaso, se dijo, ese algo había sido solamente que la señora Higgins se preocupó sobre la ascendencia de la fortuna de Austin. Lo cierto era que desde entonces Tomás se sintió inclinado a dejarse dominar por el espíritu de aquella gran capital extranjera.

Comenzaron entonces los Austin a ver un lado brillante de París: teatros, lujosos restaurantes, mis-

(Continuación de la Pág. 16 )

teriosas tiendas cuyo conocimiento se interpreta como una señal de buen tono, *dancing halls* elegantes... Durante varios días Mariana se sintió dichosa por el éxito de su idea de visitar París. Mas de pronto, instintivamente comprendió ciertas cosas que le produjeron cierto malestar: era vieja, no tenía experiencia social refinada, jamás lucía realmente elegante... Por último, en aquel club nocturno había tenido la más dolorosa de las revelaciones: la de sus terribles celos.

Cuando al fin Tomás decidió abandonar el baile, salieron todos juntos y tomaron el auto. Dejaron al juez en el "Ritz", y a la señora Higgins en su apartamento, cerca del Arco de la Estrella. Cuando se vio a solas con su marido, y mientras cruzaban los Campos Eliseos, Mariana se oyó diciendo las palabras que había resuelto no decir: —Me da pena ver cómo haces el ridículo... después de viejo.

Esperó un violento ataque; pero la respuesta de él fué risueña:

—Supongo que no me has traído a París para que me comporte como en Westbourne. Pienso que hemos venido a divertirnos.

—No sabía que para divertirse era necesario ponerse grotescos gorritos de papel.

Mariana advirtió que sus últimas palabras lo habían mortificado y sintió placer por ello... ¡Después de veinticinco años de velar porque Tom no sufriera nunca ni la más leve pena, se complacía en mortificarlo!

La tarde de su último día en París, los Austin fueron a las carreras de caballos, acompañados por la señora Higgins y el juez. Mariana había concebido aquel espectáculo sumamente divertido y emocionante. Al asistir a él lo halló insipido y aburrido: cortisimos períodos de acción tras largos espacios de tiempo sin que pasase nada. Y eso sí llamarse puede acción al paso de aquellos rápidos bultos negros sobre un fondo verde. Pero para Tom y la señora Higgins aquello no era aburrido. Sus rostros, al regreso del "paddock" o del "railing" reflejaban diversas emociones, según el resultado de cada evento.

Los Austin comieron solos en el hotel. Tenían que hacer el equipaje; es decir, lo tenía que hacer Mariana. Viajar con doncella era una forma de lujo a la que jamás había accedido ella. Le gustaba preparar el equipaje de su marido, y lo hacía tan perfectamente como el suyo. No lo dejaba molestarse en lo más mínimo; pero le causaba placer tenerlo a su lado haciendo observaciones, mientras trajinaba ella. Pensó que esa noche sucedería lo mismo que todas las que anteriormente habían precedido a un día de viaje, y aunque su esposo vestía traje de calle en la comida, no imaginó que él intentara salir. Para ella resultaba inconcebible que Tom saliera de noche solo; ellos eran a modo de hermanos siameses.

—Ve que te estás convirtiendo en un puro europeo—le dijo.—Ya, hasta para comer en confianza vistes traje de noche.

Tom se ajustó los espejuelos para estudiar el menú. Ignoró la frase de su esposa, preguntando:

—¿Qué tal estará este puré?

Tan pronto terminaron, Mariana volvió a los baúles. Vió con asombro cómo Tom escogía sombrero y abrigo.

—¿Vas a salir?—interrogó con extrañeza.

—Voy a ver al juez... Unos minutos,—repuso él, abandonando el cuarto rápidamente.

Cualquiera hubiera comprendido que Tom mentía; su compañera, no solamente lo comprendió sino que también se dió cuenta de que su esposo no iría a reunirse con el juez, sino con la señora. Higgins. Visitar a una mujer que vive sola, de acuerdo con las reglas morales de Westbourne es un acto indecente; y visitar a cualquier mujer mientras la esposa lucha con el equipaje, es un acto egoísta, pensó Mariana, sintiendo que la invadían pensamientos terribles.

A las doce y media regresó Tomás.

—¿Dónde has estado, Tom Austin?—interrogó Mariana con presteza.

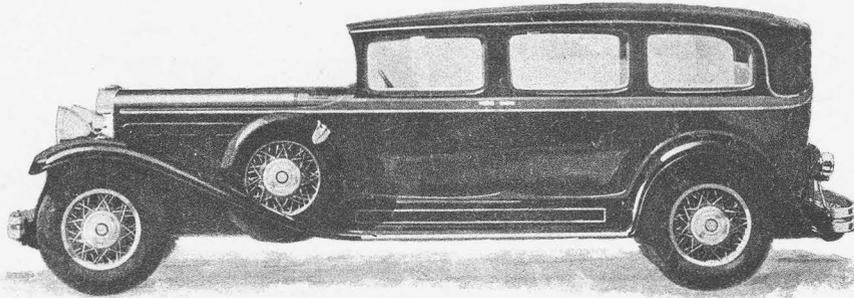
Avergonzado de su mentira, él explicó con sinceridad:

—Estuve en un *botte*.

—¿Qué cosa en el mundo se llama así?

—No estoy muy seguro de haberlo pronunciado correctamente. Es la palabra francesa que corresponde a la inglesa "box", y la aplican aquí a cierta clase de tea-

# Un carro nuevo por su carro de uso...



**L**A última palabra en maquinaria y herramientas de precisión y un campo de expertos mecánicos altamente especializados nos permiten realizar con perfección absoluta los más difíciles trabajos de mecánica en su automóvil, con extraordinaria economía de tiempo y a una fracción del costo que tendría Ud. que abonar por los métodos anticuados.

Ud. se sorprenderá de nuestros precios, no sólo en los trabajos de mecánica sino en el ramo completo de Chapistería, Pintura, Talabartería y cuantos detalles sean necesarios para dejar su carro como cuando salió del paquete.

**Surtido completo de piezas de repuestos  
para automóviles NASH y MARMON.**

## Talleres NASH y MARMON

**F. O'Shea y Piñeiro**

Calle 25 y Espada. Telf. U-1799 La Habana

**Pídanos presupuestos sin compromiso para Ud**

tro en pequeño y de carácter íntimo.

—¿Fuiste con el juez?

—No, el juez no pudo ir. Fui con la señora Higgins...

—Tom, me has mentido...

—Mira, Mariana... No podía llevarte a ese lugar. Los chistes son demasiado crudos.

—La razón debe ser otra, Tom. Bien sabes que no podían ofenderme esos chistes puesto que no entiendo una sola palabra de francés... ¡Qué clase de dama debe ser esa señora Higgins que va a esos "teatros íntimos" hablando el idioma en que se dicen los "chistes crudos" tan bien como los actores!

—Ella ha sido muy buena amiga para nosotros.

—Para tí, tal vez, no lo dudo; pero no para mí. No es esa la clase de amigas que quiero. Jamás llevaré amistad con una mujer que se pinta el rostro a todas horas como si fuera una actriz en escena, y que vive del espionaje, revelando a los agentes de Aduana las compras que realizan personas que la honran con su amistad, y a quienes ella traiciona... Debes tener cuidado con ella, pues dicen que no es más que eso, una espía del Gobierno.

—¿Dice la gente eso?

—Sí, todo el mundo lo dice.

Nadie lo había dicho. Esa tarde en las carreras, Mariana había tenido por primera vez conocimiento de la existencia de tal clase de oficio. El juez, en su conversación general, había contado que estando en la oficina de uno de los funcionarios de un Banco americano en París, aquel mismo día, vio cómo un individuo era pagado por informaciones de contrabando, por cuenta del Gobierno, señalando que la cantidad era crecida. A Mariana la había conmovido aquella anécdota, asombrándose de que existieran personas tan pérfidas que se dedicaran a fingir amistad con el ánimo de traicionar luego la confianza que en ellos se depositara.

El juez le explicó riendo que si existía tal oficio y que a él pertenecían multitud de aparentes empleados, comerciantes, viajeros distinguidos y muchas personas "bien" que se encuentran en las grandes capitales viviendo holgadamente sin que nadie sepa la fuente de sus recursos. La señora Austin escuchó aquello atentamente y mientras lo oía pensó que la amiga de Tom acaso pertenecía al gremio de los espías. Durante su discusión expresó, afirmando, lo que era tan sólo una posibilidad que había halagado sus deseos.

—¿Quién te dijo eso, Mariana?

—Le preguntó severamente Tom. —Se dice eso; no importa quien lo diga—replicó. Por la mirada que entonces él le clavaba supo que no la creía; pero, en todo caso, Tom no podría probarle que realmente mentía, y después de todo él también había mentido.

—Es la primera vez en veinticinco años que me avergüenzo de tí, Mariana.

—¿Y cómo tú supones que me siento yo con respecto a tí?

Tomás abandonó el dormitorio dando un portazo tras sí. Mariana murmuró, convencidamente:

—Apuesto a que he acertado en mi juicio con respecto a esa mujer.

A la mañana siguiente, tan pronto como tomaron el café dejaron el hotel. Ya el equipaje los esperaba en la estación. Después del tiempo empleado en despacharlo, les quedaron quince minutos de espera.

Mariana, sentada en el compartimiento, advirtió que su esposo,

parado en el andén, ojeaba con insistencia hacia la entrada de la estación. Se dió cuenta de lo que aquello significaba. Salíó apresuradamente del tren decidida a evitar palabras tiernas de despedida.

—¿Por qué no te acomodas en el compartimiento?—preguntó a su esposo tan pronto estuvo a su lado. En seguida vió a la odiada rival depositando una moneda en el aparato de la entrada y recogiendo su ticket para el *quai*. Mariana adivinó de quién procedía el ramo de orquídeas que adornaba su piel de zorra. Mientras pensaba que de morirle ella Tom probablemente se casaría con la otra, estrechaba la mano de la señora Higgins, expresándole su agradecimiento "por sus bondades".

—¿Cuándo la veremos en América?

—¿América!—exclamó la señora Higgins con ese tono especial con que nombran a su país los expatriados y que parece encerrar lo

mismo el deseo de verla de nuevo bre una sincera incertidumbre sobre si realmente existe o no tal país.—Temo no poder ir en mucho tiempo... Pero ustedes volverán a París la próxima temporada, ¿no?

Un detalle importante había sido olvidado: gratificar al conserje del hotel, que había quedado a un lado, aguardando respetuosamente. Se adelantó hasta Tom con la galoneada gorra en la mano y deseó a los señores un feliz viaje. Separándose un poco de las mujeres, Tomás Austin buscó en sus bolsillos dinero para corregir su olvido con el conserje. En ese momento Mariana tuvo uno de esos perversos impulsos que se ven a veces en personas bondadosas e ingenuas cuando son víctimas de insólitas emociones.

—Le estoy particularmente agradecida—dijo a Mrs. Higgins, sonriéndole afectuosa—por haber ayudado a mi esposo a escoger el hermoso brazaletes que me regaló.

Mrs. Higgins la miró con extrañeza.

—¿Un brazaletes? Que él regaló a usted un brazaletes?

Mariana hubiera asegurado que inconscientemente había subrayado el "a usted". Dijo:

—¿No lo ha visto?—interrogó. Con un gesto que le hubiera evidiado la más experimentada actriz, buscó el imaginario brazaletes en su brazo.—¡Oh! Olvidaba que lo puse en mi estuche tocador. Es hermosísimo. Brillantes, esmeraldas. Así...

Con minuciosidad femenina describió un brazaletes que había visto en una vidriera de la Plaza Vendome. La señora Higgins parecía sinceramente interesada; comentó:

—Debe ser caro...

—Temo que sí. Ignoro cuánto costaría en francos. Pero sé que en dólares son nueve mil.—Mariana rió picaramente.—Vamos a hacer una pillería. No lo declararemos.

Se escucharon un agudo silbido

# Haga esta prueba...

Límpiese la dentadura por lo menos dos veces al día con la

## Pasta GRAVI

Al cabo de un mes compare la deslumbrante blancura que habrá impartido a su dentadura.

Note cómo sus encías dejan de sangrar y adquieren firmeza y color rojo.

Ud. se dará cuenta de la inmediata desaparición de todo aliento ofensivo que provenga de la cavidad bucal.

Ud. se deleitará con su fragancia y la sensación de limpieza que deja en su boca.

Y le evitará un gran número de enfermedades.

Invitamos correspondencia de Centro y Sud América para Agencias exclusivas, suministrándoles muestrarios y condiciones excepcionales para su distribución. Apartado 5, Jovellanos, Cuba



Gratis A quien la solicite le enviaremos una muestra.

APARTADO No. 5 JOVELLANOS, CUBA  
Nombre .....  
Calle .....  
Ciudad .....  
Prov. ....

un repetido toque de campana. Un guarda gritó:  
—¡Aux voitures, messieurs et dames!

Mrs. Higgins estrechó la mano de Mariana, y luego la de Tomás, con mayor efusión. Poco después arrancaba el tren.

La señora Austin se sentía más sorprendida que avergonzada de su segunda mentira. Aquello del brazalete se le había ocurrido súbitamente, y lo había dicho casi inconscientemente de lo que decía. Entonces lo que la asustaba era que Tom pudiera enterarse. A menos que los detuvieran en la Aduana... ¡Con qué dignidad pudiera ella decirle: "Si quieres saber por qué nos detienen, voy a decirte!"

Hasta la hora del almuerzo Tomás estuvo sumido en la lectura del último periódico americano que pudo obtener. Durante el *lunch* abrió los labios para preguntarle a su esposa qué clase de agua mineral prefería. En Cherbourg tomaron el barco, todavía en mutuo silencio. Al entrar en su camarote Mariana contó las malestas. Las de Tom no estaban allí. Preguntó al camarero.

—¿No ha venido nada del señor Austin?

El camarero le explicó que su esposa se había arreglado con el sobrecargo para ocupar uno de los camarotes no comprometidos, de aquel mismo pasillo.

Mariana consideró aquello como un divorcio formal. Durante veinticinco años Tom y ella nunca habían separado sus habitaciones. Había llegado a considerar como parte integral del matrimonio las charlas entrecortadas mientras se vestían, y en las que todos los tópicos de la vida eran tratados, desde las deliberaciones de la L. de las N. hasta la salud de Babs. Aquella separación impuesta por Tom le pareció, además de insultante, cruel.

Por la mañana el barco encontró mal tiempo. Mariana, pésima marinera, se enfermó. El mareo la hizo sentirse más vieja y abandonada. Cuando más tristes eran sus pensamientos, alguien tocó en la puerta. Entró Tomás.

—Te hace daño tanto movimiento—dijo él, sentándose en el borde de la cama y tomando una de sus manos.

De pronto Mariana tuvo la sensación de que todo lo que había pasado en París no era más que una pesadilla. Tomás le hablaba cordialmente de las cosas del barco; si viajaba algún conocido; si el tiempo se despejaría pronto; si el capitán era un hombre hábil y sereno. Cerrando los ojos, llena de felicidad, volvió a considerarlo como el primer ciudadano de Westbourne, y no como el ente grotesco que bailaba en un club nocturno tocada la cabeza con un ridículo gorrito de papel verde. Se sintió culpable. Pronunció, sin abrir los ojos:

—Siento lo que dije sobre tu amiga, la señora Higgins. Tú no crees que sea verdad

—Se que no es verdad—estableció él.

Y hubo en su afirmación un tono tal de emocionada convicción, que destruyó toda la nueva actitud mental de Mariana. Abrió los ojos y exclamó con acritud:

—Acaso no estés tan seguro de eso cuando nos detengan los agentes de la Aduana.

—No puede eso preocuparme. Siempre declaro todo lo que compró.

## La belleza anhelada por usted



### ... se la traen estos preparados

¿Le gustaría a usted conocer el secreto de algunas de las mujeres más encantadoras del mundo? Consiste en los tres productos Dagelle—elaborados para conservar, proteger y aumentar la belleza del cutis, a saber:

Crema Invisible Dagelle, una crema ligera y suave, que desaparece en el cutis instantáneamente, dotándole de una belleza radiante. Conserva la "toilette" durante muchas horas.

Crema de Belleza Dagelle, para uso nocturno. Afloja las acumulaciones de polvo e impurezas, y los aceites puros y fragantes que quedan en su piel da-

rán nueva suavidad y belleza juvenil a su cutis mientras usted duerme.

Vivatone Dagelle, para despertar el cutis a nueva vida. La Crema Invisible y la Crema de Belleza Dagelle se hallan a la venta en todas las perfumerías y farmacias, en potes y tubos grandes y pequeños y el Vivatone en frascos grandes y pequeños.

Envíe a usted muestras de estas dos cremas si se sirve enviarnos su nombre y dirección acompañadas de la suma de 10 c. en sellos de correo. Diríjase a DAGELLE, Rodolfo Quintas, Calle C, 237, Vedado, La Habana.

## DAGELLE

CREMA INVISIBLE — VIVATONE — CREMA DE BELLEZA

—Es bueno que te informe que dije a la señora Higgins que me habías regalado un brazalete—dijo, cerrando los ojos.

—¿Un brazalete?

—De diamantes y esmeraldas.

—¿Por qué le dijiste tal cosa?

—Para estar segura... Le dije que te había costado nueve mil pesos, y que no pensábamos declarar.

—¿Pero eso es una mentira!

—¿Cómo se llama decirle a la esposa que se va a salir con un juez y hacerlo con otra mujer?...

Oyó el golpe de la puerta. Abrió los ojos y comprobó que estaba sola.

Durante el resto del viaje, los Austin comieron juntos, en una mesa para dos; ocuparon en cubierta asientos contiguos, pero entre ellos mediaron pocas palabras, y aquellas, inamistosas. De los dos, Mariana era la que sufría más. Tomás no era para ella solamente el marido; era también el amor de su juventud, el compañero de toda su vida, la razón de su existencia, y, además, la única persona que la comprendía bien... que sabía ver, bajo el velo de los años, la eternamente joven y amorosa Mariana. El era su único presente, su futuro, y su querido pasado. Si por cualquier causa sus relaciones se interrumpían, la vida para ella sería insoportable. Y se daba cuenta de que la única cosa que volvería a unirlos íntimamente sería el hecho de que resultara cierto lo que ella había afirmado de la señora Higgins, mintiendo. Acaso nunca ha viajado un pasajero con tan grandes deseos de ser detenido y registrado, como Mariana.

Pero pasaron por la Aduana tranquilamente, sin que ningún agente ni inspector los detuviera más que los breves momentos de costumbre, sin gesto alguno que revelara una previa información acusatoria sobre ellos. Mariana vio cómo Tomás hacía, generosa-

mente, todo lo posible por dar por olvidada su maliciosa acusación contra la señora Higgins.

Al llegar al hotel, lo primero que hizo fué comunicarse por teléfono de larga distancia con Babs en el hogar.

—¿Estás segura de haber pasado una buena temporada, mamá? Tu voz no suena como la de una persona feliz.

Aquellas frases, escuchadas en el aparato, la conmovieron. ¡Su dolor era apreciable aun por la voz! Vió cómo dirigían el equipaje al cuarto doble del décimocuarto piso, que siempre acostumbraban tomar. Pero supuso que Tomás se debía haber dejado dominar, para aquella decisión, por razones de economía y no de cariño.

Durante todo ese día Tomás estuvo en Newark, tratando de adquirir ciertas maquinarias que necesitaba para su fábrica. Siguiendo el consejo de un conocido, fueron juntos por la noche al teatro a ver un drama, que resultó para Mariana depresivo por tratarse en él problemas matrimoniales. Debían tomar el tren para Indiana a las cuatro de la tarde del día siguiente.

Mariana se despertó sintiéndose fatigada. Decidió desayunar en el lecho. Saboreaba el café, sosteniendo sobre las rodillas la bandeja, cuando Tom entró en el dormitorio. Se detuvo a los pies de la cama, repartiendo por los bolsillos del saco diversos papeles.

—De la compañía de Newark ha de venir a verme un hombre—le explicó, en el tono frío que acostumbraba desde la salida de París.—Tardaré algunas horas en la calle, pero estaré de regreso antes de las tres. El hotel remitirá el equipaje a la estación.

Sonó el teléfono, colocado junto a la cabecera de la cama. Mariana atendió la llamada.

—Hay un hombre abajo que quiere verte.

Tomás ojeó su reloj.

—Es temprano... Pero, bajaré de todos modos. Dilo.

Ella obedeció. Pero pese a su informe de que Mr. Austin bajaba ya, Tom no se movió.

—Mariana — pronunció seriamente. — He esperado que me dijeras que te habías equivocado con respecto a la señora Higgins.

Mariana dudó. Sabía que si admitía que aquella mujer se merecía su respeto, que había sido bondadosa y amable con ellos, y que ella era la ingrata, podría todavía ser feliz. Pero la dificultad estaba en que las palabras necesarias no subían a sus labios. En lugar de eso, y con ese impulso suicida de los celosos, dijo:

—Admito que me he equivocado esta vez. Veo que no ha informado nada sobre nosotros. Pero no veo prueba alguna de que ella no lo haga con otras personas cuando tiene oportunidad...

La interrupción una terrible exclamación de disgusto. Mariana se sentó rápidamente.

—¡Tom!—gritó.—¿Tú amas a esa mujer?

—¿Amaría? ¡Oh, no! Estoy casado contigo, infortunadamente. ¿Crees que no soy un hombre moral?

—¿Infortunadamente, Tom?

Un observador desapasionado hubiera advertido que él hubiera querido retirar el terrible adverbio; pero aquel observador no estaba presente.

—Confieso que cuando inventaste esa calumnia a costa de una respetable mujer, hiciste lo peor para el hombre que te quiere.

Esperó durante unos segundos la réplica; luego se puso el sombrero y abandonó el cuarto.

Ella no se movió; la idea de la muerte la asaltó. ¿Cómo obtener en seguida un veneno? Su mirada se detuvo en la ventana. ¡El décimocuarto piso! Se levantó y se acercó a la ventana, mirando hacia abajo. La cortina, movida por el viento, se envolvió suavemente sobre su cuerpo. Permaneció así, como esperando que alguna fuerza exterior le diera el valeroso impulso para lanzarse.

Oyó el sonido de una llave en la cerradura de la puerta del cuarto. Pensó que la doncella venía en busca del servicio del desayuno. La puerta se abrió. Era Tomás. Leyó en su rostro que había sucedido algo espantoso. Su expresión era la misma del momento en que, años atrás, había entrado al hogar para decirle que Babs había sido arrollada por un auto cuando se dirigía a la escuela. Acaso se tratara de Babs otra vez.

—¿Qué pasa, Tom? ¡Adivino que ha sucedido algo terrible!

—Para tí no será terrible... ¿Cómo podía haber algo que fuera para él y no para ella?

—Mariana—siguió él.—El hombre que me esperaba abajo no era el de la compañía de Newark. Era un funcionario de la Aduana. Han recibido informes de que nosotros trajimos, sin declararla, una joya... un brazalete de brillantes y esmeraldas.

Durante unos segundos toda el alma de Mariana se llenó con el placer del triunfo. Pero cuando habló, su aspecto era otro.

—¡Oh, Tom!—exclamó.—¡Qué nobleza la tuya! Si no me lo hubieras dicho, jamás lo hubiera sabido. Eres la mejor persona del mundo...

Lo abrazó, atrayéndolo junto a la ventana. La cortina, impulsada por el viento, envolvió sus cuerpos suavemente.

(Continuación de la Pág. 50.)

Su sorpresa, pues, fué extraordinaria cuando, en plena noche, se vió despertado por un individuo que, lanzándole la luz a los ojos, le recordó cierto episodio de su alegre vida de juerguista.

—¿Cómo! ¿Ya no reconoces a tu viejo amigo Raúl?

El antiguo pasante se sentó en la cama y tartajó:

—¿Qué quiere usted?... ¿Raúl?... No conozco a nadie que se llame así.

—¿Cómo? ¿No te acuerdas de nuestras juergas ni de las confidencias que me hiciste una noche, en Ruan?

—¿Qué confidencias?

—No te hagas el tonto, Fameron... Los veinte mil francos... el caballero que te habló... la carta introducida en el legajo Montessieux...

—¡Cállese, cállese!—gimió Fameron.

—Bien; pero responde. Y si lo haces amablemente, no diré palabra del asunto a mi amigo Béchoux, brigadier de la Seguridad, con quien estoy investigando el asesinato del señor Guercin.

El terror de Fameron llegó al climax. Miraba enloquecido en torno suyo y parecía hallarse a punto de desmayarse.

—¿Guercin?... ¿El señor Guercin?... Le juro que no sé nada.

—Lo creo, Fameron... No tienes cara de asesino. Es otra cosa lo que quiero saber; una cosa sin importancia... y después podrás dormir tranquilamente.

—¿Qué?

—¿Tú conocías al señor Guercin de antes?

—Sí; le había visto en la notaría, como cliente.

—¿Y después?

—Jamás.

—¿Fuera de la vez en que fué a hablarte y de la en que fuiste a verle a Radicatel, la mañana del crimen?

—Así es.

—¡Bueno! No quiero saber más que una cosa: la noche en que te habló ¿estaba solo?

—Sí... o mejor dicho, no.

—Precisa.

—Se hallaba solo cuando me habló. Pero a unos diez metros de distancia, entre los árboles,—porque la entrevista tuvo lugar en el camino, cerca de aquí,—había alguien disimulado entre la oscuridad.

—¿Alguien que estaba con él o que le espiaba?

—No lo sé... Le dije: "Ahí hay alguien..." Y me respondió: "No importa".

—¿Qué aspecto tenía ese alguien?

—No puedo decirlo: no ví más que una sombra.

—¿Cómo era esa sombra?

—Tampoco podría decirlo. Sólo observé que se cubría con un sombrero muy grande.

—¿Un sombrero muy grande?

—Sí: un sombrero de alas muy anchas y de copa muy alta.

—¿No hubo otro detalle que pudieras señalarme?

—Ninguno.

—¿No has formado opinión sobre el asesinato del señor Guercin?

—No. Pensé, solamente, que quizá pudiera haber alguna relación entre el criminal y la sombra que ví.

—Es probable,—dijo d'Avenac.— Pero no te preocupes por eso, Fameron, y duerme tranquilo.

Con un suave empujón obligó a

# Prolongue su JUVENTUD

Mientras Vd. se sienta fuerte y lleno de vitalidad Vd. es joven. Los años que se van no significan tanto como la salud. Tan pronto como Vd. comience a sentir desgano e indiferencia... en cuanto sienta que su vigor parece abandonarle... entonces, cuidado!... Vd. empieza a envejecer.

El estreñimiento es el enemigo común de la salud y la juventud. Envenena el organismo... mina la vitalidad... embota la mente... echa a perder el cutis... surgen los furúnculos. El estreñimiento es un achaque de los más corrientes. Y tan fácil de evitar.

Combátalo con Levadura Fleischmann. Los médicos del mundo entero la recomiendan. El estreñimiento cede a este alimento natural, repleto de vitaminas. La levadura facilita la digestión. Promueve una eliminación regular y completa de los desechos tóxicos. Mantiene los intestinos limpios y activos.

Preserve su salud. Acabe con la constipación. Coma tres pastillas de Levadura Fleischmann todos los días—durante 6 semanas o más. Vea cómo le ayuda a mantenerse sano y vigoroso.

Entérese mejor sobre los saludables beneficios de la levadura. Obtenga el librito gratis, "Vitalidad." Es interesante, fácil de entender, útil. Envíenos el cupón.

**De venta en todas las panaderías y en las buenas tiendas de víveres finos. De venta también en todas las buenas tiendas de la América Central.**

## con años de salud



## LEVADURA FLEISCHMANN

Cía. de Levadura Fleischmann, S. A.  
Apartado 782. Habana.

Desearía leer su librito sobre "Vitalidad." Sírvanse remitirme un ejemplar gratis.

Nombre \_\_\_\_\_

Dirección \_\_\_\_\_

3F8

Fameron a tenderse en el lecho, le cubrió cuidadosamente y se marchó en puntillas, recomendándole que durmiera bien.

Cuando Arsenio Lupin me contó el papel que desempeñó en la aventura de la Barre-y-va bajo el nombre de Raúl d'Avenac, hizo en este punto una pequeña digresión psicológica:

—Siempre he observado, — me dijo, — que cuando uno se halla en plena acción, suele engañarse sobre el estado de alma de los que se encuentran mezclados en ella. Se les juzga con perspicacia en cuanto concierne a la acción por sí misma; pero sus ideas, sus sentimientos, sus gustos y sus proyectos fuera de ella, siguen siendo desconocidos. Por ello, en aquel momento, yo no veía nada en la psicología de Bertranda y menos aún en la de Catalina, y ni siquiera pensaba que hubiera que tener en cuenta algo extraño al asunto en que nos hallábamos empeñados. Una y otra sufrían alternativas de confianza y desconfianza en cuanto a mí; de temor y de tranquilidad; de alegría y de tristeza, acerca de las cuales me engañé totalmente. En todo ello, yo no buscaba más que una relación con el asunto que nos ocupa-

ba, y no las interrogaba más que bajo ese aspecto cuando lo cierto era que sus pensamientos eran muy otros. Obsesionado por el problema sobre el cual me hallaba a punto de formar opinión, mi error consistió en no ver que, en parte, ese problema era sentimental. Fué esa la causa de que la solución se retrasara un tanto.

Pero en desquite, ¡cuántas compensaciones le valió a Raúl ese retardo! En su calidad de consejero de las dos hermanas, vivió alternativamente en compañía de la una y de la otra horas encantadoras. Por la mañana, antes del almuerzo ambas iban a encontrarle en un barca sobre el río, en la cual se entregaban a la pesca. Otras veces se dejaban arrastrar a la deriva, empujados por la marea, que hacía a la corriente retroceder hacia sus fuentes. Pasaban bajo el puente, junto a la Colina de los Romanos y penetraban por la garganta que conducía a los sauces. Después regresaban lentamente, con la marea que bajaba.

Por las tardes, solían irse de paseo hasta Lillebonne o Tancarville, o hasta el caserío de Basmes. Raúl departía con los campesinos, y aunque los normandos suelen

desconfiar de los extraños, él sabía hacerles hablar, enterándose así de que desde hacía algunos años venían cometiendo robos de que eran víctimas los señores del castillo o los labradores ricos. Saltaban las tapias; escalaban los taludes, penetraban en las casas y se llevaban joyas de familia o piezas de plata.

Las investigaciones no habían dado resultado jamás, y la justicia ni siquiera había hablado de esos robos cuando el asunto Guercin; pero en la región sabían que muchos de ellos habían sido llevados a cabo por un hombre que se cubría con un gran sombrero. Algunos afirmaban haber visto la silueta de aquel sombrero, que parecía ser de color oscuro, negro sin duda. El hombre que lo llevaba era delgado y de una talla muy por debajo de la mediana.

En tres ocasiones lograron obtener las huellas de sus pasos: eran pesadas y enormes y evidentemente, provenían de unos zuecos desmesurados.

Pero lo que más intrigó a todo el mundo, fué comprobar que una vez, para penetrar en un castillo, el hombre no había podido hacerlo más que introduciéndose por un

(Continúa en la Pág. 58.)

El teniente se dirigió hacia el cuadro de distribución, notó automáticamente el voltaje de los acumuladores, luego en un par de pasos, cruzó hacia el lado de babor del compartimiento y revisó los manómetros de los depósitos de aire a alta presión. Dos mil cuatrocientas libras, una carga completa de aire comprimido. Satisfecho, se volvió otra vez hacia el timón.

—¿El timón O. K., contra maestre?

—Sí, señor. Acabados de pro-



## MAYOR VELOCIDAD MÁS COMODIDAD

Su bicicleta correrá como nueva si la aceita con 3-en-Uno. Aumenta su velocidad. Suaviza el pedal. La conserva libre de moho y herrumbre. El 3-en-Uno limpia y protege a la vez que aceita.

Uselo también en sus herramientas, máquinas de coser, guadaña, etc. Tenga siempre una lata a la mano. De venta en todos los almacenes.

**USE**

## ACEITE 3-EN-UNO

THREE-IN-ONE OIL CO.  
NUEVA YORK, E. U. A.



32

bar, el de mano y el eléctrico.

—Muy bien, esté listo.

Welton subió la escalera estrecha de acero que pasaba a través de la torre de combate y emergió en el puentecito superior.

De todas partes se escuchó el golpear apagado de los Diesels; nubes de humo aceitoso procedían de las popas de los submarinos de la flotilla novena así que, uno por uno, los gemelos del S-54 se separaban de los muelles de la base submarina, a lo largo de la corriente hacia el mar. Por su lado de babor, el S-48 pasó rápido, y tomó su lugar en línea. Era el siguiente.

El S-54 se colocó detrás del S-48 y marchó fuera de la bahía. Welton se inclinó otra vez sobre el tubo acústico, golpeó la campana, esperó un instante, luego dijo:

—¡Cuarto de máquinas! Observe ahora sus revoluciones, McCarthy; estamos en formación.

# S-54

Así que la columna se movía a lo largo del río, Welton estudió su casco bajo, su cubierta estrecha, escasamente espacio para manejar el cañón, ningún espacio para pasarse. Delante había otros submarinos como el suyo, contruidos para el acecho y la destrucción, en contraste severo con los Yates alegres que se agrupaban en la bahía de New London. Uno por uno pasaron a los Yates; la flotilla de los submarinos dejó atrás las luces de la entrada, y se dirigió hacia el mar abierto.

El teniente Welton se volvió hacia el subteniente que se hallaba detrás de él, y ordenó brevemente:

—Voy a bajar ahora para desayunarme, Byrne. Haga la guardia.

—Sí, señor.

El subteniente Byrne saludó, y se adelantó en el puentecito superior. Welton dirigió una última mirada a su alrededor así que se alejaban de la tierra, luego se deslizo a través de la escotilla en la cubierta hacia la torre de combate, y se balanceó allí un momento mientras sus pies buscaban la escalerilla que llevaba al cuarto de los controles debajo. Las banderas de señales colocadas en su armadura en la mitad de proa del saloncito se movieron ligeramente cuando pasó por su lado; se detuvo, las miró con sospecha, apartó sus pies de la escotilla inferior, extendió sus manos a la armadura en que se hallaban colocadas las banderas y agarrándolas las apartó.

¡Allí, con la cara apretada contra un portalón pequeño, mirando hacia afuera, se hallaba Betty Porter!

Se volvió hacia él, sus mejillas rosadas y los ojos brillando, e hizo un gesto teatral con su mano.

—¡Exactamente como dicen los anuncios de reclutamiento, Bob. Alíste en la Armada y vea el mundo, a través de un portalón!

Welton la miraba, con la boca abierta.—¿Qué ocurrencia es esa?

—Deseo ver esa revista.

—¿De verdad? Si hubiera una prisión en este barco te encerraría hasta que se hubiera terminado. Sabes demasiado bien que es un delito el meterse de polizón. Debía darte de nalgadas.—La miró malhumorado.

—No te preocupes,—dijo ella.—Papá nunca lo sabrá. Todo el mundo en la base estaba durmiendo cuando me deslicé a bordo. De todos modos—le guiñó los ojos—de todos modos, me pareció que te alegrarías de tenerme como pasajero, y me parece recordar que hace un año, después de un baile, antes de que me comprometiera, cuando estábamos en el puente de mando del "Florida" no temías tanto lo que pudiera pensar mi padre.

Welton dijo apresuradamente:

—Aquello era diferente.

—Muy fino por tu parte el pen-

(Continuación de la Pág. 13)

sarlo así. Mejor es que me vuelva a esconder antes de que te comprometas.—Comenzó a ocultarse otra vez detrás de las banderas.—No sé por qué, no creía que tuvieras tan incrustado el sentido del deber; ¡eres tan malo como Dick Cushing!

Welton echó las banderas hacia atrás, tomó sus manos.

—Escucha,—dijo fieramente,—¿viniste porque deseabas ver esa revista, o porque estás sólo tratando de usarme para mostrarle a Dick Cushing que no te importa?

Sus ojos evitaron los de él. Miró durante unos segundos hacia afuera por el portalón pequeño.

—Tonto,—contestó por fin.—¿No comprendes que Dick vale para mí menos que un barco grasiento? Y sabes que anoche le devolví su sortija.

El silbato de un vapor se dejó oír. Welton miró por el portalón pequeño delantero, observó un momento cómo un barco de carga pasaba a una distancia de varios cientos de yardas, luego se volvió otra vez hacia Betty.

—Oye, olvidé completamente que estamos en marcha. Tendrás que mantenerte apartada hasta que volvamos, y temo que vas a echar a perder esas ropas.

Le sonrió cautivadoramente. —No te ocupes de las ropas, Bob.—Añadió lentamente:—¿Pero no ibas abajo? ¡El deber primero, ya lo sabes!

Welton volvió hacia la tierra, hizo una señal afirmativa con la cabeza, la ayudó hacia la escotilla inferior y a pasar a través de ella.

### III

Un marinero pasó sus hombros a través de las cortinas del comedor, y le entregó al teniente Welton un mensaje de radio. Añadió:—El oficial en cubierta informa que la flotilla se está desplegando ahora en línea de combate, señor, y que los destructores están a la vista.

—Supongo que tendré que abreviar esto,—dijo Welton.—Tomó el resto de su café, miró el mensaje.

—Escuchen: "División Submarina Nueve; ataque sumergido sobre la línea exploradora de los destructores".—Colocó el mensaje en su bolsillo, pasó deslizándose de lado por la mesa, esperó un momento mientras Betty pasaba. Graham mientras tanto se había apartado y marchado hacia proa.

—Estarás mejor en la torre de combate, Betty,—dijo Welton cuando se dirigían hacia proa.—Pasa primero.—Betty subió la escalera vertical, el jefe comenzó a seguirla.

El subteniente Byrne miró hacia abajo por la escotilla del puente. Gritó:—¡Ejecuten! ¡Es la señal del barco almirante, señor!

Welton volvió otra vez hacia la cubierta del salón de los controles, oprimió un botón cerca de la bitácora. Dentro del barco, las bo-

cinas rugieron, cortando roncamente el ruido de los Diesels. Los hombres corrieron a sus puestos en los timones de sumersión, a las válvulas Kingston. Por un instante hubo confusión, mientras la tripulación se extendía a través del barco, ocupando el cuarto de torpedos y las estaciones de control. Sobre cubierta, el hombre encargado de las señales pasó a través de la escotilla, seguido por Byrne, que cerró la cubierta de la escotilla superior cuando se deslizo en la torre de combate, y luego se dirigió a popa a sus motores.

Welton oprimió otra vez el botón de alarma, las bocinas rugieron una vez más. En el lugar de inundación, McCarthy tiró de sus palancas Kingston, y el mar comenzó a entrar ruidosamente en los tanques de lastre. El palpitante de las máquinas Diesel cesó; un silencio extraño llenó el barco, roto solamente por el silbido ronco del aire de los tanques de lastre expulsado por el agua al entrar rápidamente.

Un poco ansiosamente, Welton se dirigió hacia el periscopio de popa, miró apresuradamente a la cara enorme del indicador de profundidad colocado sobre las ruedas de sumersión. Habían descendido treinta pies y continuaban bajando. En sucesión rápida se escuchaban los informes por todo el salón: "¡La torre de combate al mismo nivel del agua, señor!" "¡Aseguradas las válvulas de ventilación exterior, señor!" "¡El cuarto de máquinas informa que los embragues de los Diesels se encuentran sueltos, señor!"

Welton se volvió hacia babor. En el cuadro de los controles el electricista estaba inclinado sobre los controles, esperando.

—¡Un tercio adelante, ambos motores!—gritó Welton; luego:—¡Cinco grados hacia abajo, planos de proa!

Hacia proa, las ruedas de sumersión giraron, la proa descendió rápidamente.

—¡Nivelen a cuarenta pies!—ordenó Welton, y luego así que el barco se niveló:—¡Velocidad mediana, ambos motores!

El S-54 marchó hacia adelante, bien equilibrado. El silencio dominaba dentro del barco; no se escuchaba el ruido ensordecedor de los Diesels, el golpear de las olas contra el casco. Suavemente el submarino navegaba a través de las profundidades; solamente el murmullo apagado de los motores principales y el zumbido de los ventiladores rompía la tranquilidad absoluta.

El teniente Graham pasó a través de la puerta delantera hacia el cuarto de los controles y saludó a Welton.

—Todo seguro a proa, señor. Torpedos listos.

Welton inclinó la cabeza afirmativamente. Graham se volvió para regresar a proa. Luego se detuvo pensativo.

—¿Está miss Porter en la torre de combate?—preguntó.

—Sí, Pete,—respondió Welton.

—Oye, si tienes tiempo, puedes girar el periscopio para ella y explicarle unas cuantas cosas mientras nos aproximamos. ¿Te importa?

—Claramente que no, encantado de hacerlo.

Graham subió hacia la torre de combate.

Alrededor del cuarto de controles lleno de gente, los marineros se inclinaban silenciosamente sobre sus instrumentos, los ojos pegados a los amperímetros, sobre los indicadores, las manos aga-

# MALTA HATUEY Fosfatada

elaborada por

# BACARDÍ





## ACCEPTANCE BOND

Si se toman su precio y fina apariencia en consideración, el ACCEPTANCE BOND es el primero que se escoge para membretes que lleven un mensaje de "Moda". Contiene trapo y en todo vale más que el papel de sulfito.

**Todos los impresores, litógrafos y papeleros lo venden**

riendo válvulas, controles eléctricos, palancas. Dondequiera,—por sobre la cabeza, contra el costillaje, bajo los pies—había infinidad de tuberías, conductos, válvulas, canales chuchos. Una masa intrincada de maquinaria apiñada en un espacio insuficiente, cada parte necesaria para la operación segura del barco, pero todas tan apretadas que hacían su operación casi un milagro.

En la torre de combate, Betty Porter sosteniendo las agarraderas del periscopio, observaba las imágenes diminutas de los barcos cercanos. Dijo por fin:

—Aquellos destróyers están ahora aumentando rápidamente de tamaño.

—Permitame mirar.—El teniente Graham ocupó su lugar, miró un momento, luego se apartó.

—Perdóneme, miss Porter. Mejor es que esté listo con mis torpedos.

Bajó rápidamente a través del cuarto de los controles, se deslizó más allá de las camas en el cuarto de las baterías hacia el compartimiento de los torpedos.

Llegó a tiempo. Una campana sonó, se inclinó sobre el tubo de la voz, escuchó la voz de Welton:

—El segundo destróyer es nuestro blanco, Pete. ¡Carga el tubo superior de babor, arregla tu giro para un disparo en ángulo, 30° sobre la proa de babor, distancia quinientas yardas.

Un breve instante de acción, el sonido y golpear de la puerta de bronce cuando el tubo del torpedo se abría, los ajustes hechos en el torpedo, la puerta cerrada otra vez ruidosamente. Graham se inclinó sobre el tubo acústico. Informó:

—¡Listo el tubo superior de babor, señor!

En el medio del buque, el teniente Welton, con el ojo pegado al periscopio, observaba la columna de destróyers moviéndose lentamente a través de las líneas dibujadas en sus lentes. La proa espumeante de su blanco estaba acercándose a los alambres cruzados. Welton agarró el botón de hacer fuego, comprimió su ojo contra la pieza de goma para mirar. La proa del segundo destróyer tocó los hilos cruzados.

—¡Fuego!

Una línea de burbujas se alargó delante del submarino, desapareció en dirección al destróyer. Sin quitar su ojo del periscopio Welton llamó al contramaestre:

—¡Timón todo hacia la derecha! Pasaremos por debajo de su lado de babor.

—Timón todo hacia la derecha, señor,—repitió el contramaestre.

Comenzó a darle la vuelta a la rueda del timón.

Welton, mirando todavía a través del periscopio el efecto de su disparo, esperó un momento, luego separó violentamente su cabeza del periscopio, y repitió agudamente:

—¡Todo a la derecha, he dicho! ¡Estamos todavía en dirección hacia ese destróyer!

El contramaestre tiró fuertemente de la rueda del timón, volvió una cara asombrada hacia su jefe:

—¡Las ruedas están trabadas, capitán; no da la vuelta!

Welton se separó del periscopio, agarró las cabillas de la rueda del timón, tiró ayudado por el contramaestre. La rueda del timón no se movió.

Todavía tirando locamente de las cabillas de la rueda del timón, Welton gritó en el oído del contramaestre:

—¡Corra hacia popa pronto! ¡Cambie al timón de mano!

El contramaestre soltó, corrió por el pasillo estrecho hacia la proa. Welton se afirmó sobre el piso, lanzó todo su peso contra las cabillas de la rueda del timón. Inútil, éste rehusó moverse lo más mínimo. Lo dejó, corrió hacia el periscopio y miró.

—¡Sumersión a toda velocidad! ¡Viene en dirección nuestra!

En el lado de estribor del cuarto de los controles, las ruedas de sumersión giraron locamente, la proa bajó, el S-54 comenzó hacia un plano más profundo. Pasó un momento sin respiración, luego... ¡Crach!

Entre un ruido ensordecedor el S-54 tembló como golpeado por un martillo gigante, se inclinó como borracho hacia estribor. Un parpadeo, las luces se apagaron. Oscuridad, el sonido del acero rompiéndose, la nota aguda de las hélices batiendo, luego el silencio, excepto por el ruido del agua entrando.

Un grito agonizante cortó a través de la oscuridad:—¡El cuarto de las baterías destrizado! ¡Nos estamos hundiendo!

El teniente Welton, sosteniendo todavía las agarraderas del periscopio, sintió el agua elevándose alrededor de sus pies. No había tiempo que perder.

—¡Cierren esa puerta de proa—gritó.—¡Elevarse a toda velocidad! ¡Vacíen todos los tanques de lastre!—Soltó el periscopio, saltó a ciegas hacia la puerta de proa. El agua estaba ya a la altura de su cintura. Se movió chapoteando a través de la inundación, chocó con algunos hombres en el pasillo. No había lugar para más de uno; estaban estorbándose mutuamente el paso.

—¡Vaya a popa!—gritó.—¡Cerraré esta puerta!

Un chapoteo, los hombres se apartaron; sintió sus figuras pasar por su lado en el agua que corría. Otro paso, agarró la puertercita de acero, la empujó hacia adelante. Se movió un poco, chocó con el torrente que pasaba a través de ella, se detuvo. Empujo salvajemente, los hombros contra el armazón, los brazos y rodillas esforzándose contra la puerta, tratando de cerrarla. Inútil. Contra el torrente rugiendo a través de ella mientras el S-54 se hundía más, la puerta permaneció un instante casi cerrada, luego se abrió completamente y golpeó a Welton que cayó en la marea que subía. Salió disparado a través de la oscuridad, arrastrado, impotente en aquel remolino.

El agua estaba sobre su cabeza. Golpeó un periscopio, lo agarró, se detuvo. El cuarto de los controles estaba casi inundado. No había escape. El agua giraba sobre su cabeza, soltó el periscopio, se arrastró en busca de algo más alto para evitar el ahogarse. Un brillo débil se mostró en la oscuridad completa sobre su cabeza, ¡la escotilla inferior de la torre de combate! Welton nadó desesperadamente en contra de la corriente hacia ella.



**Nunca será completa su "toilette"...**

**sin esta precaución**

ODORONO evita en su ropa esas desastrosas manchas del sudor—y previene el olor de la transpiración.

Aunque usted sude poco, y no note su efecto, otros lo percibirán. Sus amistades se lo dirían si no le molestara.

Odorono le libra de inconvenientes; y protege su ropa.

Hay dos clases—ambas con aplicador higiénico.

Odorono "Regular"—Usándolo dos veces por semana, es efectivo de 3 a 7 días.



Odorono "Instant"—Para uso diario, según se necesite.



Siga siempre las indicaciones en el frasquito.

**ODO·RO·NO**

*Protege la ropa*

Distribuidor: Ignacio Sánchez Leal Apartado 2211. Habana.

IV

En la oscuridad, el resplandor azul del reflector cortaba a través de la noche, iluminaba un punto sobre las olas donde una mancha de aceite y aire burbujeaba a través de la superficie del mar. "El Eaglet" permanecía cerca, había sido despachado al lugar de la tragedia tan pronto como se conoció la noticia del hundimiento; más lejos se hallaban las luces del "Vermont", y unos cuantos remolcadores; más cerca estaban dos submarinos, sus cascos bajos vagamente discernibles en la luz procedente del rayo luminoso del reflector; un lanzón moviase de un lado a otro en el espacio iluminado, un cable para arrastrar estirado hasta no más sobre su borda. De un lado a otro iba el barco, un reflector siguiéndolo, el otro jugueteando sin cesar sobre las burbujas.

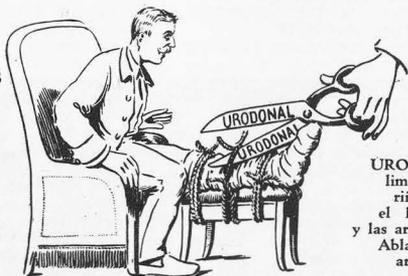
En el puente de proa del "Eaglet", un grupo pequeño de oficiales estaba reunido alrededor de una carta de navegación. Exactamente delante de ellos, en la borda, un contramaestre con un alambre de plomo deslizándose rápidamente entre sus dedos miraba al agua negra. El alamb...

(Continúa en la Pág. 59).

# URODONAL

**lucha contra la gota**

**Reumas  
Gota  
Neuralgias  
Mal de  
piedra  
Artero-  
Esclerosis**



URODONAL  
limpia los  
riñones,  
el hígado  
y las articulaciones  
Ablanda las  
arterias

Est. Chatelain, 20 GRANDES PREMIOS, 2, rue de Valenciennes, París, y todas Boticas.

antiguo canalón, tan estrecho que apenas habría permitido el paso de un niño. En el patio de la propiedad habían visto la gigantesca silueta de su sombrero y se habían descubierto las huellas de sus enormes zuecos. ¡Y todo aquello se había introducido por el antiguo canalón!

Así corría por la región la leyenda del hombre del gran sombrero, como si se tratara de alguna fiera terrible y capaz de todos los desmanes. Para las comadres no existía la menor duda de que había sido él el matador del señor Guercin. La suposición, por lo demás, no carecía de verosimilitud.

Al enterarse Béchoux, recordó que la noche en que Catalina había sido atacada, el agresor, perseguido en medio de las tinieblas del parque, le había dejado la visión de un hombre cubierto con un gran sombrero,—visión fugitiva, pero que ahora hallaba registrada en su memoria.

De ese modo giraban todas las conjeturas alrededor del misterioso individuo cubierto y calzado de tan extraño modo, y que al entrar, salir y operar a voluntad y a intervalos irregulares, parecía, realmente, el genio maléfico de la región.

Una tarde, Raúl, a quien su instinto encaminaba frecuentemente hacia la cabaña de la tía Vauchel, llamó a las dos hermanas. Examinando un montón de maderas apoyadas contra el tronco de un árbol, había descubierto una antigua puerta carcomida, sobre la cual una mano inhábil había trazado con yeso un mal dibujo.

—He aquí a nuestro hombre,—dijo.—Ciertamente, son las líneas de su sombrero... del enorme sombrero que le atribuyen.

—Es impresionante,—dijo Catalina.—¿Quién puede haber dibujado eso?

—El hijo de la tía Vauchel, que solía distraerse haciendo dibujos con yeso sobre tablas o pedazos de cartón. Vean cómo todo con-

# El Misterio...

(Continuación de la Pág. 55)

cuerta. La cabaña de la tía Vauchel era el centro de las maquinaciones, y quizá en ella se encontraron nuestro hombre y el señor Guercin. Fué aquí donde uno o dos leñadores trashumantes fueron contratados por el hijo de la tía Vauchel para trasplantar los sauces. La anciana medio loca asistía a los conciliábulos; adivinaba lo que no comprendía, interpretaba, imaginaba, revolvía todo aquello en su pobre cerebro, y fué eso lo que más tarde dijo delante de usted, Catalina, en frases incoherentes en que había amenazas y que tanto espanto le causaron.

Al día siguiente, Raúl descubrió nuevos dibujos, entre ellos el esquema de los tres sauces, de las rocas, del palomar, otras dos siluetas del sombrero y un entrecruzamiento de líneas en que se discernía la forma de un revólver. Por su parte, Catalina recordó que el hijo de la tía Vauchel, que era muy diestro, acompañaba a su madre a la mansión y, bajo la dirección del señor Montessieux llevaba a cabo diversos trabajos de carpintería o cerrajería.

—Ahora bien,—concluyó Raúl—de las cinco personas que acabamos de citar, cuatro han muerto: el señor Montessieux, el señor Guercin, la tía Vauchel y su hijo. Sólo queda el hombre del gran sombrero, y únicamente su captura puede resolver la situación.

En realidad, aquella tenebrosa figura dominaba todo el drama. A cada instante parecía que iba a surgir de entre los árboles, de debajo de la tierra o del lecho mismo del río.

Catalina y Bertranda hallábanse nerviosas, y una y otra buscaban en Raúl refugio contra el peligro. Había, a veces, entre ambas, un desacuerdo que él adivinaba más que veía: silencios embarazosos, súbitos raptos de ternura y momentos de espanto que él apaciguaba con palabras y ademanes de afecto; pero que solían repetirse sin motivo aparente. ¿De qué provenía semejante desequilibrio?

¿Bastaba el miedo al fantasma para explicarlos? ¿Sufrían ellas alguna influencia que él desconocía? ¿Luchaban contra fuerzas ocultas? ¿Conocían secretos que se negaban a revelar?

La fecha de la partida se acercaba. Transcurrían los hermosos días del fin de agosto, y después de la comida solían instalarse en la terraza, desde la cual distinguían a Béchoux a cierta distancia, fumando, en compañía de Carlota, la cocinera, mientras el señor Arnold retiraba el servicio. Hacia las once de la noche, iban a dormir. Raúl llevaba a cabo una ronda disimulada por el jardín, y tomando la barca, remontaba el curso del río y permanecía cierto tiempo en acecho, en la sombra.

Una noche, el tiempo era tan magnífico, que las dos hermanas quisieron acompañarle. La barca subió por el río, impulsada por pequeños golpes de remo, y un cielo colmado de estrellas vertía sobre ellos una luz imprecisa que la luna naciente, elevándose sobre el horizonte, iba haciendo cada vez más nítida.

Todos guardaban silencio. En el desfiladero no se podía hacer uso de los remos y casi quedaron inmóviles. Luego sobrevino una especie de remolino de la marea; que les hizo bogar suavemente, yendo de una orilla a la otra. Raúl puso sus manos sobre las de las jóvenes y cuchicheó: —¿Oigan!

Ellas no advirtieron nada, pero

experimentaron cierta opresión, como si presintieran la proximidad de un peligro disimulado en el acariciante soplo de la brisa y la tranquilidad de la naturaleza. Raúl hizo más apremiante su apretón: él debía oír lo que ellas no percibían y saber que hay silencios cargados de amenazas. De hallarse emboscado, el enemigo les veía, disimulado en las pendientes de las rocas que, a cada lado, ofrecían tantos escondites invisibles.

—Vámonos,—dijo él, apoyando uno de los remos en el falud de la orilla.

Pero era demasiado tarde. Algo se desprendió de lo alto, de la cresta del acantilado—algo que descendió con estruendo y que, en menos de tres o cuatro segundos se hundió en el río. Si Raúl no hubiera tenido el remo en la mano y no hubiera impulsado la barca, un gran trozo de roca les habría aplastado.

D'Avenac saltó sobre la orilla. Con sus ojos de aguja, había advertido, entre las rocas y los pinos de la cresta del acantilado, la silueta de un sombrero enorme. La cabeza que lo llevaba no se había dejado ver más que un segundo y en seguida había desaparecido: el hombre se creía seguro en su escondite.

Entonces, con una rapidez inverosímil, d'Avenac escaló la pared casi vertical, apoyándose en las hendiduras y agarrándose de las plantas y de las asperezas. El enemigo no debió oírle más que cuando casi lo tenía encima, porque, habiéndose erguido a medias, volvió a agacharse, no ofreciendo a los ojos de Raúl más que el suelo ondulado, cubierto por la sombra de los árboles.

D'Avenac se orientó un momento, vaciló, e inmediatamente, dando un salto formidable, cayó sobre una masa negra e inmóvil, que más bien parecía un montón de tierra. ¡Era EL: lo había cogido!

Lo sujetó por la cintura y le gritó:

—¡Perdiste, viejo! ¡Trabajo te doy para que te libres de mis garras! Ahora vamos a divertirnos.

El hombre pareció deslizarse por alguna ranura del suelo y se arrastró durante algunos metros, siempre sólidamente sujeto por la cintura por Raúl, que seguía insultándole y burlándose de él. Pero, no obstante esto, d'Avenac tenía la sensación de que su presa, entre la sombra en que se ocultaba, se le fundía, por decirlo así, entre las manos. A causa de dos gruesas piedras por entre las cuales se hundía. Raúl tuvo que sujetarla con menos fuerza. Si: ciertamente, ¡se hundía en la tierra! Se hubiera dicho que ésta se la tragaba, y que a cada segundo se hacía más pequeña, más inasible. Fuera de sí, d'Avenac gruñía y juraba. Pero el hombre se alargaba, adelgazaba, se deslizaba de entre sus dedos crispados, y llegó al cabo un momento en que Raúl se encontró con que no sujetaba nada. El hombre se había esfumado. ¿Por qué milagro? ¿En qué impenetrable refugio se había metido? Escuchó ansiosamente: ni un solo ruido, salvo las voces con que le llamaban las dos mujeres, que le esperaban en la barca, temblando de miedo.

Fué a juntarse con ellas. —Nadie,—dijo, sin querer confesar su derrota.

—¿Pero vio usted a alguien? —¿Cree ver algo; pero ¿quién puede afirmar nada bajo esos árboles y entre todas estas sombras?...

Las condujo rápidamente a la mansión, y en seguida corrió al jardín. Hallábase furioso, furioso contra el hombre y contra él mismo. Inspeccionó los muros de la propiedad, examinando ciertas salidas por donde sabía que se podía escapar. De pronto, apresuró el paso en dirección de las ruinas del invernadero: entre la sombra había advertido una... dos siluetas.

Se lanzó sobre ellas. Una empujó el hombre y contra él mismo. Raül agarró a la otra y los dos rodaron por el suelo, confundidos en una lucha desesperada. D'Avenac gritaba:

—¡Esta vez sí que te tengo!

Una voz se lamentó débilmente: —¿Qué rayos te pasa? ¿Vas a dejarme en paz?

Era la voz de Béchoux. D'Avenac estalló:

—¡Maldita sea!... ¿No podías estar durmiendo a esta hora? ¿Con quién estabas, triple imbécil?...

Pero, a su vez, Béchoux se sintió invadido por la rabia y, agarrando a Raúl y sacudiéndolo con una fuerza irresistible, tartajó:

—¡El imbécil eres tú! ¿Quién te mete en esto? ¿Por qué nos molestas?

—¿Cómo nos? —¡Ella, pardiés! Iba a besarla. Había perdido la cabeza, iba a besarla, ¡y he aquí que vienes a interrumpir! ¡Eres un idiota!

Entonces, a pesar de su furor, d'Avenac, evocando el fin de la escena de seducción que había interrumpido, rompió a reír a carcajadas:

—¡La cocinera!... ¡Béchoux iba a besar a la cocinera! ¡Esto sí que es gracioso!...

(Continuará en el próximo número).

## PARA COMBATIR PERMANENTEMENTE EL ESTREÑIMIENTO

He aquí un laxativo que usted puede tomar toda la vida—todas las noches si necesario—sin temor de malos resultados. La fórmula es del médico inglés Benjamin Brandreth. Seis ingredientes vegetales provenientes de seis diferentes países, contribuyen a la perfección de este remedio.

Las píldoras de Brandreth están hechas para aquellos que desean continuar sus ocupaciones normalmente —y bien—sin arriesgar malos efectos;—no para quienes buscan una acción rápida y violenta. Como las píldoras de Brandreth obran solamente sobre el intestino grueso, no interrumpen ni descomponen la digestión. Su acción es lenta y no irrita; pero es completa. Recuerde que son píldoras puramente vegetales: tan naturales como muchos alimentos.

Tan favorablemente han sido acogidas las píldoras de Brandreth, que hoy son las preferidas en 70 países. Millones las usan a entera satisfacción.

Librese de la esclavitud de cárticos y purgantes. Ponga las Píldoras de Brandreth a la prueba por dos semanas y vea los resultados.

Las Píldoras de Brandreth pueden obtenerse en casi todas las farmacias del mundo. No acepte sustitutos. Insista en Brandreth.



CREMA BALSÁMICA MENNEN

~ Para el Cutis ~



Diferente—y mas satisfactoria—que las demás cremas para el cutis, porque es medicamentada.

Favorece la belleza pero también la salud del cutis.

En días de 

DEFIENDA A LA SU **CREMA HINDS**

por ser de miel y almendras es lo más indicado porque protege y además, blanquea y embellece.



# S-54

(Continuación de la Pág. 57)

pre de sondeo se detuvo, se aflojó en sus manos. Lo movió un momento hacia arriba y abajo, miró a la marca más cercana al borde del agua, comenzó a recoger el alambre. Dijo:

—¡Veinte y cinco brazas aquí, capitán!

El teniente Holmes, capitán del "Eaglet", miró al mapa y movió su cabeza desesperadamente.

—Ciento cincuenta pies,—murmuró.—Estamos exactamente en el borde. Si está un poco al norte de nosotros, está en The Race y tiene más de trescientos pies de profundidad. ¡Entonces que, Dios lo ayude!

El almirante Porter, sus rasgos estrados y cansados, apartó la vista del mapa, observó un momento ansiosamente el lanchón. Luego dijo con una voz ronca:

—Estamos perdiendo tiempo rastreando, Holmes. Mande a sus buzos a buscarlo.

Antes de que Holmes pudiera contestar, el teniente Cushing, que estaba sosteniendo el mapa, interrumpió diciendo:

—Inútil, almirante, tendremos primero que enganchar al submarino. Ningún buzo podría ver allá abajo a más de dos pies, aun con una luz. Nunca encontrará el barco a menos que lo bajemos sobre él.

El almirante Porter no le hizo caso, y se dirigió bruscamente al jefe del "Eaglet":

—No importa eso, Holmes, tendremos que hacer una jugada desesperada y mantenernos buscando hasta que lo encuentren. ¿Cuántos buzos tiene?

—Solamente uno, señor,—contestó Holmes brevemente.

—¡Solo un buzo en un barco de salvamento!—Porter le miró, como herido por un rayo.

—¡Sí, y tenemos suerte en contar con él!—interrumpió Cushing con vehemencia.—¡Barco de salvamento! ¡Valiente barco de salvamento ha sido el "Eaglet" en estos dos últimos años! ¿Cuántas veces ha tenido oportunidad para practicar buceo o maniobras de pontones desde que ele-

vó al último submarino? ¡Ni una sola! Todo ha sido arrastrar blancos, llevar gente a pasear. ¿Previsión, eh? Y por fin aquí está en su trabajo verdadero con solo un buzo. ¡No va a bajar hasta que enganchemos ese buque y tenga oportunidad de hacer algún bien!

El almirante Porter miró fieramente a Cushing, luego sin decir una sola palabra giró sobre sus talones y se dirigió hacia adelante en el pasillo obscuro.

—Eso te valdría un consejo de guerra,—dijo Holmes, asombrado.—¿No sabes que fué el viejo mismo quien me decía que no cada vez que trataba de practicar maniobras de salvamento?

—Sí, lo sé,—dijo Cushing con dureza,—pero me tiene ya por insubordinación a causa del S-54 y un poco más no hará daño. Ya ha hecho suficiente. ¡No dejaré que desbarate la oportunidad pequeña que tenemos de ayudar a los que están ahí abajo!—Dejó de respirar así que miraba sobre la borda a las burbujas espumando en la luz del reflector.—Bob Welton era mi compañero de cuarto,—terminó simplemente.

Holmes hizo una señal de comprensión.—Estamos con las manos amarradas hasta que hagamos un contacto, y quizás entonces, hasta que tengamos más buzos. Pero de todas maneras, debo tener una media docena por la mañana, Dick. Tres de nuestro grupo antiguo están en camino procedentes de Newport. ¿Sabes algo de New York?—preguntó, volviéndose hacia Morrison.

—Dicen que tienen a las estaciones de radio transmitiendo en busca de los miembros de su tripulación antigua,—replicó el asistente.—Si encuentran algunos, tengo un mensaje del comandante en New York diciendo que los enviará hacia aquí en aeroplano.

—Eso ayudará,—dijo Cushing.—Seguro, seis deben ser suficientes,—declaró Morrison enfáticamente.

—¿Qué sabes acerca de eso?—preguntó Holmes con desdén.—¡Suficientes seis! No serían bastantes treinta! Una hora es el límite en esa profundidad, y lo más probable es que después de unos cuantos descensos, las dobladuras comiencen a inutilizarlos.

—¿Las qué?—preguntó Morrison.

—Las dobladuras — respondió Holmes brevemente.—Es el resultado de la presión.

—¿Y eso qué tiene que ver con ello?

Holmes le miró con disgusto, luego decidió explicarle. Morrison probablemente le daría la información al almirante y ello podría evitar más órdenes tontas.

—Mucho,—dijo conciso.—Hay una presión terrible allá abajo a causa del peso del agua. Para equilibrarla y para evitar el ser aplastado, un buzo tiene que respirar aire a la misma presión. El aire a alta presión se filtra a través de sus pulmones en su sangre, y mientras más tiempo permanece abajo, mayor es la cantidad de aire comprimido que se filtra. Bien, cuando comienza el ascenso y disminuye el peso

del mar, todo el aire que se ha filtrado comienza a desprenderse en burbujas, del mismo modo que el gas en el champaña espumea cuando salta el corcho. Y entonces es víctima de las dobladuras. Las burbujas de aire obstruccionan sus venas, lo amarran en un nudo con convulsiones, y en un caso malo lo mataría rápidamente.

—¡El diablo!—exclamó Morrison involuntariamente.—¿Qué se les puede hacer cuando están así?

—Subirlos lentamente desde el fondo, poco a poco, para dejar que el aire se escape gradualmente. Si eso no lo evita, todo lo que podemos hacer, cuando por fin llegan a la superficie, es colocarlos en ese tanque allá en el pasillo, y comprimir aire para hacer presión en las burbujas y dejar circular la sangre. Eso lo arreglará, si el caso no es muy malo.

—Es un esfuerzo tremendo para someter a un hombre,—objetó Morrison.

Holmes encogió sus hombros.—Es eso o nada si vamos a socorrer al S-54.

Mientras tanto el almirante Porter estaba sentado en el pequeño cuarto de vestir del "Eaglet". Un toque en la puerta, el operador de radio entró y puso un mensaje en la mesa delante de él. Miró, mientras una mano fría le apretaba el corazón así que leía:

"Comandante base submarina

"A comandante fuerza control

"Auto miss Porter dejado muelle todo día. Centinela marino informó ella entró base antes salida esta mañana cinco cuatro. Imposible encontrarla en base o en New Londr. Todavía tratando localizarla, pero creo zarpó con submarino. Más profunda simpatía".

El mensaje se cayó temblando de Porter, la cabeza del almirante Porter cayó sobre la mesa con un golpe violento.

V

El teniente Holmes miraba tristemente al lanchón moviéndose con dificultad en el mar picado para dar una vuelta, y dirigirse una vez más hacia la superficie aceitosa. El timonel, inclinándose afuera, tenía la caña del timón bien apretada; el sonido del motor—esforzado llegaba a ellos a través de la noche. Una nube de agua pulverizada barrió el bote, las capas de la tripulación brillaban en el lápiz de luz dirigido hacia ellos desde el mástil del "Eaglet".

—¡Si pudiéramos enganchar ese submarino!—murmuró el teniente Cushing.—Con un par de pontones podríamos elevar la proa.

—Sí, podríamos,—repitió Holmes tristemente,—si tuviéramos los pontones y los buzos para hacer un túnel y colocar las cadenas para elevarlo. Pero aun con suerte y esos buzos que acaban de llegar, el trabajo nos llevará dos días si está muy enterrado. Si por ese entonces ya no están todos ahogados, no podrán vivir tanto tiempo sin aire.

—¡Ah del "Eaglet!"

Holmes giró sobre sus talones,

## ¡YA EMPEZÓ LA CAMPAÑA DE LAS PATILLAS!



## Patillitas —

**LOS FUTUROS PORCIELOS DE LA JUVENTUD**  
No se deje engañar. Cuando usted viene a ver, esas patillitas lúsbivas le dominarán. Las patillitas no son más que las patillitas abandonadas.

Aunque parezcan suaves e inofensivas—no tenga piedad de ellas. Dominan desde el principio con LATHERKREEM. Para una afeitada sin frozación ni brocha, no hay como el LATHERKREEM para hacer de esa operación una cosa suave, rapidísima y agradable desde la tierna juventud hasta la edad en que el brazo apenas tenga fuerza para levantar la navaja. La película protectora libera la piel de mellas y cicatrices. No pierda tiempo; ahora mismo puede usted condenar sus patillitas a la aniquilación perpetua, por medio del LATHERKREEM.

**2 1/2 MINUTOS PARA AFEITARSE**

Tubo Grande 40¢ Bote de 6 oz. 60¢ Bote de 14 oz. 1.15

60 afeitadas 100 afeitadas 200 afeitadas

NOTA.—Estos precios sólo rigen en la Habana

## LATHERKREEM

IMITADO PERO JAMÁS IGUALADO

LIBRADO LAKE, Agente General, Obispo, 16 bajos, Habana

miró a babor donde el timonel estaba haciendo señales excitado. El lanchón se había detenido, su hélice todavía batiendo inútilmente contra la soga para arrastrar tirante sobre su borda.

—¡Lo han enganchado!—gritó Cushing.

Holmes unió las palmas de sus manos. Gritó al timonel:

—¡Coloque una boya marcadora, pronto, en caso de que ese anclote se zafe!—Luego volviéndose hacia el puente, gritó:—¡Ah del puente! ¡Hagan señales al "Piuete" y al "Comanche"! ¡Anclen a babor y estribor del "Eaglet" y manden a bordo para balancear al "Eaglet" para bucear!

Siguió media hora febril. Entre el rugir de los silbatos, los dos remolcadores se movieron hacia las posiciones designadas, dejaron caer sus anclas. Arrastrando sogas enorme detrás de ellos, dos botes motores luchaban a través del agua desde los remolcadores anclados hasta la proa del "Eaglet", pasando los cables pesados a través de su borda. Se escucharon los ecos de voces roncas a través de las olas, los cabrestantes subían y bajaban, el "Eaglet" cambió de rumbo, y a los treinta minutos estaba sobre el lugar de la catástrofe, sostenida en una boya triangular, con la soga del lanchón moviéndose arriba y abajo en su borda de estribor y un corcho amarillo flotando muy cerca.

—¡Está bien! ¡Mantengan sus posiciones!

Holmes dejó caer su megáfono, se secó el sudor de su frente, se volvió una vez más hacia sus hombres, y ordenó brevemente:

—¡Traigan el primer buzo a proa!

John Bell, jefe de los torpedos, el primero en hacer el descenso, sintió cómo su traje se encogía contra su cuerpo así que el agua lo rodeaba y se deslizaba hacia abajo. La soga de descender corría entre sus manos; tragó rá-



## BROMO-SELTZER

Alivio rápido y seguro para Dolores de cabeza y Neuralgias. Una sola cucharadita basta generalmente para quitar el dolor. No deprime, no afecta al Corazón ni a los Riñones. En uso desde 1889

Emerson Drug Company Baltimore, Md.  
Representante: I. Sánchez Leal. Habana.

*¡Déjelos jugar!*  
Este warandol  
no se desgasta  
rápida-  
mente



Los niños ensucian la ropa más rápidamente que es posible lavarla. Estos lavados repetidos son los que estropean a los géneros corrientes de algodón. Pero el INDIAN HEAD (Cabeza de Indio) no es una tela corriente. Tiene una trama firme y uniforme que presenta el mismo aspecto que la de lino y dura tanto como ésta. Es el género ideal para ropa de niños. Puede usarse también para vestidos de señora, para bordados y para ropa de cama. Cuesta un poquito más que telas de algodón corrientes, pero, dura *muchísimo* más.

Se hace en color blanco, en 6 anchos: 46 cms. a 160 cms. En 31 nuevos preciosos colores (garantizados firmes), sólo se ofrece en el ancho de 91 cms. Si se sirve Ud. escribírnos le enviaremos muestra y un folleto ilustrado. Busque las palabras INDIAN HEAD—se encuentran en la orilla de cada yarda de la tela legítima y representan nuestra garantía de alta calidad.

**Nashua Mfg. Co.**

Incorporada en 1823

40 Worth Street, New York

**INDIAN HEAD**

pidamente para limpiar sus oídos así que la profundidad aumentaba y la respiración se hacía más difícil. El mar se comprimía contra su pecho. Sus pulmones trabajaban en busca de más aire. Mecánicamente le dió una vuelta a la válvula de control, infló su traje un poco más, alivió la presión sobre su pecho. Abajo, abajo, el descenso parecía sin fin. Una bola de luz lo envolvía; fuera de eso, negrura, excepto por un resplandor delgado reflejado debajo de él procedente de la soga que descendía. Un chorro de aire salía de su válvula de escape, humeaba hacia arriba en racimos de burbujas que aumentaban así que se elevaba. Sus timpanos le dolían a medida que la presión los distendía, el rugido del aire silbando a través de su casco lo ensordecía. Mantuvo su cabeza hacia abajo, así que descendía, observando a través de su cristal el brillo de la luz en la soga por la cual se deslizaba.

La soga de arrastre comenzó a curvar lejos de él, el descenso se hizo más difícil. Agarró la soga con más fuerza con sus piernas, disminuyó la velocidad de su descenso, se agarró a la manilla a medida que ésta se doblaba a lo lejos en la obscuridad. Algo arañó su costado. Se detuvo, dirigió su luz a su alrededor. Un tubo de acero, en dirección al cielo. Se dejó caer unas cuantas yardas más, dió pie haciendo ruido. Allí delante de él estaba el gancho de la soga de arrastre agarrado a la barra de la mira del cañón. ¡Estaba sobre el submarino!

VI

El silencio frío de las profundidades del mar dominaba el cuarto de torpedos del S-54, la negrura de la noche envolvía el compartimiento. Envueltos en frazadas, el grupo encargado de los torpedos se hallaba sobre sus camas, sin moverse, invisible, casi sin respirar.

Un chapoteo, produciendo eco en el silencio como una explosión, rompió la tranquilidad; siguió más chapoteo, el ruido de un marinero esforzándose en la obscuridad, maldiciones, y al fin una voz:

—El agua ha subido otro pie; mi cama está al nivel del agua. Déme alguien una mano para subir.

El ruido del chapoteo aumentó. El teniente Graham se inclinó débilmente afuera de su cama, extendió el brazo hacia abajo, midió la altura de la inundación que aumentaba su nivel. Era perceptiblemente más alta que antes. Debían actuar.

—Mac,—murmuró,—bájate y aprieta más fuertemente las tuercas en aquella puerta de arriba. ¡Tenemos que detener esa filtración!

El jefe de máquinas se deslizó de su cama, se hundió cuidadosamente en el agua oscura. Estaba más alta que su cintura. Lentamente tanteó su paso entre los torpedos sumergidos, chocó con el costillaje de proa; inclinándose tanteó hasta que su nariz estaba sobre la superficie, y pudo pasar la mano por la cubierta de acero. Tanteó cuidadosamente por los alrededores, pero no encontró nada. —¿Dónde dejó ese martillo, teniente?—preguntó.

—Enganchado sobre los peldaños de esa escalera debajo de la escotilla,—replicó Graham.

McCarthy caminó a través del agua hacia la escalera, tanteó, encontró el martillo.—Lo tengo,—informó. Otra vez se dirigió hacia proa, caminó a duras penas contra el costillaje para localizar la puerta a prueba de agua y las tuercas de acero que hacían presión desde el lado. Lentamente pasó su mano alrededor del borde de la puerta, palpando en busca de filtraciones. Un chorro invisible de agua, disparado a través de la empaquetadura, golpeó su mano, hincando su palma como una aguja. Respiró con dolor, apartó su mano. Tanteando en busca de los cerrojos, golpeó con el martillo. El sonido de acero contra acero reverberó a través del buque así que martilleaba sobre los cerrojos, hasta que por fin cesó.

—¿Bien apretada ahora?—preguntó Graham ansiosamente.

—Veré,—respondió Mac.—Chapoteó un momento palpando en busca de la puerta otra vez. Luego anunció con voz apagada:

—Inútil. La presión ha aflojado. El costillaje. ¡Está filtrando todavía!

Unos cuantos quejidos en la obscuridad, luego otra vez el silencio, roto solamente por el chapoteo del jefe cuando buscaba su cama.

Un murmullo débil del lado de babor:

—¿Podemos respirar otro poco de oxígeno, Mr. Graham? Casi no puedo respirar.

¿Oxígeno? Graham trató de pensar. Cuanto tiempo hacía que habían respirado un poco no podía decirlo. Siglos, parecía. Sus pulmones respiraban con trabajo, en busca de una bocanada de aire en la atmósfera viciada. Dió una vuelta en su cama con dificultad, se dirigió a su invisible ayudante de las máquinas:

—Me parece que es tiempo, Mac. Abre la válvula de esa botella de oxígeno, dándole otra vuelta. Pero no mucho. No dejes que se escape demasiado.

—Sí, sí.—Mac se volvió, caminó otra vez pesadamente hacia proa, medio caminando, medio nadando.—¿A dónde ha ido esa botella?—preguntó por fin.

—El agua debe haberla cubierto ya,—aconsejó Graham.—Tántea detrás de las colas de esos torpedos de estribor.

Más ruido. Luego Mac anunció:—La tengo.

Un suspiro profundo de alivio se escuchó en las camas sobre la suya. El teniente Graham lo previno otra vez:

—Cuidado, Mac. Solamente un poco ahora.

Una tranquilidad tirante siguió así que los hombres agonizantes esperaban por el silbido del oxígeno que daba la vida.

La voz de McCarthy rompió la tranquilidad:

—Se acabó, muchachos. ¡La botella está vacía!

Unos cuantos quejidos en la obscuridad. Luego el silencio una vez más.

—Bien, no podía durar para siempre,—dijo Graham en voz

baja.—Vuelve a tu cama, Mac. Todo el mundo tranquilo y respiren lentamente para ahorrar lo que quede en el aire.

Una vez más Mac pasó por el agua invisible, encontró su cama, se elevó hasta ella, cayó chorroreando en su colchón, respirando violentamente a causa del esfuerzo ligero. Lenta, dolorosamente, logró cubrirse con su frazada mojada, y permaneció temblando en la obscuridad.

Los minutos pasaban lentamente; la respiración trabajosa

### La Cera Mergolizada Pura Hermosea el Cutis

Esta noche, al acostarse, pasese usted suavemente un poco de Cera Mergolizada por el rostro y el cuello y deje que penetre por los poros. No sólo el cutis aparecerá luego perfectamente limpio; poco a poco irá mejorando hasta la desaparición de muchas imperfecciones tales como excesiva graseza, descoloraciones, espinillas, etc., y la desgastada cutícula exterior, al caer, dejará ver un cutis liso y claro. Emplee a diario la Cera Mergolizada. Le ayudará a conservar la frescura y belleza del cutis. La Cera Mergolizada ayuda a descubrir la belleza oculta. **Saxolite en Polvo refresca y estimula la piel.** Reduce los poros dilatados. Disuélvase 30 gramos de Saxolite en Polvo en ¼ de litro de extracto de hamamelis, y úsese a diario como loción facial. En todas las boticas.

de Mac cada vez más débil; el silencio reinó otra vez en el cuarto de los torpedos.

Una voz forzada dijo:

—¿Quisiera tener luz?

—¿Para qué, Hardy?—preguntó Graham.

—Deseo dejar una nota para el pagador,—dijo Hardy débilmente.—Tenemos un dólar al día por esta sumersión, y ya debemos tener ganados dos dólares.

—¡Oh, paren esas bromas!—dijo un murmullo fiero procedente de proa.

Un intervalo corto, luego Mac rompió el silencio, murmurándose a sí mismo:—Esos muchachos de proa si que tuvieron suerte. Murieron pronto. No tuvieron que permanecer en la obscuridad y pensarlo.—Hizo una pausa para obtener más respiración, luego prosiguió vacilante.—Puedo ver a todos nosotros dispuestos en filas sobre la cubierta del "Vermont", igual que el último grupo. Pienso si tendrán las banderas suficientes para todos nosotros.

—¡Mac, cállate!—murmuró Graham salvajemente.—¡Estás desperdiciando el aire!

—¡Oh! ¿qué importa, teniente?—preguntó Mac.—Ahora una apuesta, ¿nos asfixiamos o nos ahogamos primero? ¿Hay quien quiera apostar?

Ninguna respuesta; el silencio otra vez, y la respiración trabajosa de los hombres agonizantes.

Un golpe apagado resonó a través del S-54; luego el golpear seguido de pasos apagados, suelas de plomo dando sobre el armazón de la cubierta.

—¿Qué es eso!—gritó Mac agudamente.

Graham, sorprendido, cayó de su cama en el agua, salió respirando a duras penas.

—¡Un buzo!—gritó.—¡Hagámosle saber dónde estamos!—Luchó febrilmente hacia la escotilla.

—¿Dónde está ese martillo?—Lo encontró, subió la escalera, golpeó locamente en la cubierta de la escotilla, se detuvo un momen-

**El mejor sistema de matar MOSCAS-- Pulverice FLIT**

MATA Moscas Noquea Pulices Chinches Quercas

to para escuchar. Un golpe resonó en el metal afuera, resonando a través del compartimiento obscuro.

—¡Lo oyó!—gritó Graham.

—¡Estamos salvados!— chilló Hardy roncamente.

—Cálmate, compañero, y permáname tranquilo en tu cama.— Se oyó el eco de la voz ronca de Mac a través del cuarto de los torpedos.—No hay nada en estos buques para enganchar. Observé cómo probaban en el último. Nunca levantan estos buques hasta que toda la tripulación está muerta.

El silencio otra vez. Una vez más el caminar apagado del buzo resonó en el cuarto de los torpedos, se hizo más débil, desapareció.

## VII

—¡Observen esa manguera!— ordenó Cushing agitadamente.— ¡Bell está comenzando en la proa!

El ayudante en la borda recogió el sobrante, pescó sus alambres cuidadosamente.

El receptor del teléfono comprimido fuertemente contra su oído, Cushing escuchaba, al buzo abajo, oía el aire rugiendo a través de su casco, y también sus maldiciones murmuradas así que luchaba sobre las cubiertas destrazadas del S-54.

—Cuidado ahora,— dijo Cushing.—Está caminando otra vez sobre las ruinas.

Pasaron muchos minutos ansiosos, luego Bell se elevó a sí mismo sobre la estructura destrazada del submarino, y pudo hallarse sobre la superficie más segura de la cubierta ileña delante del cañón.

Una voz lejana sonó en el oído de Cushing, la voz apagada de un hombre bajo una elevada presión. Cushing escuchó y anunció:

—Bell está ahora en la torre de combate. Dice que el puente sobre ella está destrazado.—Una pausa mientras escuchaba otra vez. Cushing asombrado, repitió agitadamente:

—¡Algún está vivo en la torre también!

El corazón de Cushing palpitaba acelerado... vida en el cuarto de los torpedos, vida en la torre de combate. ¡Todavía había esperanza!

En el resplandor del reflector, observó el arroyo de burbujas moviéndose lentamente sobre la superficie otros cien pies, detenerse, volver hacia atrás a través del agua. Otra vez la voz lejana del buzo en sus oídos:

—¡Sobre cubierta! ¡Silencio completo en proa! ¡Elévenme!

El cable en la mano del ayudante dió cuatro tirones.

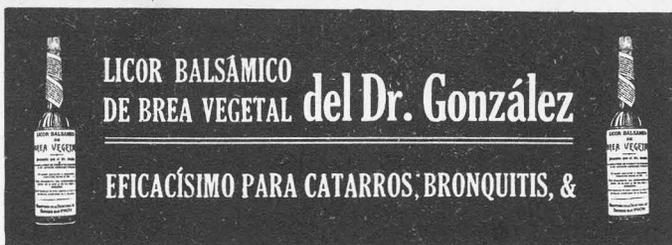
—Cuatro en el cable de Bell,— informó el asistente. Contestó con cuatro tirones violentos, luego se apoyó contra el armazón, comenzó a tirar mano sobre mano de la carga pesada, elevando a Bell.

Holmes miró a Cushing.—Tene-mos que obtener un informe inmediato. Subidlo rápidamente, y lo decomprimiremos en el tanque. ¿Te parece bien?

Cushing movió la cabeza afirmativamente dando su consentimiento:

—Duro para Bell, pero no podemos esperar. Adelante.

—¡Fuera la plataforma!—ordenó Holmes. El montacargas comenzó a funcionar, la plataforma pasó sobre la borda; fué bajada hasta noventa pies, donde Bell, escalando la soga para arrastrar, se subió en ella.



—¡Bell en la plataforma!— anunció el asistente así que sintió aflojarse el cable entre sus manos.

—¡Arriba la plataforma!

El montacargas comenzó a recoger el cable; poco después Bell apareció a través de la superficie chorreando, agarrándose torpemente a las asas de la plataforma mientras ésta pasaba sobre la borda, y descansaba en cubierta.

Los ayudantes corrieron, colocaron un banco debajo de él. Le fueron quitados zapatos, pesos, tirados a un lado; Clark, otro buzo, agarró el casco, le dió vueltas, lo sacó cuidadosamente.

La cara esforzada de Bell los miró; se levantó, se inclinó, echó casi un cubo de agua del cuello de su traje. Dos ayudantes lo agarraron, uno a cada lado, y llevándolo apresuradamente hacia adelante al tubo de compresión, entraron con él. La puerta redonda de acero se cerró detrás de ellos. Holmes abrió una válvula, el aire comprimido silbó dentro del cilindro de acero. Subió la presión, la aguja señaló a sesenta libras.

—Suficiente.— murmuró Cushing.

Holmes cerró la válvula, pasó

a través de la puerta en la cámara de recompresión para hablar con Bell.

## VIII

Una nota musical aguda, alta, vibró desde el "Eaglet", y el eco resonó a través de las profundidades. En puntos y rayas, repitiéndose una y otra vez, la llamada del S-54 resonó desde el diafragma del oscilador del "Eaglet", golpeó contra los lados de acero del submarino destrozado allá lejos.

El teniente Holmes se inclinó sobre el operador y preguntó:

—¿Alguna respuesta?

—Están haciendo señales con un martillo, capitán. He marcado un código para ellos: un golpe equivale a un punto, dos golpes a una raya, tres golpes quiere decir que hemos comprendido. He obtenido una respuesta del cuarto de los torpedos. Allí hay cinco hombres y un oficial. Estoy tratando de comunicarme con la torre de combate. Escuche.—Le dió a Holmes un par de receptores; movió su llave rápidamente. Otra vez la pulsación del oscilador rompió el silencio, aumentó, cesó.

Holmes esforzó sus oídos, siguió un martilleo irregular. Tomó un lápiz, anotó las señales. Lentamente deletreó el mensaje:



## Si sufre de "impurezas de la sangre" tome UROTROPINA

A los pocos minutos de ser ingerida penetra la Urotropina en la sangre, bilis, orina, etc. ejerciendo en ellos un manifiesto efecto

### depurador-desinfectante

que reanima el organismo ayudándolo en su lucha contra la enfermedad. — Depure usted su sangre y evite las infecciones urinarias y biliares practicando un lavado interno con Urotropina. Tome durante una semana cada mes una tableta disuelta en agua después de cada comida. Insista en el envase original "Schering".



# Urotropina

Tubos de 20 tabletas



"Welton y miss Porter en la torre de combate".

El martilleo cesó.

Holmes miró a la agregación de puntos y rayas, cubrió sus ojos involuntariamente, como para quitar de su vista el espectáculo terrible.

—¡Betty Porter!—¿Cómo se metió en esto?—Se enderezó, se volvió para irse.—¡No le mencione a nadie este mensaje!

Vacilante, como mareado, Holmes abandonó el cuarto del radio, bajó pesadamente la escalera en dirección al ropero. El almirante Porter, solo todavía, le miró cansadamente, notó su cara entristecida, supuso la razón.

—Ya lo sé, Mr. Holmes,—dijo lentamente.—¿Está viva todavía?

Holmes movió la cabeza afirmativamente.

—¿Dónde está?—preguntó Porter tristemente.

—En la torre de combate con el teniente Welton, señor. Y hay seis hombres en el cuarto de los torpedos, probablemente Graham y el grupo encargado de los torpedos. Todos los demás muertos, señor.

Porter se quejó. De modo que era así. Treinta y tres muertos ya, y el resto pronto. El agobiado comandante de la fuerza levantó sus ojos desolados, miró al capitán de su barco de salvamento.

—¿Qué puede usted hacer, Holmes?

Cushing ha calculado que podríamos levantar la proa, señor, si mantenemos todos los buzos que podamos conseguir trabajando en ello hasta que tengamos un túnel para las cadenas. Llevará un día, quizás más si es difícil elavar.

—¿Y pueden resistir allá abajo todo ese tiempo?—Las palabras salieron lentamente, rotas.

—Solamente si podemos darles aire, señor.—Holmes miró al almirante interrogándole.—El par siguiente de buzos está listo para bajar y agujerear el casco para atornillar una manguera de aire. Estamos escasos de buzos, almirante, puedo trabajar en un solo punto. Hay más hombres en el cuarto de los torpedos, y recomiendo el concentrarse sobre eso. Tienen la oportunidad mejor. ¿De acuerdo, señor?

Holmes volvió su cara, apartándola de la cara torturada ante él. Una situación dura de decidir para cualquiera.

Una voz rota le respondió:

—Estoy de acuerdo con usted, Holmes. Adelante.

Sin mirar hacia atrás, Holmes se retiró.

## IX

Al oscurecer la tarde. Arriba nubes negras se deslizaban a lo largo de un cielo gris. Una brisa fuerte, aguda con el frío del otoño que comenzaba, barria sobre The Race, coronando las olas con espuma, soplando las espumas de las crestas hacia sotavento como si fuera lluvia. El "Eaglet" moviase pesadamente en sus amarres, los cables salían mojados y chorreando del mar así que la proa del "Eaglet" se elevaba a las crestas, desvaneciéndose súbitamente otra vez en el agua gris cuando su línea de flotación se hundía golpeando en las aguas.

Con los cables de sus anclas tirantes hasta no poder más, el "Flute" y el "Comanche" permanecían fijos a los cables de amarre, moviéndose de vez en cuando hacia adelante para evitar el arrastrar sus anclas e imposibi-

## ¿CANSADA E IRRITABLE?

Tómese Cuestio Vegetal de Lydia E. Pinkham

Calma los nervios y ayuda a reponerse: a comer y dormir mejor... y a mirarse mejor. La vida vuelve a parecer de color rosa. "Me alivia"—dice el 98% de las mujeres. También puede ayudar a usted. De venta en las boticas.

litar al "Eaglet" de oscilar con el viento y mantenerse apartado del lugar de la catástrofe.

De una tubería sobre la cubierta del "Eaglet", pasaron sobre la cubierta cuatro pesadas mangueras de aire, y desaparecieron en el agua turbulenta. Aquí y allá, muy cerca, flotaban en el agua unas cuantas boyas de corcho amarillo, marcando el lugar donde se habían hundido los pontones. Y entre ellas, burbujaba el aire del escape del buzo allá abajo.

Desarreglados, mojados por el mar, cansados por la falta de sueño, Cushing y Holmes observaban ansiosamente al marino que sostenía el receptor del teléfono que se comunicaba con el buzo en el fondo, miraban de vez en cuando a los barcos que se balanceaban en barlovento y de los cuales dependía la seguridad del buzo. Debían apresurarse a terminar antes de que el mar se picara más todavía.

El almirante Porter caminaba por el pasillo de babor, pasando cuidadosamente entre los montones de cables, alambres y tramos de pesadas cadenas para ancla que interrumpían su paso. Su figura cansada llegó por fin al alcázar.

Le entregó a Holmes un mensaje de radio:

—Me acaban de entregar esto desde el "Vermont", Holmes. Mándelo si puede.

El teniente Holmes tomó el mensaje de radio, lo extendió. Decía:

"Departamento de Marina. "Comandante fuerza control. "Sigue telegrama recibido de St. Louis para teniente Graham. Trasmítalo a él si es posible. Diga tu madre y padre están rezando constantemente por ti".

Holmes miró del mensaje al almirante. Este último desvió su cara, miró vacilante hacia las boyas moviéndose y la mancha de aceite que marcaba la tumba del S-54. Por lo menos había una oportunidad para Graham.

Holmes parpadeó una o dos veces para aclarar sus ojos, se adelantó hacia el cuarto de radio. —¡Operador!—llamó.

El encargado del radio se asomó por la puerta. Mirando a su jefe bajó apresuradamente.

—Tome.—Holmes colocó el mensaje en sus manos.—Trasmítalo eso por el oscilador. Si no obtiene respuesta, repita cada diez minutos. Dígame si contesta.

El operador partió; Holmes se volvió una vez más para observar a los asistentes.

La nota extraña del oscilador resonó; inconscientemente Holmes tradujo los puntos y rayas. "Teniente Graham, teniente Graham, teniente Graham. Tu madre"... Holmes hundió sus dedos fuertemente en sus oídos para no escuchar el sonido; sintió como si su corazón fuera a esta-

llar así que ese mensaje palpitaba dentro del mar.

Un toque en su hombro. El almirante estaba a su lado.—Inútil, capitán, tenemos que soportarlo. ¿Está listo?

Holmes dejó caer sus brazos, movió afirmativamente la cabeza. —Sí, señor, el último buzo que tengo está abajo uniendo con amarras esos pontones sobre el submarino.

—¡Gracias al cielo! Ha sido un día terrible. El cirujano está todavía trabajando sobre esos tres buzos en el tanque; dice que no sabe si todos saldrán bien. Especialmente el pobre Clark.

—Me temo que sea el fin de Red,—se quejó Cushing, tristemente.—Yo tenía su teléfono cuando aquel túnel se derrumbó. ¡No deseo volver nunca más a pasar ese rato, escuchándolo como casi no podía respirar, enterrado en el fango debajo de ese barco, y nosotros aquí arriba sin poder hacer nada!

—Muy malo,—afirmó Holmes.—Se elevó inflando su traje y flotando a través del derrumbe pero flotó tanto que cuando salió del fango, salió disparado hacia la superficie, con los brazos extendidos, y sin un minuto de compresión. Las dobladuras se han apoderado de él.

—Pobre Clark,—murmuró el almirante.—Aunque se salve, todas las condecoraciones que tiene la Armada no lo recompensarán.

Bien, Doyle allá abajo es el último hombre que queda sobre sus pies,—anunció Cushing.—El resto está aniquilado de cansancio. Tendrá que permanecer abajo hasta que haya terminado de amarrar, y luego supongo que las dobladuras se apoderarán de él también. Este es su cuarto descenso desde anoche, y en este hace dos horas que está abajo.

El "Eaglet" se balanceó bajo sus pies, los cables de amarre cantaron así que golpeaban a través de las olas. Cushing miraba con desesperación sobre la borda.

—El mar se está picando,—gruñó.—Ahora no podremos trabajar por mucho tiempo. Suerte que bajamos esos pontones mientras el tiempo era mejor. Destrozarían los costados del "Eaglet" si los estuviéramos bajando ahora.

Porter le miró ansiosamente. —¿Cree que esos pontones elevarán su proa, Cushing?

—Deben hacerlo, señor, si no está muy hundido en el fango. Pero si no lo hacen, se ha terminado. ¡No quedan más buzos para cavar túneles!

El oscilador comenzó otra vez a funcionar. El almirante se separó presuroso, vagó sin rumbo hacia la popa, observó a los barcos que se balanceaban por todos los alrededores, acorazados, submarinos, remolcadores; miles de hombres en sus tripulaciones, todos ansiosos de ayudar, todos comple-

tamente incapaces de evitar la tragedia allá a veinte y cinco brazas. La nota aguda del oscilador chillaba en sus oídos, lo volvía loco. Las últimas letras aumentaron su tono... "rezando constantemente por ti".

El ruido cesó. ¡Oraciones! El podía también orar. Inútil. ¡Buzos, buzos! Apretó sus puños. ¡Otro buzo significaría una manguera de aire para Betty, una oportunidad de salvar su vida!

El teniente Morrison, su uniforme azul flamante en contraste brillante a las camisas manchadas de los oficiales en el puente de proa, bajó del cuarto de radio con otro mensaje.

Le hizo una señal a Holmes; se unieron con el almirante en popa.

—El operador acaba de recibir esto de la torre de combate, señor.—Morrison le entregó la hoja impresa: Holmes leyó el mensaje en voz alta:

—¿Hay alguna esperanza? —¡Oh, Dios!—El almirante Porter caminó vacilante.

—Temía que esto vendría,—se quejó Holmes.—¡Pobre Welton! No hay respuesta a menos que le mintamos.

Un grito del asistente.—Señal de Doyle. ¡Suban lo!—El asistente comenzó a recoger los cables.

—Sobre el montacargas!—gritó Cushing en la borda.—¡Abajo la plataforma! ¡Subirlo a toda velocidad cuando esté sobre ella!

Holmes corrió hacia adelante, se unió con Cushing al lado del asistente.

—Dale un poco de decompresión en el agua, Dick, o será víctima de las dobladuras con toda seguridad. Ha estado dos horas abajo.

—No puedo arriesgar el esperar,—dijo rápido Cushing.—Tendrá que cogerla en el tanque. ¡Arriba la plataforma!

El montacargas comenzó a funcionar, la plataforma apareció a través de la superficie con Doyle agarrándose débilmente a las asas mientras subía a cubierta. Se balanceó sin fuerza, los asistentes lo sujetaron, le quitaron su casco. De su boca corrió un poco de sangre, se dobló y cayó en un colapso sobre cubierta.

—¡Pronto, colóquelo bajo presión!—gritó Cushing.

Los asistentes levantaron a Doyle, sin detenerse a quitarle los pesos, arrastraron al buzo inconsciente hacia adelante y lo colocaron en el tanque de decompresión. Cushing frotó sus manos nerviosamente mientras la presión silbaba en el tanque y volvió rápido hacia el puente de popa.

—Tenemos suerte en haber logrado subirlo,—le dijo con firmeza a Holmes.—El modo en que se está picando el mar hace imposible realizar más descensos.

Holmes encogió sus hombros.—Tú eres el doctor. ¿Listos a elevar?

## FORTIFIQUE SU CEREBRO



CON Pildoras Trelles 80 CTS. FRASCO

Cushing movió la cabeza afirmativamente.

—¡Listos, todos!—gritó Holmes. —¡Tripulen el lanchón!—Se dirigió rápidamente hacia un tubo acústico, oprimió el botón, y gritó: —¡Cuarto de las máquinas! ¡Toda la velocidad en los compresores de aire! ¡Llenen los pontones!

En la borda de babor, la tripulación del bote se dirigió hacia el lanchón, y luego éste dió la vuelta por delante de la proa del "Eaglet", navegando lentamente cerca de las boyas amarillas. En la popa, el timonel soltó el embrague del montacargas, subió el cabrestante, se detuvo al lado de la fila de válvulas de las cuales partían las mangueras de aire en dirección hacia los pontones en el fondo del mar.

El palpar de los compresores de aire hacia temblar el barco. Holmes observaba el indicador de la presión en el tubo de salida así que la aguja dió la vuelta y fué a descansar en ciento cincuenta libras, su máximo. Miró a su timonel y movió la cabeza afirmativamente:

—¡Adelante, Tom! El timonel jefe abrió las válvulas, las mangueras que pasaban sobre la borda se contorsionaron violentamente, se pusieron rígidas, y el galopar de los compresores aumentó súbitamente cuando elevaban la carga. El almirante Porter, escuchando el ruido, miró fuera del ropero, y luego se reunió con el grupo ansioso sobre la popa observando el proceso de sacar el agua de los pontones.

—Va a ser una prueba dura para esos pontones,—murmuró Cushing.—Mejor que salga pronto. Este mar está picándose cada vez más. Diez minutos más y no podremos permanecer.

El "Eaglet" tiraba de sus amarras, moviase pesadamente así que el mar se agitaba. Cortinas de salpicaduras pasaban sobre la borda mojando al grupo silencioso sobre la popa.

Ninguno buscó abrigo; todos los ojos estaban fijos sobre las boyas marcadoras a una distancia de cien pies. Los compresores golpeaban, el aire bajaba continuamente, vaciando el agua de los pontones.

Un asistente de buzo pasó a través de la puerta del tanque de recompresión, tomó un aliento profundo de la brisa salada que barría la cubierta. Mirando a popa, vió a su jefe, caminó lentamente hacia él y murmuró: —Clark está muerto, capitán. El cirujano dice que esa burbuja en su espina dorsal, acabó con él.

¡Clark muerto! Cushing sintióse desfallecer súbitamente. Clark, sacado la noche anterior del retiro, de la seguridad. —¡Pobre Red!—se quejó Holmes.—¡Uno de los mejores!

(Continúa en la Pág. 64).



# MUÑEQUITOS

DECENARIO INFANTIL

Dirigido por Aurora Villar Buceta; saldrá los días 10, 20 y 30 de cada mes. Colaboran en él nuestros poetas, artistas, pedagogos, etc.: el poeta y profesor Ballagas, la Dra. Amparo García, el dibujante Orlando, la Dra. Escalona, Josefina Zendejas, el dibujante Horacio, Lagorio, L. Villar, etc. Se venderá a \$0.02, a fin de que por lo accesible del precio circule profusamente y pueda llegar a manos de niños y niñas, sin excepción.



# Desolación

VALS - CANCIÓN

J. M. Dada

INTROD.

PIANO

*rit*

Te has Tu

i - do muy le - jas! tan tris - te me sien - to que el fri - o me in - va - dea - rran  
ru - bia me - le - na do - ra - da am - ba - ri - na que día a mis a - mo - res bi -

- can - do mis que - jas qui - sie - ra ser o - la qui - sie - ra ser vien - to ge  
- bie - za de vi - do Ju - gue te es - ple - xi - ble co - mo dan - za - ri - na Del

traí - ga la na - ve en la cual tú te a - le - jas.  
vien - to ge pa - sa sil - ban do a tu o - i - do.

*rit*

Te luis - te! Ya no oi - go tu ri - sa so - no - ra dear - pe - gios tan  
El vien - to ge pa - sa ya sa - be mi pe - na Y ar - rul - lar pu -

Rápidamente corrió la noticia; un silencio de muerte cayó sobre el puente de popa. El golpear del mar, el palpar de los compresores, el silbido del viento a través del aparejo sonaban como un requiem para la figura fría estirada, rígida sobre el piso del tanque de decompresión.

Desde el puente, el contramaestre mirando hacia el agua divisó algunas burbujas en el mar picado.

—Subiendo aire, capitán!—gritó.

# S-54

ron los hombres, al parecer agotados y fueron colocados rápidamente sobre el lanchón. Holmes contó las figuras sin movimiento así que aparecían. Hasta ahora cinco. Uno más.

Otra figura mojada, un oficial, luego el timonel subió por el tubo, se dejó caer en el bote, tomó la barra del timón; Holmes agarró otra vez el megáfono y gritó a través de las olas: "Hodges, rellene ese tubo con salvavidas. ¡No deje que se inunde otra vez!

El timonel movió su brazo, tomó algunos chalecos salvavidas de corcho de debajo de sus asientos, los colocó sólidamente en el extremo abierto del tubo para evitar que pasaran las aguas del mar. Luego agarró la barra del timón, el hombre de la proa empujó lejos del pontón, y el lanchón se dirigió hacia el costado del "Eaglet", brincando locamente así que las olas rugían.

Por sobre la borda pasó una camilla, una por una fueron elevadas las figuras silenciosas sobre el casco, llevadas cuidadosamente hacia las cubiertas de abajo. Por fin llegó Graham, mojado, con los ojos mirando extrañados a la luz poco acostumbrada, manchas rojas cubriendo su cara desfigurada. Su pecho se movía pesadamente, luchando por oxígeno.

Así que pasó sobre la borda y su camilla fué depositada un momento sobre cubierta, Cushing se arrodilló a su lado, acarició con suavidad su hombro, le sonrió:

—Gracias al cielo que estás ileso, viejo. ¡Estarán contentos en St. Louis!

Una sonrisa desmayada iluminó la cara azul de Graham, movió débilmente la cabeza, murmuró en una voz rasgada:

—Dick, ¿sacaste al jefe y a Betty Porter de la torre de combate?

Cushing le miró sin expresión, luego súbitamente movió la cabeza con vigor.

Una sonrisa de satisfacción cruzó por la cara de Graham, cerró sus ojos cansados. Dos marineros agarraron la camilla de alambre, y la llevaron presurosos hacia el ropero.

Cushing se puso de pie, miró perplejo hacia la camilla, vió a Holmes a su lado.

—¡Qué lástima! Pete Graham no está bien de la cabeza. Cree que Betty Porter está en la torre de combate con el pobre Welton.

Holmes movió tristemente su cabeza, se enfrentó con su amigo.

—No, tiene razón, Dick. Su pa-

(Continuación de la Pág. 62)

dre lo sabía, y yo también, pero no veía ventaja en decirlo. Se fué con ese barco. Está allí en la torre de combate, en la mitad de la profundidad. No pudimos hacer antes nada por ellos, lo sabes. El puente está destrozado sobre la única escotilla, no hay manera de sacarlos, y tampoco más buzos para probarlo si la hubiera.

Colocó una mano amable sobre el hombro de Cushing, y añadió tristemente:

—Todos los demás hace tiempo que están muertos en el S-54. Y si no, pronto lo estarán.

Cushing apartó su mano salvajemente, miró hacia donde la proa aguda del S-54 se estaba moviendo entre las olas.

Se enfrentó con Holmes con un gruñido:

—¿Por qué no me dijiste antes que Betty estaba en ese barco? ¿Sin esperanza? ¡El infierno! ¿Ningún modo de sacarla? Veremos. He estado trabajando en un soplete para cortar acero debajo del agua. ¡No soy buzo, y nunca lo usé sino en un tanque, pero haré que funcione!—Apretó sus puños.—Manda un bote al "Vermont" en busca de ese soplete! ¡Denme un traje de buzo! ¡Todavía hay esperanza para Betty!

X

Con el mar barriendo sobre su proa y sus pontones, el S-54 se movía constantemente, hacia adelante y atrás mientras permanecía en un ángulo agudo entre las cadenas de ancla debajo de su proa. Una serie de ruidos terribles llenaron el casco mientras los pontones movíanse de un lado a otro sobre la superficie, martilleando el casco frágil entre ellos como si fueran un par de cachorros de elefantes, serruchando las cadenas bajo el casco, golpeándose entre sí y al S-54 sin cesar.

Dentro de la torre de combate, que se balanceaba, una luz escasamente perceptible se filtraba a través de los portales para los ojos, y disminuía un poco la obscuridad. Acurrucada sobre cubierta, envuelta en las banderas de señales en busca de calor, Betty Porter se agarraba al riel de colocarlas para evitar el rodar cuando el barco se balanceaba. Sosteniéndose a las agarraderas del periscopio como apoyo, Welton, sus ojos acostumbrados ya a la semiobscuridad, miró hacia Betty, trató de consolarla.

—No te preocupes, querida. No

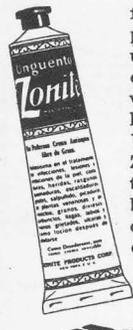
podían levantar los dos extremos a la vez. Dentro de poco levantarán la popa.

—Está bien. No te preocupes por mí. Lo sé. No pueden levantar la popa; no hubo ningún ruido, ni buzos trabajando en popa. Y no contestaron tu mensaje, Bob. Probablemente no se atrevieron. Pero esos hombres en el cuarto de los torpedos deben haber sido rescatados, ¿no lo crees?

—Sí.

—¡Gracias al cielo! Temo que la proa se hundirá en cualquier

## Evita el envenenamiento de la sangre



Si no se desinfecta un rasguño, puede resultar en una infección y en un terrible envenenamiento de la sangre. El UNGUENTO ZONITE destruye los microbios, calma y cicatriza. Aplíquelo enseguida.

ZSOZ

Los hombres en la popa volvieron súbitamente a la actividad, corrieron hacia la borda. Un punto blanco apareció entre las boyas, se ensanchó; un instante más y todo el océano pareció espumear súbitamente y romper en un vasto seiser de aire y agua.

Otro instante, y la proa del S-54, sostenida entre dos pontones, apareció a través de la superficie, moviéndose violentamente hacia arriba y abajo a medida que el mar la golpeaba; luego, así que se calmó el remolino, se movió lentamente hacia sotoavante, girando sobre su popa enterrada.

Por un momento nadie habló, mirando petrificados la proa gris. Luego Holmes agarró su megáfono y rugió:

—¡Ah del lanchón! ¡Permanezca al lado de esa proa! ¡Martilleen en las cubiertas superiores de los torpedos!

El lanchón se acercó, el hombre de la proa, enganchó la válvula de paso del agua del pontón de estribor para sostenerse, el maquinista golpeó violentamente sobre la cubierta del tubo de los torpedos con una llave inglesa al tiempo que el bote se balanceaba al lado del submarino.

—¡Miren!—dijo Morrison.

Lentamente, a tirones, la cubierta lisa se retiró y apareció abierta la cubierta redonda del tubo. El timonel del lanchón colocó una linterna en su jersey, agarró una sogá, se deslizó a través del tubo abierto y desapareció. Una espera agobiadora, la sogá se movió, y el maquinista en el lanchón comenzó a tirar.

Apareció una figura desfallecida por el tubo, el maquinista la colocó en el bote y devolvió la sogá. Uno después de otro subie-



Mantenga el cabello sano, vigoroso y a la moda. Use



CONSERVA PEINADO EL CABELLO

momento.

—No hay duda de que está golpeando fuertemente en lo que la sostiene. No durará mucho,—dijo vacilante. ¿Qué gana a con ocultarlo? Betty sabía lo peor.

Lo estaba resistiendo valientemente, sin quejas, sin histerismo. Distinguió su figura vagamente.

—Mejor que no hablemos. Se gasta el aire más pronto.

El submarino se balanceó sin ritmo, ninguno habló. Lentamente cayó la cabeza cansada de Betty, y rodó por el suelo. Welton, sorprendido, se inclinó rápidamente sobre ella y la agarró por los hombros.

La nota extraña del oscilador resonó, vibró contra el costado de su prisión. Betty se sentó violentamente, le miró con una expresión rara. Welton detelectó el mensaje. "Está bajando otro buzo". Tomó una llave inglesa de su bolsillo, golpeó tres veces sobre la escotilla de metal enfrente de él.—Para lo que va a servir—murmuró.—No hay salida de esta trampa.—Se le ocurrió una idea.—Podría traernos una manguera de aire. Eso prolongaría la agonía.

Betty trató de levantarse, casi se puso de pie, luego se cayó desfallecida. Welton la sujetó por la cintura, con un esfuerzo la enderezó, la abrazó fuertemente.

—¿Cómo estás, querida?—murmuró.

Su cabeza descansó en su hombro; le contestó débilmente:

—Me está entrando mucho sueño, Bob, y la cabeza me duele horriblemente. Pero estoy bien contigo aquí. No me importa.

Un ruido apagado afuera, luego un sonido rítmico que se escu-

(Continúa en la Pág. 66).

## Las mejores flores



PRADO Y COLÓN

## y los mejores precios.

sua - ves; en cruel a - mar - gu - ra tor - nas - te mis dí - as de di - cha y de au -  
 die - ra a - mo - ro - so tu vi - da Be - sar en mi nom - bre tu ru - bia me -

ro - ra Lle - van - do con bi - go mi fé y mi ven tu - ra.  
 - le - va Can - bían - do - te que - do al es - tar tu dor mi - da.

*rit*  
 Tus o - jos a -  
 Te has i - do can

ma - dos ver do - sos se - de - ños de tin - tes ce - les - tes ro -  
 le - jos hu - yen - do a - sus ta - das co - mo go - lon dri - nas ha -

- cia - dos con o - ro Me mi - ran di - cho - sos de no - che en mis  
 cia o - bras re - gio - nes Si - guie - ron tus pa - sos en gran - des ban -

sue - ños tal vez ig - no ran - do la pe - ña que llo - ro.  
 - da - das Be - llas es - pe ran - zas dul - ces i - lu sio - nes *D.C.*  
*(a introd.)*

chaba a través de la torre de combate.

Betty se enderezó, murmuró con excitación:

—¿Bob, oíste eso? ¡Otro buzo! ¡Nos salvará!

—No, es inútil a menos que levanten el buque. Toda la parte superior de la torre de combate está destrozada, aplastada. No pueden llegar hasta la escotilla para abrirla. Tendremos que permanecer aquí.

Betty se le abrazó desesperada, comenzó a llorar, luego giró en sus brazos. Una explosión aguda, seguida de un rugir continuado, movió la torre de combate. El agua afuera brillaba, una luz suave llenaba el salóncito. Welton parpadeó, miró a través de un portalón para el ojo. Entonces un punto brillante resplandeció cerca de sus pies, una lluvia resplandeciente de chispas atravesó la torre de combate, jugando alrededor de sus piernas. La torre de combate se iluminó súbitamente con más claridad que el día. Betty se le abrazó atemorizada; juntos miraron mientras el chorro de chispas comenzó a moverse en un círculo, dejando una incisión negra detrás, a través de la cual entró una cortina de agua en la torre de combate, y en un instante la inundó hasta la altura de la rodilla.

Betty puso sus brazos alrededor del cuello de Welton, se encogió con terror del agua que se elevaba. Pero Welton, observando las chispas resplandecientes, comiendo alrededor de la pared de acero, comprendió. Estaba llamando a sus pies una salida del feretro.

—Está bien, querida. No te ocupes del agua. El aire se comprimirá sólo aquí. Nuestras cabezas permanecerán sobre la superficie. ¡Estamos salvados!

El agua entró a chorros, llenó la torre de combate hasta casi la altura de sus hombros. El aire en la torre de combate, súbitamente comprimido, se hizo casi irrespirable: A través del agua vieron el círculo resplandeciente volver a su punto de partida. Una pieza de acero ovalada cayó a su lado, con un sonido apagado, cerca de sus pies. La llama se apagó, la luz en la torre de combate se extinguió súbitamente tornándose un gris apagado. Un objeto oscuro fué empujado a través del agujero, un chorro de burbujas de aire comenzó a verse a través del agua debajo de sus mismas barbillas. Welton respiró asombrado. ¡Un casco de buzo!

Un brazo de buzo entró en el agujero, tanteó en el agua. Agarró la pierna de Welton, la soltó, tanteó otra vez, agarró el pie de Betty, le dió varios tirones.

Welton metió la cabeza debajo del agua, tomó el casco, lo levantó sobre la superficie. Por un instante colocó su cabeza dentro de él, respiró violentamente el aire fresco, luego lo elevó.

—Escucha, Betty, tú vas primero. Sal por ese agujero. Ponte este casco. ¡El buzo te llevará arriba!—Levantó el casco rápidamente, empujó a un lado la manguera de aire, la sujetó sobre su cabeza.

Betty lo abrazó.—Bob, no puedes dejarte aquí.

—¡Pronto!—ordenó Welton.—No te preocupes por mí. Yo voy luego.—La besó, colocó el casco sobre su cabeza, ató los cierres de merlin debajo de sus brazos para que sujetaran bien.

—¡Afuera!—gritó.—Adiós, querida.

8-54

Golpeó en la parte superior del casco. Betty se sentó, el agua cubrió su casco, el aire comenzó a darle vueltas por el cuello. Pasó sus piernas a través de la abertura, el buzo las agarró, tiró fuerte de ellas, la pasó a través del agujero.

Un par de brazos la sostuvieron, sintió los pesos de plomo fuertemente contra ella. Luego cuatro tirones fuertes. Betty se vió elevada lejos del submarino, sufriendo rápidamente, sostenida fuertemente por el buzo. A través del cristal de la cara, vió la figura vaga del S-54, moviéndose violentamente sobre su popa, luego el barco pareció disolverse en el agua, desvanecerse completamente así que se alejaban de él. Se detuvieron, una pequeña plataforma apareció no sabía de dónde, el buzo la subió en ella, siguieron elevándose. Sus oídos parecían prontos a estallar cuando se elevaron, su cabeza le daba vueltas. Luego se iluminó el mar súbitamente, podía ver una cortina brillando sobre su cabeza, y cerca el casco rojo de un buque. ¡La superficie al fin!

XI.

El teniente Holmes miró ansiosamente hacia los cables de amarre, observó el mar golpeando en las cercanías. Tomó el megáfono, gritó hacia barlovento:

—¡Ah del "Comanche"! ¡Áflojen ese cable o se romperá!—Se volvió hacia el almirante Porter, y dijo salvajemente:—Tendremos suerte si subimos a Cushing antes de que el mar se lleve nuestros amarres. ¡Mire esos cables! ¡Están cantando como cuerdas de arco!

El almirante movió la cabeza afirmativamente, aumentó la mirada preocupada en su cara. Ningún marino se atrevería a perma-

(Continuación de la Pág. 64).  
necer anclado en ese mar. Aprentó sus dientes.

—No sé cómo es que esos pontones se mantienen, Holmes.

—Esas cadenas que hay allí son cadenas de ancla de acorazado, pero están siendo golpeadas terriblemente en el casco de ese submarino. Se romperán ahora en cualquier momento; cuando lo hagan, si Cushing no está bien separado del buque, será... Buenas noches, buzo.

Porter miró ansiosamente hacia el que atendía el teléfono.

—¿Ningún mensaje todavía?—preguntó.

—No, señor, ninguno. Se mantiene maldiciendo como un pirata.—Porter se apartó enfermo.

Holmes corrió hacia popa, palpó los cables esforzados, movió su cabeza. Podía ver el corazón del cable de barlovento, exprimiéndose entre los hilos. Cuando eso sucede, no está muy lejos el fin de un cable. Holmes volvió lentamente hacia la borda, escuchó rugir al viento.

La soga en manos del asistente dió cuatro tirones.

—¡Súbanlo pronto!—gritó Holmes.—¡Abajo la plataforma!

La plataforma pasó sobre la borda, bajó, se detuvo a setenta pies. Otra señal de abajo, la plataforma comenzó a subir lentamente.

Holmes tomó su megáfono, gritó al puente:

—¡Ah del puente! ¡Señalen al "Comanche" de que esté listo a soltar el cable de barlovento!

La plataforma chorreando apareció a través de la superficie. Cushing sosteniendo una asa con una mano y con la otra a Betty. Con sus ropas manchadas pegadas a su cuerpo, Betty encogida bajo el peso del casco, agarró al buzo mientras la plataforma se movía dentro de la borda, descansaba en-cubierta.

Holmes le quitó suavemente el

casco. El almirante Porter corrió y levantó a su hija de la plataforma.

—¡Padre!—Betty se le abrazó. Los ayudantes colocaron un oanco debajo de Cushing, le quitaron el casco. Betty, mirando sobre el hombro del almirante hacia el buzo que la había rescatado, gritó:

—¡Dick! Tú...—Comenzó a caminar, dió un paso hacia él, se desmayó. Su padre la sostuvo. Cushing miró ansiosamente su figura desfallecida, luego se volvió rápidamente a sus ayudantes.

—¡Muévanse! ¡Póngame ese casco!

—¡Deténganse!—Holmes detuvo a los ayudantes, se inclinó sobre Cushing.—No puedes bajar en este mar, Dick. Esas cadenas están casi serruchadas, el S-54 se soltará ahora en cualquier golpe de mar. ¡No puede durar hasta que bajes!

—¡Pongan ese casco! ¡Allá abajo Welton está vivo todavía!—Los ojos brillantes de Cushing llameaban.

Holmes miró, cedió. Cansado, tomó su megáfono y gritó al puente:

—¡Ah del puente! ¡Trasmitan este mensaje al "Comanche"! ¡Digan que sostengan ese cable hasta que se parta!

Holmes dejó caer su megáfono, hizo una señal afirmativa al ayudante. Este levantó el casco. Cushing con sus ojos febriles, lanzó una mirada rápida a Betty, inclinó su cabeza.

Un grito procedente del puente: —¡Cuidado abajo! ¡Ahí, viene una ola fuerte!

Una ola enorme barrió, golpeó el submarino, siguió y se estrelló contra el "Eaglet". Un ruido como de un cañón, luego otro. El extremo roto del cable de barlovento cayó sobre cubierta, el "Eaglet" se apartó del lugar donde se hallaba anclado.

Hacia estribor, un pontón brinco en el aire, se movió lentamente hacia sotavento, seguido de su compañero. La proa del "Eaglet" se apartó de sus amarres.

—¡Las cadenas se han roto! ¡El submarino desaparece!—gritó al almirante Porter.

La figura de Cushing, con sus pesos, se levantó con un esfuerzo. Se dirigió vacilante hacia la borda, agarró el extremo roto de una manguera de aire de un pontón que se movía sin dirección sobre el costado mientras silbaba el aire a través de ella, y miró con el corazón oprimido hacia la superficie llena de espuma entre las olas inquietas que marcaba la tumba del S-54.

Felicidad...

(Continuación de la Pág. 4)

"La niña parecía haber dejado tras sí un encanto sutil; nada más suave que la respiración de un recién nacido. La vida renovada que reposa en el silencio, ¡qué majestuosa es! Las palabras de Wordsworth sobre la paz silenciosa de la Naturaleza quedan páldas a su lado:

"¡Qué calma, qué quietud! un (solo rumor: el agua cayendo gota a gota (de los remos)".

"Los niños también sienten la poesía del silencio y de la paz que envuelven una naciente vida humana".

En el próximo número me ocuparé de la educación del oído y de la educación musical en los primeros años.

SANTA CRUZ

Reproducción de muebles en todos los estilos

GALIANO Nº 95. HABANA

# DR. FILIBERTO RIVERO

Especialidad:

PULMONES.

RAYOS X.

FISIOTERAPIA.

RADIUM.

De 10 a. m. a 4 p. m.

Reina 127. Habana.

Telfs. A-2553 M-9402.

SERVICIOS A DOMICILIO

## ALIMENTO COMPUESTO

MARCA REGISTRADA FABRICACIÓN NACIONAL

# OVOCACAO

RECOMENDADO

A LOS ANÉMICOS, CONVALECIENTES  
DISPÉPTICOS, NIÑOS Y ANCIANOS.

LABORATORIOS BLUHME - RAMOS

HABANA

"Dime lo que lees, y te diré  
quién eres."



Donde haya una mujer, —  
donde haya un joven, —  
donde haya un niño, — allí  
debe de estar "EL HOGAR".

Para el hombre hay muchos  
periódicos;

PARA LA MUJER, sólo

## "EL HOGAR"

Revista ilustrada de sólido  
prestigio, que contiene lectu-  
ras interesantes, novelas sen-  
sacionales de actualidad, mú-  
sica, cocina, consejos domésti-  
cos, pequeñas industrias, pá-  
ginas para los muchachos y  
las niñas, LABORES FEMENI-  
LES variadas y novedosas con  
descripciones detalladas e ilus-  
traciones perfectas, más un  
suplemento de dibujos para  
ejecutarlos.

ENVÍE VEINTE CENTAVOS EN SELLOS CUBANOS  
Y RECIBIRÁ EL ÚLTIMO EJEMPLAR PUBLICADO

Bruzón, 9 (bajos)

Habana

(Fuera de la Isla, dirijase usted a "EL HOGAR" Apartado No. 1814  
MÉXICO, D. F.).

## "CASA KUZMA"



Ex-modista de las  
principales casas  
de París y Viena

Creaciones en Sombreros  
Finos

Manrique 76  
(bajos)

Se arreglan sombreros  
por módicos precios

Adquiera

un buen

retrato

# A. Martínez

Neptuno, 90

# Bulgacidol

SIMBIOSIS DE BACILOS  
BÚLGAROS Y ACIDÓFILOS

ANTISÉPTICO INTESTINAL PODEROSO

LABORATORIOS BLUHME-RAMOS

HABANA, CUBA

## ESTACION C. M. H. L.

LA VOZ DE LA PERLA DEL SUR

EN EL LUJOSO ROOF-GARDEN DEL GRAN HOTEL  
SAN CARLOS EN CIENFUEGOS

SINTONICE LA C. M. H. L. QUE TRANSMITE A UNA  
FRECUENCIA DE 1.290 Kc.

TRANSMISIONES:

"Diario del Aire", de 10 a 11 a. m.

"Crónica Social", de 11 a 12 a. m.

"Hora Carteles", de 6 a 7 p. m. (Jueves)

"Hora Escolar", de 6 a 7 p. m. (Viernes)

"Hora Cultural", de 10 a 11 p. m. (Domingo)

"Hora Evangélica", de 12 m. a 1 p. m. (Domingo)

Lea "La Correspondencia". El mejor periódico de Cienfuegos.

## SALON DE BELLEZA

GRAN REBAJA  
DE PRECIOS

DE LUNES A VIERNES

3 SERVICIOS

60 cts.

CORTE, ONDULACION  
Y MANICURE O CORTE,  
MANICURE Y CEJAS

Ondulación Permanente

Desde \$2.00

APARATOS FRANCESES  
Y AMERICANOS



GALIANO 54. TELF. A-5451

# AUN RUEDAN MAQUINAS



Miles de  
Automóviles  
de todas categorías  
ruedan por nuestra ca-  
pital y por las carreteras y poblaciones de la República.

Miles de personas acuden a las carreras, al  
Casino, a Cabarets y otros espectáculos.

Y cada día miles y miles de pesos cambian de manos en  
Cuba para proveer a las necesidades y a los caprichos  
de esta inmensa ola humana.

La casi totalidad de ese valioso elemento lee CARTELES  
cada semana una, y repetidas veces, y reacciona ante el  
mensaje que les ofrece cada anunciante de nuestra revista.

**No hay crisis donde el dinero circula.**

**CARTELES lo hace circular cual  
ningún otro medio de  
propaganda en Cuba.**